Creadores veracruzanos Esther Hernández Palacios, coordinadora

Veracruzanos en la Independencia v la Revolución Abel Juárez Martínez, coordinador

Atlas del patrimonio natural, histórico y cultural de Veracruz Enrique Florescano y Juan Ortiz Escamilla, coordinadores

Árboles de Veracruz. 100 especies para la reforestación estratégica Aníbal Niembro, Odilón Sánchez Sánchez y Mario Vázquez Torres

Árboles de la región de los Tuxtlas Mario Vázquez Torres, Jacqueline Campos Jiménez, Samaria Armenta Montero y César I. Carvajal Hernández

> Veracruz. Mar de arena Patricia Moreno-Casasola

> Los Tuxtlas. Tierra mítica Sergio Guevara

Veracruz. Tierra de ciénagas y pantanos Patricia Moreno-Casasola y Dulce Infante Mata

Atlas de las costas de Veracruz. Manglares y dunas costeras Jorge López-Portillo, Ma. Luisa Martínez et al.

Atlas de espacios naturales protegidos de Veracruz Ernesto Rodríguez Luna, Arturo Gómez-Pompa et al.

La vida de un lugar está en la calle: ahí transitan los personajes que dan singularidad al espacio y ahí se resuelven destinos y esperanzas. Esta obra retrata a diez de los más notables veracruzanos en su ambiente inmediato: su pueblo y su barrio; luego los sigue en sus andanzas -viajes, dificultades, triunfos- y su retorno. Vidas azarosas narradas con "gracia, zumba y pimienta fina", al leerlas leemos también al pueblo veracruzano.

Personajes populares de Veracruz es una muestra del imaginario popular y describe apenas una pequeña parte de la rica cantera de seres que se han ganado un sitio en la historia: poetas de Sotavento, genios de la máquina de escribir, jaraneros, deportistas y la voz poderosa de Toña la Negra. Cobijados todos por el afecto y reconocimiento del pueblo, estos personajes son añoranza y logro, imágenes vinculadas a los intereses colectivos que dinamizan la memoria social. A un tiempo distintos y cercanos a la realidad inmediata, son seres de carne y hueso envueltos en los claroscuros de la leyenda, condición que los hace diferentes –pero nunca ajenos— a todos nosotros.



VERACRUZ

DE

RES

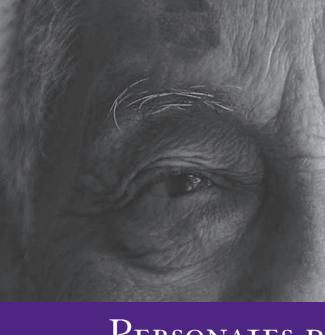
POPU

ERSONAJES









Personajes populares DE VERACRUZ

Paco Píldora

Luis Pirata Fuente

Santanón Rodríguez

Beto Ávila

Herón Proal

Cirilo Promotor Decena

Toña la Negra

Guillermo Cházaro Lagos

Juanote

El padre Rúa

Félix Báez-Jorge COORDINADOR

Coordinador

El estudio de las identidades populares es una de las líneas de investigación que el doctor Félix Báez-Jorge ha cultivado desde años atrás. En su trayectoria como investigador ha incursionado en los campos de la antropología y la historia, publicando diversos estudios relacionados con el pensamiento simbólico, la mitología y la religión popular. Académico del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Mexicana de Ciencias.



















(

Personajes populares de Veracruz



Comisión Organizadora del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana

Mtro. Fidel Herrera Beltrán

Gobernador Constitucional del Estado

Dip. Leopoldo Torres García

Presidente de la Mesa Directiva del H. Congreso del Estado

Magdo. Reynaldo Madruga Picazzo Presidente del Tribunal Superior de Justicia



CONSEJO CONSULTIVO

Dr. Enrique Florescano Presidente Ejecutivo

Dr. Porfirio Carrillo Castilla Secretario Ejecutivo

Lic. Domingo Alberto Martínez Reséndiz Secretario Ejecutivo

Lic. Reynaldo Escobar Pérez Lic. Sergio Villasana Delfín

Secretario de Gobierno Director del Instituto Veracruzano de Cultura

Dr. Víctor Arredondo Álvarez
Secretario de Educación
Representante del Poder Legislativo

C. Ángel Álvaro Peña
Secretario de Turismo y Cultura
Magdo. Alejandro Hernández Viveros
Representante del Poder Judicial

Lic. Salvador Sánchez Estrada Gral. Sergio Ayón Rodríguez
Secretario de Finanzas y Planeación Representante de la Secretaría de la Defensa Nacional

Lic. Ranulfo Márquez Hernández Vicealm. C.G. DEM. Sergio Javier Lara Montellano Secretario de Desarrollo Social y Medio Ambiente Representante de la Secretaría de Marina

Dr. Raúl Arias Lovillo Dr. Carlos Luna Escudero

Rector de la Universidad Veracruzana Representante del Sector Empresarial

Dra. Olivia Domínguez Pérez Profr. Romeo Ramírez Jiménez

Directora del Archivo General del Estado Representante Social



SUBCOMISIONES

Lic. Miguel Limón Rojas Educación y Cultura

Dr. Arturo Gómez-Pompa

Recuperación y Salvaguarda del Patrimonio Natural, Histórico y Cultural

Mtro. Francisco Arredondo e Ing. Miguel Hernández Conservación y Desarrollo del Espacio Público

Lic. Dionisio Pérez-Jácome y Arq. Miguel Ehrenzweig Obras y Proyectos

Antrop. Julio César Eloss Moctezuma Preservación y Desarrollo de los Pueblos Indígenas

> **Dr. Félix Báez-Jorge** Publicaciones

Profr. Juan Nicolás Callejas y Lic. Salomón Bazbaz Festejos y Conmemoraciones

Personajes populares de Veracruz



Félix Báez-Jorge coordinador







Primera edición: 2010

Báez-Jorge, Félix (coord.)

Personajes populares de Veracruz / coord. y pról. de Félix Báez-Jorge ; ed. de la Comisión Organizadora del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana. – México : Gobierno del Estado de Veracruz, Secretaría de Educación del Estado de Veracruz, Universidad Veracruzana, 2010

315 p.; 23 x 17 cm ISBN 978-607-33-0003-2

1. Cultura popular – México – Veracruz-Llave 2. México – Veracruz-Llave – Vida y costumbres 3. México – Veracruz-Llave – Biografías I. Comisión Organizadora del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana, ed. II. t.

Library Congress F1391

Dewey 920.00917262 B116p

Distribución mundial

Diseño de portada e interiores: Mónica Zacarías Najjar Ilustración de la portada: retrato de Cirilo Promotor Decena (detalle) © Mario Cruz Terán

D. R. © 2010, Comisión Organizadora del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana/Secretaría de Educación-Gobierno del Estado de Veracruz; km 4.5 Carretera Federal Xalapa-Veracruz, 91190

Xalapa, Veracruz

www.centenariosveracruz.gob.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-33-0003-2

Impreso en México • Printed in Mexico

Presentación



Félix Báez-Jorge

Los personajes populares arraigan en el imaginario colectivo con cimientos ideacionales un tanto diferentes a los que caracterizan la entronización de los protagonistas históricos. Las biografías de las figuras del pueblo crecen en extensión y colorido con suma facilidad, dado que pueden enriquecerse cotidianamente al amparo de la dinámica que caracteriza la comunicación oral y la socialización ayuna de formalidades. Las celebridades históricas, en contraste, se fincan y transitan pausadamente en los imaginarios sociales. Esta diferencia refiere básicamente al encasillamiento que la educación formal ejerce sobre los personajes de la Historia, acotamiento que emana de su manejo en los marcos de la historiografía y de su uso político en los rituales cívicos. Sin embargo, las diferencias advertidas entre las figuras de uno y otro tipo no deben entenderse en términos de estricta oposición. En determinados y sobresalientes casos, una celebridad popular llega a ser registrada como un genuino actor histórico, así como una figura principal de ese campo puede ser asumida como imagen popular; tal es el caso de algunos de los personajes que se presentan en este libro.

De acuerdo con el orden de ideas antes expuesto, al interesarse en ampliar su conocimiento en torno a los protagonistas que se incluyen en esta obra, el lector deberá acudir a los veneros de la cultura popular, a las pláticas de los innumerables cronistas del acontecer cotidiano, antes que a tratados históricos o a rigurosos ensayos aca-

démicos. En efecto, ninguno de los personajes populares perfilados en estas páginas son recordados en los festejos oficiales, práctica que es contraria a la construcción de efemérides acerca de las celebridades de la historia. En sentido diferente, su vigencia es parte de los identitarios regionales, estatales o nacionales. Cobijados por el afecto y reconocimiento del pueblo, asumen el papel de referentes que encarnan añoranzas, logros, imágenes vinculadas a los intereses colectivos y a sucesos específicos de los ciclos vitales individuales, variables que explican su condición de núcleos de autoidentificación que dinamizan la memoria social. A un tiempo distintos y cercanos a la realidad inmediata, son seres de carne y hueso al mismo tiempo envueltos en los claroscuros de la leyenda, condición que los hace diferentes (pero no ajenos) a las personas ordinarias, sin olvidar que este halo de misterio a veces envuelve también a las figuras históricas. En todo caso, son individuos verdaderos a los que se han adicionado las fantasías y rememoraciones de los demás.

Expresado sin afanes esencialistas, no hay duda de que *pueblo* es una noción polisemántica y multicomprensiva, acaso tan inasible como la simbólica imagen de Proteo. Su amplio campo significante implica oscilación (y ambigüedad) en determinadas operaciones nominativas, toda vez que identifica fenómenos de compleja y subrayada particularidad, en los que las categorías de tiempo y espacio cumplen funciones de intensidad y grado diverso. Estas categorías inciden en la dinámica inherente a la continuidad y reelaboración de las manifestaciones culturales propias de la tradición, y en la diversidad casi infinita de formas de ordenación comunitaria que conllevan funciones transculturativas de variada factura simbólica, así como expresiones propias del campo político.

Integran esta obra diez síntesis biográficas de otros tantos personajes populares del estado de Veracruz, cifra que desde luego no agota la enorme cantera de celebridades de este tipo que caracteriza a la entidad, incuestionable evidencia de imaginarios fascinantes. Luis Arturo Ramos escribió el ensayo en torno a la figura de Santa-

na Rodríguez Palafox, al que el pueblo llamó *Santanón* Rodríguez o *el Tigre de Sotavento*. Bandolero o "alzado", este mulato carismático fue el azote de los guardias rurales (sangriento flagelo del campesinado) galopando en los llanos y las cumbres entre Oaxaca y Veracruz. Tiempos convulsos aquellos en los que Porfirio Díaz mantenía en un puño a México, mientras Teodoro A. Dehesa fungía como jefe político de la entidad.

Narrador excepcional, Luis Arturo Ramos se adentra en la campaña que el poeta Salvador Díaz Mirón organizara para atrapar a *Santanón*, infructuosa acción resumida en certeras líneas que mueven a risa: "luego de cerca de 45 días de una persecución para él penosa, el vate desertó". En un escueto parte de guerra dirigido al general Ramírez, Díaz Mirón enlistó el botín producto de su más cercano encuentro con el enemigo, por si faltara algo, en un sitito llamado El Burro: "una cama de tablas, unas chaparreras, un metate, diversos cacharros, un tenate con comestibles y varios racimos de plátanos".

En 1922 Herón Proal atemorizó a los casatenientes del puerto de Veracruz al encabezar el Movimiento Inquilinario. Según lo explica Octavio García Mundo, "las protestas en contra de las excesivas rentas por parte de los activistas revolucionarios se habían quedado en el papel", razón por la cual "los inquilinos más explotados y las prostitutas son los primeros en oponerse enérgicamente a las altas rentas". El citado historiador presenta los puntos críticos de este recordado suceso que antes examinara en un ensayo mayor. La figura de Herón Proal se presenta con toda la fuerza que caracterizó sus radicales planteamientos de renovación social. Si bien este líder nació en Tulancingo (Hidalgo), su militancia política en el puerto jarocho lo ha convertido en parte de su imaginario. Arriba a Veracruz en 1903 después de licenciarse de la Marina Nacional, en la que sirvió a bordo del buque Zaragoza. En 1922 Proal ocupó la Secretaría General de la sección Veracruz del Partido Comunista Mexicano, convirtiéndose en un luchador obrero conocido y respetado. En opinión de

García Mundo, su quehacer es sinónimo de humanismo, para unos; líder fracasado, "hombre de mala ley", para otros. En otras palabras, Herón Proal encarnó la utopía en el Veracruz de los años veinte: "Ante las masas en lucha, con su único ojo sano, brillante, dominaba e imponía".

En un ensayo sustentado en información de primera mano, Armando S. López Macip examina el quehacer religioso y político del controvertido sacerdote orizabeño Rafael Rúa Álvarez. Aborda con acuciosidad la vinculación de este clérigo al proyecto pastoral de Rafael Guízar y Valencia, quinto obispo de Veracruz canonizado en el año 2006. Durante su juventud (vehemente orador y polémico escritor), Rúa Álvarez participó activamente en las acciones dirigidas a contrarrestar la política anticlerical instrumentada en Veracruz por el gobernador Adalberto Tejeda, en los años treinta.

La habilidad desplegada por Rúa Álvarez como párroco en Orizaba ocupa varias páginas del escrito de López Macip; detalla las distintas acciones altruistas que lo llevaron a convertirse en un líder social. Destaca a propósito sus actividades orientadas a que "en el interior de las empresas se instalaran altares y que una vez normalizada la situación en cuanto a la libertad de cultos, se celebraran misas en las plantas industriales en fechas significativas". Se ocupa también de sus esfuerzos conciliatorios que lograron el cese de las sangrientas pugnas intergremiales entre los obreros de Orizaba. Rúa Álvarez fundó escuelas católicas, promovió actividades culturales diversas, construyó un parque infantil y un teatro, así como la Escuela Normal Nocturna Orizabeña. Apoyó su trabajo pastoral promoviendo la creación de congregaciones religiosas en su ciudad natal, campo de su notable liderazgo social, no ajeno a las controversias.

La voz de Toña *la Negra* (nombre artístico de Antonia del Carmen Peregrino Álvarez) llenó toda una época de la canción romántica. Los claroscuros de su vida han sido centro de múltiples relatos legendarios. "La mezcla de talento, misterio y circunstancias –dice Andrea López Monroy en su artículo– la convirtieron en uno de los

personajes más populares de México y de Veracruz". Nacida en La Huaca, bravo y emblemático barrio del puerto jarocho, la cantante mostró desde muy joven los privilegios de su timbrada voz, con ecos de mar y de bullanga. El texto establece sólidos cimientos para emprender un abordaje biográfico de mayor alcance. A partir de un examen de las escasas fuentes disponibles, la autora detalla los aspectos centrales del ciclo vital de Toña, articulado siempre a su quehacer artístico.

Andrea López Monroy dedica páginas enteras a la vinculación de Toña *la Negra* con Agustín Lara, alianza de primera importancia para la historia de la música romántica mexicana, desarrollada al amparo de la xew, la famosa estación radiofónica fundada por Emilio Azcárraga, empresario que con acierto bautizara a Antonia del Carmen con su nombre artístico. Personaje de indiscutible entraña popular, "su inolvidable estilo discreto, casi imperceptible fue congruente con su época". Artista evocada con cariño que "transitó por la vida dejando tras de sí una estela de misterios".

Las miradas múltiples contribuyen a establecer en su correcta dimensión a las figuras populares que el imaginario colectivo construye a partir de la oralidad, como es el caso de *Juanote*, apodo cariñoso con el que los xalapeños conocieron a Juan Herrera Vásquez. Ése es el sentido de los testimonios que Rebeca Bouchez Gómez reunió con un grupo de entusiastas admiradores de este estibador, ejemplo de bonhomía y humildad a toda prueba que casi desde su infancia se dedicó a trabajar como "cargador de número", licencia que otorgaba el Ayuntamiento. Amigo de hombres de negocios, personaje ligado a la música, respetado por todas las jerarquías ciudadanas, *Juanote* encarnó la honradez, la responsabilidad y el respeto.

En efecto, según se señala en uno de los textos que integran esta especie de *collage*, son muchas las lecciones de vida que este personaje dejó. Se le ubica como ejemplo de la cultura del trabajo. Apegado a la tradición y a los principios de la convivencia social, su muerte fue llorada por Xalapa. Conoció todos los recovecos de esta ciudad,

construyendo su propio espacio al transitarla cotidianamente. Ubicado en la calle principal, estaba al alcance del interés colectivo. Roberto Williams García, Rubén Morante, Lourdes Hernández Quiñoñes, Vidal Elías, María Eugenia Domínguez Villegas y Rubén Ricaño expresaron sus miradas acerca de *Juanote*, como resultado del homenaje organizado en el vigésimo aniversario de su muerte. Se incluye también un poema de Myra Landou y fotografías de Roy Dudley.

El historiador Bernardo García Díaz traza los perfiles biográficos de dos destacados personajes de la cuenca del Papaloapan: el poeta Guillermo Cházaro Lagos y el guitarrista y laudero Cirilo Promotor Decena. El telón de fondo de sus textos es la historia cultural de la que fuera la señorial Tlacotalpan, y las vicisitudes que enfrentó la región durante buena parte del pasado siglo. El son jarocho (género musical que gana terreno en las llanuras costeñas desde las postrimerías de la época colonial) anima las páginas dedicadas a estos protagonistas de la cultura popular.

García Díaz ahonda en la "jarocha idiosincrasia" de la poesía de Guillermo Cházaro Lagos, observando que ésta no "fue una adquisición temprana". Sería preciso que "transcurrieran más de cuatro décadas de su vida" y que regresara a la costa veracruzana, "a los húmedos llanos ganaderos y a su mítico río, para que encontrara aquellos que iban a ser los grandes temas de su obra poética". Sobresaliente animador de la cofradía de decimeros, en opinión del autor, el recitar emocionado de Guillermo Cházaro "se ha vuelto imprescindible no sólo en Tlacotalpan, sino dentro del universo festivo sotaventino". Su obra, observa García Díaz, "ha disfrutado de la difusión que brinda la letra impresa, representa uno de los grandes valores de la oralidad y de la pródiga escritura del estado de Veracruz".

En el apunte biográfico de Cirilo Promotor (oriundo de la pequeña congregación de Mata de Caña) Bernardo García Díaz destaca sus dotes musicales y su extraordinaria habilidad de artesano cons-

tructor de jaranas, que lo llevaría a ser reconocido en 1996 como uno de los grandes maestros del arte popular en México y a obtener en 2009 el Premio Nacional de Ciencias y Artes. El autor examina con detalle su "estilo de vida muy antiguo, apegado a la naturaleza y a sus ritmos. No sólo se trataba de levantarse al alba y acostarse no mucho después de ponerse el sol [...] sino de cambiar las actividades de acuerdo con los ciclos estacionales y agrícolas que marcaban la época de siembra y de cosechas". El papel de maestro que Cirilo Promotor ha ejercido en las nuevas generaciones de cultivadores del son jarocho es subrayado por el autor, a partir de su labor en los talleres impartidos en la casa de cultura de Tlacotalpan. Indica en este sentido que "con su estilo callado y sobrio, dejaría una huella profunda en innumerables ejecutantes, algunos de los cuales se con-

sagrarían muy tempranamente".

Historiador acucioso de la cultura popular, Horacio Guadarrama escribió las semblanzas biográficas de Luis Pirata Fuente y de Francisco Rivera Paco Píldora, figuras imprescindibles del imaginario jarocho. Estrella indiscutible del futbol, bohemio empedernido aun a costa de su propio desempeño deportivo, el Pirata concita el comentario nostálgico, el anecdotario interminable y, siempre, el calificativo que detalla sus formidables jugadas. Genuino héroe del pueblo, Luis de la Fuente de Hoyos fue un mediocampista natural, muy peligroso en el "juego aéreo" y dueño de una poderosa patada, especialmente con la pierna izquierda. Fue de los primeros futbolistas mexicanos que jugaron en Europa, en el club Racing de Santander, en 1934. Debutó en el campeonato mexicano (temporada 1942-1943) con el club Marte. Para los porteños el Pirata se convierte en gran ídolo cuando en la campaña 1945-1946 llevó al Veracruz a su primer título, y después a ganar la copa en 1947-1948. El texto de Guadarrama pinta de cuerpo entero la imagen carismática de quien ha sido considerado el más grande futbolista mexicano, cuya estela deportiva y azarosa vida bien merecen un grueso volumen. El autor transcribe una crónica del notable periodista Francisco Mar-

tínez de la Vega (firmada con el seudónimo de *Pioquinto*) en la que describe su desempeño en un juego internacional: "Ver a Fuente es un espectáculo aparte. Tienen todos sus lances en la cancha un sello especial de calidad, que produce la sensación en el espectador de que así debiera ser siempre el futbol".

El estudio de la cultura popular del puerto de Veracruz se asocia necesariamente al nombre de Francisco Rivera *Paco Píldora*, cronista inigualable del que poco se ha escrito. Poeta vernáculo, charlista notable, periodista satírico, "tenía gracia, zumba, pimienta fina", como bien lo anota Horacio Guadarrama en un ensayo ampliamente documentado.

Redactaba y leía cada año el Bando Solemne del Carnaval –explica el autor– en el cual, además de dar a conocer públicamente el testamento de Juan Carnaval y de mandar línea sobre el comportamiento a seguir de todos los amantes de las fiestas carnestolendas, se pitorreaba sin ambages de las sacrosantas autoridades locales y de todo aquello que anduviera "chueco", ante la presencia de sus amigos de juerga, todos disfrazados.

Las tres obras fundamentales de *Paco Píldora* son *Veracruz en la historia y en la cumbancha*, con una selección de poemas jarochos (1957), Estampillas jarochas (1988) y Sobredosis de humor (1996), en verso. Escribió también "La noche", un cuento corto y los ensayos "Así nació la bamba" y "Algo sobre el danzón". También incursionó en el teatro, escribió varias comedias donde recrea el humor local. Cuando en los años sesenta Agustín Lara vivía en Veracruz con Rocío Durán, Francisco Rivera participaba en los programas de radio para la xew que se transmitían a control remoto desde la Casita Blanca, mientras fuera de ella la gente subía a los toldos de los automóviles y escuchaba en altavoces los programas. A éstos eran invitados Pedro Vargas, Toña *la Negra*, Alejandro Algara y Rebeca, Pepe Guízar y Amparo Montes, entre otros famosos cantantes.

Beisbolista estelar, ciudadano cercano a todas las clases sociales, Beto Ávila marcó su huella para siempre en la cosmovisión jarocha. Su nombre es sinónimo de disciplina y esfuerzo dirigidos, con definido propósito, al éxito. La afición mexicana siguió paso a paso su brillante carrera en las Ligas Mayores y en los diferentes circuitos nacionales e internacionales, en particular en 1954, cuando alcanza la cima al obtener la corona de bateo de los Indios de Cleveland. Las primeras andanzas deportivas de Beto Ávila se ligan a los tiempos legendarios del beisbol en Veracruz, en los que una pléyade de peloteros cubanos emocionaba a los fanáticos de los Rojos del Águila. Su destacado desempeño en la Liga Mexicana lo llevaría a jugar en Cuba, contexto en el que es apreciado su talento por los buscadores de las Grandes Ligas. Los habitantes de Veracruz guardan vivo recuerdo del apoteótico recibimiento que le brindaran a su arribo

El ensayo que preparé para este volumen se centra básicamente en su quehacer deportivo, referido a distintas épocas y escenarios del beisbol. Estas líneas no agotan, desde luego, su ciclo vital que, sin lugar a dudas, merece un estudio de mayor envergadura que debe incluir el detalle de sus múltiples redes sociales, así como el examen de su actividad política.

en 1954, después de obtener el más alto porcentaje con el bate en la

Liga Americana.

Este libro constituye una muestra significativa de la riqueza del imaginario popular del estado de Veracruz y retrata apenas una pequeña parte de la rica cantera de personajes que han ganado un sitio en la entraña del pueblo. En cada caso, es evidente que la dimensión de ellos merece el desarrollo de semblanzas biográficas más amplias. Dejando a un lado las perspectivas con las que los autores han enfocados sus ensayos, estimo que el resultado es útil para trazar nuevos derroteros en el estudio de la cultura popular de la entidad, tema que ha merecido escasa atención en las pesquisas de las disciplinas humanísticas en Veracruz.





(

Bandidos y poetas en los tiempos de don Porfirio



Luis Arturo Ramos



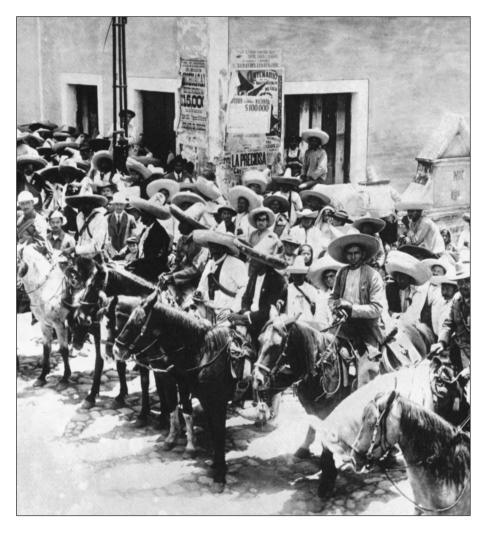


IMAGEN I. Escena de revolucionarios a caballo.

Procedan los facultativos al reconocimiento de los cadáveres emitiendo su informe sobre si están bien muertos. [Los facultativos responden] que todos presentan lesiones que determinan su muerte inmediata; que se encuentran ya en estado de descomposición [el cual] es el signo más característico de estar bien muerto.

Diligencias de identificación de los cadáveres de los bandoleros Santana Rodríguez y Eduardo Díaz

De Santanón a cimarrón

Santana Rodríguez Palafox nació al bandidaje en virtud del determinismo porfirista y a la fama pública por obra de las circunstancias que envolvieron su vida. Al margen de sus merecimientos de bandido o alzado, su leyenda se cocina en el perol de los medios aderezada por los ingredientes de quienes lo persiguieron y mataron al final de sus siete años de bandolero, justo a los tres meses de su incipiente aventura revolucionaria.

A pesar de su notoriedad internacional, Santana nunca abandonó "la feraz extravagancia del paisaje" sotaventino, como la igualmente extravagante retórica del periodismo modernista abundó en adjetivar. Santanón terminó siendo, más que un símbolo del escarmiento o una tipología del criminal en descampado, un fenómeno mediático al que las plumas más intencionadas se regodearon en construir. Con su gavilla de desarrapados usurpó durante cinco meses la representación de la barbarie que el régimen de Díaz intentaba eliminar hasta de la imaginación ilustrada. Fue en los periódicos capitalinos (y no en los llanos y sierras veracruzanas) donde el Tigre de Sotavento, pariente ontológico de aquel otro felino con residencia en Santa Julia, amenazó la condición edénica (en términos económicos, morales y hasta estéticos) de una región llamada a convertirse en ejemplo de la poca política y la mucha administración.

En tiempos de don Porfirio, los llanos y cumbres de Sotavento cabían holgadamente en los pergaminos escriturales de ciertas ilustres familias. El patriarca Teodoro A. Dehesa en ese entonces fungía, en estricto orden de importancia, como compadre de don Porfirio y gobernador del estado de Veracruz. Detentaba, como otros propietarios conspicuos, las tres cuartas partes de un territorio donde laboraba como "campesinos libres" el 78% de la población.

Los que conocieron a Santana lo identifican como "mulato" y aseguran que lo marcaban dos cicatrices de lesiones antiguas hechas, al parecer, con instrumentos cortantes. Una, situada tras la oreja izquierda; otra, en el dorso del antebrazo del mismo lado, justo arriba de la muñeca. Tenía la mano izquierda menos desarrollada que la derecha y su torso resultaba desproporcionado para el tamaño de sus piernas. "Ojos aceitunados, pelo negro, nariz afilada y alterada ligeramente en la parte media. Era de frente espaciosa, abultada y tenía una estatura de ciento noventa y seis centímetros." No por nada lo apodaban Santanón. No sabía escribir, pero sí firmar con su nombre y sus dos apellidos; el segundo de los cuales salido quién sabe de dónde, porque su mamá se llamaba María y se apellidaba Pérez. Santana nació en la hacienda de Horcones, congregación de Bellavista, municipio de San Juan Evangelista, en el sur del estado de Veracruz, algún impreciso día del mes de julio de 1879. Hasta su temprano matrimonio con una joven de Soteapan (que algunos juzgaron como "la más hermosa de la sierra"), cultivó con su madre una pequeña parcela y cuidó un esmirriado hato de ganado porcino y caballar.

Durante el Porfiriato, hasta cumplir con la ley podía resultar peligroso. Santana Rodríguez es un buen ejemplo de ello porque sus desgracias comenzaron aquel día de mayo de 1903 en que acudió a la tesorería municipal de San Juan Evangelista a pagar el "impuesto personal" a que estaba obligado todo ciudadano que ganara 35 o más pesos al mes. Dijo tener veinticuatro años, ser casado, oficiar de jornalero y vivir en Los Amates, congregación de la hacienda Buenavista, propiedad de un gringo de apellido Cokrell y administrada por un estadunidense de nombre Voigt Robert o Roberto Voigt. El caso

es que para diciembre del mismo año, siete meses después, el diligente y cumplido joven Santana fue aprehendido bajo una triple acusación: rapto y estupro en agravio de una joven del lugar, y abigeato. Para entonces, el cuidado de la propiedad privada y la protección de la moral y las formas públicas obligaba a perseguir de oficio los tres delitos. De ellos sólo queda registro de la tercera querella. Ésta la presentó el administrador de la hacienda Buenavista. A la larga, el chisme vernáculo se sublima en la leyenda y ésta atribuye a la envidia de Roberto Voigt el origen de las acusaciones. Celoso del capital y la consorte del joven Santana, el administrador urdió el enredo para quedarse con la mujer cuyo nombre aún ignoramos. Lo cierto es que ésta no volvió a aparecer ni para defender a su marido. La que trató de hacerlo fue María Pérez, madre del indiciado, la cual llegó a la cárcel de Acayucan con la multa fijada, aunque demasiado tarde para salvar a su hijo: Santana ya iba de leva rumbo a Oaxaca.

Si bien las causas de la aprehensión parecen oscuras y hasta contradictorias, las consecuencias resultan precisas. Santana Rodríguez fue consignado por el robo de una yunta de bueyes, encarcelado en Acayucan y remitido al 25° Batallón Federal de la 9ª Zona Militar con sede en Juchitán. Santana desertó y fue aprehendido poco tiempo después. Cuando escapó por segunda ocasión todavía ignoraba que sería la huida y no el bandidaje su profesión de vida. Lo que sí sabía era que sólo el monte y la gavilla podrían protegerlo como Dios manda. Cuando se incorporó a la banda de Dionicio (sic) Reyes, afamado ya en la zona como abigeo, había cumplido cabalmente con todas las asignaturas curriculares de los pobres: acusación-cárcelleva-deserción-persecución y "robo en colectividad". Pasarían muchos años antes de que tal categoría acabara sustituida por el concepto de "delincuencia organizada".

Nadie sabe con certeza lo acontecido durante los años que Dionicio y Santana recorrieron las montañas entre Oaxaca y Veracruz huyendo de los rurales, robando ganado y, posiblemente, asaltando en descampado. El último registro previo a su internacionalización

como bandido se remonta a 1908 y corre a cargo de su viejo amigo, el tesorero municipal de San Juan Evangelista, el mismo que cinco años atrás lo vio entrar en su oficina para pagar puntual sus impuestos y que a partir de tal momento se empecinó en recordarlo como un "joven alto, delgado, vestido de charro, con semblante risueño, [y] tan humilde y cariñoso" que le inspiró condonarle los impuestos atrasados. Frente a él, *Santanón* resumió en un alarde de talento su particular concepto del determinismo social y los alcances del oficio de perseguido:

Créame, señor, que me han hecho ladrón a la fuerza. Robé a don Marcelo Gómez dos mancuernas de vacas por primera vez, inducido por mi amigo Dionicio Reyes, y el producto de la venta lo dediqué a que mi madre fuera a Catemaco a rezarle a la Virgen del Carmen, para que le quitara a la justicia la idea de perseguirme, porque mientras más estuviera en el monte, más tenía que robar para mantenerme. La justicia aún me persigue, y yo sigo metido en el monte, en donde me tiene a sus órdenes como siempre.

De cimarrón a Tigre de Sotavento

El 30 de abril de 1910, un grupo de "comerciantes, agricultores y ganaderos" envió desde "Tlacotalpan de Porfirio Díaz" un "ocurso" dirigido al gobernador Teodoro A. Dehesa al considerar:

amenazados sus intereses de campo por el auge y desarrollo de los abigeos y asaltantes en el curso de los ríos Papaloapan y San Juan Tesechoacan [...] El último asalto y homicidio perpetrado [ocurrido el 6 de marzo] en aguas del río San Juan, en las canoas de Julio Mendoza, por una gavilla bien organizada de foragidos [sic] antes ya conocidos por reincidentes cuatreros. [Por tal motivo] los suscritos, fiados en el celo, patriotismo y justicia de su sana administración [solicitan] el establecimiento de un

cuerpo permanente de Rurales del Estado [...] a fin de perseguir abigeos y ser garantía para las canoas que comercian por estos contornos.

En efecto, el canoero Julio Mendoza, próspero comerciante que visitaba con sus cuatro canoas y ocho remeros los pueblos ribereños comprando, vendiendo e intercambiando productos y mercancías, había sido asaltado y asesinado ("de un disparo que le perforó el cráneo") por una partida de piratas pluviales. Los rurales acantonados en San Andrés Tuxtla aprehendieron a 29 personas, entre las cuales se encontraban dos mujeres. Un "chicuelo de apellido Díaz", al que los rurales colgaron por los pulgares, responsabilizó del crimen a *Santanón* y su gavilla luego de señalar el sitio donde se encontraba "enterrado y roto por hacha o cincel [...] el cofre de hierro del finado Julio Mendoza".

Si la gota que derramó el vaso de la preocupación local escurrió desde el río San Juan, no pasaría lo mismo con la que desbordó las orillas del recipiente nacional. Esto ocurriría un mes después, cuando Santanón, al mando de seis hombres, entre ellos "un negro cubano", asaltó el mismo día (mediante un doble y vertiginoso golpe de mano) la hacienda Buenavista, en Veracruz, y La Pomona, en Oaxaca. En la primera cobró con la vida de su detractor (el gringo -para algunos alemán- Robert Voigt, que seguía administrando la hacienda) aquella vieja cuenta pendiente. En La Pomona perdonó la existencia al gerente y súbdito, éste sí alemán sin lugar a dudas, Guillermo Gienger. De acuerdo con la nota diplomática que con fecha del 27 de junio remitió el encargado de negocios ad interim de la embajada de Alemania a la Secretaría de Estado, con copia a la de Relaciones Exteriores, Santanón se apoderó de 300 pesos en efectivo, una cabalgadura y "cosa de doscientos pesos en armas". El dato importa si se toma en cuenta el confesado interés del bandolero por abandonar la causa del bandidaje en favor de la que deseaba hacer suya, y a la que se incorporaría mes y medio después.

El 3 de julio *El Imparcial*, periódico capitalino dirigido por el bardo veracruzano Salvador Díaz Mirón, introdujo la reseña del asalto a las haciendas Buenavista y La Pomona con este párrafo: "Una nueva página de horror, de sangre y de pillaje hay que agregar a esa historia de crímenes que ha cometido el terrible facineroso *Santanón*, el tristemente célebre bandido, que ha organizado su gavilla en este estado". Además de acumular adjetivos, el corresponsal consignó la alarma de "los propietarios americanos" y terminó con una aterradora afirmación: "Ante los constantes asaltos de *Santanón*, los gerentes de las haciendas Santa Isabel y Taveo han tenido que emigrar, para no ser víctimas de la rapiña del bandido que no respeta nada y todo lo destruye". Un día después, *El Imparcial* atribuyó a *Santanón* la responsabilidad directa del asesinato del canoero Julio Mendoza.

La versíada o los cuarenta y cinco días de Díaz Mirón

Contemplada desde la capital del país, la rapiña impune atribuida a Santanón evidenciaba la incapacidad del gobernador Teodoro Dehesa para poner orden en su territorio. El hecho fue aprovechado por los diarios afines a las aspiraciones de Ramón Corral, entonces secretario de Gobernación, por la candidatura a la vicepresidencia que le disputaba Dehesa. Díaz Mirón, amigo de su paisano, pero consciente del futuro de su oponente, vislumbró la oportunidad de quedar bien con ambos sin enemistarse con ninguno.

Dueño ya de los adjetivos más viriles de la gramática castellana, don Salvador aspiraba a detentar también la gloria atribuida a la espada, y justamente inquieto por la situación de sus lares sotaventinos, obtuvo el permiso de don Teodoro y se propuso ante la federación como cabeza de la cruzada libertadora, bajo el argumento de que él solito, con un puñado de rurales y en menos de los quince minutos que estos casos exigen, sometería a la bestia apocalíptica representada por *el Tigre de Sotavento* y su cuadrilla de malhechores.

El 20 de junio el poeta Díaz Mirón apareció en Tlacotalpan dispuesto a perseguir al enemigo natural y jurado de "los ahorros de la Nación y el fruto del trabajo de tantos años de sosiego". Semanas después, desde San Juan Evangelista, patria y ombligo de la zona de operaciones de Santana, el vate compendió en una carta dirigida a su jefe, el general Ramírez, la nueva estrategia dispuesta para someter al elusivo bandido, ante el fracaso de las anteriores; y de paso, un breve recordatorio acerca de la razón fundamental de su presencia en la zona: "Suplico a usted que en mi nombre salude a nuestro gran presidente, a quien tengo tanto cariño como reverencia, y al señor ministro de Gobernación [Ramón Corral] al cual soy adictísimo".

Las malas lenguas y las buenas plumas llenaron los ojos de los letrados y los oídos de los analfabetos con mofas y leyendas en prosa y en verso, con octosílabos perfectos como los de Tablada, cuya jiribilla obliga a citar aquí: "Hay vates de pistolita/y vates de pistolón/Unos van a Santa Anita/y otros van a Santanón", o mediante ripiosas rimas con las que la voz popular subsana o corrige la falta de datos concretos y celebra los desencuentros e improbables encuentros entre "el bardo y el bandolero". La derrota de Díaz Mirón se yergue sobre el pedestal del octosílabo sotaventino, contra el que no pueden nada sus marciales endecasílabos. Nada más demoledor para el espíritu del poeta y sus ansias civilizatorias que las risotadas malhechotas de las coplas vernáculas, a cuya consonancia en "on" obligaban los apelativos de los involucrados. Más que por la historia regional, Santanón y Díaz Mirón quedaron unidos por el indisoluble lazo de la rima consonante.

La leyenda resume la infructuosa persecución en varias anécdotas que giran en torno a la capacidad del bandido para disfrazarse, hecho improbable dada su elevada estatura y la espontaneidad de sus apariciones, acción permitida por la topografía de la zona y el gusto que tanto perseguidor como perseguido sentían por el buen tabaco. De improviso en un descampado, o techados por el follaje montuno, o en la veranda de una casa pueblerina, un afable mocetón a pie o a caballo, tan cariñoso y diligente como el descrito por el tesorero de San Juan Evangelista, se apersonaba ante el vate y, sabedor de su

debilidad por los buenos Vegueros, le obsequiaba una caja. Ambos fumaban cara a cara durante algunos momentos, y antes de que el aromático humo de los puros se disipara, el espigado mocetón desaparecía en la oscuridad del monte. Era entonces cuando el poeta se percataba de que su inconspicuo benefactor había sido el mismísimo *Tigre de Sotavento*. La tarjeta que invariablemente acompañaba a la caja de finos Vegueros, o al rollito de humilde "tabaco recortado", lo confirmaba mediante un pareado malamente escrito: "Del bandido *Santanón*/al poeta Díaz Mirón". La presencia recurrente de los puros en estos esporádicos encuentros amerita explicación antropológica o psicoanalítica. La primera advertiría un rito entre guerreros enemigos; la segunda, quizás el préstamo simbólico de los tamaños que hacía falta para someter al bandido.

Luego de cerca de 45 días de una persecución para él penosa, el bardo desertó. En un escueto parte de guerra dirigido al general Ramírez, Díaz Mirón enlistó el botín producto de su más cercano encuentro con el enemigo, por si faltara algo, en un sitio llamado El Burro: "Una cama de tablas, unas chaparreras, un metate, diversos cacharros, un tenate con comestibles y varios racimos de plátanos".

Díaz Mirón regresó a Tlacotalpan de Porfirio Díaz a principios de agosto, y luego viajó hacia la capital para preparar la "hermosa oda épica" con la que conmovería a los asistentes a la inauguración del monumento a la Independencia.

De la gavilla a la guerrilla

Desde el frustrado levantamiento de 1906, reducidos grupos magonistas seguían operando en la sierra de Soteapan. La rebelión organizada y acaudillada por integrantes del Partido Liberal Mexicano (PLM) había aglutinado a miembros de diferentes sectores sociales. El movimiento fue sometido "en caliente" y sus dirigentes muertos, forzados a abandonar la zona o entinajados en San Juan de Ulúa. Para mediados de 1910, los magonistas realizaban a pequeña escala actividades de concientización y "acciones requisitorias" (cada

fe exige una retórica precisa) para la compra de armas. Una de sus prioridades consistía en liberar e incorporar a sus filas a los indígenas yaquis, vendidos como esclavos a los propietarios de haciendas azucareras y tabacaleras. Los alzados eran conocidos como *los Serranos* y operaban bajo el mando del "jefe" Hilario Salas y de su lugarteniente, el coronel Cándido Donato Padua.

No obstante que actuaban en la misma zona, no fue sino hasta el 19 julio de 1910 cuando la gavilla de *Santanón* entró en contacto con los magonistas. Antes de esa fecha (apenas el 14 del mismo mes) el bandolero había suscrito, por interpósita persona, un plan antirreeleccionista con los maderistas de la región. Sus simpatías por las causas sociales las había manifestado a medio monte a un aterrado agente viajero, cuando le anunció que ni él ni sus compañeros tenían nada que temer, "pues él no pensaba perjudicar a los pobres [...] Sólo tenía pensado colgar a todos los ricos que cayeran en sus manos". De ahí, tal vez, su incomprobada fama de *Chucho el Roto* llanero y la razón por la cual, de acuerdo con el propio Díaz Mirón, "toda la gente del campo lo protege y gracias a ello ha podido escapar hasta ahora".

Desde el 10 de julio *Santanón* había mandado recado al coronel Padua anunciándole su deseo de incorporarse a sus *Serranos*. Cándido Donato Padua bajó de la sierra la noche del 18 con algunos hombres a su mando para esperarlo. *Santanón* apareció la madrugada del 19 y le manifestó de inmediato no tener "compromisos políticos con nadie", para refrendar "que únicamente se defendía de las fuerzas del gobierno y que conforme lo persiguieran tenía que robar para él y los suyos". Por su parte, Padua expuso sus vínculos con el Partido Liberal y advirtió que estaba a punto de estallar un movimiento general para derrocar a Porfirio Díaz. El proyecto agradó al bandido y formuló "un pacto de alianza".

Pero mientras los Flores Magón celebraban calurosamente su incorporación a las fuerzas revolucionarias, otros, más cautos, razonaban sesgada o abiertamente su recelo. Fue Hilario Salas, cabeza del

PLM en la zona, el que sintetizó los peligros y beneficios del pacto en una carta enviada a Donato Padua:

Me parece su entrevista con *Santanón* magnífica, posible es que preste valioso contingente, pero la relación con él debe ser muy privada, porque este amigo está colocado en una situación bastante peligrosa por los asesinatos que cometió (tratándose más del americano), creo prudente que no haga ningún movimiento ahorita mientras me dan aviso de la fecha en que se hará.

Se refería al levantamiento general convocado por Madero y que se había pospuesto en diversas ocasiones en espera de condiciones más propicias.

A partir de ese momento *Santanón* y su gavilla, ya incorporados a la causa magonista, se concentraron en el campamento general de la sierra de Soteapan y permanecieron ahí buena parte del tiempo empleado por Díaz Mirón y sus rurales en buscarlo por la sabana. Padua leyó con aire festivo la nota de primera plana de un periódico capitalino que consignó el encuentro a balazos que el vate había sostenido con la gavilla del *Tigre de Sotavento*: "Si no estuviera aquí con ustedes –comentó *Santanón* a *los Serranos*— seguramente creyeran esta noticia".

Las dos misiones de Santanón

El 24 de septiembre el coronel Padua ordenó a *Santanón* "expedicionar las faldas de la sierra, acompañado de sus inseparables guerrilleros Eduardo Díaz y Fermín Cortés, así como de una escolta de seis hombres al mando de Espiridión Pérez [...] La expedición tenía por objeto conocer de vista el sitio que [Padua] le había indicado [a Praxedis Guerrero] para el desembarque de las armas", procedentes clandestinamente de Nueva York o Nueva Orleáns. El sitio elegido fue la barra de Sontecomapan, al pie de la sierra de Soteapan. Tenía *Santanón*, además, encomendado abrir una brecha por la falda de la

serranía, hasta alcanzar la otra vertiente, a cuyos pies se encuentra San Andrés Tuxtla, plaza que pensaban tomar en cuanto se diera la orden del levantamiento general.

Santanón regresó diez días después aquejado por el paludismo. No obstante, acordó con Padua la conveniencia de liberar e integrar al contingente magonista a un grupo de yaquis que desempeñaban trabajos forzados en la finca azucarera San Carlos, próxima a Jáltipan, Veracruz. Al día siguiente, el 6 de octubre, Donato Padua salió del campamento acompañado de cuatro de los suyos, para no despertar sospechas durante el largo trayecto a recorrer. El jefe serrano pensaba, como en efecto sucedió, incrementar su guerrilla con magonistas acampados en las inmediaciones de la finca.

El 11 de octubre Padua y su gente arribaron a la finca San Carlos, y la noche del 12 atacaron y sometieron sin mucha dificultad a los guardias. Liberaron a "veinticinco hombres y catorce mujeres con muchos pequeñuelos de varias edades y sexos" que dormían en el terreno acorralados por un cerco de púas. Padua advirtió al instante la situación y trató de dejar abandonadas a las mujeres y niños para no entorpecer el regreso a la sierra. La velocidad de la marcha resultaba obligatoria para evitar que los rurales les cortaran la retirada o los alcanzaran; pero los yaquis le rogaron no dejarlos atrás porque sufrirían las consecuencias del golpe a manos de "sus burlados amos".

Padua reconsideró y aceptó transportarlos río abajo en las dos canoas dispuestas para el caso. El trayecto se realizó con ominosa lentitud ante la falta de gasolina para que la canoa con motor remolcara la segunda embarcación colmada de fugitivos. Al amanecer del día siguiente llegaron con retraso al punto donde habrían de desembarcar. La lenta marcha a pie se dificultó aún más debido a las deplorables condiciones del camino.

Para la noche del 14 de octubre, fecha en que deberían haber alcanzado el campamento serrano, guerrilleros y libertos habían cumplido apenas la mitad del trayecto. Padua ordenó un alto para descansar y mandó a algunos de sus hombres a conseguir bastimento.

Media hora después, los vigías magonistas avistaron a los rurales. Donato Padua y ocho de sus muchachos se desplegaron y los esperaron pecho a tierra. "Protegidos por la abundante maleza y ayudados por la luz de la luna, que en esos momentos alumbraba divinamente", los mantuvieron a raya. Los Serranos hicieron huir al enemigo luego de causarles algunos muertos y heridos, y tomaron prisionero al guía de los rurales quien informó de la proximidad de los soldados. Ante la situación y consciente de sus propios heridos, entre ellos una mujer encinta, Padua ordenó reemprender la marcha y, con el fin de evitar nuevos encuentros con el enemigo, reorganizó la retirada por otro camino. De nuevo rumbo a la sierra, mandó aviso a Santana indicándole que estuviera pendiente de su llegada para salir de inmediato a emboscar a sus perseguidores.

Santana, temeroso de que —en palabras de Padua— le ocurriera lo que a los jinetes en las carreras ("el que se quedó, se quedó"), se apresuró a auxiliar a su coronel ignorando no sólo sus órdenes, sino que éste había modificado la ruta de escape. El 16 de octubre bajó de la sierra con un contingente de 59 hombres del que formaban parte sus inseparables Fermín Cortés y Eduardo Díaz.

El 17 de octubre, a eso de las once, Santana llegó al sitio ocupado tres días antes por el campamento de Padua. Esa misma mañana, avanzando desde la dirección opuesta, el coronel Jasso, al mando de 29 hombres adscritos al 24º batallón de las Fuerzas Estatales, entró a Huazuntlán, población localizada a dos kilómetros del sitio donde se encontraba Santana. El coronel Jasso se percató de la gran cantidad de plumas de gallina acumuladas detrás de una casa; al preguntar a los lugareños la razón del desplumadero, éstos le informaron que el día anterior se había celebrado una boda. Jasso sospechó y apresuró el paso. Minutos después su vanguardia, compuesta por seis rurales de la federación, avistó a los magonistas entretenidos en recoger las chácharas que los yaquis habían abandonado en el campamento. El tiroteo se desató al instante y luego de cuarenta y cinco minutos de combate, los magonistas se dispersaron dejando en el

campo nueve cadáveres, entre ellos los de *Santanón* y sus fidelísimos Eduardo Díaz y Fermín Cortés.

La muerte de Santana, como sus inciertas actividades, tiene varias versiones, todas ellas confusas y hasta contradictorias. Tanto como a la bala que lo mató, su muerte obedeció al entusiasmo, a la desobediencia y a los malos entendidos. Un testigo ocular, seguramente miembro del 24° batallón, relató a un diario de la capital los acontecimientos, tres meses y medio después de ocurridos. El testigo asentó que el propio coronel Jasso cargó contra Santanón, el cual, al advertir la arremetida, le apuntó con su rifle; "pero un soldado del 24°, apellidado Curiel, disparó instantáneamente sobre el bandido, que al recibir el tiro rodó por el suelo". Curiel "brincó sobre Santanón y con el marrazo le dio un terrible golpe sobre el carrillo derecho". De acuerdo con el testigo, las últimas palabras del bandolero fueron: "No me coman". En la nebulosa de la agonía, sometido luego de una extenuante y larga cacería de siete años, Santana Rodríguez temió sufrir la suerte de la presa. Pero los rurales, cuyo comportamiento en el combate había merecido la furia del coronel Jasso, no devoraron a Santana sino que lo remataron a tiros. Lo mismo hicieron con Eduardo Díaz, su lugarteniente y amigo hasta la muerte.

El parte militar suscrito por el coronel Jasso consigna austeramente las acciones con el escueto estilo de la profesión:

Tengo la honra de participar a usted que hoy a las 11 am y a mil quinientos metros al norte de la congregación de Huazuntlán, municipio de Mecayapan, cantón de Acayucan del estado de Veracruz, fuimos atacados por sorpresa por los bandidos que, a las órdenes de Santana Rodríguez, se encontraban parapetados en el lugar [...] después de cuarenta y cinco minutos de mutuo ataque y muertos los primeros cabecillas, se dispersaron por el monte [...] En mi concepto los bandidos era de setenta a ochenta hombres.

23/08/10 10:28

31

El Imparcial del 22 de enero de 1911 prestó sus páginas a la versión del más tenaz persecutor del bandido, el recientemente ascendido a mayor Francisco Cárdenas, el mismo que dos años después de la entrevista participaría de manera activa en los asesinatos de Madero y Pino Suárez:

El señor Cárdenas nos dijo [...] que entre las diez y once de la mañana, la primera descubierta de rurales dio alcance a los facinerosos [...] Inmediatamente rompieron fuego contra ellos, siendo contestado por el enemigo. *Santanón* y sus secuaces se parapetaron, entonces entró a la refriega el señor Cárdenas quien de un certero balazo logró poner fuera de combate al terrible *Santanón*.

La tercera versión de los hechos corrió a cargo del coronel Donato Padua. En ella los bandidos, con *Santanón* a la cabeza, porque *los Serranos* huyeron a los primeros tiros, cargaron a pecho descubierto contra las fuerzas militares alineadas en posición de tiradores.

Colofón

El coronel Jasso mandó hasta Acayucan, a lomo de bestia, ocho de los nueve cadáveres para que la autoridad competente procediera a decidir cuál de todos era Santana y cuál su lugarteniente. La filiación de los otros parecía no importar mucho. El noveno cadáver presentaba tan avanzado estado de descomposición que se volvió imposible su traslado. Tampoco importaba mucho, porque a partir de la prueba irrefutable de la putrefacción, el noveno cadáver también "estaba bien muerto".

El juez de primera instancia del cantón de Acayucan ordenó fotografiar los cuerpos; sin embargo, no aparece por ningún lado algún testimonio gráfico de la exacta catadura de *Santanón*. Don José María Leyva, farmacéutico constituido por *default* en médico forense, constató que Santana Rodríguez recibió cuatro heridas de bala: una

"en el frontal derecho en la línea donde comienza el nacimiento del cabello" (que seguramente sería crespo y apretado, "pasita", como dicen por los alrededores), otra en el hombro derecho, una más en la línea media del esternón y otra a cuatro centímetros de la anterior. Todos los proyectiles lo atravesaron de lado a lado, aunque nomás tres de ellos, a diferencia de lo ocurrido con Rosita Alvírez (muerta, por cierto, diez años antes), hubieran podido causarle la muerte. La última herida consignada en las *Diligencias* fue producto de la bayoneta que buscó su cara. El marrazo entró por el labio de arriba del lado derecho y en su camino ascendente alcanzó la oreja del mismo lado, destrozando de paso parte del maxilar superior.

La enumeración no refleja necesariamente el orden en que ocurrieron las lesiones. Las heridas de bala en el pecho y aquella que le "atravesó la masa cerebral y salió por la intersección del parietal derecho y el occipital", difícilmente pudieron ser causadas en la refriega. En este caso la bala buscó la sien para rematarlo y regalarle de paso la gracia de un descanso que ni la propia Virgen del Carmen alcanzó a concederle. La proximidad de los orificios de las balas que traspasaron el pecho confirma que sus más empecinados persecutores, los rurales del cabo Cárdenas, lo remataron a muy corta distancia. Resulta obvio que el balazo en el hombro lo desarmó y el bayonetazo, a juzgar por la estatura de Santana y la dirección ascendente "desde el labio superior hacia la oreja derecha", fue infligido cuando aún permanecía de pie. La petición de "No me coman", escuchada por el testigo ocular, se tambalea. Nadie en esas condiciones atroces perdería su tiempo en otra cosa que no fuera una solicitud a nuestra Señora de Catemaco.

Los impactos que terminaron con su lugarteniente presentan características similares y permiten inferir un procedimiento semejante; también sostienen la versión de que ambos fueron rematados. Eduardo Díaz murió de tres balazos en el lado derecho del pecho, a una distancia de tres centímetros uno de otro y con un tiro en el parietal izquierdo. Diana perfecta que ameritaría una felicitación en cualquier práctica de tiro.

En las ropas del *Tigre de Sotavento* los soldados encontraron y remitieron al juez de Acayucan un documento firmado por Ricardo Flores Magón y Praxedis Guerrero en Los Ángeles, California, fechado el 20 de septiembre de 1910. Ambos jefes del Partido Liberal Mexicano, auspiciados por el lema "Reforma, libertad y justicia" y "En nombre de la causa de la emancipación de México", acreditaban a Santana Rodríguez como "comandante militar de los grupos revolucionarios que organice". Lo que no asientan las *Diligencias* es que tenía treinta y un años en el momento de su muerte.

El 14 de enero de 1930, Adalberto Tejeda, gobernador constitucional del estado de Veracruz, firmó un decreto mediante el cual ordenaba que la villa de San Juan Evangelista llevara el nombre de villa Santana Rodríguez, "en homenaje a uno de los precursores de la Revolución en el estado". Hasta la fecha el pueblo, centro geográfico del solar sotaventino, sigue viviendo bajo la égida del santo evangelizador y Santana Rodríguez reaparece de vez en cuando, por biografía y epidermis, como un oscuro bandolero apodado *Santanón*.

Bibliografía

Barrera Bassols, Jacinto. El bardo y el bandolero: la persecución de Santanón por Díaz Mirón, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1987.

Flower Salamini, Heather. *Movilización campesina en Veracruz* (1920-1938), México: Siglo XXI, 1979.

Velázquez Liceaga, Amelia. Santanón: ¿héroe o bandido?, tesis de maestría, Xalapa: Universidad Veracruzana.

Agradecimientos

Agradezco a Jacinto Barrera Bassols, Amelia Velázquez Liceaga y a Heather Flower Salamini la información y los datos utilizados en esta crónica a destiempo.

35





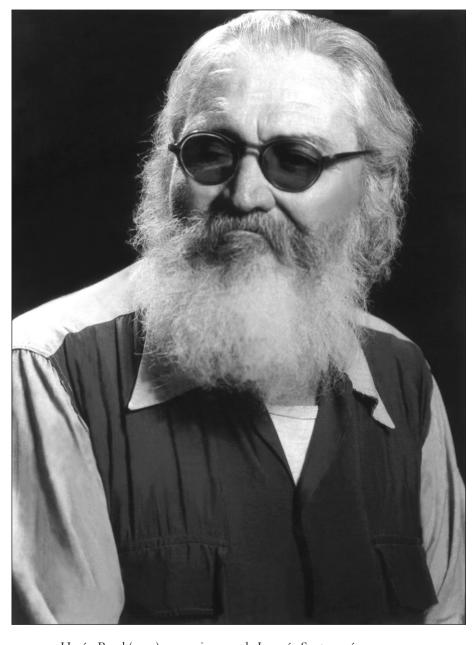




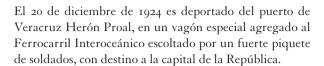
Z

Octavio García Mundo





ıмаден іі. Herón Proal (1950) en una imagen de Joaquín Santamaría.



Rafael Ortega Cruz, Las luchas proletarias en Veracruz

¿Quién fue este hombre y por qué fue deportado varias veces del puerto de Veracruz y vigilado hasta por un alto mando militar, como el general Arnulfo R. Gómez? ¿Por qué sufrió constantes amenazas a su vida e intentos de asesinato y soborno?

Herón Proal nació en Tulancingo, Hidalgo, el 17 de octubre de 1881. Llegó al puerto de Veracruz en el año de 1903, instaló una sastrería y comenzó su lucha a favor de los obreros, la cual alcanzó momentos culminantes en 1922, cuando destacó a nivel nacional como líder del Movimiento Inquilinario del Puerto de Veracruz.

Este luchador social no surge de la nada: en 1894, es decir, a los trece años, trabajó como empleado en un establecimiento de la ciudad de México y después instaló por cuenta propia un "changarro"; desde esa época "ya sustentaba ideas comunistas, porque había leído muchos libros disolventes", según declaró en una entrevista a la revista *Sucesos*.

En 1897 se alistó de marinero en la Armada Nacional y perteneció a la tripulación del barco de guerra Zaragoza; cuando se licenció, se estableció en el puerto en el año 1903, como quedó asentado antes.

El problema de la vivienda y las rentas en la ciudad de Veracruz, hacia 1922, mostraba diversos aspectos. Por una parte, las condiciones de insalubridad e inseguridad que presentaban las vecindades eran altamente alarmantes, como veremos más adelante; por otra, el precio del alquiler era desorbitado y los propietarios no daban man-

tenimiento a las viviendas ni otorgaban garantías de seguridad a los inquilinos. Además de estas circunstancias, en virtud de la vigencia de una ley civil promovida y promulgada en 1920 por el gobernador Antonio Nava, que derogaba la impulsada por Cándido Aguilar en 1917, los propietarios podían, al amparo de las disposiciones de este ordenamiento legal, lanzar a la calle a los inquilinos con base en subterfugios legaloides, sin reconocer derecho alguno que pudiera concederles su antigüedad como arrendatarios.

Ante la posibilidad de obtener mayor lucro por las infectas habitaciones que alquilaban, los dueños de las viviendas, aprovechando la coyuntura que la vigencia de la ley civil —totalmente enemiga de los inquilinos— les brindaba, desalojaban a los morosos o trataban de imponer alzas desmesuradas en el precio de las viviendas, acciones que el morador se veía obligado a aceptar ante la disyuntiva de ser desalojado —sabiendo lo difícil que le sería conseguir una nueva habitación— o pagar el nuevo y leonino precio de alquiler que se le requería. La escasez de espacios para vivir era un arma contundente en manos de los propietarios.

He aquí algunos textos periodísticos de *El Dictamen* que confirman nuestros asertos:

Por vencimiento de contrato se promovió el juicio. No por falta de pago, sino por el vencimiento de contrato fue promovido juicio de lanzamiento. Probable arreglo extrajudicial entre las dos partes [...] Una pobre anciana fue arrojada del cuarto que habitaba [...] el presidente municipal la quiso ayudar, pero ya habían sacado sus cosas del cuarto y se tuvo que ir a vivir con una vecina que le dio cobijo [...] Dos demandas contra inquilinos que no pagan las rentas. Debían, uno desde julio y otro desde octubre. El juez les dio diez días para pagar las deudas o el lanzamiento [...] Un administrador de casas fue acusado y quedó detenido. La señora Juana García acusó a Florencio Domínguez de que la engañó, pues le pidió la casa que renta para ha-

23/08/10 10:28

40

(

cer reparaciones y no la quiere volver a dar, no obstante contrato y estar al corriente en sus pagos [...] Con fianza y depósito vive un inquilino, pero será lanzado. El inquilino Daniel Vázquez, del patio "Tanitos" de la calle de la Palma, al presentar su escrito de amparo contra el acuerdo del juez, hizo constar que tienen en poder los señores Cangas hermanos, propietarios del predio en cuestión, dos meses de renta adelantados, además la fianza de la señora Mercedes Rodríguez Malpica [...] Un huésped que no paga el cuarto acusó a la dueña de la casa. Dice el quejoso que no está en huelga sino únicamente por carecer de trabajo, hace meses que no le paga a la señora Rosa Tibulero viuda de Tejada [...] Un inquilino que apela a la pistola cuando le cobran. José Aguilar, un inquilino de la casa de huéspedes "La Paloma" [...] Un fiador que pagará más de mil pesos de rentas vencidas [...] tienen que liquidar la cantidad de mil ciento cincuenta y cinco pesos por concepto de renta de casa que la señora María Cruz González quedó a deber en el espacio de 16 meses.

Llama la atención que otros iniciadores del Movimiento Inquilinario también eran marineros, como Proal, pertenecientes al vapor nacional Tehuantepec: Nicolás Sandoval, José Serralta, Macario López y Pedro Ruiz (este último ejecutado en Mérida con Carrillo Puerto, el 3 de enero de 1923), miembros de la Unión de Marineros y Fogoneros del Golfo, en su mayoría radicados en Veracruz y que en su estancia en Yucatán tuvieron conocimiento del problema inquilinario en Mérida y de la ley inquilinaria que, como paliativo, se aprobó en esa entidad.

En relación con lo anterior, el trabajo de organización política de Proal le debió haber permitido conocer de la problemática inquilinaria en Yucatán ya que, como escribió Araiza: "Rafael García *el Negro*, Miño Olivares, y otros muchos más, fueron testigos de la labor de Herón Proal en ayuda de las organizaciones de los trabajado-

res de la zona marítima, desde la Unión de Marineros y Fogoneros del Golfo [...] hasta llegar a la Federación de Obreros de Mar y Tierra". Además de que Macario López fue integrante del Sindicato Revolucionario de Inquilinos.

Porfirio Sosa Osorio, miembro del Partido Comunista y uno de los más cercanos colaboradores de Proal, platicó que por esos primeros años del siglo xx vivía en la casa del líder un activista peruano apellidado Montoya, que lo ayudaba en la edición de un periódico dirigido a los trabajadores del puerto. Por su parte, Luis Araiza escribe que "a iniciativa de la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal, se convoca al Primer Congreso Preliminar Obrero en el puerto de Veracruz, del día 5 al 17 de marzo de 1916, en el cual quedó constituida de manera provisional la Confederación del Trabajo de la Región Mexicana, antecedente de la ском". En ese primer congreso preliminar Herón Proal es electo como presidente de la directiva. Para el año de 1922, era Secretario General de la Sección en Veracruz del Partido Comunista. Las inquietudes políticas y el activismo social de hombres como él se enmarcaban e interrelacionaban con un México convulso y en un mundo incipientemente caracterizado por un capitalismo imperialista y que, por otra parte, empezaba a conocer las ideas socialistas del anarquismo y el marxismo.

La expresión "tránsito al imperialismo" debe su celebridad principalmente a los análisis hechos por liberales como Hobson y socialistas como Lenin. Esta frase fue la expresión de las nuevas necesidades del capitalismo occidental en su relación con el resto del mundo. Ahora lo importante, además de seguir comprando a precios muy bajos las materias primas destinadas a la industria o artículos coloniales valiosos y vender los productos de la industria occidental a buen precio, era exportar a aquellos países los capitales disponibles o sobrantes, resultantes de la expansión de la producción moderna en Occidente.

La era del libre comercio se había cumplido; la competencia entre las naciones se endureció todavía más. Por eso las potencias

42

recurrieron al proteccionismo y se enfrascaron en conflictos de "redistribución del mundo", lo cual las llevó a la Primera Guerra Mundial.

Esta nueva fase del capitalismo profundiza la subordinación y explotación de los países dependientes, como México. La situación económica de campesinos, obreros y clase media se torna insoportable, por eso inician una revolución en nombre de una idea de república diferente a la de los conservadores y sus socios extranjeros.

No obstante el movimiento armado, la situación económica, social y política del país aún era precaria: México estaba saliendo de los conflictos militares propios de una revolución inconclusa, como la califica Adolfo Gilly, que había dejado un millón de muertos y paralizado la producción del campo y de la incipiente industria. En el terreno político, los militares peleaban entre sí para hacerse del mando y entraban en componendas con quienes detentaban el poder económico y político del antiguo régimen, dejando de lado los ideales de una verdadera transformación del país, como la planteaban Zapata, Madero y Villa. Esas realidades socioeconómicas subsistentes, serán caldo de cultivo para que se difundan y arraiguen en la clase obrera las ideas socialistas, como alternativas para remediar la situación de subordinación, opresión, explotación y miseria de la inmensa mayoría de mexicanos.

Uno de esos problemas no resueltos era el de la escasez de viviendas y las altas rentas en el puerto de Veracruz, lo cual no era privativo de esa ciudad, sin embargo por diversas circunstancias se había agudizado en ésta: "por el auge económico debido a las actividades marítimas como primer puerto de la República, por la ocupación constitucionalista en 1915 y su transformación en capital de la república al arribo de don Venustiano Carranza" —señala Ortega Cruz—, pero sobre todo por el aumento demográfico en el puerto jarocho, debido a que buena parte de la población rural fue empujada hacia las ciudades huyendo de la violencia en el campo:

Por lo cual pasa de 29 164 habitantes en 1910 a la cantidad de 54 225 en 1921. Este aumento poblacional es aprovechado por los dueños de patios de vecindad, viviendas y hasta de casas de huéspedes y hoteles, en su mayoría en manos de españoles, para aumentar las rentas hasta en un 500%, es decir, para especular con la necesidad de viviendas de la población.

La mayoría de los obreros porteños tenían un salario entre 1.63 y 2.91 pesos por día. Los empleados federales de correos de menor categoría ganaban 2 pesos diarios, o sea, 60 pesos mensuales. La brecha entre salarios y costo de vida se podría apreciar con el siguiente dato: las rentas en los patios de vecindad fluctuaban entre 15 y 35 pesos, y el precio de los zapatos más baratos era de 5 pesos. Es decir, un obrero tenía que destinar en promedio de 25 a 50% de su salario sólo para pagar la renta. Además, se enfrentaba un desempleo galopante: "con motivo de la crisis [...] varias empresas comerciales han comenzado a dar de baja a sus empleados y a otros les anuncian que dentro del término legal de un mes, quedarán sin colocación".

El 25 de abril de 1922 *El Dictamen* comunica que se redujo a la mitad la cantidad de obreros que trabajaban en la zona federal. Por otra parte, no era nada nuevo que los políticos ganaran sueldos exorbitantes con respecto al salario de los obreros.

Piden aumentarse el sueldo los regidores

El alcalde \$500 y los ediles \$300 (mensuales) porque eso ganaban como obreros. Propuesto por el alcalde y aprobado por unanimidad. En ese mismo mes de enero, el 5, llegan los reyes magos: los magistrados se habían aumentado el salario [...] ganarán 800 pesos.

Las amas de casa serían las más afectadas por la desmedida ambición de los rentistas ya que, además del alza desmesurada en las rentas, las condiciones de salubridad eran pésimas: falta de agua corriente, uno o dos baños para un patio de vecindad con 100 ó 150 personas, estado ruinoso de los cuartos de tablas. Esta situación, entre otras, les hacía la vida imposible a ellas, a sus hijos y esposos. Se piensa que ésta es la razón principal por la cual las mujeres representaban la mayoría en el Movimiento Inquilinario. No sólo era un problema de sus esposos y el bajo salario en sus trabajos; sino era una problemática que vivían cotidianamente. Además, otro resultado del proceso revolucionario fue el descenso de la población masculina; los censos de población del estado de Veracruz de los años 1910 y 1930 nos informan que para 1910 había 493 495 hombres y sólo 487 535 mujeres; en cambio, para 1930 había 685 145 hombres y 692 150.

Un editorial del periódico *El Dictamen* que ataca a Proal y al Sindicato Revolucionario de Inquilinos demuestra, sin proponérselo, la magnitud del problema de las viviendas y las rentas, y sobre todo, la postura política del mencionado periódico:

Resolver este problema no es cuestión de reunir a los sufrientes y aconsejarles que no paguen las rentas [...] entonces ¿dónde nos meteríamos? Dos terceras partes de la población de Veracruz vive en montón, incómodamente, sin bastante aire, sin bastante luz [...] tenemos que resignarnos con lo que hay y pagar lo que nos piden por ello, empujados y urgidos por la necesidad.

La huelga contra el pago de rentas estalla el 5 de marzo de 1922; a mediados de mayo del mismo año el gobernador del estado, Coronel Adalberto Tejeda, envía una comisión para investigar la situación de los inquilinos. De las visitas efectuadas a los patios de vecindad por dicha comisión, acompañada de algunos propietarios de patios y dirigentes del Sindicato Revolucionario de Inquilinos, el periódico El Dictamen elabora dos amplios reportajes; en ellos no puede ocultar la realidad que se vivía, debido a la presencia de los enviados gubernamentales. De dichos reportajes citamos algunos párrafos:

45

Viaje dantesco a través del infierno conocido vulgarmente por Los Patios

Las inmundas pocilgas que son vergüenza de Veracruz, cotizadas como si fueran palacios [...] Las accesorias son de madera comprada hace probablemente un millar de años; no tienen puertas [...] Estas accesorias costaban en 1910, solamente \$10; en 1918 ganaban \$15, en la actualidad van de \$30 a \$35 [...] Dentro hay lo que se llaman cuartos [...] costaban anteriormente \$6, hoy se cobran \$15 por cada uno, se calcula una población igual al patio Variedades (150 vecinos) y tienen para el servicio un baño y un inodoro [...] Hay un cuarto que habita un señor Porfirio [...] mide escasamente las dimensiones de una sepultura [...] no puede dormir en cama, porque no cabe dentro y duerme sobre tablas, y por ese cuarto, le cobran mensualmente \$12.50. Con el mayor entusiasmo del mundo, Porfirio tenía que irse a la huelga.

La inducida escasez de viviendas (debido a que ni se construían ni reparaban por el afán de lucro) dio como resultado los altos costos de las rentas, que no fueron originados por las leyes de la oferta y la demanda. Esta situación era añeja en Veracruz. En el año de 1915, el gobernador del estado, general Cándido Aguilar, había expedido varios decretos para tratar de solucionar dicha cuestión. Uno de ellos, el número 34 del 10 de julio de 1915, consignaba en su parte medular: "Lo que ha dado lugar a que muchos propietarios, por inmoderado afán de lucro pretendan subir sin consideración alguna el precio de las rentas [...] Por lo que se decreta lo siguiente: Artículo primero. Se restringe a los propietarios [...] el derecho de aumentar las rentas y pensiones en más del diez por ciento". La medida del gobernador provoca la reacción de los propietarios de patios de vecindad y de viviendas, que en octubre de ese año pidieron "se les deje en libertad de fijar las utilidades que debe obtener el capital invertido en sus propiedades".

Por su parte, Venustiano Carranza, el 15 de diciembre de 1916, en la ciudad de Querétaro, expide los decretos que modifican la *Ley de pagos* vigente. En uno de ellos determina: "Respecto a las casahabitaciones, se establece que las rentas de \$30.00 o menos se reducirán un 40% de su anterior valor; las rentas de \$30.00 a \$50.00 se reducirán a la mitad y las mayores de \$50.00 pagarán el 75%".

Los inquilinos porteños también responden y en diciembre de ese mismo año de 1916 publican un llamamiento para formar el Sindicato de Inquilinos. Entre los firmantes de este manifiesto se encontraba Úrsulo Galván, futuro dirigente campesino y miembro del Partido Comunista. El sindicato es constituido el 26 de dicho mes y el día 30 envía un memorándum al gobernador del estado Cándido Aguilar, en el cual abordan el problema y explican las artimañas de que se valen los propietarios para eludir la ley, aumentar las rentas y desalojar a los inquilinos que no pueden pagar los incesantes aumentos y piden, entre otras cosas:

Segundo. Se nombre una comisión compuesta por un miembro del H. Ayuntamiento, un médico, un ingeniero, un vecino de la localidad y un propietario para que en vista del estado [...] de las fincas [...] dictaminen sobre si son habitables o no, y en caso de serlo, que valoricen el importe de las rentas [...] siendo también facultad de dicha comisión, la revisión de todos los contratos y desechar los que contengan cláusulas onerosas o perjudiciales para cualquiera de las partes.

Es casi seguro que este memorial del sindicato sirvió de antecedente para la comisión enviada hasta mediados de 1922 por el gobernador Tejeda, para investigar la situación de los inquilinos, reseñada arriba.

El 28 de noviembre de 1917 el gobernador Cándido Aguilar expide el *Decreto número 17*, el cual no intenta frenar los abusos de los propietarios de patios de vecindad, sino sólo sirve para reformar y

adicionar algunos artículos del *Código civil* referentes al inquilinato, que regía antes de la Revolución. No obstante, el 29 de julio de 1920 el gobernador sustituto del estado, Antonio Nava, deroga el decreto citado, aduciendo:

que a la fecha son crecientes el restablecimiento de la paz y de la normalidad de los pobladores en general; o lo que es lo mismo, han desaparecido las causas que motivaron el decreto; así se impone la justicia de que vuelvan a imperar los más de los preceptos de la legislación antigua que fueron reformados, sin duda alguna transitoriamente.

La derogación del decreto expedido por Cándido Aguilar pone de manifiesto el concepto que la nueva clase en el poder tiene del proceso revolucionario de 1910, al sostener que se había reformado algunas leyes inquilinarias debido al clima de la guerra revolucionaria, pero al desaparecer ésta "se impone la justicia —dice— de que vuelvan a imperar los más de los preceptos de la legislación antigua [porfirista] que fueron reformados, sin duda alguna transitoriamente". Ese decreto del gobernador Nava demuestra que para los políticos y los económicamente poderosos la Revolución mexicana, sólo fue la lucha armada, no la transformación radical económica, política y social del país.

La creación del Sindicato de Inquilinos en diciembre del año 1916 fue un ensayo de los activistas revolucionarios, como vimos, fracasó por la política conservadora del gobernador Nava. En enero de 1921 otro brote de protesta contra la elevación de rentas firmado por Manuel Valle, Marcos Barrera y J. P. Sánchez con sus gestiones ante la H. Legislatura del Estado no tuvo resultado.

Los abusos de los propietarios de patios de vecindad adquirían tales dimensiones, que en enero de 1922 el Sindicato de Cargadores y Abridores de Comercio protestó ante la Comuna por aquella into-

48

lerable situación: "Es verdaderamente desagradable que cada día se toleren más los abusos de los administradores de patios, quienes claramente de golpe y porrazo aumentan los alquileres de las infectas pocilgas que rentan".

El Dictamen del 18 de enero de 1922 comenta al respecto que el regidor Benjamín García propuso que se contestara a los firmantes que el Ayuntamiento iba a crear colonias obreras, a lo cual el alcalde manifestó que "ojala fuera verdad tanta belleza". Este ambiente político, local, estatal y nacional, ante la miserable vida en los patios de vecindad, era el que imperaba en el puerto de Veracruz. Es decir: desde la poca seriedad de los porteños y políticos del Ayuntamiento hasta las leyes que no cambiaban la situación e incluso la derogación de las leyes que pretendían mejorar la situación inquilinaria.

La burguesía toda del puerto de Veracruz y la mayoría de los actores políticos de todos los niveles no alcanzan a comprender la magnitud del problema de las viviendas, el cual va a ser fuertemente influido por el pensamiento revolucionario de la época, que se orientaba hacia un cambio radical no sólo en el aspecto de las viviendas sino también en cuanto a las caducas estructuras sociales que persistían, muy a pesar del movimiento armado de 1910. Desde el puerto se planteaba, si bien anárquicamente, una necesidad nacional.

Fundado apenas en 1919, el Partido Comunista Mexicano tenía en 1922 un contingente muy pequeño para colocarse a la vanguardia de las luchas sociales del país. Por lo tanto y a efecto de fortalecerse, apoyó los movimientos populares de la época, de los cuales el más importante era el inquilinario del puerto de Veracruz. Así, un anarquista, Herón Proal, era el secretario general de la sección en Veracruz del Partido Comunista Mexicano; esta diferencia doctrinaria quizá sea una de las debilidades del movimiento, puesto que algunos estudiosos piensan que la concepción anarquista no se plantea la lucha más allá de sus alcances económicos, porque para ellos, la lucha política corresponde a intereses corruptos. Se trataba del viejo sentido de la huelga: la negativa a producir, representa la quiebra de

la burguesía; no comprar en las tiendas, el fracaso del comercio; no pagar las rentas, la bancarrota del propietario del inmueble.

Lo que olvidaban los anarquistas (ésta es una de las razones por las cuales su tentativa fue fallida) era que la burguesía contaba con recursos inmensos que pesaban no sólo económicamente, sino también desde el punto de vista político, y por ello contaba con la complicidad del Estado. La secuencia de los hechos más relevantes en la creación del Sindicato Revolucionario de Inquilinos, según *El Dictamen*, fue más o menos así:

29 de enero de 1922. Las prostitutas presentaron sus quejas en contra de los arrendadores de las casas que ocupaban, alegando un precio exagerado del alquiler.

31 de enero. El Ayuntamiento aprueba un impuesto adicional a las partidas de cobros a pensiones de aguas y contribuciones de fincas urbanas.

2 de febrero. Asamblea de inquilinos en la Biblioteca del Pueblo, de donde saldría posteriormente, al dividirse la unión, lo que sería el Sindicato Revolucionario de Inquilinos (SRI).

2 de febrero. Asamblea de propietarios para acordar que los inquilinos sean quienes paguen el nuevo impuesto municipal.

3 de febrero. El Ayuntamiento, tratando de calmar el descontento de los inquilinos, urge a los propietarios para que en un plazo de quince días mejoren las condiciones de salubridad de las viviendas en un número de 25 patios.

4 de febrero. Mitin encabezado por Herón Proal en el parque Juárez.

5 de febrero. Se organiza el sri; Herón Proal, secretario del Interior, virtual jefe del Movimiento Inquilinario.

A partir de esa fecha comienza propiamente la gran lucha del proletariado porteño en contra de los explotadores, que culminaría con los sangrientos sucesos del 6 de julio de 1922. Las protestas por parte de los activistas revolucionarios en contra de las excesivas rentas se habían quedado en el papel; es por esa razón que los inquilinos más explotados y las prostitutas fueron los primeros en oponerse enérgicamente a las altas rentas:

Las mujeres que habitan en la zona de tolerancia presentaron sus quejas en contra de los arrendatarios de las casa que ocupan, por ser exagerados los alquileres que les cobran [...] El alcalde municipal García mandó citar antier a dichos arrendatarios, para una junta [...] la que se efectuó con la asistencia de los propietarios, subarrendatario Enrique Gómez, Luz Estrada, Ponciano Ramos, María Perrons y otros, así como buena cantidad de las mujeres inquilinarias [...] Uno de los propietarios, señor Enrique Gómez, para demostrar que no es mucha la ganancia que tienen, como dicen las mujeres, comenzó a hacer números, manifestando primero que paga de contribuciones \$218 mensuales por tres patios que tiene con más de 36 accesorias (y cuartos interiores), que le producen una renta mensual de seis mil cuatrocientos ochenta pesos, de los que tiene que deducir gastos de contribución, luz, agua, etc. MIL NOVECIENTOS SETENTA Y NUEVE PESOS, quedándole una utilidad de cuatro mil OUINIENTOS UN PESOS MENSUALES.

A pesar de la alteración de las cifras que hace el propietario explotador, ya que quedan claras las contradicciones y los abultamientos, puede verse que las ganancias que por estas leoninas actividades obtenían no eran para echarse en saco roto. Los propietarios arrendaban sus casuchas a las mujeres públicas a precios que llegaban incluso a los 150 pesos mensuales, mientras que las accesorias y cuartos interiores destinados a usos habitacionales domésticos alcanzaban quizá las más caras cifras: hasta de 35 pesos. O sea que los propietarios, así vistos, eran lenones a ultranza, sin riesgo de ninguna especie.

No obstante que estas mujeres eran las más explotadas, como siempre, la doble moral de la sociedad las marginaba:

No podrán ir a bailes públicos las mujeres de conducta dudosa [...] Se gestionan que los jueces de distrito no amparen a mujeres de mal vivir [...] Si persiguen a las mujeres alegres, no les producen los bailes [...] Ayer aprobó la Comuna un nuevo Reglamento para impedir que las meseras se embriaguen con los clientes y para obligar a los dueños a que les paguen sueldos [...] Las meseras gestionan su derogación ante el alcalde. Pero no lo consiguieron. Dicen que no están conformes con el Reglamento porque tiende a impedirles que se puedan ganar la vida, máxime en estos momentos que las ventas en cantinas son menores [...] Siendo imposible, por tal motivo, que los dueños de ellas [las cantinas] puedan pagarles sueldos como el Reglamento exige.

Al interpretar estas noticias, debemos tener en cuenta que el reglamento aludido trata de protegerlas, pero las mujeres que trabajan en las cantinas no viven de eso —los dueños no les pagan sueldos— sino de la prostitución. Sólo ésta permite un salario a las mujeres que la ejercen y permite a los dueños de las cantinas obtener ganancias con la venta de bebidas embriagantes que propician estas "meseras". En el fondo está viva la imagen de una sociedad económicamente en crisis. Las prostituas tienen que "ganarse" la vida de este modo, e inclusive en su defensa deben gestionar la derogación del reglamento dictado, porque si para los hombres no hay trabajo, mucho menos para las mujeres.

Por supuesto, son también estas mujeres las que primero declaran el "Estoy en huelga y no pago renta", el 6 de marzo de 1922.

Proal anda activando la cuestión en este sentido; y parece que las prédicas del "compañero" han dado resultado, pues esta no-

che muchas de esas mujeres intentaban ya sacar a la calle colchonetas, camas y sillas de las que son alquiladas para con todo ello formar una gran hoguera [...] María González, que es la que trabaja con más actividad la cuestión del inquilinato y que fue la que envió el telegrama al Presidente de la República, recibió ya la contestación al mensaje; y ha manifestado que el Presidente le contestó que ya las autoridades dictaron órdenes para la aprehensión de esos individuos que viven explotándolas [...] Desde ayer, los vecinos de algunos patios, aceptando las sugestiones de Proal, declararon de manera terminante y rotunda que por ningún motivo pagarán los alquileres mientras no sean disminuidos hasta el 2 por ciento sobre el valor catastral manifestado por los dueños de fincas.

Proal pone el dedo en la llaga de la doble moral burguesa:

El 11 de marzo celebró un mitin en la "zona de fuego" y dirigiéndose a las mujeres galantes dijo:

—Ustedes merecen un voto de confianza del comité de huelga y de todos los habitantes de Veracruz, porque fueron las primeras en decretar la huelga que hoy ha tomado proporciones gigantescas: ustedes son en realidad verdaderas heroínas, por haber puesto la primera piedra de este edificio gigantesco que hemos ahora levantado; son las iniciadoras y por tanto merecen un estrechísimo abrazo de fraternidad. El Sindicato Rojo de Inquilinos les abre los brazos y les llama con todo cariño sus queridas hermanas. Sí, señores, y no se rían [porque la palabra hermanas causó risas entre el auditorio]. Estas pobres y despreciadas mujeres, no solamente son nuestras compañeras, sino también nuestras hermanas, porque analizando las cosas resulta que ellas son de carne y hueso como nosotros, y no hay motivo para excluirlas de la hermandad, tanto más, cuanto que son carne de explotación de los burgueses.

El discurso de Herón pinta de cuerpo entero a un humanista y socialista, al reconocer a las prostitutas como seres humanos explotados tanto o más que los proletarios, ya que no sólo abusan de su fuerza de trabajo sino incluso las despojan de su dignidad como mujeres; y en ese sentido las homenajea, pero también por haber sido las iniciadoras de la huelga. El día 12 de marzo de 1922, al recibir el mencionado periódico, muchas personas más se han de haber reído porque las llamó hermanas, sobre todo las clases pudientes y moralistas del puerto.

Proal es un líder hábil y dueño de una gran capacidad organizativa. A poco más de un mes, dispone de delegados en cada patio y de comisiones de proselitismo y acercamiento que ganan rápidamente adeptos a la causa, sobre la base de la verdad más descarnada. El activista no oculta la llaga, pone el dedo en ella y aprieta salvajemente. En medio del vaho pestilente que pone al descubierto, se despierta el ánimo popular y el movimiento se vigoriza poderosamente. A mediados de marzo son cerca de 100 los patios de vecindad en huelga de pagos de renta. Hacia el 23 de marzo, Proal es arrestado, pero una gran movilización inquilinaria lo rescata de la cárcel y sale libre, con una fuerza mucho mayor en la confianza que la masa le proporciona.

Lo que a continuación se presenta es un forzado resumen de los hechos de marzo de 1922:

La doctrina de Proal se populariza

Los inquilinos de otros tres patios resolvieron no pagar rentas [...] para hoy se anuncia que se declararán tres o cuatro patios más [...] los inquilinos comunicaron ya al sindicato que hoy mismo harán la notificación respectiva a los propietarios; no haciéndola a las autoridades [...] pues las autoridades no están capacitadas para impartirles ninguna ayuda [...] Con toda seriedad nos explicaba ayer el líder Proal, cuál había sido el acuerdo tomado por el s. R. de I. [...] Nos decía que el 2% que



se había resuelto pagar era anual [...] Suponiendo por ejemplo que una casa está manifestada en \$1 000, y que esa vivienda se componga de dos accesorias, la cantidad anual que deberán pagar los inquilinos será de 20 pesos, de tal manera que tocará a diez pesos por cada accesoria o sean 80 y tantos centavos por mes; si la casa se compone de cuatro cuartos toca a \$5 anuales o sean 42 centavos al mes [...] Los propietarios del patio "San Salvador", declarado primeramente en huelga, ocurrieron ya ante uno de los jueces locales, en demanda de garantías y pidiéndole que acordaran el lanzamiento de los inquilinos rebeldes al pago, basándose en la *Ley de inquilinos* dictada por el ex gobernador Antonio Nava y reformada por el ex gobernador Gabriel Garzón Cossa, y en la que se establece que procede el lanzamiento de los inquilinos que no pagan las rentas al terminar los primeros diez días en que sea solicitado el lanzamiento [...] los inquilinos han recibido una nota del s. R. de I. [...] que por ningún motivo abandonen sus viviendas, aun cuando se les trate de arrojar por la fuerza y que no se atienda ninguna orden del juez [...] En el fondo, la protesta, la resistencia de los inquilinos hállase justificadísima. En la forma adolece del impulso comunista que le dio Proal [...] Pero al mismo tiempo, lo que hoy sucede con los inquilinos tendrá a la larga un resultado desastroso; pues el capital se guardará muy bien de construir más [...] Si se aprovecha este movimiento [...] si se le encauza por buen camino [...] pudiera tener resultados beneficiosos para el inquilino, sin por ello quebrantar los justos derechos y utilidades de los propietarios.

Doce patios declararon que no pagan

Cada día aumenta el número de los convencidos por Herón Proal de que las casas deben vivirse sin pagar. Cinco mil inscritos en el Sindicato [...] Los inquilinos de los patios que se están declarando en huelga [...] quieren saber cuál es la cantidad que

les adeudan los propietarios por concepto de réditos sobre los depósitos que han entregado, a fin de poder firmar el contrato correspondiente.

La siguiente es una comunicación de huelga, tomada como ejemplo:

Veracruz, marzo 9 de 1922. Sr. José García Suero, administrador del patio San Gabriel (ubicado en el callejón de California) Los suscritos al calce [...] Tiempo hace los inquilinos soportamos rentas muy excesivas, que los inquilinos soportamos sobre nuestros lomos, por lo que ya no estamos conformes en seguir pagando tan enormes rentas; por lo que le presentamos la siguiente proposición. Pagaremos por la renta el dos por ciento sobre el valor (catastral) y conservaremos en nuestro poder todos los recibos anteriores para hacer una confronta sobre lo pagado al fisco, para aquilatar sobre las contribuciones del mismo [...] Para tratar esto se dirigirá al Sindicato de Inquilinos con domicilio en Landero y Coss 5½ que es el único facultado por el pueblo para hablar con los dueños o administradores [...] [Los puntos que abarca esta declaración de huelga no hubieran sido posibles sin la asesoría del Sindicato, esto lo podemos ver en la siguiente referencia]. La propaganda activa que vienen haciendo los diversos comités de inquilinos que ha instalado Herón Proal.

Herón Proal se casó en 1916 con Herminia Cortés, su primera esposa, y hacia esas fechas su labor sindical le había construido una muy conocida personalidad en el puerto, porque cuando se inicia la lucha inquilinaria, *El Dictamen* se refiere a él como "nuestro viejo dinamitero", haciendo alusión a su enérgica actividad política como presidente de la directiva del Primer Congreso Preliminar Obrero, celebrado en esa ciudad. Lo importante de su participación, dice Porfirio Sosa Osorio, se debe a que encabezó la oposición a las tesis reformistas de Luis N. Morones Prieto y a que, por el

contrario, aprobó las tesis anarquistas y socialistas. En ese año de 1916, Proal frisaba los treinta y cinco años, era un luchador obrero conocido y respetado en el puerto, excepción hecha de los trabajadores privilegiados y de la burguesía, quienes rechazaban su actividad e ideología.

A partir de 1919 se forman las federaciones locales adheridas a la ском, en la cual se habían impuesto las ideas reformistas y entreguistas de Morones. En Veracruz, la respuesta que dan los obreros es la creación –en 1920– de la Federación de Trabajadores del Puerto de Veracruz, que es parte integrante de la organización anarcosindicalista cgr. Quienes más pronto se destacan en las filas anarquistas son los líderes que, como Proal, reunían en su personalidad las características de hombres de acción que abrevaban en los conocimientos teóricos. Esto lo podemos constatar en las observaciones que sobre su personalidad hicieron algunos de sus compañeros de lucha. Por ejemplo, Bolio Trejo dice que al empezar la lucha inquilinaria "Proal lucía frente despejada, su ojo estaba dotado de sombras indescifrables, y su nariz más chata que aguileña; boca grande en gesto resignado o de amenaza, genio violento y carácter pendenciero. Irascible, a veces violento, y fanático de sus ideas y su intransigencia. Impetuoso e inflexible".

En otra parte de su libro, Bolio Trejo señala que "en lo físico ofrecía raros contrastes, lucía buena estatura, cuerpo robusto y musculoso, pero de salud delicada [...] era incansable, trabajaba de las siete de la mañana a doce de la noche".

Por su parte, lo que más recuerda Porfirio Sosa es su voz, la cual según él era fuerte, satírica su palabra, que laceraba y le daba tono a lo que hablaba, que era un hombre maravilloso. Manuel Caldelas, quien era muy joven cuando lo conoció, lo describe como un hombre muy enérgico, serio, con una voz estentórea y ademanes naturales.

En el extranjero (que para el México de 1922, era principalmente Estados Unidos de Norteamérica) la lucha se siguió con interés y así, en 1923, terminada la primera fase del Movimiento Inquilinario, la revista *Star* publica: "Esa sublevación de inquilinos descalzos y harapientos [...] El hombre que acaudilla esa protesta, según nos informaron, es un líder que antes había fracasado en todo; y ofrece las características del hombre de mala ley, pero que encarna a las mil maravillas el pensamiento y espiritualidad de los mexicanos".

Lo que dice esta revista es completamente falso, pues hemos visto la trayectoria de Proal, a menos que la citada revista no se refiera a su actividad comprometida sino que coincida con Bolio y lo considere fracasado porque no fue un "buen comerciante", ya que no obstante tener en sus manos el oro molido del Movimiento Inquilinario, prefirió luchar, ser encarcelado, perseguido, deportado y morir en la más ingente pobreza, antes que vender el movimiento por medio millón de pesos que le ofrecían los propietarios en plena lucha inquilinaria. "José García Suero, en nombre de los propietarios, le ofreció medio millón de pesos para que se instalara en Europa y educara a sus hijos." Proal contestó: "Tráigame las escrituras de los patios de vecindad a favor de los inquilinos y me voy inmediatamente, sin ninguna recompensa".

La huelga empieza a rebasar la ciudad de Veracruz, e incluso el estado, pues llega un representante obrero de la ciudad de México para conocer la táctica del sindicato. También constata la excelente política del movimiento, que en primer lugar no comunica de la creación del sindicato a las autoridades, sino a los gremios obreros, pidiéndoles además su opinión sobre la conformación y actuación del gremio sindical, haciéndoles un llamado a que reconsideren la creación de otra organización de inquilinos. Como respuesta a esta inteligente política, veremos el 20 de marzo la fusión de este sindicato al Revolucionario de Inquilinos.

Por otra parte, *El Dictamen* ataca al movimiento diciendo que empiezan a llegarle preguntas de cómo ha hecho (el sindicato) para que no lo moleste la policía. Finalmente se tiene la noticia de la creación del Sindicato de Inquilinos organizado por las agrupaciones obreras.

Difúndese la buena nueva de no pagar por el estado Y ha hecho ya prosélitos en Córdoba y Jalapa. Como a redentor llaman a Proal. Pero éste no acude, porque tiene bastante trabajo con los de aquí. También acudieron inquilinos presentando notificaciones aproximadamente 16 patios [...] hoy se declararían en huelga otros diez. La crisis económica. Ayer nos decían varios de ellos que no solamente los que se han declarado en huelga se niegan a pagar, sino muchos más que no hacen la notificación [...] y quienes manifiestan a los caseros que dada la triste condición por la que atraviesan por falta de trabajo, no tienen

Un solo Sindicato. El Sindicato Revolucionario de Inquilinos Rojos envió ayer comunicación a todos los gremios obreros del puerto dándoles aviso de la formación del mismo, de la declaración de huelga, y pidiéndoles den a conocer su sentir sobre el asunto ya que, según entiende, no debe existir otro Sindicato, pues de esta manera se entorpecerían los trabajos.

dinero para hacer efectiva la renta.

La buena nueva cunde por el estado. La huelga de inquilinos amenaza cundir por el estado. Así se desprende de los telegramas que ha estado recibiendo Herón Proal, en los que se le piden instrucciones sobre la forma en que deba de organizarse el Sindicato.

Casi pertenece a la leyenda la manera real en que Proal perdió el ojo derecho. Una versión que quizá es la de él mismo, señala que el hecho ocurrió durante su vida de marinero. Lo cierto es que, ante las masas en lucha, con su único ojo sano, brillante, dominaba e imponía; más aún, poseía la rara facilidad de que están dotados los oradores de palabra incendiaria y fuerza pasional. Lo anterior, unido al carácter del jarocho y el clima de euforia que provocaban las victorias inquilinarias, suscitaron esta anécdota que relata Arturo Bolio Trejo:

59

Proal pronunció su discurso desde uno de los balcones del viejo hotel Diligencias, sus últimas palabras se habían perdido entre una tempestad de aplausos. En aquellos días, estaba en boga un danzón caliente, se cantaba y bailaba en las casas y patios y se titulaba ¡Sí... Dasésela¡ Cuando terminó de hablar, dijo a los que le escuchaban: el compañero Porfirio Sosa me pide la palabra, ustedes dicen ¿se la doy?, y la multitud rebosante de entusiasmo, con los brazos en alto respondió: ¡ Sí... Dasésela!

Esta mínima biografía se titula "Herón Proal y la utopía" y toma en cuenta lo que pondera en sus reflexiones filosóficas el maestro Adolfo Sánchez Vázquez: "La utopía se hace necesaria cuando no se acepta lo que es y, por tanto, se hace necesario trascenderlo, al poner en cuestión lo real (la sociedad, el poder, sus valores e instituciones) y abrir un espacio ideal, irreal o futuro, la utopía es subversiva. Subvierte lo real y abre una ventana a lo posible".

El reportero de la revista *Sucesos*, en su entrevista con Herón Proal, escribe en noviembre de 1939 lo siguiente: "Una de las cosas que más nos impresionó de Herón Proal fue que no se ha declarado vencido aún y que cuando alguien le hace ver la vida sencilla, humilde y pobre que lleva, se consuela recordando el caso del fundador de la actual URSS, Lenin, que anduvo muchos años hambriento, perseguido y oculto".

Así como Lenin, Herón Proal encarnó la utopía en Veracruz, esa visión necesaria de igualdad –ante la miseria humana– que debería regir en toda sociedad. Y precisamente debido a que no existe hasta la fecha equidad económica, política y social, considero que continúan vigentes los ideales de ambos luchadores sociales que influyeron en su época de manera determinante. Sin duda, la utopía permanece, porque es necesario distribuir equitativamente la riqueza natural y cultural que producen los pueblos del mundo.

Bibliografía

- Araiza, Luis. *Historia del movimiento obrero mexicano*, México: Cuauhtémoc, 1965.
- Archivo Municipal de la Ciudad y Puerto de Veracruz. *Acta de sesiones del H. Ayuntamiento*, libro 11, Veracruz, Ver., 17 de enero de 1922.
- Bolio Trejo, Arturo. Rebelión de mujeres: Versión histórica de la revolución inquilinaria de Veracruz, Veracruz: Kada, 1959, 151 pp.
- Estado de Veracruz. Colección de leyes y decretos expedidos por el Gobierno Constitucional del Estado Libre y Soberano de Veracruz-Llave, 1914-1915.
- ——. Colección de leyes y decretos expedidos por el Gobierno Constitucional del Estado Libre y Soberano de Veracruz-Llave, 1917.
- ——. Colección de leyes y decretos. Gaceta Oficial del Gobierno Constitucional del Estado de Veracruz-Llave, núm. 69.
- García Mundo, Octavio. *El movimiento inquilinario de Veracruz,* 1922, Xalapa: Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, 2ª ed., 2008, 250 pp.
- GILL, Mario. "Veracruz: revolución y extremismo", en *Historia* mexicana, núm. 08, vol. 11, abril-junio-1953.
- ———. Episodios mexicanos. México en la hoguera, México: Azteca, 1960.
- Ortega Cruz, Rafael (seudónimo Leafar Agetro). *Las luchas proletarias en Veracruz: historia y autocrítica*, Xalapa: Barricada, 1942, 275 pp.

Hemerografía

El Dictamen, 20 de octubre; 16 y 30 de diciembre de 1916; 1920; 5, 25, 28 y 29 de enero; 7, 11 y 20 de febrero; 7, 8, 9, 10 y 12 de marzo de 1922. *Sucesos*, México, 1939.

Entrevistas

Porfirio Sosa, 12 de abril de 1971, en Veracruz, Ver. Manuel Caldelas, 19 de mayo de 1971, en Veracruz, Ver.





(



Z

Armando S. López Macip





імадем ін. Canónigo Rafael Rúa Álvarez.

Era el 31 de mayo, mes de las flores en el año de 1971. En una habitación del Hospital de Especialidades del 1MSS de Orizaba, se encontraba como visita voluntaria la enfermera Pily Cebada. Ella estaba, como en los últimos seis años, dando asistencia al ilustre presbítero Rafael Rúa Álvarez. Aproximadamente a las diez de la noche el padre Rúa, como se le conocía, comenzó a presentar síntomas que reflejan un paro cardiaco. De inmediato la fiel enfermera llamó al médico de guardia, quien dio al paciente los auxilios correspondientes. Nada se pudo hacer: un corazón dañado y cansado de tanto amar se detenía. Así entregaba su alma al creador.

Cientos o más bien miles de católicos, y aun los diversos sectores de la población (incluidos ateos, protestantes, políticos, artistas e industriales) se conmovieron al conocer la noticia. No era para menos, el padre Rúa era un personaje legendario que había hecho una gran labor en el ámbito religioso, político, sindical y social de Orizaba.

Florentino Rafael Rúa Álvarez nació en Orizaba, Veracruz, el 16 de octubre de 1902, en el seno de una familia de escasos recursos económicos. Fue hijo de doña Luz Álvarez López, natural de Orizaba, y de don Primitivo Rúa Monte Alegre, natural de Ozumba de Alzate, Estado de México. Vivían en una casa por el rumbo del mercado y frecuentaban la parroquia de San Miguel Arcángel. En ese tiempo el párroco era el señor Manuel Labastida, quien tenía como

teniente de cura al entonces joven y dinámico presbítero José María Flores, a su vez amigo de la familia Rúa Álvarez.

Los Rúa tenían gran amistad con fray Bernardo Parada, último misionero del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de San José de Gracia. Sería este ilustre religioso quien bautizara al niño Florentino Rafael en la parroquia de San Miguel Arcángel el día 24 de octubre de 1902, siendo su padrino el presbítero José María Flores. Fue bautizado con ese nombre, pues el 16 de octubre, fecha de su nacimiento, se festeja a san Florentino obispo. Le pusieron Rafael en honor de su abuela paterna, Rafaela Monte Alegre del Valle de Rúa, además de bautizarlo el día de san Rafael.

El pequeño Rafael fue un niño al que se le prodigó amor y, aunque humilde, nada le faltó. Habiendo nacido en Orizaba, "la cuna del futbol nacional", acostumbraba jugar ese deporte con los compañeros de la escuela y de su barrio. Desde corta edad se le inculcaron los principios básicos de la doctrina cristiana, al tener un padrino de la talla del presbítero José María Flores y la estrecha relación amistosa con fray Bernardo Parada. Desde entonces el joven mostró sus inclinaciones religiosas y su dedicación por el estudio. Cursó su instrucción primaria en la escuela Modelo, dirigida por el profesor Manuel M. Oropeza.¹

Una sólida instrucción recibió Rafael en la escuela, al mismo tiempo que una formación espiritual inculcada por sus padrinos, sus padres y sus abuelos. Su mamá era integrante de la Asociación Guadalupana de la Parroquia de San Miguel y llevaba a su hijo a todas las actividades que con tanto fervor se realizaban. El estrecho contacto con el ambiente religioso y con los notables sacerdotes (con

66



¹ Este maestro fue discípulo y después colaborador del pedagogo alemán Enrique Laubscher en su escuela Modelo; posteriormente fundó su propio plantel particular cerca de la alameda de Orizaba. A esta escuela primaria asistieron también Miguel Alemán Valdés y Francisco Gabilondo Soler, *Cri-Cri*. El colegio tenía internado para estudiantes foráneos; uno de ellos fue precisamente Miguel Alemán Valdés, proveniente de Sayula, Veracruz [información otorgada por la señora Catalina Vélez Oropeza, de noventa y seis años, nieta del maestro Manuel M. Oropeza].

quienes tenía parentesco espiritual) favoreció el encauzamiento de su vocación sacerdotal. Fue así como, con la recomendación de su párroco, ingresó al Seminario Conciliar de la Diócesis de Veracruz, ubicado en Jalapa en 1921. Dicho seminario había sido abierto nuevamente en noviembre de 1920 por monseñor Rafael Guízar y Valencia, obispo de Veracruz.² El seminario llevaba ya más de seis años de haber sido cerrado a causa de la revolución carrancista y su campaña anticlerical declarada a finales de 1914. Con su reapertura, estudiantes y maestros trabajaron con gran entusiasmo, pero poco les duró el gusto, ya que en noviembre de 1921 el gobernador del estado, el coronel Adalberto Tejeda, ordenó la confiscación del edificio. El seminario comenzaba así su peregrinar de veinte años, huyendo de una parte a otra. Después de una breve estancia en Perote, para evitar mayores problemas, monseñor Guízar instaló el seminario en la ciudad de México.

Además de su inteligencia innata, Rafael destacó por su aprovechamiento al tener gran dedicación al estudio, aun en circunstancias adversas, como alumno en un seminario clandestino que funcionó en Tacubaya en 1922 y 1923, y en la ex hacienda Coapa en 1924. Quizá todas las vicisitudes padecidas en sus años de formación, al lado de un personaje de la talla de monseñor Guízar, hayan hecho que el joven Rafael adquiriera una templanza y un carácter que aceleraron su madurez, pues, incluso joven, se convirtió en un adulto con grandes virtudes.

En abril de 1925 en la capilla del seminario en Coapa, algunos seminaristas, incluido Rafael Rúa, recibieron la tonsura y las cuatro órdenes menores. Hasta ahí todo iba más o menos bien, pero vendrían tiempos difíciles hasta llegar a la prohibición de cultos, motivada por el decreto del 2 de julio de 1926, promovido a iniciativa del presidente Plutarco Elías Calles.

² En ese tiempo se denominaba Diócesis de Veracruz a la que después se convirtió en Arquidiócesis de Xalapa. Desde su origen tuvo su sede en Xalapa y no se debe confundir con la actual Diócesis de Veracruz.

Con el mencionado precepto se reformó el *Código penal* para configurar diversos aspectos del culto religioso y de la enseñanza católica como delitos. Tal disposición trajo como consecuencia la suspensión de cultos a partir del 31 de julio de 1926 en todos los templos del país. Un veracruzano se encargó de dar cumplimiento a la estricta aplicación de esta ley: se trataba del coronel Adalberto Tejeda, que para entonces era el secretario de Gobernación en el gabinete de Calles.

Rafael Rúa, junto con sus compañeros y maestros, sufrió los efectos de la *Ley Calles*; padecerieron hostigamiento y franca persecución, por lo que monseñor Guízar decidió cerrar el seminario de Coapa. Envió a sus casas a algunos alumnos, a otros los ubicó en la parroquia de Acultzingo y de ahí los trasladó a Orizaba. Sin embargo, el clérigo no se dejó amilanar y decidió continuar en el mes de noviembre con su seminario clandestino, pero ahora en Coyoacán. Para asegurar su sostenimiento, fundó Centros Pro Seminario en todas las parroquias de la diócesis. Se integró una directiva de esos centros, quedando como presidente Rafael Rúa.

A escasos cinco meses, el gobierno descubrió la existencia del seminario en Coyoacán y exigió la desocupación del inmueble. Entonces monseñor Guízar trasladó el seminario al local de un cine abandonado en Tacuba. A pesar de las circunstancias adversas, el cura Justino de la Mora, rector del seminario, trabajó a marchas forzadas con alumnos y maestros adelantando el programa de estudios. Según las actas consultadas por el padre Barradas, el seminarista Rafael Rúa y otros alumnos distinguidos coadyuvaron para sacar adelante los cursos hasta presentar los exámenes finales del mes de agosto; así concluyó el curso del año de 1927. Rafael Rúa recibió el subdiaconado el 7 de octubre de 1927 de manos de monseñor Miguel de la Mora, obispo de San Luis Potosí. El grado de diácono lo obtuvo el 14 de octubre; en esta ocasión presidió el obispo auxiliar de Tulancingo, monseñor Luis Benítez.

Rafael Rúa recibió el orden sacerdotal el 8 de diciembre de 1928, de manos del doctor D. Maximino Ruiz, vicario general del Obispa-

do de México. Eran los primeros frutos del seminario de la época de monseñor Guízar. Para esas fechas el obispo de Veracruz no pudo presidir la ordenación, o al menos ser testigo, ya que había sido desterrado por el gobierno el 23 de mayo de 1927.

Según Sánchez de Anda, el aprovechamiento de Rafael Rúa en el seminario, y aun cómo estudiante autodidacta, le había permitido adquirir una cultura sólida y profunda, muy por encima de la normal. No sólo la teología bíblica, dogmática, pastoral y catequética, sino también la filosofía, metafísica, la ética, la sicología y otras ciencias, le proporcionaron ese acervo tan rico que llegó a poseer.

El padre Rúa siempre mostró un dinamismo extraordinario y así, recién ordenado sacerdote, en 1930 fundó en Orizaba las cuatro ramas de la Acción Católica Mexicana. Como hombre visionario que fue, sembró la semilla que permitiría el florecimiento del catolicismo en la zona centro del estado de Veracruz. Atendió con entusiasmo a todos, logrando numerosos adeptos; conformó grupos de señoras, señores, señoritas y jóvenes de cuya formación se ocupó. Los resultados más notables los obtuvo en los Grupos Parroquiales de la Acción Católica Juvenil Mexicana (ACJM) y de la Juventud Católica Femenil Mexicana (тсғм). Con esta última aseguró la participación femenina de jóvenes seglares, algunas de ellas con una alta posición económica que ayudaría a patrocinar diversas obras religiosas y sociales de gran trascendencia para la región de Orizaba.³

Aun siendo un novel sacerdote, fue catalogado como un excelente orador sagrado, por lo que repentinamente fue elegido por monseñor Rafael Guízar y Valencia para dar el sermón de la misa de la peregrinación diocesana a la basílica de Guadalupe. En dicha ceremonia, celebrada el 28 de abril de 1931, participó la clerecía de la

69

³ Como primera presidenta del grupo se nombró a la señorita Elena Galland Naredo y como asistente eclesiástico al cura José María Flores (su padrino de bautizo, que para 1930 ya era párroco de San Miguel y había recibido el nombramiento de canónigo en diciembre de 1920 por monseñor Guízar). Invitó también a la directiva de la asociación a la señorita Dolores Oliver y Suárez Peredo (sobrina nieta de los obispos de Veracruz Francisco e Ignacio Suárez Peredo).

diócesis y cientos de feligreses de la misma. El padre Rúa improvisó una brillante homilía en la que resaltó el milagro guadalupano consistente en que la Madre de Dios dejó al pueblo de México su propia imagen. Floridamente engarzó esa idea con la frase "¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?" Joven era, pero su elocuencia resultaba muy notoria, al grado de cautivar a la feligresía.

Con la distinción ganada, el sacerdote principiante se llenó de júbilo, pero muy pronto tendría que enfrentar serios obstáculos. Aun cuando se había reanudado el culto en todo el país, en el estado de Veracruz se dio la amenaza de la persecución ante la expedición de la *Ley 197*, dada a conocer el 5 de mayo de 1930 por el coronel Adalberto Tejeda, gobernador del estado por segunda ocasión. Dicha ley concedía un sacerdote para cada 100 mil habitantes; lo que equivalía a 13 sacerdotes para todo el estado de Veracruz.

Rafael Guízar y Valencia promovió un amparo en contra de la llamada *Ley Tejeda* y se apoyó para su distribución y ejecución en destacados presbíteros en las regiones de la diócesis a su cargo. Entre otros, designó al presbítero Justino de la Mora en el puerto de Veracruz, a José de la Peña en Córdoba y a Rafael Rúa en Orizaba.⁴

El padre Rúa recibió instrucciones para instalar, en un anexo al templo de los Dolores en Orizaba, las oficinas de control diocesano sobre varias organizaciones de carácter catequístico y católico social. Desde ahí comenzó a hacer su labor de resistencia legal en la región de Orizaba y Huatusco. Poniendo en riesgo su vida realizó un apresurado viaje a este poblado para buscar al sacerdote José de Jesús Camo. Desafortunadamente lo encontraría agonizante, ya que había sido baleado por agraristas aliados de Adalberto Tejeda. Se enteró de que ya le habían dado los auxilios espirituales, y aún tuvo la oportunidad de conversar con él por corto tiempo y reconfortarlo.

⁴ Estos clérigos tenían la encomienda de entregar personalmente a los sacerdotes los amparos y formar comités activos que enviaran ocursos suplicantes al presidente, a las cámaras, al gobernador, etc., así como telegramas y cartas a los numerosos periódicos del país, haciendo constar la realidad de la defensa, ante la injusticia.

Después el padre Rúa emprendió su retorno con rumbo a San Juan Coscomatepec.⁵

Regresó a Orizaba para continuar con su tarea de entregar personalmente los documentos de amparo a los sacerdotes de la región y cuando se dirigía a dejar la carta al párroco de Acultzingo, se encontró con un ex compañero del seminario, de nombre José Manuel Ramírez Frías. Éste le pidió ayuda económica para ir a buscar mejor suerte en la ciudad de México. El padre Rúa brindó el apoyo económico, pero Ramírez tomó otra determinación: en lugar de viajar a la ciudad de México se dirigió a Xalapa, en donde el sábado 25 de julio de 1931 atentó contra la vida del gobernador Adalberto Tejeda. Tal suceso se registró en el palacio de Gobierno; Ramírez disparó en contra del gobernador rozando su oreja. La agresión fue repelida por Tejeda, quien desenfundó su pistola. Posteriormente llegaron refuerzos que dispararon sobre Ramírez, hiriéndolo de gravedad. Mientras tanto, ese mismo día por la tarde, en la parroquia de la Asunción de Veracruz, se produjo una violenta incursión por parte de algunos seguidores del coronel Tejeda, los cuales dispararon en contra de los sacerdotes y catequistas que se encontraban en el interior del sagrado recinto. Cayó muerto el novel sacerdote Darío Acosta Zurita y resultó herido el clérigo Alberto Landa, además de otras dos personas. Tal hecho se interpretaría por algunos como el desquite del atentado en contra del gobernador. Aunque ya se conocía la circular que con fecha 22 de julio de 1931 había girado el coronel Tejeda a todos los sacerdotes de la diócesis de Veracruz. En dicho documento se les amenazaba con sacarlos de los templos por cualquier medio. Ante esta situación, el obispo Guízar instruyó a sus sacerdotes para que se retiraran de los templos con el fin de evitar mayores desgracias.

El caso del atentado en contra del mandatario fue investigado y se pretendió encontrar un vínculo entre José Manuel Ramírez Frías y

⁵ Esa misma noche moriría José de Jesús Camo, convirtiéndose en la primera víctima de la persecución religiosa. Durante su entierro se suscitó un violento enfrentamiento entre feligreses y policías, en el que resultaron varios muertos y heridos.

Rafael Rúa. Incluso una hermana de Ramírez declaró que éste era el responsable del actuar de su hermano, a quien, según ella, había armado y dado dinero para ejecutar al coronel Tejeda. Ante tal acusación al padre Rúa no le quedó más remedio que poner tierra de por medio. No sería el único inculpado, pues las huestes del gobernador detuvieron a varios personajes de Orizaba que se caracterizaban por su ferviente catolicismo.⁶

Vinieron después casi seis años de persecución que tuvieron continuidad en la administración de los sucesores del coronel Adalberto Tejeda. Durante estos mandatos, aunque oficialmente estaba prohibido el culto, los párrocos no abandonaron sus localidades ejerciendo su actividad religiosa de manera clandestina. Mientras tanto, el padre Rúa Álvarez permaneció escondido en la ciudad de México. Aprovechó esta temporada para escribir varios libros que sirvieron para mantener encendida la flama de la fe. Pasó tiempos difíciles, en los aspectos moral y económico, ya que no podía dejarse ver en público, puesto que seguía siendo sospechoso de ser el autor intelectual del atentado en contra del gobernador de Veracruz. Cualquier sacerdote que le daba asilo en su Iglesia se sentía amenazado y comprometido. Aun así, en 1933 Rafael Guízar dio su autorización para que Rafael Rúa Álvarez colaborara como profesor de filosofía en el seminario, pues conocía su gran capacidad intelectual.

Con la energía de la juventud (entonces tenía treinta y un años) y gran entusiasmo se desempeñó como profesor, aunque lamentablemente sucedió un incidente en el cual se dejó llevar por su apasionamiento y elocuencia, características suyas en cualquier tema: "hizo una magistral exposición sobre el positivismo y el resultado

⁶ Entre otros, fueron detenidos Gustavo Sota Alfonsín, Ernesto Galland y los hermanos Aguilar Muñoz, a quienes aislaron totalmente. Después de varios días fueron liberados por falta de pruebas.

⁷ Gonzalo Vázquez Vela (quien pidió licencia para acceder al cargo de secretario de Educación Pública del Gobierno Federal, fue sustituido por lic. Guillermo Rebolledo) y posteriormente Miguel Alemán Valdés.

fue que uno de sus alumnos lo interpretó como defensor de esta corriente filosófica. Las cosas llegaron hasta monseñor Guízar, quien llamó seriamente la atención al maestro de filosofía. Al año siguiente el padre Rúa no figuró entre los maestros". Pasaron todavía otros tres años en que siguió ejerciendo su ministerio discretamente en la ciudad de México. Durante ese tiempo escribió otros libros, siendo quizá el más valioso *Tirano y víctimas*, escrito bajo el pseudónimo de Claudio Álvarez. También de esa época es *Sermones*, recopilación de las prédicas que impartió en diversas ceremonias litúrgicas.

El destino del padre Rúa y de los católicos veracruzanos vendría a cambiar por un hecho trágico que sucedió en la ciudad de Orizaba, precisamente en el domicilio particular de su padrino, el canónigo José María Flores, párroco de San Miguel. Fue en la madrugada del domingo 7 de febrero de 1937, cuando se congregaron en secreto alrededor de 70 personas para la misa dominical. La eucaristía se desarrolló en un ambiente místico con la participación plena de los concurrentes, pero justo después de la comunión, al haber sido delatados, se presentaron las autoridades policiacas para detener al sacerdote y a los fieles católicos. La irrupción fue violenta, pues los gendarmes llegaron disparando. Se creó una confusión en la que algunos huyeron para no ser atrapados, pues ésa era la recomendación que se había dado. Una joven de diecinueve años, llamada Leonor Sánchez López escapaba en la estampida cuando fue alcanzada por dos balas y cayó gravemente herida. Al poco rato murió en el Hospital Civil de Orizaba, convirtiéndose en la mártir que hizo que el pueblo exigiera la libertad de cultos.8

Después de ese trágico acontecimiento y ante la reacción desencadenada del pueblo, las autoridades tuvieron que conceder la reanudación de cultos. El obispo de Veracruz regresó a su diócesis a finales de agosto de 1937, lamentablemente se encontraba enfermo

⁸ Suceso narrado de acuerdo con el testimonio de Amparo Pérez Sánchez, quien en ese tiempo tenía doce años de edad y se encontraba entre los asistentes junto con su hermano Gumersindo Valentín y su madre, doña Natalia Sánchez Cueto.

de gravedad, la flebitis y la diabetes lo agobiaban. Pero pudo estar más tranquilo al conocer que el 1 de noviembre de 1937 oficialmente se daba por terminado el conflicto entre la Iglesia y el estado de Veracruz.

Monseñor Guízar y Valencia todavía realizó algunas misiones; la última fue en Córdoba, en diciembre de 1937, en donde cayó gravemente enfermo. Después lo llevaron a Tehuacán para buscar su recuperación y posteriormente lo trasladaron a la ciudad de México, precisamente a la sede de su Seminario Conciliar en Azcapotzalco. Con grandes sufrimientos y un continuo deterioro de salud permaneció varios meses en ese lugar. Ahí acudía el padre Rúa a visitar al ilustre prelado, a quien le tenía una especial veneración. El sacerdote Justino de la Mora hace una extraordinaria reseña de un encuentro:

Cierto día estuvo a visitarlo el dinámico padre Rúa, uno de los sacerdotes que más asiduamente lo visitaba. En una de las frecuentes visitas, trajeron a la memoria los trabajos que juntos habían pasado y los frutos que también juntos habían paladeado, tanto en la diócesis como fuera de ella en lugares remotos. En esos momentos de gloria para el Siervo de Dios, se olvidaba completamente de sus dolores, para dar lugar a la satisfacción del recuerdo consolador. Llegó el momento en que, casi olvidado de la tierra, volaba al cielo; rogó al padre Rafael Rúa que le cantara el hermosísimo motete "Recordare". Mientras el padre Rúa lo complacía, él, con voz apenas perceptible llevaba la voz del bajo; terminado el cántico, el obispo y su acompañante y quienes lo escuchaban estaban con los ojos preñados de lágrimas. Estas santas emociones elevaban también a cuantos de ellas se daban cuenta.

En los primeros días del mes de junio regresó el padre Rúa para visitar a su amado pastor. Sería la despedida, y le correspondería oír

en confesión a monseñor Rafael Guízar y Valencia, quien al día siguiente, el 6 de junio de 1938, moriría a la edad de sesenta años.

Correspondió también al padre Rúa el sermón fúnebre en una de las misas de cuerpo presente celebradas en la catedral de Xalapa. Según el clérigo Barradas, su homilía se dio en los siguientes términos: "Si alguno era capaz de penetrar el alma del obispo muerto era el padre Rúa". Corta pero sentidísima fue su oración fúnebre. Bellísima comparación entre la obra de Cristo y la del desaparecido. En su rememoranza de los beneficios que el prelado había hecho con sus misiones, en tal forma lloró y sollozó el pueblo que se vio en riesgo de suspender en ese punto su oración. Al contemplar a la congregación, puso de manifiesto en el ánimo de los xalapeños el deseo que Guízar había tenido de misionar en esa ciudad y cómo, lo que en vida no había podido lograr, lo hacía con creces estando muerto, "porque asistimos —dijo el padre— a su última misión de la tierra y a la primera del cielo".

La prédica de Rúa se desbordó al honrar al ilustre obispo Guízar. No era para menos, pues había tenido un estrecho contacto con el insigne pastor desde 1921, por lo que pudo conocerlo enfrentando todo tipo de acontecimientos. No podría haber tenido mejor ejemplo de dedicación al ministerio, sobre todo de fe en Dios, aun en las peores circunstancias. No debe extrañarnos, pues, la entrega que el padre Rúa tendría con su comunidad. En este punto cabe hacer la aclaración de que de ninguna manera se pretende comparar a nuestro biografiado con el reconocido santo. Se tiene plena conciencia de que el padre Rúa fue un hombre lleno de virtudes, pero también, como todo ser humano, imperfecto y susceptible de cometer errores.

El contacto directo con todos los estratos sociales facilitó al sacerdote su encomienda. Dotado de un "don de gentes" fuera de lo común, era un extraordinario publirrelacionista, en los tiempos en que aún no se profesionalizaba esta actividad. Precisamente aprovechando esa coyuntura, el padre Rúa promovió el desarrollo educativo, cultural y social de la región, sin descuidar el religioso, que

era el que tenía a su cargo, ya que recibió el 24 de septiembre de 1940 el cargo de párroco de la añeja parroquia de San Miguel Arcángel, de Orizaba. Al mismo tiempo que desarrollaba un dinamismo extraordinario al frente de ésta, siguió escribiendo artículos, folletos y libros. Fue entonces cuando publicó *Vida eucarística*, *Cómplices del desastre* y *Los peligros de nuestra fe*.

En los años cuarenta aún se hacía el carnaval de Orizaba; se realizaban grandes festejos, como bailes y desfiles. Cuando el padre Rúa asumió el cargo de párroco, con hábil premeditación hizo que la reina del carnaval de 1941 coronara a la santísima Virgen María en el mes de mayo. De esa manera logró canalizar toda la inercia que traía la organización del carnaval, eminentemente profana, dándole un toque religioso que sirvió para atraer más ovejas al rebaño. Toda clase de estrategias utilizó el dinámico sacerdote para recuperar el terreno perdido, ya que con motivo de la persecución religiosa y la campaña anticlerical muchas personas se habían vuelto ateas o al menos se habían alejado completamente de la actividad religiosa.

Rúa fundó centros de catecismo en diversas zonas de la ciudad. Para recuperar fiestas, tradiciones y costumbres religiosas instituyó asociaciones en barrios, colonias y empresas. Comenzó a promover peregrinaciones, que habían estado suspendidas por varios años. Para dar mayor solemnidad a la fiesta patronal, fundó una asociación de devotos de San Miguel Arcángel e invitó a monseñor Manuel Pío López Estrada, obispo de Veracruz, a dar confirmaciones.

En otra estrategia evangelizadora, a los patios de vecindad les asignó un santo patrono, tomando en lo sucesivo un nombre religioso. Con estas innovaciones los vecinos organizaban rezos y fiestas. En las actividades participaban solícitamente el padre Rúa y su equipo de trabajo, aprovechando las visitas para detectar a personas que no tuvieran algún sacramento. Personalmente se ocupó de casar a las que estaban viviendo en unión libre. También logró que en el interior de las empresas se instalaran altares y que una vez normalizada la situación en cuanto a la libertad de cultos, se celebraran

misas en las plantas industriales en fechas significativas, como el 12 de diciembre o el inicio de año. Después de la eucaristía se servían desayunos entre patrones, líderes sindicales y obreros. En esos convivios el sacerdote aprovechaba para dar mensajes especiales a los trabajadores y a los patrones a fin de que convivieran en armonía, a la luz de la justicia social.

Lamentablemente en ese tiempo en la región de Orizaba se vivía un ambiente tenso, debido a las pugnas entre las organizaciones sindicales que se separaron gradualmente de la crom. La rivalidad entre los sindicatos llegó a extremos de abierta violencia. Se registraban balaceras entre obreros o entre pistoleros al servicio de los líderes sindicales. De acuerdo con la crónica de Carlos Chacón Jr., la intervención del padre Rúa como mediador en los conflictos sostenidos por los gremios fue valiosísima y se dio de la siguiente manera:

Cuando llegó a Orizaba el padre Rúa, la sangre de los obreros corría casi a diario, las pugnas intergremiales eran una constante amenaza para la ciudad, y muchos obreros morían dejando huérfanos y viudas desamparados. Esta preocupación del padre lo llevó, a principios de mayo de 1941, con una parroquia pletórica de fieles, a invocar a la Santísima Virgen, pidiéndole que le arrancara el corazón a cambio de la unión de los obreros; y la Virgen le tomó la palabra, porque el día 17 del mismo mes, su madrecita —lo más querido para él— moriría. Y en el sepelio, todos los obreros, codo con codo, unidos, lo acompañaron al cementerio y juraron no volver a derramar sangre hermana, y el problema se resolvió y la paz reinó.

Fue resuelta la pugna de los trabajadores, y dejó de haber masacres. Pero fue tan grande el dolor de perder a su madre, que el padre Rúa solicitó una licencia y se ausentó de Orizaba. Un halo de misterio rodea esta separación, porque apenas llevaba un año como párroco y había comenzado diversas actividades pastorales y sociales. Se dijo

que se había ido como asesor del gobierno de la república, aunque para esa época tuvo que haber sido en la más completa secrecía. Era entonces presidente Manuel Ávila Camacho y despachaba en la Secretaría de Gobernación su amigo de la infancia Miguel Alemán Valdés.

El padre Rafael Rúa regresó con nuevos bríos a su parroquia en mayo de 1944. Quizá en su ausencia podría haber estado preparando su plan de trabajo, porque desde su llegada se entregó a una intensa y prolongada actividad pastoral, social, educativa y cultural. En la década de los años cuarenta, a pesar de abundar el trabajo en la región de Orizaba, aún había mucha pobreza en el pueblo. Preocupado por tal situación, el clérigo ofreció hospedaje y alimentos a los niños de la calle. Como paliativo para las múltiples necesidades de la población, fundó "El ropero de los pobres", "La tienda de los pobres" y "La funeraria de los pobres". En esos establecimientos se vendían diversos artículos a muy bajo precio, para que los más humildes satisficieran sus más apremiantes necesidades. Gestionó también para Orizaba una sucursal del Nacional Monte de Piedad, asignándole la número 6.

Convencido de la urgente necesidad de educar a la juventud, se dio a la tarea de fundar escuelas católicas. De entre su obra en el ámbito de la educación sobresale la promoción directa en 1946 para fundar el Instituto Regional Veracruzano (IRV), el cual era una escuela para niños que ofreció los niveles de primaria y secundaria con internado, y que llegó a ser una de las instituciones de mayor prestigio en el estado.

Amante del estudio, el padre Rúa apoyó en mayo de 1947 el establecimiento de la Academia Nocturna de Filosofía y Letras Gregorio Mendizábal que recibió socios con anhelo de noticias filosóficas. De esa manera los intelectuales de la época pudieron tener una interrelación que además coadyuvó a la realización de la cruzada, encaminada al desarrollo educativo, cultural y social de la región de Orizaba.

Hombre visionario, incansable promotor de la cultura y las artes, alentó en ese mismo año la edificación de un complejo cultural en lo que fue el huerto del templo y convento de Nuestra Señora del Carmen. En dicho recinto construyó un parque infantil y un teatro, a los que llamó María Auxiliadora. Impulsó en ese espacio la fundación y construcción del Instituto Orizabeño de Cultura Artística (IOCA) José Fernández Alonso. En dicha institución, prestigiados maestros impartían clases de piano, solfeo, teoría de la música, teatro y *ballet* clásico.⁹

El padre Rúa también hacía vida social con ricos y pobres; de igual forma era invitado a bendecir las instalaciones de empresas e instituciones que se inauguraban. Por su vocación de servicio, frecuentemente se le convocaba a las sesiones de clubes de servicios, como el Club Rotario de Orizaba. En estas agrupaciones, o en sus socios, se apoyaba para socorrer las necesidades de los más pobres. De su acercamiento con el gremio magisterial surgió en 1948 la brillante idea de fundar la Escuela Normal Nocturna Orizabeña. Una plantilla de docentes de gran trayectoria se encargó de elaborar un plan de estudios y de atender las diversas cátedras. Después de múltiples gestiones se logró el reconocimiento oficial para la escuela en 1950. Varias generaciones de profesores fueron el fruto de ese importante plantel, resultando una alternativa de estudios para los aspirantes a maestros que no podían estudiar en la Normal de Xalapa.¹⁰

Para apoyar su trabajo pastoral y canalizar vocaciones, fomentó la fundación de asociaciones religiosas en Orizaba. Así, logró (en 1949) que la Congregación de Misioneras Guadalupanas Trinitarias fundara una casa en Orizaba y que quedara asignada al servicio de la

⁹ En ese instituto colaboraban arduamente las profesoras Guadalupe Aguilar, Olga y Fabiola Peláez.

¹⁰ Para ello creó un patronato que presidió la señora Natividad Rebolledo de Martens. Buscó un local para que se instalara el plantel, ubicándose en un anexo al Colegio Vilaseca, recién construido gracias a su iniciativa. La Escuela Normal Ignacio de la Llave funcionó hasta 1970. Fue cerrada por las autoridades con el argumento de que no había suficientes plazas para emplear a tantos maestros.

(

parroquia de San Miguel Arcángel.¹¹ Consciente de la falta de opciones para continuar los estudios superiores en escuelas de la localidad, buscó la manera de establecer en la ciudad de México hogares de asistencia para estudiantes provenientes de la región de Orizaba. Obtuvo el apoyo de algunos de los principales industriales de la zona, quienes contribuyeron con casas, muebles y aportaciones en efectivo. El padre Rúa favoreció también a las mujeres, fundando una casa de asistencia para señoritas que estudiaban en la ciudad de México. Al igual que la de varones, su objetivo era facilitar los estudios al cobrar cantidades simbólicas y ofrecer la garantía a los padres de que sus hijos se alojaban en un lugar decente. En un principio sólo se aceptaban orizabeños, pero la demanda se amplió y también fueron recibidos estudiantes de otras partes del estado de Veracruz, e incluso algunos de otras entidades de la república.

En 1950 el sacerdote organizó un Solemne Triduo para festejar los cincuenta años de la Asociación Guadalupana, e invitó a predicar al padre Edmundo Iturbide, eminente orador sagrado. Como resultado de esa visita, y respondiendo a la invitación del padre Rúa para traer "obreros" a trabajar en la mies de Orizaba, el padre Iturbide envió en 1952 a la madre Martha Cristlieb Ibarrola y las religiosas que conformaron la Congregación de Hermanas de la Vera Cruz Hijas de la Iglesia. Precisamente estas religiosas dieron continuidad al antiguo Colegio Juventud, después llamado Luz Álvarez de Rúa, el cual se convertiría en el Instituto de la Vera Cruz en Orizaba.

En 1952, cuando el padre Rafael Rúa cumpliría cincuenta años de edad, viajó a la Santa Sede, en donde realizó gestiones diplomáticas y fue evaluado en su desempeño. Rúa era un sacerdote con preparación académica que había complementado con el estudio autodidacta, hasta llegar a tener un conocimiento inusitado. En ese mismo año recibió como un regalo muy especial, que monseñor Manuel Pío López Estrada lo distinguiera como canónigo. Desde entonces, la

¹¹ La madre María Angélica Pérez Miruelo fue la primera superiora.

correspondencia que la feligresía le dirigía o las invitaciones que hacían las organizaciones religiosas lo anunciaban como "M. I. Señor Cango. Don Rafael Rúa A.", aunque para el pueblo siempre fue "el padre Rúa".

Fue un magnífico orador sagrado, aunque también podía disertar sobre cualquier tema. Se hizo amigo de los estudiantes, quienes no dudaban en buscarlo para pedirle ayuda o consejo. Así sucedió en 1953, cuando Ligeia García, alumna de la Escuela Secundaria y Bachilleres de Orizaba, se acercó al padre Rúa a fin de solicitarle su asesoramiento para participar en el concurso Nacional de Oratoria. Al enterarse del propósito y siendo un orador nato, aceptó encantado y la preparó extraordinariamente. El evento tuvo como sede el Teatro Juárez de Guanajuato. Ligeia iba representando al estado de Veracruz y resultó subcampeona en dicho certamen. En su pieza oratoria resaltaba una frase representativa del padre Rúa: "¡Y díganlo si no! ¿Por qué?" Él mismo se contestaba: "Porque sí".

El canónigo Rafael Rúa siempre buscó agasajar a sus colaboradores. Trataba de ser original y aprovechaba la oportunidad para realizar alguna actividad que coadyuvara a la evangelización o al fomento de las devociones cristianas. Cuando el padre Luis García (capellán de la iglesia de San Juan de Dios) iba a cumplir veinticinco años de ordenación sacerdotal, el padre Rúa invitó al arzobispo de Xalapa, monseñor Manuel Pío López Estrada, a coronar la imagen de la Virgen de Guadalupe, que había sido balaceada en 1914 por los soldados carrancistas. Tal hecho sirvió como un desagravio para la augusta reina de México y para festejar las bodas de plata sacerdotales del padre García. También apoyó a los maristas encabezados por el hermano Pablo Aguilar para que establecieran el Colegio México en Orizaba. Mediante un patronato se adquirió un terreno de 11590 m² en el oriente de la ciudad. La primera piedra fue colocada el 26 de septiembre de 1954 ante la presencia del licenciado Marco Antonio Muñoz T., gobernador del estado de Veracruz, y otras personalidades. Los testigos de este hecho comentaron cómo un arcoíris

apareció cuando el padre Rúa colocó la primera piedra. Incluso en las fotografías del acto se puede apreciar dicho fenómeno, que bien se podría interpretar como una bendición del Altísimo para la magnífica obra emprendida.

El padre Rúa mantenía contacto permanente con todas las clases sociales. En persona, por teléfono o por medio de cartas establecía comunicación estrecha con múltiples personas en Orizaba, el estado, el país y fuera del mismo. Estaba consciente de que mucha gente no sabía leer y escribir, por lo que también creó centros de alfabetización en diversos puntos de la localidad. Para ello hizo alianzas con el gremio magisterial y se apoyó en destacados maestros para abatir el analfabetismo. Promovía la lectura a través de un novedoso sistema de venta de libros a domicilio, los cuales se ofrecían a precios simbólicos. Para ello, conformó un equipo de colaboradores que iban a los patios de vecindad a ofrecer diversas publicaciones. Preocupado por la instrucción de la feligresía, fomentó la lectura de la Biblia, recomendó una edición que contenía la traducción de los textos primitivos hecha por monseñor Juan Straubinger.

Para la recreación del pueblo y mantener cercana comunicación, instaló un novedoso sistema basado en mensajes de audio mediante el cual se transmitían noticias, música, consejos y oraciones. Para tal fin, se instalaron bocinas en la torre de la parroquia. Se transmitían programas como "La Hora Mariana", de índole cultural, que se escuchaba diariamente por las tardes. Preocupado por las madres de familia que tenían que trabajar para ganar el sustento diario y por los niños de corta edad que tenían que dejar encargados, mal alimentados y expuestos a muchos peligros, llevó a cabo la idea de fundar una guardería infantil, por lo que se propuso en noviembre de 1956 construir un edificio de dos pisos en una sección del parque María Auxiliadora.

Amante del estudio, abrió el Centro Cultural Orizabeño, en donde se daban clases de inglés, francés, italiano, religión, matemáticas y otras disciplinas científicas. Muchos profesores colaboraron con él y logró que en este recinto cultural se reunieran los círculos de estudiantes de matemáticas de instituciones de educación media que incluso tenían rivalidad, como el recién creado Centro Tecnológico de Orizaba ("el Tec") y la Escuela de Bachilleres de Orizaba ("la Prepa").

Tanto aprecio le tenía el pueblo al padre Rúa que como reconocimiento a su dinamismo y entrega al trabajo, un grupo de personas se propuso obsequiarle un automóvil. Así, hicieron una colecta entre la población y publicaron la lista de aportaciones. Un Cadillac color negro le fue regalado. Cuando el clérigo estrenó su automóvil, tuvo que contratar un chofer, pues nunca se atrevió a manejar, quizá por un malestar cardiaco que ya le aquejaba.¹²

El padre Rúa tenía su oficina en la parroquia de San Miguel, en ese lugar diariamente atendía al menos a veinte personas que iban a pedir ayudas económicas, consejos, etc. Fue un hombre de mundo, que lo mismo podía entablar una conversación con un cardenal, que con un político, un masón, un líder sindical o una prostituta. Cuando se le llegó a cuestionar su contacto con personas de un modo disoluto de vida, aun en su propio territorio, él expresó: "Al diablo hay que combatirlo en su propia madriguera". Se podría decir que sería uno de los pioneros de la investigación etnográfica, pues iba al núcleo mismo de los problemas para conocerlos de primera mano. También tuvo detractores que criticaban su éxito en todo lo que emprendía. Por cierto, incluso se contó entre sus amigos a personas con ideologías adversas y hasta se le llegó a acusar de practicar el espiritismo o de tener hijos. No era extraño que tuviera todo tipo de acusaciones, ya que por el éxito que obtenía en todo lo que hacía, despertaba envidias.

Como un balde de agua fría cayó la noticia dada a conocer en marzo de 1958, la cual anunciaba que el padre Rúa dejaba el curato de San Miguel Arcángel de Orizaba. El profesor Humberto Gutiérrez Zamora, director del diario *El Regional*, daba la nueva y al mis-

83



¹² Aunque según el testimonio de la señora Blanca Domínguez (colaboradora suya en el Centro Cultural Orizabeño), el automóvil no había sido liquidado en su totalidad y el padre Rúa terminó de pagarlo, con algunos apuros.

mo tiempo lamentaba el hecho de la siguiente manera: "Con tristeza y pena escribo estas líneas para decir no 'Adiós' sino hasta la vista, a quien siempre fue y ha sido para mí, amigo, consejero, guía y el único al que reconozco méritos suficientes para contemplarlo como un benefactor principal de Orizaba".

Después, el periodista –que llegaría a ser presidente municipal de Orizaba– hacía, a nombre propio y del pueblo, un cuestionamiento por la decisión tomada. No dejó de mencionar que era un personaje muy necesario para la ciudad. También hacía un reclamo a quienes habían recibido favores y beneficios del señor cura y se mantenían un tanto indiferentes. Quizá la presión ejercida haya impedido que el padre Rúa abandonara su encargo como párroco de San Miguel, porque no se fue y siguió trabajando con gran entusiasmo. Convencido de la importancia de la participación de la sociedad civil en el desarrollo de la comunidad, conformó en octubre de 1958 la Unión Cívica Regional Orizabeña (UCRO). Una de sus primeras misiones fue conseguir una entrevista con el presidente de la república Adolfo López Mateos. La intención era exponerle un plan estratégico para resolver algunas de las muchas necesidades de la ciudad.

Las relaciones diplomáticas de la Iglesia de Veracruz se fortalecían con la ayuda del padre Rúa. Incluso colocó a Orizaba ante altos dignatarios de la Iglesia, como sucedió en enero de 1960, cuando llevó a esa localidad a monseñor Luiggi Raimondi, delegado apostólico del Vaticano en México y al arzobispo de Jalapa don Manuel Pío López. Estos personajes se reunieron con miembros de los sectores civiles, mercantiles, comerciales, industriales y sindicales de la región. ¹³ A finales de julio de 1960 el padre Rúa organizó la visita a Orizaba de monseñor José Garibi Rivera, arzobispo de Guadalajara y primer cardenal mexicano. El prelado recibió una cálida recepción desde Acultzingo hasta el templo parroquial de San Miguel Arcángel.

¹³ Se ofreció una cena en el Club Rotario de Orizaba, cuyo presidente era el Dr. Agustín Krauss.

La dinámica de trabajo del sacerdote Rúa Álvarez cambiaría a partir de un día lamentable, el 27 de octubre de 1960, cuando el principal diario de Orizaba (El Regional) daba a conocer una mala noticia. Se comunicaba que los médicos especialistas de la ciudad de México, después de practicarle varios estudios, le ordenaban reposo absoluto, pues estaba al borde de padecer una anemia cerebral. Incluso se llegó a suplicar a la feligresía que no lo molestara, ya que su vida corría peligro. El clérigo guardó un relativo reposo, aunque siguió pendiente de la actividad religiosa, política y social. A pesar de la prescripción, después de un corto periodo de descanso, continuó con su agitado quehacer. Aunque ya no fue por mucho tiempo, porque el 13 de abril de 1962 se informó de la conclusión de su encargo como párroco de San Miguel. En Orizaba (tierra del rumor también) mucho se habló de su remoción. Ya antes había sido nombrado canónigo y el pueblo esperaba que hubiera sido distinguido como prelado de alguna diócesis. Sin embargo, como en ocasiones anteriores, un velo de misterio cubrió su salida. También se decía que le había sido encomendada alguna misión secreta. Según Sánchez de Anda, durante el sexenio del presidente López Mateos, el padre Rúa se desempeñó como su asesor para asuntos religiosos en América Latina. Él mismo guardó silencio y se fue a la ciudad de México, en donde realizó diversas actividades pastorales, pero sobre todo literarias, a favor de la evangelización. Utilizaba varios seudónimos tales como Claudio Álvarez, licenciado Rafael Álvarez; precisamente con éste escribió su ensayo Kennedy ante la Guadalupana, publicado por la editorial Razón en noviembre de 1962.

En este interesante estudio realizó un análisis acerca de la visita a México del mandatario de la incipiente primera potencia mundial. El autor asume una postura neutral, profundamente reflexiva, aunque no deja de resaltar las convicciones católicas de John F. Kennedy, quien valientemente comunica al gobierno mexicano que tendrá una actividad extraoficial durante su estancia en México: asistir a misa, con su esposa, a la basílica de Guadalupe. Resalta la inteligencia de Ken-

nedy para resolver el problema de ser huésped de un Estado oficialmente ateo, que oficialmente no es cristiano y mucho menos católico.

El padre Rúa fue un hombre polifacético. Después de su retiro colaboró en la revista turística *Vocero de México*, la cual tenía fama nacional e internacional. Escribía artículos en español e inglés utilizando un lenguaje muy ameno que incitaba al lector a conocer los lugares que él describía a detalle. Alternando su residencia en México y Orizaba, siguió ejerciendo su ministerio sacerdotal como invitado en diversas parroquias. En ocasiones sólo era convidado a impartir sermones. Extraordinario orador, cautivaba a la concurrencia con un léxico elegante y perfectamente ordenado en ideas puntuales, por lo que se apoderaba fácilmente del auditorio. En este sentido, es muy notable el hecho de reunir en torno a su persona a un público joven en una época en que la juventud se caracterizaba por su rebeldía o por su interés en el comunismo.

En aquel tiempo en que el comunismo ateo se extendía a grandes pasos, México se convirtió en bastión anticomunista mundial gracias a la labor del padre Rúa. Según el cronista de Orizaba, doctor José Romero Güereña, fue a mediados de 1964 cuando a iniciativa del sacerdote nació en México la Alianza Espiritualista Latinoamericana Pro Naciones Cautivas, cuya finalidad era combatir la referida ideología. Con gran entusiasmo congregó en su localidad, en mayo de 1964 en Orizaba, a representantes de diversos países oprimidos por el régimen comunista de la urss. En total veinte naciones estuvieron representadas además de las que no pudieron enviar delegados, pero que desde el destierro luchaban por la liberación de su patria. Todas esas personalidades, junto con las del pueblo orizabeño, daban una muestra de unidad latinoamericana y también internacional.

Para ese tiempo, el padre Rúa ya presentaba serios problemas de salud relacionados con su corazón, pero eso no impedía que siempre tuviera amplia disposición y buen humor; era bromista hasta en su enfermedad. Cuando le faltaba oxígeno le decía a su fiel chofer Margarito *el Negro*: "tráeme mi ollita de mezcal", refiriéndose al oxige-

no portátil. A pesar de estar retirado y enfermo, todavía pudo lograr un ansiado anhelo que se había propuesto con el padre Juan Angelo García, la coronación pontificia de la Virgen del Carmen. Ayudó en la organización del magno evento y en la preparación espiritual del pueblo, dictando magnas conferencias.

Agobiado por un infarto ocurrido en 1966, el padre Rúa prácticamente vivió los últimos cinco años de su vida bajo un régimen de cuidados que ya no le permitieron hacer su vida normal, llena de dinamismo. Era tanta su influencia y la preocupación que se manifestaba por su enfermedad, que el delegado del 1MSS dio todas las facilidades necesarias para que el eminente cardiólogo Joaquín Vargas Baeza fuera a buscarlo a Tehuacán, donde convalecía. Según el testimonio del galeno, sucedió de la siguiente manera:

Un día, que no recuerdo la fecha exacta, yo estaba dando mi consulta en el Hospital de Especialidades del 1MSS en Orizaba. De pronto llegó a mi consultorio un médico que me dijo que iba por mí para que fuéramos a recoger a un paciente a Tehuacán. Me extrañé mucho con la notificación, pero el facultativo me dijo que eran órdenes superiores. Así que tuve que dejar a mis pacientes y trasladarme a Tehuacán, acompañado del citado médico. En el camino me preguntaba quién será este personaje. Quizá algún político o por lo menos alguien con gran influencia para que se den estas determinaciones, me contestaba interiormente. Después de auscultarlo con mi equipo portátil y constatar que era factible el viaje, emprendimos el regreso a Orizaba. Desde entonces nació una relación especial con mi paciente, a quien no tenía el gusto de conocer, pues recientemente había llegado a trabajar a Orizaba.

A partir de ese acontecimiento el padre Rúa se mantuvo en reposo en los diferentes domicilios en que habitó, aunque todavía seguía siendo una autoridad en todos los ámbitos. El doctor Vargas le diagnosti-

có una arritmia por fibrilación auricular y se mantuvo a su cuidado. Todos los días le daba consulta particular en su domicilio, pues así se lo pedía el inquieto paciente, quien una vez terminada la revisión le pedía que se quedara para que conversaran. Según el testimonio del médico, en realidad era Rúa quien hablaba por largo rato de diversos temas, imprimiendo tal interés a la plática que pasaba el tiempo sin sentir. Así sucedió por espacio de unos cuatro años, de lunes a viernes, con algunas interrupciones, ya que el clérigo siguió teniendo algunas actividades incluso fuera de la ciudad. A pesar de su enfermedad aún le quedaba energía para visitar enfermos, sobre todo a algunas religiosas y sacerdotes como el padre Juan Valiente, a quien visitaba en Veracruz, o a las madres guadalupanas que habían fundado una casa en Boca del Río. Continuaba oficiando algunas misas, en particular cuando se trataba de amistades que le iban a participar la invitación a determinada ceremonia. Incluso él mismo se ofrecía, lo que de alguna manera significaba una muestra de gratitud.

El padre Rúa conformó un magnífico equipo de trabajo que le ayudaba a llevar a cabo sus múltiples tareas. Sus principales colaboradores fueron Abel Arenas, quien era como su secretario particular, María de Lourdes Moreno López (secretaria), Sarita Barragán, Irma Bautista (secretaria), doña Sofía (cocinera), Lupita Gómez Jiménez (asistente) y Margarito (chofer). Fue necesario contratar una enfermera para que lo cuidara en su casa, así que en 1966 invitaron a María del Pilar Cebada Sánchez, entonces estudiante de enfermería, para que lo atendiera. Agradecido, como siempre fue, el padre Rúa tuvo la oportunidad de recomendar a su enfermera cuando ésta se tituló para que entrara a trabajar al 1Mss, en 1967. Bastó una llamada al delegado regional para conseguir la plaza. Así era la influencia del canónigo, quien colocó en distintos trabajos a cientos de personas que recurrían a él para pedirle ayuda.

Durante su enfermedad, el padre Rúa vivió en distintas casas. Pasó un tiempo en el domicilio del señor Mercier y otro viviendo con la familia Carballido. El médico le había recomendado absoluto repo-

88

so, así que tuvo entonces más tiempo para leer toda clase de publicaciones, sin faltar los periódicos locales y nacionales. Esta lectura la complementaba escuchando música clásica. Prácticamente ya retirado, únicamente salía para oficiar alguna misa o dar sermones, acudía con entusiasmo a las actividades donde lo invitaban, pero se ponía mal con frecuencia. Se fatigaba tanto que en ocasiones era necesario llevarle la bomba de oxígeno al altar. En sus últimos días seguía una dieta rigurosa propia para cardiacos, sin sal, y tomaba sus medicamentos al pie de la letra. Todo esto a diferencia del tiempo en que gozaba de cabal salud, cuando llegó a pesar 110 kilos. Entonces tenía muy buen paladar y comía disfrutando cada platillo que le ofrecían.

Además de las deficiencias cardiacas, a finales de 1970 se le diagnosticó leucemia. Con la suma de estos males, la situación se complicó, ya que su salud se deterioró rápidamente. Fue necesario hacerle varias transfusiones de sangre y fue internado en el hospital del 1MSS de Orizaba.

Por la tarde del 31 de mayo de 1971 comenzó a agravarse, presentaba dificultad para respirar y cianosis, síntomas de que le faltaba el aire. Así se puso en ese momento cuando Pily lo cuidaba. Al percatarse de los estertores de la muerte, la enfermera llamó al médico de guardia, quien de inmediato llegó con su equipo a darle los auxilios de emergencia, pero ya no reaccionó.

Afuera aguardaban el licenciado Manuel Megías Huerta y sus fieles colaboradoras María de Lourdes Moreno y Lupita Gómez, entre otras personas. Según el testimonio de Pily Cebada, al padre Rúa se lo llevó la Virgen María, ya que murió la noche del 31 de mayo (mes de María), precisamente el día en que las niñas que ofrecen flores coronan a la santísima Virgen. Días antes de su muerte había expresado su deseo por conocer a la Virgen María. El padre Rafael Rúa Álvarez partió a la morada del Padre eterno a los sesenta y nueve años de edad, a las 22:20 hrs. del día 31 de mayo de 1971, en el Hospital de Especialidades del 1MSS de Orizaba. La funeraria del señor Enrique Fougerat se hizo cargo de los trámites para el acta de de-

89

función, que se emitió el 3 de junio de 1971 a las 11:00 hrs. Se anotó como causa de defunción un paro cardiaco. El certificado médico fue firmado por el doctor Juan Jorge Villa, adscrito al 1MSS.¹⁴

Después de morir, el cadáver fue trasladado a la parroquia de San Miguel Arcángel, en la que con el redoble de campanas se anunciaba la muerte del ilustre presbítero. Comenzó a llegar la gente. Largas filas se hicieron para pasar junto al ataúd y ver por última vez el rostro del amado pastor, que denotaba tranquilidad. Mientras tanto las religiosas rezaban el santo rosario. Cada vez que llegaba algún sacerdote oficiaba una misa en su honor. La última, la principal, la celebró el arzobispo de Xalapa, Manuel Pío López Estrada. Después salió el cortejo por las calles de la ciudad. Miles de personas acompañaron el cuerpo del padre Rúa a su última morada. También unas palomas que sobrevolaban el féretro ubicado sobre una plataforma. Según el testimonio de uno de sus ex alumnos en la Escuela Normal Nocturna, se registró un fenómeno físico relevante:

Durante el cortejo del padre Rúa, fundador de nuestra normal, lo acompañamos muchos maestros a su inhumación. Cientos de personas íbamos angustiados por el deceso del hombre próvido que hizo mucho por su amada Orizaba. Al pasar frente al edificio del Instituto Regional Veracruzano que fundó, tres haces de luz solar procedentes del referido inmueble se proyectaron hasta el féretro, no obstante el cielo estaba seminublado, casi cerrado, en esa tarde del 2 de junio de 1971, ocaso de la primavera. Las cámaras fotográficas captaron bien este suceso que provocó interesantes comentarios esotéricos.

En el cortejo iba todo tipo de ciudadanos, algunos muy notables, entre otros, el licenciado Miguel Alemán Valdés, ex presidente de la república. Fue largo el recorrido, pues llegó hasta el Cementerio

90

¹⁴ Acta de defunción no. 637, Oficina del Registro Civil de Orizaba, p. 137.

Municipal y regresó a la parroquia de San Miguel Arcángel, en donde fue sepultado en la capilla de la Santísima Virgen de Guadalupe. Precisamente la advocación de la Santísima Virgen María, a la cual él dio un extraordinario impulso.¹⁵

Después de su muerte surgió una serie de rumores acerca de su supuesta fortuna, una herencia de la que su secretaria María de Lourdes habría sido la heredera universal y albacea. Lo cierto es que el padre Rúa sí poseyó varias propiedades, pues le donaban casas y edificios, los cuales destinó para ayuda social, viviendo él de manera modesta.

El padre Rúa dejó un vacío enorme en Orizaba en cuanto a su labor de sensibilizar y gestionar para convencer a los personajes con posibilidades económicas, a fin de que éstas se transformaran en bienes espirituales de caridad y bondad que fueran llevados a tantos hogares, asilos y hospitales necesitados. Se puede decir que a su paso por esta tierra dejó, como legado, sus obras, ejemplos vivos de cristianismo.

Como escritor, Rafael Rúa fue prolífico, lo mismo en verso que en prosa, mostraba un dominio notable. Entre sus escritos publicados se encuentran, además de los ya mencionados: Astillas de una lira (libro de versos), Pétalos dispersos (poesía), La Iglesia y el obrero (conferencia histórico-sociológica), El misterioso Personaje de los Siglos, Rasgando nieblas (religiones, modernismo, protestantismo, espiritismo, teosofía, vida impersonal, masonería, socialismo), El más allá a la luz de la razón; ensayo oratorio: La Semana Santa Litúrgica y Jesucristo, Sol de la Historia Humana (del que al menos se publicaron dos ediciones) y un pequeño folleto de poemas. Su recuerdo aún prevalece nostálgicamente en los adultos mayores que añoran la "época de oro" en Orizaba, en donde abundaba el trabajo y todo reinaba en una santa paz fomentada por el padre Rúa y el cacique cervecero Daniel Sierra Rivera, ambos controvertidos personajes veracruzanos, protagonistas de la historia regional. En la evaluación general, la balanza se inclina a favor del recordado sacerdote.

¹⁵ Testimonio del señor Camilo Boschetti Oliver, quien filmó el sepelio en formato súper 8.





y el padre Rafael Rúa; en esta imagen se les ve acompañados por el licenciado Carlos Cárdenas Rojas, presidente municipal de Orizaba de 1950 a 1952. magen IV. Grandes amigos fueron el licenciado Marco Antonio Muñoz, gobernador de Veracruz (al centro)

•



Bibliografía

- Aguilar Muñoz, Carlos. *Un capítulo en la historia de Orizaba (apertura de templos)*, Orizaba: s.e., 1952, 32 pp.
- ÁLVAREZ, Claudio. *Tirano y víctimas*, México: Voluntad, 1938, 182 pp.
- ÁLVAREZ, Rafael. Kennedy ante la Guadalupana, folleto, México: Razón, 1962, 8 pp.
- Báez-Jorge, Félix. Olor de santidad. San Rafael Guízar y Valencia: articulaciones históricas, políticas y simbólicas de una devoción popular, Xalapa: Universidad Veracruzana, 2006, 630 pp.
- Barradas, Celestino. *Historia de la Iglesia en Veracruz*, Xalapa: San José, t. 111, 1990, 1374 pp.
- ———. Seminario, trayectoria y presencia, Xalapa: San José, 2000, 358 pp.
- Chacón Jr., Carlos. Semblanza de un hombre, a la memoria del Ilmo. Sr. Canónigo Dr. Don Rafael Rúa y Álvarez, folleto, Orizaba: s. e., 1971, 8 pp.
- Escobar Euan, Roger. Escuela Normal de Orizaba, particular nocturna Ignacio de la Llave, Orizaba: Comunidad Morelos, 2008, 78 pp.
- Maciel Gómez, Benjamín. Galería de orizabeños ilustres y de hombres y mujeres benefactores o distinguidos admiradores de Orizaba, Orizaba: HG Editores, 2006, 304 pp.
- ———. Síntesis cronológica de los principales hechos históricos de Orizaba, t. 11, Orizaba: s. e., 2000, 166 pp.
- Mora, Justino de la. *Apuntes biográficos del beato mons. Rafael Guízar y Valencia*, 2ª ed., Xalapa: Mons. Rafael Guízar y Valencia, 1994, 226 pp.
- Romero Güereña, José. *Orizaba, algo de ayer*, México: Aserh, 1996, 288 pp.
- ——. Otro ensayo de una historia de Orizaba, México: ASERH, 2003, t. 11, 807 pp.



Rúa Álvarez, Rafael. Sermones, México: Razón, 1934, 184 pp.

——. El más allá a la luz de la razón, México: Razón, 1936, 324 pp.

SÁNCHEZ DE ANDA, Guillermo. *Perfiles de Pluviosilla*, México: Étoile, 1996, 158 pp.

Hemerografía

Diario El Mundo de Orizaba, 1 de junio de 1971.

Diario *El Regional*, Orizaba, 15 y 25 de noviembre de 1956; 5 y 27 de marzo de 1958; 21 de enero de 1960; 11 de agosto de 1960.

Diario *El Sol de Orizaba*, 8 de febrero de 2005; 16 de noviembre de 2008.

Diario Los Sucesos, Orizaba, 8 de febrero al 15 de abril de 1937.

Archivos, bibliotecas y registros

Actas de la Asociación Guadalupana de la Parroquia de San Miguel Arcángel

Anecdotarios de la Parroquia de San Miguel Arcángel Archivo Histórico Municipal de Orizaba

Archivo Parroquial, catedral de San Miguel Arcángel

Documentos de la iglesia del Carmen

Libro de Actas de Bautismo de la Parroquia de San Miguel Arcángel Registro Público de la Propiedad. Orizaba, Ver.

Entrevistas

Doctor José Romero Güereña

Doctor Joaquín Vargas Baeza

Ingeniero Mauro Mendoza Hernández

Licenciado Octavio Gómez Grajales

Madre María de la Consolación Muñoz

Presbítero Luis Palomo Saavedra

Presbítero Isaías Mina Vásquez

Presbítero Ignacio Villanueva Arteaga

Presbítero Antonio Muñiz Muñiz Profesora Alicia Rojas Romero Profesora Gabriela Freeman Profesor Carlos Castillo Álvarez Señora María del Pilar Cebada Sánchez Señorita Guadalupe Gómez Jiménez Señora Blanca Domínguez Señora Catalina Vélez Oropeza Señora Ofelia Villanueva Arteaga Señor Jacinto Elizalde Señora Celia Meza Barojas Señor Carlos Francisco Zamora Plata Señora Margot Escudero Stadelmann Señor Miguel Reneaum

Agradecimientos

Agradezco a las siguientes personas, quienes pusieron a mi disposición sus documentos personales, bibliografía y fotografías: presbítero Antolín Bernardi Castelán, párroco de San Miguel Arcángel; señor Camilo Boschetti Oliver; señorita Guadalupe Gómez Jiménez; doctor José Romero Güereña; licenciado Benjamín Maciel Gómez; licenciado Manuel Antonio Sánchez, jefe de la oficina del Registro Público de la Propiedad de Orizaba; licenciado Ricardo Aguilar Lima, jefe de la Oficina del Registro Civil de Orizaba.







(

Toña *la Negra*: sombras de una silueta redondísima

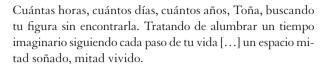
Z

Andrea López Monroy





IMAGEN V. Toña la Negra, con el movimiento característico de sus interpretaciones, ca. 1948.



Joel Carazo, Pauta, "Caleidoscopio de Toña la Negra"

"Cuando estoy en escena ni veo nada. Sólo pienso en la canción que interpreto y me hundo, me entrego, me olvido, vuelvo a vivir mis cosas", confió Toña la Negra a Cristina Pacheco dos años antes de su muerte. Estas palabras confirman lo reservado de su carácter y el profundo sentimiento que imprimía a cada canción, rasgo personal que le permitió motivar las emociones más profundas de sus escuchas. La mayor parte de su vida transcurrió entre bambalinas, frente a un público que disfrutó verla y escucharla cantar las composiciones del momento con su inigualable voz. Los telones cubrieron los detalles de su ciclo vital, alrededor del cual se han construido infinidad de mitos. La mezcla de talento, misterio y circunstancias la convirtieron en una de las figuras más populares de México y de Veracruz, su terruño.

Raíces de una gran intérprete

Antonia del Carmen Peregrino Álvarez nació en el puerto jarocho el 2 de noviembre de 1912, según consta en el acta de nacimiento número 168 expedida el 31 de enero de 1920 por la Oficina de Registro Civil. Este documento consigna que sus padres habitaban en la calle Doblado (predio Villa Verde, interior 6), en el legendario barrio de La Huaca. La infancia y adolescencia de Toña se desarrolla en este territorio, considerado arrabalero por ubicarse en la antigua zona extramuros de la ciudad. Al correr de los años se convirtió en

una de las más importantes reservas de la cultura popular. De la lectura de su acta de nacimiento se desprenden las primeras hipótesis acerca de su vida: fue registrada varios años después de haber nacido, situación que parece normal si recordamos los conflictos sociales y la inestabilidad institucional de aquella época revolucionaria. Se antoja deducir que fue registrada con la finalidad de contar con un documento que acreditara su origen y edad, e inscribirla en la escuela. A sus ocho años era necesario que aprendiera a leer y escribir, que cursara grados escolares mínimos para enfrentar los difíciles retos sociales de ese periodo turbulento.

Antonia del Carmen Peregrino Álvarez nació en el seno de una familia proletaria. De origen haitiano, su padre, Timoteo, trabajaba como abridor de contenedores en la aduana, integrado a un gremio organizado que más tarde se convertiría en sindicato; fue miembro fundador de esa agrupación. Daría, la madre de la Sensación jarocha, vivía dedicada a las labores del hogar y al cuidado de sus tres hijos (Doroteo, Antonia y Manuel). Cuando las actividades cotidianas terminaban, la extensa familia se reunía (incluyendo a dos tías paternas de Toña) para cantar y hacer música: Timoteo y Manuel tocaban la guitarra, Daría cantaba y Doroteo ponía ritmo con los bongós y las maracas. Considerando la disposición habitacional de La Huaca (de casas hacinadas) no es difícil imaginar a los vecinos acercándose a escuchar la trova de los Peregrino, sumando sus voces a las de ellos, o bien participando con algún instrumento. Este convivio todavía es característico de los habitantes de esta zona de la ciudad, a quienes distingue su particular forma de ver la vida; de sus estrechos callejones han salido músicos, bailarines y toda clase de artistas identificados en otros espacios geográficos gracias a su carácter desenfadado, a su alegría (real o aparente) y a la empatía que, sin rodeos, establecen con los demás. Son, en verdad, genuinos habitantes de Jarochilandia. Diversos autores (entre los que destacan Francisco Rivera Paco Píldora) han escrito páginas memorables sobre el singular ambiente de La Huaca. Observan en particular los minúsculos cuartos que forman las vecindades donde todos habitan como si fueran miembros de una misma familia. Comparten un solo baño y el espacio para lavar la ropa, que bien puede compararse con el diván psicoanalítico, ámbito ideal para hablar de las penas amorosas o de los problemas familiares, impar para comentar la vida de los demás, ante la imposibilidad física de guardar los secretos. Ahí las historias personales son inevitablemente compartidas.

En ese ambiente bullanguero, las tardes musicales de los Peregrino Álvarez no podían pasar desapercibidas. Una familia que tocaba para que los demás bailaran o cantaran cubría las expectativas de la comunidad vecinal. En esta actividad plena de esparcimiento, Toña pasó los primeros años de su vida, inmersa en un ambiente musical con la inclinación hacia el canto heredada de sus progenitores, alentada por su círculo de amigos y vecinos.

A pesar de la alegría que los motivaba a hacer música, la vida de los Peregrino Álvarez no fue sencilla; enfrentaban las carencias de una familia numerosa sostenida por el raquítico salario del padre, lo cual no impedía que concurrieran a eventos sociales en los que la voz de la pequeña Toña era el centro de atención. Escenas que seguramente moldearon su carácter y la dotaron del arrojo necesario para superar obstáculos y desencuentros. En 1914 (sólo dos años después de que naciera) el puerto fue invadido por las tropas norteamericanas. Como es sabido, en el marco de la compleja problemática que vivía el país, barcos de guerra arribaron de manera inesperada a Veracruz. Los marines tomaron los edificios más importantes, por lo que la heroica defensa de la ciudad estuvo a cargo de un puñado de cadetes de la Escuela Naval Militar y de sus profesores, así como de valerosos ciudadanos que no dudaron en arriesgar su vida frente a un enemigo superior en número y en armamento. Considerando su ubicación territorial y condición social, es posible que entre los defensores de Veracruz participara Timoteo Peregrino; de cualquier forma, lo que resulta indudable es que este suceso histórico afectó la vida cotidiana de la familia.

En 1922 otro gran acontecimiento se gestó en los estrechos pasillos del barrio de La Huaca. Cuando la Negra Peregrina tenía diez años, surgió el Movimiento Inquilinario liderado por Herón Proal, protesta social contra la explotación que ejercían los propietarios de cuartos y casas, aprovechando la gran demanda de espacios para vivir. En aquel entonces, los patios de vecindad estaban integrados por varios cuartuchos convertidos en pocilgas, resultado del descuido de sus propietarios. Lejos de darles mantenimiento, los arrendadores obligaban a los miserables moradores a pagar exorbitantes cantidades que superaban en mucho el salario. El descontento no tardó en convertirse en manifestación popular y uno de los organismos que participó activamente en las protestas fue el Sindicato de Cargadores y Abridores del Comercio, agrupación de la cual, como ya se dijo, Timoteo Peregrino era un destacado miembro. Como en muchos otros aspectos de la vida de la cantante, no se ha documentado (acaso por falta de fuentes) cómo su familia superó esa difícil época que seguramente implicó cambios radicales.

Fue en aquellos agitados años cuando Toña ganó su primer concurso de canto. Hacia 1923, la compañía de cigarros "El buen tono" (cuyos propietarios eran también de la estación de radio XEB) regalaba equipos radiofónicos a cambio de cajetillas vacías. Así, en el marco de sus promociones comerciales, lanzó una convocatoria para participar en un concurso. Ella triunfó pese a competir con cantantes aficionados adultos. La virtuosidad que poseía su timbre fue la base de su éxito; su voz llamó la atención de quienes la escucharon, aunque le faltaba madurar y acumular las experiencias que le permitirían vivir intensamente cada canción.

En su adolescencia, Antonia del Carmen participó en las serenatas que su hermano Manuel interpretó con Ignacio Uscanga Matías, con quienes cantó eventualmente. La época estuvo marcada por el arribo a Veracruz del bolero cubano y por la influencia de la industria radiofónica. Este ambiente es recreado fielmente por el talentoso e inigualable cronista Francisco Rivera *Paco Píldora*, cuya atinada

pluma nos muestra el ayer de La Huaca con sus noches convertidas en alegres bailes animados por voluptuosas jarochas:

Quien a tus patios volviera, y en la noche veraniega, se enredara en la refriega de una bullanga rumbera. Viejo barrio de La Huaca, largas siestas en hamaca, con abanico y guitarra, y una mulata que embarra sus senos como maraca.

Al referirse a este asentamiento urbano, Francisco Rivera aludió en reiteradas ocasiones a los incontables cantantes y grupos musicales que se formaron en sus callejones: el Cuadro Estrella, Nacho Uscanga, Félix Bolaños, etc. La música del Trío Matamoros dispersada por la brisa desde alguna ventana de La Huaca y otras notas llegaron indudablemente a los oídos de la joven Toña, que disfrutaba de los nuevos ritmos provenientes de la otra orilla del Golfo de México. Seguramente entonó con su voz melódica las innovadoras canciones para el deleite de sus paisanos.

A través de los versos compuestos por el popular decimero *Paco Píldora* sabemos que *la Negra Peregrina*, siendo aún jovencita, participó en una función de gala en el teatro Principal, a beneficio de la Cruz Roja. Acompañada por el Cuadro Estrella interpreta "Longina", emblemática canción cubana de Manuel Corona que, de alguna manera, retrata el don fundamental de Toña: "Y es la cadencia de tu voz tan cristalina, tan suave y argentada de ignota idealidad, que impresionada por todos tus encantos, se conmovió mi lira y en mí la inspiración". Como bien lo indica Francisco Rivera, en aquellos años, la cantante mostraba ya el privilegio de su voz y lucía los rasgos de su juvenil belleza, característica de la clásica mujer jarocha.

El ambiente cotidiano la moldeó; ella supo absorber de su barrio pobre "las interminables rumbatas y alegrías [...] pregones de los vendedores y cantares montunos al compás de las caderas que marcaban el chancualeo de mezclillas y nansures en lavaderos y bateas, y rodaban chismes y cuentos que despertaban carcajadas maliciosas".

El difícil inicio y el encuentro con Agustín Lara

Años después de esas primeras experiencias musicales, hacia 1932 (sin saberlo con exactitud dado que su vida tiene que reconstruirse a partir de la realidad y la fantasía, es decir en los planos de la leyenda), Antonia del Carmen Peregrino deja su natal Veracruz para viajar a la ciudad de México en busca de mayores oportunidades en la música. La acompaña Guillermo Cházaro Ahumada, trabajador de la aduana y buen bailador, con quien contrajo nupcias alrededor de 1929.

En aquellos tiempos la dinámica de la capital está marcada por el esfuerzo cotidiano orientado a convertirla en una ciudad moderna. intentando dejar atrás los cruentos episodios revolucionarios. Abre sus puertas a las nuevas tendencias artísticas, sociales, culturales, arquitectónicas y políticas, este último ámbito marcado por las secuelas del Maximato. Toña se adapta rápidamente al cambio de vida; su objetivo es triunfar y encontrar la oportunidad de proyectarse a los grandes escenarios. Canta durante una temporada en el café-cabaret El retiro, lugar en el que inició su exitosa trayectoria Agustín Lara. Sin embargo, la carrera de Antonia no lograba despegar, el pago que recibía apenas le alcanzaba al matrimonio para vivir, toda vez que su esposo no tenía un empleo estable. Esta situación motivó a Manuel el Negro Peregrino a ir en su búsqueda con la finalidad de ayudarla. El gesto comprueba la difícil situación económica que enfrentaba la pareja, habitando un pequeño cuarto por el barrio de Tepito. Al llegar Manuel deciden unirse los tres para cantar, y pasan así algún tiempo sin correr con suerte. La pobreza que antes padecía la pareja ahora era compartida con el Negro. El propósito de ir a vivir a la capital aún no se cumplía, parecía inalcanzable el sueño de cantar en los mejores teatros, más aún conocer a Agustín Lara, el compositor del momento, cuyas letras más famosas Toña interpretaba.

Años atrás, aproximadamente en 1929, cuando los hermanos Peregrino aún radicaban en Veracruz, Agustín Lara, Pedro Vargas y Ana María Fernández recibieron un homenaje en el teatro Felipe Carrillo Puerto, aprovechando su paso por esa ciudad de camino hacia La Habana. El programa de aquella ocasión incluyó la participación de Toña, así como de diversos grupos musicales. Fue entonces cuando el Flaco de Oro la escuchó por primera vez, interesándose en ella. Habló con Manuel Peregrino diciéndole que si alguna vez llegaban a la ciudad de México, no dejaran de buscarlo. Con este antecedente, hacia finales de 1932, en medio de su gran crisis económica, Toña (cargando a su primogénito casi recién nacido), Manuel y Guillermo deciden ir a buscar a Lara hasta su domicilio. Apostados en la puerta de su casa, después de varios intentos de hablar con el compositor, de idas y vueltas sin tener la suerte de ser recibidos, una tarde los atiende Angelina Bruschetta, entonces esposa de quien en Cuba fuera nombrado, en memorable ocasión, "Adúltero del año". Al verlos, ella se percata de la precaria situación económica que vivían y también del profundo interés que mostraban por hablar con Agustín Lara. En las reveladoras páginas de su diario, Angelina confiesa su conmoción al observar "la angustia en sus negrísimos ojos y su patética figura con el pequeño en brazos". Movida por su frustrado sentimiento maternal, intercede por ellos ante Lara. Les pide que vuelvan al día siguiente y es entonces cuando, ante la insistencia de su esposa, muy a disgusto, el compositor los recibe. No fueron muchas las palabras que intercambiaron, pero sí las necesarias:

105



[—]Vamos a ver, ¿qué sabes cantar?, le preguntó a la jarocha.

[—]Lo que usted quiera maestro; todas las canciones de usted, todas.

[—]Ah, con que todas, ¿no? Bien, vamos a ver; vas a cantar "Enamorada".

Con Agustín Lara acompañándola en el piano, Toña dejó escuchar su entonado timbre, con el cual el compositor quedó maravillado. Bruscamente dejó de tocar para preguntarle:

—¿De dónde sacaste esa voz negrita? Vamos a ver, primero, ¿cómo te llamas?

Con su característico hablar costeño, ella contestó:

- —Gracia' maestro.
- —¿Te llamas Gracia?, inquirió Lara.
- —No, me llamo María Antonia del Carmen Peregrino de Cházaro.

Así fue como inició una venturosa relación artística, principio recreado por diversos autores de muy distintas maneras. Encuentro que fue punto de partida de una prolífica carrera que dio lugar a incontables presentaciones en teatros, en la xew (la más importante estación de radio propiedad de Emilio Azcárraga Vidaurreta), en giras en el interior del país que permitieron a *la Sensación Jarocha* ser ampliamente conocida en todos los rincones de México, y escuchada con especial emoción en su natal Veracruz. Desde luego, su situación económica mejoró radicalmente y su vida cambió para siempre.

Inmediatamente después de que Agustín Lara escuchó a Toña, le dijo que la llevaría a la xew, con la finalidad de presentarla con Emilio Azcárraga. En ese momento Toña se llenó de alegría, sin embargo no dejó de manifestar una inquietud: "Sólo que no tengo más ropa que ésta", con lo que daba a entender que le preocupaba su imagen, rasgo que ya siendo famosa la distinguiría. Ante este pertinente planteamiento, Lara (que se caracterizaba por vestir de manera elegante) pidió a su esposa que la ayudara a arreglarse. Siempre pulcra, apropiada, sobria; pese a que el maquillaje no le agradaba, lo usaba en el escenario pensando en gustar a su público. Tiempo después de verla nacer a la música y de seguir su desarrollo escénico, la descripción que Angelina Bruschetta hace de la Ma-

dre de los Boleros es atinada: "ojos negrísimos y boca dispuesta a la sonrisa franca y abierta; destacando de ese conjunto unas manos de princesa hindú, de movimientos alados y que al cantar expresaban tanto como su propia voz". Cabe decir que Guillermo Cházaro y Manuel Peregrino, con la ayuda de Agustín Lara, pasaron a formar parte del conjunto Son de Marabú, tocando las claves y la guitarra, respectivamente.

Cuando se presentaron en la estación de radio, Agustín Lara primero habló con el prominente empresario; después éste se dio tiempo para escucharla. Su voz conquistó inmediatamente a Emilio Azcárraga, quien con su gran visión para los negocios en el medio artístico, ordenó que se dispusiera lo necesario para su debut. Durante varios días los músicos y la cantante jarocha se reunieron para ensayar; fue entonces cuando Azcárraga la bautizó con el sobrenombre con que sería conocida hasta el final de sus días: Toña la Negra; apelativo cargado de contenido social y cultural, representativo de la mujer porteña que se convertiría en la voz de la "raza quemada por el sol". Finalmente se transmitió un programa radiofónico en el que la voz de la nueva estrella del canto llegó a cientos de hogares, donde fue recibida con agrado. Desde luego, su pase de entrada fue el mismo Agustín Lara; al permitirle interpretar sus composiciones y acompañarla con el piano se convirtió en su aval garante. En aquel entonces se transmitía *La hora íntima*, programa de la xew en el que solamente se escuchaban letras y notas del tlacotalpeño adoptivo. Él ya contaba con un público que lo esperaba todas las tardes del otro lado de la radio, para deleitarse con su poesía hecha canciones.

La primera presentación entre telones de Toña fue el 31 de diciembre de 1932; en el teatro Esperanza Iris, acompañada nuevamente por Lara, interpreta "Talismán". El público la escucha admirado. Con sentimiento a flor de piel canta la composición de su tutor. Sus cualidades vocálicas resultaban extraordinarias. Los aplausos fueron "la incomparable ovación de mi vida. ¡Cómo me hicieron llorar!", confesaría la jarocha en una entrevista publicada en el *Cancionero Pi*-

cot, memorable cuadernillo aún añorado por muchos. Al igual que Agustín Lara, la nueva cantante había surgido de la nada, sin ninguna formación profesional, de un estrato social bajo; ligada indudablemente al compositor, la Sensación Jarocha se constituía en símbolo del pueblo, de las clases sociales no privilegiadas. En enero de 1933 estrena "Lamento jarocho" en el teatro Politeama. Al cantarla, Toña evoca los recuerdos de sus años en la ciudad porteña, las penurias de la gente con la que cotidianamente convivía y su arrojo para superar sus limitaciones, entonces la emoción se agolpa en sus labios:

A los que sufren, a los que lloran, a los que esperan les canto yo.

[...]

Alma de jarocha que nació morena, talle que se mueve con vaivén de hamaca,

carnes perfumadas con besos de arena, tardes que semejan paisajes de laca.

Boca donde llora la queja doliente de una raza entera llena de amarguras,

alma de jarocha que nació valiente para sufrir todas sus desventuras.

Nadie mejor que la Negra para cantar a su gente, con quien compartía no sólo la condición social, sino el cariño hacia sus orígenes, el esfuerzo cotidiano por salir adelante y la idiosincrasia formada en las populares calles de Veracruz. "Lamento jarocho" tuvo una gran aceptación entre el público; aquella presentación en el Politeama fue determinante en su incipiente carrera al confirmarse que Toña había nacido para cantar y que el público demandaba artistas genuinos como ella. La temporada en el teatro fue redituable para el empresario Emilio Azcárraga, quien ante la solicitud de Manuel Peregrino, les proporcionó una casa excelentemente ubicada, además de muebles y ropa.

Así iniciaba la vida de la joven Antonia del Carmen (de solamente veintiún años) en los escenarios, los que con el paso del tiempo proyectaron cada noche a la estrella musical pero nunca mostraron los pormenores de su vida personal, devenida en misterio y fantasía, tejida únicamente con los escasos hilos encontrados en los valiosos testimonios de quienes la conocieron, en las notas periodísticas de la época y en las breves líneas (que directa o indirectamente) algunos autores le han dedicado.

La temporada en el teatro Politeama se extiende durante varios meses de 1933. El programa de revista musical lo encabezaba el joven tenor Pedro Vargas, quien junto con Toña y Agustín Lara marcan al ritmo de boleros y rumbas la época de oro de aquel famoso recinto. Renombrados artistas (Jorge Negrete y las Hermanas Águila, entre muchos otros) aparecían en los carteles junto a los nombres de los cantantes, como parte de las presentaciones que componían todo el show, que reunía música, comedia y piezas teatrales. Los años que siguen están señalados por el triunfo. La Madre de los Boleros graba innumerables volúmenes con la mejor firma (RCA Victor), en los que se incluyen temas de compositores cuyas letras dibujan el mapa sentimental del México de los años treinta: "Sé muy bien que vendrás" (Antonio Núñez); "Babalú" (Margarita Lecuona); "El apagón" (Manuel Esperón, principal compositor del Cine de Oro, creador del tema de la emblemática película *La mujer del puerto*); "La gloria eres tú" (José Antonio Méndez); "La negra Leonor" (Cuates Castilla). Desde luego, "Enamorada", "La clave azul", "Oración caribe", "Cabellera negra", "Noche de ronda", "Farolito", "La cumbancha", "Arráncame la vida", "Mujer", "Pervertida", "Santa", "Palabras de mujer", entre muchas otras cuyo autor es de sobra conocido. La dupla Agustín Lara-Toña la Negra cosecharía rotundos éxitos al grado de que ella se convirtió en una de sus mejores intérpretes, y él resultó su compositor a la medida. La letra de "Veracruz" sonó como nunca en su melodioso timbre cargado de inmenso cariño, igualado en sentimiento sólo en la voz de su compositor. Ambos convertirían este tema en un himno.

Otra canción que sería representativa para ella fue "Angelitos negros", del venezolano Andrés Eloy Blanco, cuya letra con ritmo de bolero se convierte en demanda sentimental en favor de la población negra. Su timbre, con alta dosis de compromiso social, reclama: "Siempre que pintas iglesias, pintas angelitos bellos, pero nunca te acordaste de pintar un ángel negro". Dejando a un lado los patrones tradicionales de perfección y belleza que caracterizan a las figuras religiosas, canta con particular énfasis: "Aunque la virgen sea blanca, píntame angelitos negros, que también se van al cielo todos los negritos buenos".

Lo que vino después fue una larga serie de presentaciones y giras por el país, ya fuese sola o acompañada por Agustín Lara y Pedro Vargas; temporadas en el teatro; programas de radio y televisión; algunos viajes al extranjero; amistad con otros cantantes; actividades propias de los artistas famosos, que en el caso de Toña no se conocen a detalle pese a los diversos intentos emprendidos por reconstruir su trayectoria, donde la imaginación es componente imprescindible.

Esta popular cantante se constituyó en símbolo del romanticismo. El profundo sentimiento (melancólico o festivo) que caracterizaba a sus interpretaciones le permitió ser mentora en la educación sentimental que la sociedad encontraba en algunos de los cantantes de esos tiempos. Su voz caló hondo en las emociones de aquel México en vías de la modernidad, que como colectivo se abría a nuevas formas de expresión. Toña fue vocera de infinidad de enamorados, despechados, solitarios, cumbancheros como ella, de todas las clases sociales. "Cenizas" fue el tema que aderezó innumerables rupturas amorosas, canción que hablaba en nombre del corazón dolido: "Ya no podré ni perdonar ni darte lo que tú me diste; has de saber que en un cariño muerto no existe rencor. Y si pretendes remover las ruinas que tú mismo hiciste, sólo cenizas hallarás de todo lo que fue mi amor". Con "La clave azul" y "El apagón" se amenizó el alma fiestera de los mexicanos. La voz de Toña tenía cabida en todos los ambientes, cantando al romance, a la vida, a la alegría, al desengaño, desde lo más profundo de su corazón, en donde probablemente había también una herida o un nuevo amor.

Ante las cámaras

Al poco tiempo de cosechar triunfos en el ámbito musical, la cantante jarocha fue invitada a participar en la pantalla grande. La década de los años treinta marcó el desarrollo de los medios de comunicación; la radio se empezó a escuchar en gran parte del país, y el cine, al superar su etapa muda, se constituiría en el mejor transmisor de los ideales y valores morales que se buscaba infundir en la sociedad. En 1934, con la llegada del general Lázaro Cárdenas a la presidencia, ideas socialistas y de progreso empiezan a marcar las acciones gubernamentales, mismas que influirían también en el quehacer cultural del país. Parte de esta nueva tendencia fue proyectar el exaltado sentimiento nacionalista, idea que Sergei Eisenstein concretó con gran exactitud y visión al rodar ¡Que viva México! Esta iniciativa sería continuada durante muchos años más por otros reconocidos directores, encabezados por Emilio el Indio Fernández. Hacia esos años el cine de gánsteres, dirigido y protagonizado por Juan Orol (más allá de emitir un juicio sobre la calidad de la actuación, guiones y edición), contaba con público que acudía a las salas a admirar las cualidades femeninas de las jóvenes protagonistas (Rosa Carmina y María Antonieta Pons son claros ejemplos) y a copiar los patrones de valentía del héroe o villano. En este abanico de géneros, en cuyo fondo convergían los mismos valores y contrapuntos (maldad/bondad; pobreza/riqueza; fidelidad/traición y sus consabidas consecuencias), adquiere relevancia el melodrama. Es éste el que predomina en los filmes de la época quizá debido a que resultaba idóneo para inculcar valores y tocar conciencias. Visto a la distancia, era otra asignatura de la instrucción sentimental, moral y social.

En el marco del auge cinematográfico, dirigida por Arcady Boytler, en 1934 Toña *la Negra* forma parte de un cortometraje titulado *Revista musical*. Gracias a la amplia difusión que el cine le posibilita, su figura

costeña es vista con mayor frecuencia en esos espacios. Por otra parte, era común que se fusionara el drama con las canciones de moda (o que éstas fuesen escritas en función del primero), las cuales en muchos casos sintetizaban la historia que se llevaría a la pantalla. Desde esta perspectiva, no es difícil suponer que las interpretaciones cargadas de sentimentalismo que caracterizaban a la cantante jarocha motivaran que productores y directores consideraran su participación en el cine como un elemento que enriquecía el planteamiento del tema. De ahí que ese mismo año fuese invitada a actuar en Payasadas de la vida, filme a cargo de Miguel Zacarías. A partir de entonces, fue frecuente verla en las cintas cinematográficas, no sólo actuando su propia realidad como cantante, sino interpretando a la consejera emocional de las grandes protagonistas de las películas de rumberas, como Meche Barba y Ninón Sevilla, quienes, dicho sea de paso, han sido olvidadas y las nuevas generaciones apenas podrían creer que las "abuelitas" de las telenovelas de los últimos años encarnaron la gloria del cine mexicano de la década de los cuarenta y en adelante.

En 1938 Antonia del Carmen es invitada a cantar en Águila o sol, nuevamente dirigida por Arcady Boytler, uno de los primeros filmes en los que participa Mario Moreno Cantinflas. La cantante repetiría su intervención durante los años siguientes en María Eugenia (1943); Konga roja (1943); La mulata de Córdoba (1945), cuya participación fue incluida en los carteles como actuación especial, al lado de Lina Montes y Víctor Junco; Humo en los ojos (1946), en donde dirigida por Alberto Gout se le ve aconsejando a la joven y guapa Meche Barba, a quien le aqueja un mal de amores; Cortesana (1948); Revancha (1948), al lado de la escultural Ninón Sevilla, David Silva y en donde también la acompañan Agustín Lara y Pedro Vargas, jun elenco de primera!; Mujeres en mi vida (1950), en la que alterna con el trío Los Panchos y Pedro Vargas; Amor de la calle (1950). Ese mismo año canta en Aventurera (tema que nadie interpretaría como ella), cinta que Guillermo Cabrera Infante calificaría como obra maestra, protagonizada por Ninón Sevilla, Tito Junco, Andrea

Palma, Miguel Inclán y Rubén Rojo; La mujer que yo amé (1951), en cuya trama dialoga con Agustín Lara y le dice que el mar y los pájaros le enseñaron a cantar; Amor vendido (1951); En carne viva (1951), con Rosa Carmina, quien fuera una de las parejas sentimentales y musa de Juan Orol; Pecado (1951); Los enredos de una gallega (1951), cuya actriz principal fue la comediante argentina Niní Marshall, que realizaría otras películas de este género en las que también participó la Madre de los Boleros, y La noche es nuestra (1952), entre muchas otras. Después de esta última, en la que Toña ya contaba con cuarenta años de edad, no volvería a ser invitada a actuar hasta 1958 en la comedia *Música de siempre*, donde participa la famosa cantante Edith Piaf interpretando "La vida en rosa", tema que la Sensación Jarocha repetiría inmediatamente después en una versión en español. Posteriormente pasaría un tiempo fuera de las pantallas para volver en 1972, al ser parte de los invitados frecuentes de la Revista musical Nescafé, programa televisivo transmitido los lunes a las 21:00 hrs., patrocinado por esta empresa de café procesado (cuando las marcas comerciales invertían en difundir la cultura popular), en el que se podía ver a comediantes, actores y destacados músicos, como Agustín Lara y Consuelo Velázquez.

En los años siguientes, Toña la Negra tuvo presentaciones cantando en centros nocturnos al estilo de su momento de esplendor artístico, y participó en conciertos al lado de otras estrellas. Sin embargo, el tiempo había pasado. México se encaminaba hacia la posmodernidad, transitaba hacia un nuevo modelo económico, las dinámicas sociales estaban marcadas por innovadoras tendencias en la música, las artes y la moda. La tecnología permitió establecer mayor contacto con otros países, y las formas de vida y núcleos de convivencia se irían globalizando, de tal forma que paradójicamente cada vez se hizo menos frecuente concurrir a los cabarets, disfrutar de las revistas musicales en los teatros, encontrar una programación sustanciosa en la televisión. La radio priorizó a los "nuevos valores" y aquellos que aún pertenecían a la época romántica les cedieron el

paso, hasta que el tiempo se encargó de consagrarlos como los grandes representantes de la música mexicana cuyo valor se conservaba mejor fuera de los escenarios. Así parecían pensarlo los encargados de dirigir las empresas de cine, radio y televisión. Más allá de la nostalgia que el recuerdo de aquellos años pueda motivar, y dejando a un lado la premisa de que toda época pasada fue mejor, lo cierto es que el talento de esta intérprete la hizo permanecer en el gusto del público durante décadas. Su privilegiado timbre (que dio voz y ritmo a letras de profundo contenido) aún hace vibrar, despertando emociones.

El viernes 19 de noviembre de 1982, a los setenta años de edad, Antonia del Carmen Peregrino muere en la ciudad de México, sintiéndose olvidada aun antes de partir, enferma, atribuyendo su decadencia a la pérdida de la belleza y gracia de sus años mozos, cargando el peso de la edad. Durante la última etapa de su vida enfrentó experiencias dolorosas: la muerte de uno de sus hijos (Guillermo); su segundo divorcio; el fallecimiento de su entrañable amigo y maestro Agustín Lara; la pérdida de Adela, cuñada y entrañable amiga de su juventud. Acaso su último sufrimiento fue no haber exhalado el suspiro final en la ciudad a la que tanto amó, a la que cantó y que inspiró sus mejores interpretaciones: Veracruz.

En virtud de que el día siguiente de su deceso no fue laborable (debido a la conmemoración de la Revolución mexicana), los medios locales de comunicación no circularon, por lo que el lamentable suceso se dio a conocer hasta el 21 de noviembre. En una de sus páginas interiores *El Dictamen* publicó una nota bajo el título "Desapareció el patio donde nació Toña *la Negra*", que destaca por encima de la pérdida de tan importante intérprete, la desaparición del espacio en el que vivió. El diario asegura que la muerte de Antonia del Carmen Peregrino conmocionó a toda la República mexicana, especialmente a los habitantes de La Huaca. Sin embargo, el impacto de la muerte de la *Sensación Jarocha* no se reflejó en el conocido periódico. Al día siguiente (lunes 22 de noviembre) *El Dictamen* in-

sertó en sus páginas una solitaria esquela a media plana, suscrita por el alcalde y el secretario del municipio, Virgilio Cruz Parra y Daniel López Fernández, respectivamente:

El H. Ayuntamiento de Veracruz, a nombre del pueblo de Veracruz se une a la pena que embarga a la familia Peregrino por el fallecimiento de la gran artista veracruzana Antonia del Carmen Peregrino Álvarez "Toña *la Negra*", acaecida el 19 del actual en la ciudad de México. Genuina exponente de la canción romántica y quien pusiera muy en alto el nombre de Veracruz.

Esta inserción luctuosa fue el anuncio formal del acontecimiento y motivó que la Organización BAAB y A.C. Búsqueda 74 lamentara públicamente la muerte de la cantante. El 24 de noviembre apareció una esquela más de la Unión de Estibadores y Jornaleros del Puerto de Veracruz: "por el deceso de nuestra admirada y querida artista veracruzana [...] quien fuera artista consentida y fiel exponente del sentimiento jarocho". Con motivo del novenario (cumplido el 27 de noviembre) Doroteo Peregrino, a nombre de su familia, convocó mediante un pequeño anuncio en el citado diario a una misa en la catedral de Veracruz a las 19:30 horas.

La fecha y lugar de su partida se tornaron circunstancias negativas para transmitir oportunamente la noticia; lo que en apariencia se podría interpretar como olvido, fue evidentemente falta de información. Cinco años antes de su muerte, *la Negra* Peregrino se presentó en el Hotel Xalapa, ubicado en la capital del estado. El *Diario de la Tarde* logra una entrevista con ella y publica la crónica bajo el título "La jarochísima Toña *la Negra* canta a los sesenta y cinco con la voz de los treinta". La nota pone el dedo sobre la llaga al enfatizar su edad y detallar que "tuvo que ser ayudada a descender los dos escalones que la llevaron a la mitad de la pista". Líneas más adelante, con justicia el reportero aclara que hubo aplausos jubilosos, de reconocimiento y entrega después de escuchar el milagro de su voz.

115

"Quiero vivir y morir en Veracruz –confesó la cantante a quien la entrevistaba– allí nací, allí nació mi primer hijo y ahí salté a la fama, y ahí quiero regresar a descansar porque a estas alturas me siento cansada". Desafortunadamente el destino no cumplió su último deseo, y nadie pudo traer a Toña de vuelta a casa.

Su inigualable forma de cantar trasciende los mitos acerca de su carácter dominante, de los detalles banales que se establecían en sus contratos para presentarse en determinado lugar, de su creencia en la santería al rociar perfume en sus escenarios, de su magnífica sazón, de sus múltiples romances, de sus desplantes frente y detrás de cámaras, de su supuesta rivalidad con Rita Montaner, del regaño al conductor televisivo Raúl Velasco ("No me tutee señor Velasco; déme el micrófono que voy a cantar"), entre otros. Un aura de misterio la rodeará siempre, toda vez que no se caracterizó por hacer pública su vida privada. Mujer dedicada a su carrera y a su familia. Su inolvidable estilo discreto, casi imperceptible, fue congruente con su época; calificado en alguna ocasión por el ensayista Joel Carazo como la inmovilidad total, "apenas el intento de un brazo que reprime su deseo de secundar ese paisaje sonoro que se basta a sí mismo".

La alondra preferida de Veracruz

Con la finalidad de conmemorar un año de su muerte, a partir de 1983 un grupo de ciudadanos amantes de la cultura popular de Veracruz, avecindados en esa ciudad, integraron un comité pro homenaje a Toña *la Negra*, presididos por la reconocida periodista Marcela Prado,² a iniciativa del entonces alcalde Adalberto Tejeda Patraca para llevar a cabo diversos eventos en torno a la imagen de la desaparecida cantante. Formaban parte de este grupo el talentoso músico Memo Salamanca, así como el entonces líder de los car-

¹ Es sabido que a Rita Montaner y a Toña *la Negra* las relacionaban por su gran parecido físico. En el ámbito artístico se decía que sostenían una gran enemistad, al grado de no aceptar trabajar juntas.

² A quien agradezco la amplia entrevista que gentilmente otorgó para la realización de este artículo.

gadores del muelle y ciudadanos de oficios diversos.³ Con el fin de celebrar tan emotiva fecha se organizaron múltiples actividades que

les permitieran recaudar fondos: exposiciones, bailes de gala en el Club de Leones, uno de ellos amenizado por Marco Antonio Muñiz, Pepe Jara y la Orquesta de Salsa de la Universidad Veracruzana. Estos eventos iniciaron el 28 de octubre y se desarrollaron hasta el 5 de noviembre, fecha en que por acuerdo del Cabildo se entregó la medalla Toña la Negra al mejor intérprete de música romántica popular, en el teatro Clavijero. Además, el profesor César Córdoba, el talentoso decimista Paco Píldora y Celia Pacheco (amiga cercana de Toña y descendiente del célebre músico veracruzano Severiano Pacheco) recopilaron información con la que se preparó un folleto distribuido ampliamente entre los asistentes al homenaje. En esta celebración, los vecinos de La Huaca colaboraron de cerca con el comité organizador, el cual trabajó arduamente durante más de dos años con la única finalidad de realizar un evento digno de quien fuera la mejor intérprete jarocha, y consiguió que el destacado escultor Humberto Peraza tallara de manera fidedigna las formas de la Negra Peregrino, obra concluida en 1983, mismo año en que fue invitado a colaborar.

El festejo en honor a la artista motivó que el Ayuntamiento restaurara el callejón donde nació. No todo fue canciones, aun sin vida Antonia del Carmen posibilitó que su pueblo se viera beneficiado a costa de su imagen. A la inauguración de la angosta calle desde entonces llamada Toña *la Negra* asistieron el escritor Carlos Monsiváis y el grabador puertorriqueño Antonio Martorell, admiradores de la cantante, quienes presidieron la gran fiesta que se llevó a cabo el 5 de noviembre desde temprana hora. A esta celebración concurrieron cientos de habitantes de la ciudad, especialmente los avecin-

³ También integraban el comité Martín Salas Gallardo; Fernando Montiel, delegado de la Universidad Veracruzana; Abraham Exsome; el sastre Mario Escalante; Gaby Moreno; Manuel Lorenzo; Félix Garduño Ortiz, empleado del muelle; Isabel Morales Ramón; César Córdoba, Lilia Pinzón y Leticia Perlasca, estos últimos tres, colaboradores del alcalde en el Ayuntamiento.

dados en La Huaca; participaron numerosos cantantes invitados; la música estuvo a cargo de Los Flamers y de la famosa orquesta de Moscovita. Esta festiva actividad transcurrió mientras la estatua de Antonia del Carmen permanecía guardada en una bodega debido a que el entonces gobernador del estado no consideró a Toña merecedora de una escultura, por lo que fue hasta el 27 de noviembre de 1985 cuando (a instancias del comité organizador) fue colocada a un costado del parque Zamora, situado en el centro histórico de la ciudad, en virtud de que a escasos días el gobernador concluiría su administración. En esta ocasión Jorge Saldaña, Mario Ruiz Armengol, Álvaro Mutis y el Negro Peregrino se contaron entre los invitados especiales, así como algunos de los que habían asistido al baile de inauguración del callejón dos años antes. Entusiasta e incontable la ciudadanía se dio cita para atestiguar la develación. Presente en aquella emotiva tarde, Paco Píldora habló en el micrófono (con voz entrecortada) de la profunda amistad que lo unió a Toña y a Agustín Lara; expresó con pesar que el "homenaje no se debió haber hecho ahora, sino desde hace mucho tiempo", acaso cuando la grande de la canción romántica aún se encontraba con vida. Evocando con cariño los años que el vínculo amistoso lo unió a Antonia del Carmen, el decimero le dedicó algunos versos con su atinada pluma, en los que dibuja la inmortal presencia de la recordada cantante jarocha:

> Toña la linda mulata, quiebra sus hombros de luna y canta alegre moruna mientras su pelo desata.

[...]

Qué calleja o qué plazuela no recuerda una vihuela o el trinar de tu canción. Como timbró su pregón que aún sigue Toña trinando.

Veracruz vive añorando a su alondra preferida, que ha de seguir por la vida cantando... siempre cantando, aun estando dormida.

Lamentablemente la hermosa estatua hoy en día se encuentra en completo abandono al lado de la esbelta figura de Agustín Lara, que la acompaña; apenas pueden ser admiradas por los paseantes. La verdadera cultura popular no parece ser tema de interés de los alcaldes porteños. Olvidan que Veracruz es mucho más que carnaval y playas.

La inasible Toña

Como envuelta en penumbras, Antonia del Carmen Peregrino Álvarez transitó por la vida dejando tras de sí una estela de misterios. Las anécdotas sobre su vida profesional y personal abundan; sin embargo, la certeza de su veracidad está en duda. "Cuántas horas, cuántos días, cuántos años, Toña, buscando tu figura sin encontrarla; tratando de alumbrar un tiempo imaginario [...] un espacio mitad soñado, mitad vivido", escribió Joel Carazo quizá para expresar la desesperación que se experimenta al buscar las pisadas de Toña sin encontrarlas.

Se ha dicho que a Toña *la Negra* nadie le enseñó a cantar ni tomó nunca una sola clase de canto, aun cuando acudió a la reconocida cantante de ópera Fanny Anitúa para que le diera algunos consejos, quien admirada por la petición de la veracruzana, se negó a asesorarla. "Tu talento es innato. Si yo hubiera tenido tu voz no hubiera tomado nunca clases de canto; quien frasea como tú no necesita eso." Su entonada voz encontró por sí sola el camino.

En otro orden de ideas, y trascendiendo el halo enigmático, hay que decir que la presencia de Agustín Lara fue determinante en el

119

triunfo cosechado por ella. Cuando aún no encontraba la oportunidad que la lanzara al estrellato, él le abrió las puertas de su casa y con ellas las del éxito. La mancuerna que lograron permitió que el público "disculpara" las cualidades físicas de la cantante: si en sus inicios Toña irradiaba la belleza de la juventud, nunca pudo (ni pretendió) despojarse de la tonalidad de su piel ni de sus formas redondas. Es necesario recordar que los cánones de belleza de la primera mitad del siglo pasado estaban determinados por otros parámetros, si bien no tan rigurosos como los impuestos en la actualidad, era preferible que las mujeres fuesen de piel blanca, trigueñas, de ojos claros, delgadas. La Sensación Jarocha pudo permanecer en el gusto de la gente gracias a su voz y estilo para cantar, por lo que con el paso del tiempo, aun sin el Flaco de Oro, ella brillaba. No obstante, vale la pena establecer la dualidad que ambas personalidades representaban: hombre/mujer; flaco/gorda; blanco/negra; refinado/popular; extrovertido/reservada, entre otros aspectos. Lejos de que los rasgos físicos de la intérprete fuesen un estigma, la hacían igual a gran parte de su público. Teniendo esa idea en mente, el periodista y escritor peruano Víctor Hurtado Oviedo dibujaría a Toña con las siguientes metáforas:

Muñeca redondísima de nieve negra e imposible, aún más imposible bajo el sol de Veracruz; muñeca rebosante de esferas sucesivas. Primero, el cuerpo lleno como un mundo; luego, sobre la curvatura de ese orbe carnal, un círculo menor: la luna de una faz sonriente; y, en el centro de esa luna, la esfericidad antigua y yucateca de una nariz redonda trazada con el compás de la música, con el vaivén enroscado del aire que empieza a cantar. Toña *la Negra*, madre primordial de los boleros.

El amor hacia su tierra y su insuperable talento cupieron en esos tres círculos. "El bamboleo del cuerpo, comparado con el de la voz, es muy poca cosa. La voz de Toña es el cuerpo de voz de la rumbera",

afirmó acertadamente el musicólogo Guillermo Cuevas respecto de la popular cantante. Palabras que exaltan su verdadero valor.

Toña *la Negra* sigue cantando, otorgando identidad a su pueblo, el cual se ve reflejado en su figura y lejos de olvidarla, la lleva en las venas de su cotidianidad.

121



ımagen vı. Pedro Vargas, Toña la Negra y Agustín Lara.





Bibliografía

Bruschetta, Angelina. *Agustín Lara y yo*, Xalapa: Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, 1978.

Cuevas, Guillermo. Programa dedicado a Toña *la Negra*, en *Radio Más en la música*, Radio Televisión de Veracruz.

Flores Martos, Juan Antonio. *Portales de Múcara, una etnografía de Veracruz*, Xalapa: Universidad Veracruzana, 2004 (col. Biblioteca).

González Christen, Francisco. "Toña *la Negra*, ensayo biográfico", manuscrito, Xalapa, 1995.

Loaeza, Guadalupe y Pavel Granados. *Mi novia, la tristeza,* México: Océano, 2008.

Mancisidor Ortiz, Anselmo. *Jarochilandia*, 2ª ed., Xalapa: Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, 2007.

RIVERA ÁVILA, Francisco. "¡Adiós a Toña Peregrino!", Archivo Histórico de Veracruz.

———. "¡Toña la Negra, un barrio, una mujer y una voz incomparable!", Archivo Histórico de Veracruz.

Tovalín Ahumada, Alberto (coord.) *Joaquín Santamaría, Sol de Plata*, Xalapa: Universidad Veracruzana/Tamsa/Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.

Páginas electrónicas

www.imdb.com/name/nmo478763/ www.wikipedia.org/wiki/Toña_la_Negra www.andes.missouri.edu/comentario/VHO_LaNegra.html

Hemerografía

El Dictamen, 21, 22, 23, 24 y 27 de noviembre de 1982.

Entrevistas

Marcela Prado Revuelta, junio de 2009.











Luis de la Fuente, *el Pirata*: futbolista que se hizo leyenda



Horacio Guadarrama Olivera



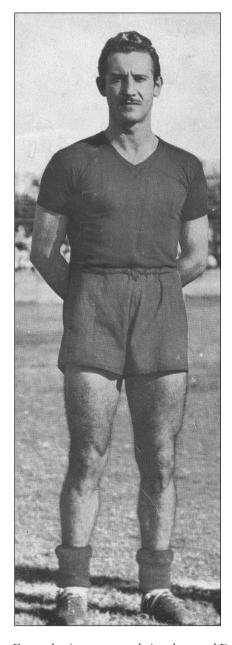
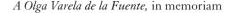


IMAGEN VII. Luis el Pirata Fuente hacia 1944, cuando jugaba con el Deportivo Veracruzano.



Yo nací con la luna de plata y nací con alma de pirata, he nacido rumbero y jarocho trovador de veras, y me fui lejos de Veracruz.

Agustín Lara, "Veracruz"

Sin duda, uno de los aspectos más interesantes de la cultura popular, pero menos estudiado hasta ahora, es el deporte, que junto a las fiestas, la música, el baile, el cine, la gastronomía y la religión, entre otras expresiones, conforman la identidad de un pueblo. En México, y en particular en el estado de Veracruz, el deporte tiene una historia singular que ha sido contada a medias, en especial lo que se refiere al futbol, que desde sus inicios ha movido multitudes, creado polémicas y desatado pasiones, acaso —como diría Alfredo Michel— por sus "cualidades cuasimíticas, su heroísmo volátil". Nadie ha expresado mejor que Eduardo Galeano el sentimiento de amor-odio que origina el futbol entre los seres humanos: "¿En qué se parece —se pregunta el escritor uruguayo— el futbol a Dios?" Y él mismo se responde: "En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales".

En el texto que sigue no vamos a hacer una síntesis de la historia del futbol veracruzano, ni a entrar en ese viejo debate sobre los pros y contras de este deporte. La pretensión es mucho más modesta: presentar a través de una serie de estampas a uno de los grandes jugadores de futbol que han existido en nuestro país: Luis de la Fuente de Hoyos. Un jugador fuera de serie por su visión de la cancha, su impecable técnica, su elegancia en la conducción de la pelota, su potencia en el disparo y su habilidad para gambetear con ambas piernas y su famoso salto doble en el área enemiga, pero también por

127

ser una persona sencilla a la que no le gustaban las adulaciones ni la fama. "Brusco, violento, tal vez [...] pero [...] que sabía el valor de la amistad; era un hombre generoso por definición", escribió su amigo Fernando Marcos. Luis de la Fuente representa toda una época del balompié mexicano, cuando se jugaba, como diría Carlos Calderón Cardoso, "por amor a la camiseta"; antes de que se volviera una industria, "desterrando –asegura Galeano– la belleza que nace de la alegría de jugar porque sí".

Los barcos, su pasión primera

Luis de la Fuente de Hoyos nace el 17 de enero de 1914 en el corazón de la ciudad de Veracruz, en una casa que estaba ubicada donde actualmente hacen esquina la calle de Mario Molina y la avenida Zaragoza. Fue el primero de cuatro hijos (Gloria, Rosita y Antonio son sus hermanos menores) de don Segundo de la Fuente González, asturiano, y doña Josefa de Hoyos González, de la provincia de Santander, España. Tres meses después de su nacimiento, al sobrevenir la invasión militar estadunidense al puerto de Veracruz (21 de abril de 1914), doña Josefa decide llevarse al pequeño Luis a una casa que la familia De la Fuente González poseía en San Martín Texmelucan, Puebla, donde madre e hijo se refugian un tiempo, mientras pasan los días más álgidos del desembarco y ocupación de la ciudad por parte de las fuerzas norteamericanas.

Don Segundo y su tío Valentín eran dueños de un par de barcos (Tampico y Arturo) que recorrían los puertos del golfo de México realizando comercio de cabotaje con granos provenientes de Anacamilpa, estado de Puebla. Luego de trasladarlos por ferrocarril desde las bodegas que allá tenían hasta Veracruz, Segundo y Valentín los depositaban en la planta baja del domicilio ubicado en Mario Molina y Zaragoza, donde también estaban las oficinas de la Casa Fuente. Cuentan que, desde pequeño, a Luis le gustaba encaramarse a estos vapores surtos en la bahía a jugar durante horas enteras, sintiéndose acaso cual personaje de Emilio Salgari, miembro de una tripulación

de aventureros navegando por las turbulentas aguas del mar Caribe. Muy pronto, debido a eso, los marinos que trabajaban en los barcos le endilgaron el apodo de *el Pirata*,¹ sin siquiera imaginar que, años después, ese sería el nombre de batalla de uno de los mejores jugadores del balompié nacional de todos los tiempos. Además de su fascinación por los barcos, Luis de la Fuente, desde muy corta edad, descubre un deporte que lo deslumbraría y al que dedicaría los mejores años de su vida: el futbol.

Orígenes del futbol veracruzano

Hacia entonces, el futbol vive un segundo aire en nuestro país, una vez que la mayoría los jóvenes ingleses que integraban los primeros equipos que hubo en México, como los legendarios Reforma y Rovers —este último heredero del British Club— del Distrito Federal, emigran a Europa para enlistarse con el ejército de su país y participar en los frentes de batalla europeos de la mal llamada Primera Guerra Mundial (1914-1918). El hueco que dejaron los británicos en el deporte de las patadas fue llenado de inmediato por los españoles radicados en la República Mexicana —particularmente en los estados de Jalisco y Veracruz—, quienes empezaron a organizar sus propios equipos. En esas entidades, el futbol empezó a practicarse con ahínco y pasión no sólo entre los ibéricos sino también entre algunos mexicanos de familias acomodadas.

Por esos años, el puerto de Veracruz ya era uno de los más importantes bastiones futbolísticos del país. Esto no tenía nada de raro, pues fue justamente ahí por donde años antes este deporte, de orígenes lejanos e inciertos, había entrado a México de manera clandestina, como parte del bagaje cultural de los inmigrantes ingleses que llegaron durante el Porfiriato. "Nadie sabe con exactitud –dice Javier Bañuelos Rentería— cuándo desembarcó el futbol en México

¹ Sin embargo, según Fernando Marcos, fue su amigo Luis García Cortina *Tití* quien, varios años después, le pondría ese mote que "el hombre se llevó a la tumba". Con todo, hemos adoptado la primera versión pues es la que, según Antonio de la Fuente Varela, hijo de Luis, éste contaba.

y tampoco en qué momento pasaron los primeros balones de cuero por la aduana de Veracruz. Lo cierto es que el viejo deporte inglés se arraigó en tierras nacionales durante la última década del siglo xix". En el puerto, además, desde siempre existía una numerosa y bien afincada colonia española, cuyos integrantes cosecharían la semilla futbolera que los ingleses habían sembrado.

Desde 1908, por lo menos, el futbol se jugaba entre "golpes, empujones y patadas", sin tácticas ni técnicas, en unos improvisados terrenos cercanos al malecón, ganados al mar durante las obras del puerto inauguradas seis años antes. Ese año los hermanos Ángel y Mariano Rivera Mingo y Bernardo y Juan Casanueva Balsa, hijos de acaudalados comerciantes españoles, regresaron a Veracruz, su ciudad natal, luego de haber estudiado unos años en Europa (Inglaterra, Suiza y España), donde habían conocido y practicado el balompié, pues éste, entre otros deportes, formaba parte de la educación impartida en la mayoría de los colegios del Viejo Mundo. De inmediato los hermanos Rivera y Casanueva promovieron el singular juego entre los empleados de las casas Zaldo y Balsa, donde aquéllos se incorporaron a trabajar, respectivamente. Como no había otra oncena a la cual enfrentarse, se dedicaron a practicar "para gusto propio, y sólo muy de tarde en tarde aprovechaban la visita de algún barco extranjero, especialmente inglés, para enfrentarse con las tripulaciones". Así, en 1914, "con el fin de llenar sus escasos ratos de ocio y las horas muertas de las tardes domingueras", fundaron, junto con un pequeño grupo de jóvenes románticos –Bernardo Valdés, Belarmino González, Camilo Perote, Santos Pérez, entre otros- y bajo el patrocinio de aquellas casas comerciales, el primer equipo de futbol porteño de la historia: el Veracruz Sporting Club, integrado por tres conjuntos con uniformes de distintos colores: el rojinegro, considerado el titular; el blanquinegro, formado con los suplentes, y el blanco, integrado por los jóvenes menos experimentados.

Debido a la fuerte rivalidad que existía entre sus tres equipos, del Sporting se desprendió al poco tiempo (en 1916) el Iberia, que al crearse la Confederación de Equipos Españoles de la República Mexicana, en 1918, adoptó el nombre de España y empezó a jugar con uniforme color blanco.

En el Sporting alineaban —comenta Bañuelos Rentería— por igual mexicanos y españoles, todos hijos de las familias de mayor alcurnia de la ciudad. Eran muchachos fuertes, apuestos y arrogantes, que acostumbraban a llegar al campo acompañados de guapas y distinguidas señoritas. En cambio, los del Iberia eran exclusivamente españoles, gente acomodada pero que no tenía ni la presencia física ni el supuesto refinamiento de sus contrarios. Eran más bien chaparrones, sin embargo garrudos y bien entrenados por su fundador y centro delantero Bernardo Rodríguez *el Futbolista Fenómeno*, quien había jugado para el Club España de México [...] cada uno de sus duelos se planteaba como una batalla entre la aristocracia jarocha y el pueblo llano por la supremacía futbolística porteña.

Un hecho que sin duda marca un hito en la historia del futbol local y nacional fue la inauguración, en 1917, del Parque España, uno de los primeros estadios del país con tribunas de madera, sobre un terreno que la Beneficencia Española le había cedido al Club España y que se construyó con el apoyo de prominentes comerciantes hispanos del puerto (actualmente ocupado por la Unidad Deportiva Fernando Pazos Sosa). En este parque se verían las caras el Sporting y el España, acérrimos rivales, pero también sería escenario de cerrados encuentros entre estos dos equipos y el Club Iberia de Córdoba, la Asociación Deportiva Orizabeña (ADO), la Unión Deportiva Río Blanco y el Club Cervantes de Orizaba, los cuales formaban parte de la denominada Liga del Sur. Córdoba, Orizaba y el puerto jarocho —apunta Bañuelos Rentería— formaron el triángulo que enmarcó la vida futbolística veracruzana hasta los años treinta. Por medio de la Liga del Sur, que realizó puntualmente los campeona-

tos estatales cada año, el futbol se quedó atrapado para siempre en Veracruz.

La plaza porteña se volvió tan atractiva para intercambiar visitas que inclusive, ocasionalmente, algunos equipos capitalinos como el Germania, el España capitalino o el mismo América se aventuraban hasta Veracruz, viaje en ferrocarril de por medio, para medir sus fuerzas con el Sporting y el España de Veracruz, no siempre con saldo a su favor. Para muestra un botón:

Cierta tarde apacible [de 1921] –rememoraba el inolvidable cronista deportivo Manuel Seyde– se presentaron en el campo del Sporting unos monstruos del futbol de la capital, y antes del partido desfilaron por el campo llevando una bandera muy grande que agitaba la brisa del mar; y era para nosotros cosa divertida y espectacular aquel desfile con tan enorme bandera, pero también nos parecía inexplicable, porque solamente se trataba de jugar futbol.

En una mesa de tenis contigua al campo ellos se alinearon y les tomaron fotos. Eran *Récord* [Rafael Garza Gutiérrez], los dos Cerilla, Adeodato López, Ernesto Sota, JuanitoTerrazas, Nacho de la Garza. La crema del América grande.

El Flaco Nieto les metió un gol con la cabeza arrojándose dentro del marco al rematar un córner, y eso no lo soportaron los monstruos que decidieron retirarse del juego. Recogieron su bandera, la enrollaron como si fuese un paraguas y se marcharon hacia la estación terminal en busca del tren nocturno para regresar a México.

Si bien la rivalidad que había entre todos estos equipos fue llevada a extremos absurdos dentro y fuera del campo, llegando a escenificar muchas veces auténticos zafarranchos en el terreno de juego, este hecho sería a la larga de enorme trascendencia para el nacimiento de una apasionada afición local y, sobre todo, para el desarrollo de un

deporte que apenas iba despuntando pero que ya gozaba de cierta popularidad entre los porteños que acudían en tropel, domingo tras domingo, soportando las inclemencias del bravo sol veracruzano, a ver los partidos de futbol. Lo anterior, a pesar de que a éste representaba una fuerte competencia otro bello deporte que había sido traído a finales del siglo xix por inmigrantes cubanos, secundados por algunos estadunidenses empleados de casas comerciales, y que también desataba pasiones entre los jarochos: el beisbol.

De todo ello dejaría testimonio, por cierto, un *sui generis* cronista deportivo del periódico *El Dictamen* llamado W. J. Lamont, quien firmaba sus columnas con el alias de *el Gatito Blanco*. Lamont, dice Juan Cid y Mulet a propósito de la personalidad de esta popular figura, era "un gringo pintoresco y genial que aunque entiende mucho de 'strikes y de curvas', sabe muy poco de futbol, pero que suple la deficiencia de sus conocimientos técnicos con una gracia peculiar y natural que lo convierten en el tipo más popular del medio futbolístico".

El nacimiento de un ídolo

Es, pues, en este caldeado y sabroso ambiente futbolero que Luis de la Fuente, siendo la mascota del equipo España de Veracruz, patea en el pasto del Parque España sus primeros balones, de esos pesados esféricos de cámara de goma recubierta de cuero que llegaban al puerto desde Europa a través de los trasatlánticos. "Creo —asegura Vladimir Dimitrijevi— que todo niño de cinco años al que se le lanza un balón nos hace pensar enseguida si es un futbolista nato, o simplemente un buen jugador." Sin duda, Luis de la Fuente era, como después quedaría ampliamente demostrado, del privilegiado grupo de los primeros. El Parque España, no sobra decirlo, también sería durante muchos años escenario de las famosas romerías de las fiestas de la Covadonga que la colonia hispana organizaba cada año y donde muy probablemente Luis, como hijo de españoles que era, participó enfundado en algún traje regional de la madre patria.

Por desgracia, apenas con cinco años de edad, Luis pierde a su padre, quien muere en el puerto de Tampico, Tamaulipas, en 1919. Al faltar don Segundo, doña Josefa envía al pequeño a España, donde cursa sus estudios primarios entre Santander y Extremadura bajo la vigilancia de familiares maternos.

Al regresar a México, con diez años cumplidos, Luis es enviado por su madre a la capital del país a continuar sus estudios; lo interna en un colegio de sacerdotes ubicado en el barrio San José de Tacubaya. De inmediato Luis se incorpora a un equipo llanero de ese barrio capitalino, donde su notable capacidad para jugar futbol empieza a dar de qué hablar entre propios y extraños. Ignacio Matus comenta que "no era, en sus inicios, ningún dechado de virtudes físicas pues, más bien, era un jovencito esmirriado. Pero el asunto es que llamaba la atención su calidad, su habilidad futbolística, de tal manera que pronto comenzó a sonar su nombre y a atraer sobre sí el interés de los dirigentes de otros equipos [de la capital]". Su fama en los campos defeños llegó a oídos de José Sendra, de oficio pastelero, amigo de la familia De la Fuente González y a la sazón directivo del equipo Aurrerá, uno de los que participaba entonces en la Liga Mayor de Futbol del Distrito Federal, supuestamente amateur, aunque los jugadores, de diversas formas, recibían un pago por sus servicios. Como dicen Jesús Galindo Zárate y Gustavo Abel Hernández Enríquez: "el futbol amateur, al nivel de los principales equipos del D.F. y las ciudades de provincia en las que existían equipos integrados por españoles, era solamente un mito, pues la mayor parte de los jugadores actuaba por una paga; pocos eran en realidad los amateurs".

Cuando Sendra vio jugar a ese prodigioso joven imberbe, no dudó en contratarlo para el Aurrerá, pero tuvo que insistir mucho y pasaría un tiempo antes de que Luis aceptara su invitación y abandonara en definitiva el colegio.

Así, De la Fuente debuta en 1929 en el encuentro entre el Aurrerá y el Necaxa, en un campeonato de copa —la llamada Copa Tower, que se disputaba desde 1907—, a los quince años de edad. Fernando

Marcos, quien más tarde sería compañero de equipo de *el Pirata* en el España de México, recordaba:

Un día jugaba el Aurrerá, equipo de vascos que se había escindido del España. A la hora de la foto, algo me llamó la atención poderosamente: entre Muguruza y Amuchástegui, altos como torres, estaba un muchachito que no creo hubiera cumplido los catorce años. Se veía como Nadia Comaneci en medio de dos elefantes. Pero a la hora del partido borró a todos con su clase excepcional. Todos en el Parque Asturias le bautizaron en seguida como *el Chamaco*.

Luego de jugar dos años con el Aurrerá, que desaparece de la Liga Mayor en 1931, se incorpora al poderoso equipo España de México, debutando en la temporada de liga de 1932-1933. "Y es [justamente] vistiendo la camiseta blanca y el calzoncillo negro –señala Matus–, el uniforme con el cual el Pirata se eleva y comienza a convertirse no sólo en astro, sino en un ídolo". En efecto, un año después, en la temporada de 1933-1934, el equipo albinegro se corona campeón, dirigido por Emerico Pezsony, de nacionalidad húngara, en una serie final de tres encuentros contra el Atlante y el Asturias, pues los tres equipos habían quedado con el mismo número de puntos en la temporada regular. En ese conjunto, el Pirata Fuente alineó con jugadores ya consagrados como Raúl Álvarez el Jorobado, enorme portero, y Felipe Rosas el Diente, un verdadero crack del medio campo integraron junto con Manuel López el Gitano, Pepe Rodríguez, Manolo Alonso y su tocayo y gran amigo Luis García Cortina *Tití*, una potente línea ofensiva que hacía serios estragos en las porterías de los equipos rivales de la Liga Mayor.

El "misterio" de Roma

Es el año de 1934. Está por celebrarse el segundo Campeonato Mundial de Futbol, con sede en Italia. Se inscribieron 27 seleccio-

135

nes nacionales, pero sólo 16 irán a Roma. Para ello la Federación Internacional de Futbol Asociación (FIFA) decide formar 10 grupos eliminatorios, en uno de los cuales queda México junto a Estados Unidos, Cuba y Haití. Por una absurda disposición de la FIFA, la Selección Mexicana tendría que ganarse su boleto al mundial eliminándose con el ganador del partido entre Haití y Cuba y luego, en un solo encuentro, en Roma, con Estados Unidos. Como se esperaba, Cuba elimina a Haití en una serie de tres juegos con marcadores 3-1, 1-1 y 6-0, y gana su derecho de enfrentarse a México.

Se elige a Rafael Garza Gutiérrez *Récord*, ex jugador del América y veterano del equipo mexicano que participó en el mundial de 1930, en Uruguay, para dirigir a la Selección Nacional. Después de la gran actuación que tuvo con el España, Luis, a los veinte años de edad, es llamado por primera vez a la selección, a la que también se integran Rafael Navarro el Portero de Goma, Alfonso Riestra, Antonio Azpiri el León de las Canchas, Lorenzo Camarena el Abuelo, Manuel Rosas el Chaquetas, Guillermo Ortega el Perro, Ignacio Ávila el Calavera, el Diente Rosas, Carlos Laviada, Rafael Guirán la Apipizca, José Rosas el Pelón, Vicente García el Chamaco, Dionisio Mejía Nicho, Juan Carreño el Trompito, José Ruvalcaba el Siete, Manuel Alonso y Fernando Marcos, entre otros. Con ese cuadro, como se esperaba, México derrotó a Cuba en marzo de 1934, en la ciudad de México, con marcadores de 3-2, 5-0 y 4-1, y con el apoyo incondicional de la afición mexicana, que después de estos triunfos tan contundentes estaba segura de que la selección azteca derrotaría a Estados Unidos con cierta facilidad en la "ciudad eterna" y participaría en el mundial de Italia.

El partido contra Estados Unidos estaba programado para el 24 de mayo, por lo cual los jugadores partieron hacia Italia a fines de abril. Fue entonces, un mes antes del encuentro crucial, cuando empezó el viacrucis de la Selección Mexicana de Futbol. Fernando Mejía Barquera resume muy bien el largo y sinuoso itinerario que siguió el equipo hasta llegar a su destino:

Salieron [de la ciudad de México] en tren hacia Veracruz con escala en Orizaba, donde se les ofreció una fiesta. Por fin llegaron a Veracruz y, vestidos como marineros –saco cruzado color azul, pantalón blanco y gorra blanca con vivos azules–, abordaron el buque Orinoco que los conduciría a Europa. Antes de subir a bordo, besaron uno a uno la bandera nacional y partieron teniendo como fondo musical "Las golondrinas", pasaron por La Habana y por Bermudas antes de internarse en el Atlántico. Por fin, llegaron a Vigo, España. Viajaron por La Coruña, Santander y San Sebastián y, en una ruta insólita, pasaron por Southampton, Inglaterra. De ahí partieron a Francia. Llegaron al puerto de Boulogne –Sur Mer– y en ese punto abordaron un tren hacia París. Finalmente, por la misma vía, llegaron a Roma 12 días antes del partido, entumidos por la escasa actividad física que habían tenido durante la travesía y con varios kilos de sobrepeso.

Desde luego, y a pesar de sus raquíticos viáticos, los miembros de la delegación mexicana se dedicaron a hacer turismo, antes que, como dictaba la lógica, a recuperar la condición física y el nivel de juego perdidos durante el viaje para estar a tono contra los gringos. Y *el Pirata* Fuente no tenía por qué ser la excepción:

Al llegar a Roma –cuenta Fernando Marcos–, nos dieron día libre. Echamos a caminar por una ciudad extraña, sin saber el idioma y sin un quinto encima. Íbamos *el Pirata*, Riestra y yo, como inseparables. No sé bien a bien cómo, pero de pronto estábamos hablando con un señor muy amable, en español, que nos dijo ser periodista y llamarse Mario Soldatti [sic]. Por medio de nuestra "comunicación inalámbrica" decidimos los tres "tostonearlo", cosa que no resultó nada difícil, porque estaba interesadísimo en *el Pirata*, cuyo tipo le venía a la medida para una película que iba a empezar. Mario Soldatti [sic] era ese pro-

ductor que, años más tarde, hizo la celebérrima película O.K. Nerón [realizada en 1951].

Y pasó lo que tenía que pasar: el 24 de mayo, en el estadio del Partido Fascista, y ante la presencia de Benito Mussolini, la princesa Mafalda y los embajadores de México y Estados Unidos en Italia, don Manuel C. Téllez y *mister* Breckinridge Long, México fue derrotado por Estados Unidos en un disputado partido al son de 4-2. Los cuatro goles de los norteamericanos fueron hechos por "un centro delantero tipo tanque" de nombre Aldo Donelli, alias Buff, y por los mexicanos anotaron Alonso y Mejía. Nunca quedó claro por qué Récord había puesto en la portería a Navarrito en lugar de a Riestra, quien entonces vivía un mejor momento deportivamente, por esa razón este hecho quedó grabado en la historia del futbol azteca con el nombre de "El misterio de Roma". El juego causó tal expectación en nuestro país, que provocó la paralización de las actividades cotidianas en el Distrito Federal y en las principales ciudades de la República Mexicana. Mucho tuvo que ver en ello que el partido fuera "transmitido" por la xefo, emisora de radio del Partido Nacional Revolucionario (PNR), con el apoyo del periódico El Nacional, a partir de la información detallada que enviaba constantemente la agencia United Press y la empresa cablegráfica Western Union:

En los estudios de la xefo –explica Mejía Barquera–, el señor Pablo Buendía Aguirre, conocido con el seudónimo de *Spivis*, secretario de redacción de *El Nacional*, recibía los cables que cada minuto enviaba a México, desde Roma, la agencia United Press y con ellos iba "armando" la narración del partido, la cual era transmitida por la mencionada emisora. Para mantener mejor informada a la población de lo que sucedía en Roma, se instalaron en diversos lugares públicos, como el Palacio de Bellas Artes, magnavoces alrededor de los cuales los transeúntes se reunían para no perder detalle del partido.

Luis de la Fuente no participó en ese decepcionante encuentro contra los estadunidenses, acaso porque Récord decidió alinear a Carreño, con más experiencia y roce internacional. Curiosamente, desde el fracaso de Roma, el nivel de juego de el Trompito iría en declive. Debido a que el próximo barco tardaría un mes en zarpar hacia las costas mexicanas, la selección nacional tuvo mientras que hacer una gira por Europa para sufragar sus gastos generados durante su obligada estadía; en esta gira el Pirata Fuente jugaría como titular en el equipo. Así, la selección viajó a Suiza, donde empató con el equipo de Krauzlingen y perdió 2-1 ante el Young Boys de Berna; en Holanda derrotó a un buen conjunto de Rotterdam, y en el norte de España (Gijón), en el campo Molinón, fueron vencidos 5-2 por un combinado asturiano en el que figuraba el gran Isidro Lángara, quien luego vendría a jugar a México. En el ínter, estuvieron en París, donde *el Pirata* tuvo la oportunidad de conocer a Ricardo Zamora, mejor conocido como el Divino, extraordinario portero español:

En París –recuerda Fernando Marcos– estaba Ricardo Zamora hospedado con el Madrid, en el hotel Mont Thabor. Nosotros vivíamos en una casa de pensión al extremo opuesto de la ciudad luz, pero decidimos ir a saludarlo, naturalmente a pie. Ni el Pirata ni Riestra ni yo nos íbamos a rajar por tan poca cosa, después de pasar las que habíamos pasado. Al llegar al hotel nos anunciamos y Ricardo, el mejor portero de todos los tiempos, llamado el Divino, gentilmente salió al hall a charlar con nosotros, nos invitó una taza de té y algunos bocadillos que devoramos con furia, cuando se nos aparece el licenciado Correa, jefe de la delegación [mexicana], que también se hospedaba ahí.

Se puso bronco porque "nos habíamos permitido la impertinencia de ir a ese sitio y de molestar a un gran jugador como era Ricardo". Zamora, que además de gran arquero, fue siempre un gran señor, le dijo: —Perdón, señor. Pero creo que, sea usted quien sea —y lo recalcó con intención bien clara—, yo soy quien decide si alguien me molesta. Y estos tres chicos son mis amigos. Le ruego dejarnos en paz.

Esa regañada de Zamora nos iba a costar a los tres una sucia acusación a nuestro regreso: nos iban a acusar, nada menos, que de ladrones.

Las buenas actuaciones de determinados jugadores mexicanos, entre ellos *el Pirata* Fuente, hicieron que algunos equipos europeos se interesaran en contratarlos. Carlos Laviada firmó con el Oviedo, y Manuel Alonso y Luis de la Fuente con el Racing de Santander, convirtiéndose así en los primeros futbolistas aztecas en formar parte de equipos extranjeros. Según Fernando Marcos, *el Pirata*, en un principio, "titubeó" si aceptaba o no la oferta del Racing de 700 pesetas mensuales, al punto que ya había abordado el barco de regreso a México. "Pero ya en él –asegura Marcos–, algo lo hizo modificar su opinión, y yo tuve que pasarle por un portalón sus petacas y despedirme del amigo fraternal con el que jamás volvería a jugar, pero al que no olvidaré mientras viva". Ese "algo" que lo hizo cambiar de parecer, afirma su hijo Antonio de la Fuente Varela, fue que en Santander Luis se encontraba como en casa, pues allá vivían algunos parientes de su madre.

Regreso a casa

Con el Racing de Santander Luis jugó durante un año (1934-1935), al cabo del cual volvió a México, no sin antes, destaca Calderón Cardoso, "anotarle un gol espectacular al portero del Real Madrid y de la selección española, *el Divino* Ricardo Zamora, considerado por muchos el mejor arquero del mundo" de la época. Ese año, el Racing tuvo una temporada más bien gris; sin embargo, *el Pirata* causó muy buena impresión entre el exigente público hispano, dejando en ese club una huella imborrable. El regreso de Luis a México se debió

a dos razones principales: primera, la inestabilidad política y social que vivía España en esos años previos a la Guerra Civil y, segunda, las negociaciones que don Camilo de Pascual, a la sazón presidente del Club España, realizó con el Racing para que este equipo les cediera en calidad de préstamo al jugador veracruzano por tiempo indeterminado... pero un año después, en julio de 1936, estalló el movimiento armado español y ese acuerdo se quedó en el aire.

Es el momento en que, ante la imposibilidad de contratar jugadores extranjeros, sobre todo españoles, el España de México opta por darle cabida a mexicanos y de otras nacionalidades. Así, además de la reincorporación de Luis de la Fuente y Manolo Alonso —que también regresa a México—, ingresan al equipo los costarricenses Rodolfo Muñoz *Bush* y Eduardo Goldoni, quienes poco antes habían visitado nuestro país con su equipo La Libertad y habían dejado muy buena imagen ante la prensa, la afición y los directivos de los equipos defeños. Con esos refuerzos, y jugadores como *el Jorobado* Álvarez, José Gómez *el Cacahuate*, Manuel Alonso *Viruta*, Jorge Álvarez Crespo, Pepe Rodríguez, *Tití* García Cortina y Antonio López Herranz *Picos*, el España se vuelve a coronar campeón de liga en la temporada de 1934-1935, otra vez bajo la dirección de Pezsony.

En 1936, el campeón de Brasil, el Botafogo (con Leónidas da Silva, *el Diamante Negro*, a la cabeza) hace una gira por México con el pretexto de inaugurar, el 1 de marzo, el Parque Asturias, "el último gran parque de madera", con capacidad para 22 mil espectadores –aunque llegó a albergar hasta 30 mil— ubicado sobre la calzada de Chabacano. Una novedad del equipo brasileño era que practicaba una táctica llamada "en diagonal", que ponía en entredicho la rígida y tradicional formación MW inglesa (el portero, dos defensas, tres medios, dos interiores, dos alas y un centro delantero), entonces en boga, y que con el tiempo se convertiría en el famoso 4-2-4 brasileño. Aun así, el Botafogo fue derrotado por el Asturias 2-4 y por el Necaxa 0-2, pero venció al Atlante 1-0, al América 7-1 y al España en dos ocasiones: 4-2 y 2-1. Este último juego terminó en un zafa-

rrancho fenomenal que rebasó los límites de la cancha y en la que el Pirata Fuente, faltaba más, no se quedó de brazos cruzados:

> Fui incluido en el equipo que jugaría contra ellos –recuerda Fernando Marcos-, pero no llegué a entrar en juego. Pero lo que estuvo "padre", fue la bronca que armó Manolo Alonso al poner en su sitio a Aymore Moreira -más tarde entrenador de Brasil campeón en el mundial de Chile [1962]- y a Nariz, un recio defensa. La bronca se hizo general y en ella sí participé, con cierto éxito, si se me permite la inmodestia. Leónidas se quitó los zapatos y dijo:

—En México no juego más.

Fuimos expulsados algunos y seguimos la fiesta en los vestidores; nos llevaron a la delegación y allí le pusimos un digno colofón a la comedia. Pero algo más: Nariz y el Pirata se citaron para el otro día en el bosque de Chapultepec. Fue una pelea "pareja" con muchos testigos –nadie intervino– y en el que los gladiadores parecían búfalos en celo. Para mi doble satisfacción de amigo y de mexicano, Luis conectó un recto en plena boca y allí terminó el pleito. Ahora, cada vez que voy a Brasil, la charla y el recuerdo de ese episodio resultan inevitables: también a puñetazos se puede hacer amistad. Cuando los puñetazos son limpios.

Ese año (1936), por cierto, es cuando el músico-poeta Agustín Lara compuso, en el hotel Diligencias, su famosa canción "Veracruz", himno sentimental del puerto; inspirado en parte, se dice, en la historia de vida de uno de sus "amigos del alma": Luis de la Fuente de Hoyos.² Pero si para Agustín Lara este excepcional futbolista porteño era un motivo más de inspiración para cantarle a su querido Veracruz, para los directivos del España, la agitada vida bohemia que por esos días

142

² Los otros eran Francisco Rivera Ávila *Paco Píldora*, el doctor Mauro Loyo, su compadre José Pérez de León Popocha, el beisbolista Beto Ávila, Carlitos López, el notario Francisco Ramírez Govea, su primo Enrique Lara y Luis Aguilar Melengue.

llevaba *el Pirata* Fuente era poco menos que intolerable, por lo que fue dado de baja del equipo albinegro. Sin embargo, tuvo tan buen desempeño en el América, conjunto en el que juega la temporada de liga de 1937-1938 y el torneo Copa México de 1938 —conquistado por los azulcremas—, que el España lo vuelve a llamar a sus filas.

La impronta española

El aluvión de españoles llegado a nuestro país a finales de la década de 1930, como consecuencia de la Guerra Civil en España, incidió notablemente en diversos ámbitos de la vida mexicana de la segunda mitad del siglo xx. Esta emigración ibérica incluía una amplia gama de disciplinas y ocupaciones, que lo mismo agrupaba a abogados, filósofos y poetas que zapateros, albañiles, campesinos y deportistas. En el conjunto de refugiados había no sólo republicanos y anarquistas, como la prensa conservadora de México quería hacer creer a la opinión pública nacional, sino también socialistas y nacionalistas vascos, gallegos y catalanes. Al respecto Bernardo García Díaz ha dicho que "en su heterogeneidad, social, cultural y política constituía una emigración sin precedentes por su universalidad y reflejaba al pueblo que había sostenido una guerra".

El futbol, por supuesto, no quedó exento de esta benéfica y trascendente influencia hispana. Entre 1937 y 1940 arribó a México una pléyade de grandes jugadores, algunos de los cuales se quedarían a vivir aquí de manera definitiva influyendo en toda una generación de futbolistas mexicanos. Su llegada, además, marcó el principio del fin del supuesto amateurismo en ese deporte, que en realidad, como todo mundo sabía, se trataba más bien de un profesionalismo "solapado" o semiprofesionalismo. Así, el 3 noviembre de 1937, a bordo del buque Orizaba, y contratada por el empresario español Baltazar Junco, llegó al puerto de Veracruz la poderosa selección vasca, integrada por un grupo de brillantes futbolistas vascos como Josep Iborra, Gregorio Blasco, Serafín Aedo, Leonardo Cilaurren, José Muguerza, Ángel Zubieta, José Manuel Urquiola, los hermanos Luis, Pedro y Tomás

Ragueiro, Isidro Lángara y Emilo Alonso Emilín. De hecho, la mitad de ellos formaba parte de la selección española, y los que no, eran tan buenos jugadores como los seleccionados; sin embargo, no reconocían a la federación de futbol española de cuño franquista, creada en 1937 y vergonzosamente reconocida por la FIFA –dirigida a la sazón por el francés Jules Rimet-, que a petición del mismo general Francisco Franco los había expulsado de su seno. Ante la imperiosa necesidad de ganarse la vida a través de su oficio, y dada la situación de guerra civil existente en su país, integraron un equipo y emprendieron una gira internacional que, aparte de México, incluyó Francia, la Unión Soviética y Cuba. En tierras mexicanas sólo pudo derrotarlos el combinado España-Asturias y un combinado mexicano en un par de oportunidades, pero con excepción del América que logró empatarles 2-2 en su debut, el 7 de noviembre, vencieron a este mismo en un segundo encuentro, así como a dichos equipos, al Necaxa y a la selección de Jalisco, en más de una ocasión. Sobre la importancia que tuvo la gira de la selección vasca para el desarrollo del futbol mexica-

Constituyó una verdadera sacudida que puso en tela de juicio los sistemas de juego que se empleaban en nuestro país y la concepción misma del futbol. Los vascos jugaban con dirección al marco, tratando de anotar gol rápidamente y cuando lo conseguían eran capaces de manejar el partido, sin renunciar a seguir marcando anotaciones. La presencia de este futbol en canchas mexicanas sorprendió a público y equipos acostumbrados a un juego pausado, a veces lento, con excesivos pases laterales y escasa verticalidad.

Este excelente equipo, en un gesto de solidaridad sin precedentes en la historia del futbol mundial y gracias al apoyo que recibe del gobierno mexicano representado por Lázaro Cárdenas (que otorga asilo político a los jugadores vascos) y de la Federación Nacional de

no, Mejía Barquera ha escrito:

Futbol Asociación (fnfa), es aceptado con el nombre de Euskadi en la Liga Mayor, participando en el torneo de liga de 1938-1939. Aunque ocupa el segundo lugar, atrás del Asturias, es el que más goles anota en la temporada (44). Al término de ésta, el Euskadi desaparece y sus jugadores se dispersan integrándose al España, el Asturias, el América y el Atlante, donde muy pronto se volverían auténticos ídolos.

Antes, el 7 de junio de 1937, huyendo del asedio franquista, arribó al puerto de Veracruz (a bordo del vapor Mexique y en companía de medio millar de niños españoles refugiados) el famoso Club Barcelona, que traía entre sus estrellas a Miguel Gual el Pato, Félix de los Heros Tache, Julio Munlloch, Martín Valtonrá el Maestro y Joaquín Urquiaga Chavo, "un singular portero -advierte Mejía Barquera- que llamaba la atención no sólo por la eficacia con que cubría el marco, sino porque su agilidad sorprendente no parecía corresponder a su físico: era muy alto pero también muy gordo". En su debut, el 21 de junio, el cuadro catalán perdió con el América 0-2, pero luego derrotó al Atlante 2-1, al Necaxa 4-2 y 2-1; aunque después se desquitó del América con un marcador de 1-0, perdió 5-1 con el Asturias. Como despedida, el Barcelona enfrentó en dos oportunidades a un combinado mexicano –en realidad la selección nacional—, llamado así por razones de índole política, pues desde la ascensión del franquismo al poder, México no tenía relaciones diplomáticas con España. En ambos encuentros, realizados el 15 y el 25 de agosto, el equipo mexicano venció a los catalanes 5-2 y 3-1, respectivamente. En el primero de estos cotejos, Luis de la Fuente tuvo un desempeño sobresaliente. De acuerdo con la crónica publicada en El Nacional, hecha por Francisco Martínez de la Vega, quien firmaba bajo el seudónimo de Pioquinto:

Fue *el Pirata* el hombre del *match*. Si no hubiéramos tenido antes de ayer la convicción de lo que es Fuente en el futbol, con esa actuación en el equipo nacional, hubiera bastado para que

rindiéramos a su calidad el homenaje que ayer más que nunca ha merecido.

Independientemente de sus dotes, que lo hacen uno de los máximos valores de nuestro deporte, ayer Fuente estuvo trabajador, empeñoso, demostró codicia, anhelo de victoria. Y a esto nos tenía acostumbrados *el Pirata*.

Ver a Fuente es un espectáculo aparte. Tienen todos sus lances en la cancha un sello especial de calidad, que produce la sensación en el espectador de que así debiera ser siempre el futbol. Es la "marca" que sólo dan la categoría, la clase. Es la "difícil facilidad" de que tanto se ha hablado [cursivas mías].

La "conquista" de Panamá

No queda claro si fue el trauma del fracaso de Roma, la delicada situación económica y política que vivía el país a raíz de la nacionalización petrolera impulsada por el presidente Lázaro Cárdenas, el ascenso del nazismo y el fascismo en Europa, o los tres factores a la vez los que determinaron que los directivos del futbol mexicano decidieran que era preferible no participar en el tercer Campeonato Mundial que se celebraría en Francia en junio de 1938. En cambio se acordó asistir a los IV Juegos Centroamericanos y del Caribe, que se llevarían a cabo ese mismo año en la ciudad de Panamá, para intentar refrendar el título de futbol que México—representado por el campeonísimo Necaxa— había logrado en los III Juegos Centroamericanos de 1935.

La selección mexicana, al frente de la cual estaba el imprescindible Rafael Garza Gutiérrez *Récord*, se integró con algunos veteranos de Roma, como Navarro, Aizpiri, Laviada, *el Perro* Ortega, *el Calavera* Ávila, *Tití* García Cortina, Manolo Alonso y Luis de la Fuente, a los que se suman, entre otros, Raúl Estrada *el Pipiolo*, Armando Frank *el Negro*, Alfredo Sánchez *el Viejo*, Marcial Ortiz *el Ranchero*, Francisco Argüelles *el Charro*, Luis Pérez *el Pichojos* y Horacio Casarín –con apenas diecinueve años de edad—, quien ha-

ría una rutilante carrera en el futbol mexicano a lo largo de veinte años (1936-1956) con el Necaxa, el Atlante, el España, el América, el Zacatepec y el Monterrey. Ésta fue una de las pocas ocasiones en que el Pirata y Casarín, dos glorias del futbol nacional, jugaron juntos en la selección nacional; y vaya que se entendieron bien, pues ambos serían fundamentales para que México se volviera a alzar con la victoria, pasando por encima de Venezuela, Colombia, El Salvador, Panamá y Costa Rica, que era el equipo favorito para coronarse campeón centroamericano. En ese ríspido y definitivo juego contra los ticos –a quienes les bastaba un empate para obtener el campeonato—, donde según las crónicas de la época *el Pirata* estuvo "en plan de coloso", México ganó 2-o con goles de Casarín. Los pormenores del encuentro pudieron ser seguidos en México a través de la XEFO, en la voz del célebre cronista deportivo Agustín González Escopeta. El recibimiento de la selección mexicana en nuestro país, como han señalado Galindo Zárate y Hernández Enríquez, fue apoteósico:

Los seleccionados mexicanos —que habían hecho el viaje por mar en el cañonero Durango, que la Armada de México había dispuesto para ayudar a la causa de demostrar la supremacía futbolística nacional en el centroamericano—, a su regreso a México fueron recibidos como héroes.

En el recorrido de Veracruz a la capital hubo manifestaciones en su honor, bandas de guerra, confeti, porras, como correspondía a unos adalides.

Aventura sudamericana

En junio de 1939 llegó de gira a México el equipo Atlético Corrales, de Asunción, Paraguay, comandados por José Gómez *el Che*, quien después jugaría en el Marte (junto a Luis de la Fuente) y el Monterrey. La gira del equipo paraguayo fue un desastre, porque sólo ganó dos juegos, empató otro y perdió cuatro, anotando 18 goles y recibiendo 29. En su partido de despedida perdió con el España

147

10-3, la peor goleada que un equipo extranjero había recibido en México. El Atlético Corrales hubiera regresado a su país sin pena ni gloria a no ser porque, al enfrentar al España, sus dirigentes quedaron deslumbrados con la calidad excepcional de el Pirata Fuente, a quien de inmediato invitan a integrarse al conjunto guaraní. Luis acepta y el España lo vende. Así, emprende su segunda aventura al extranjero, pero ahora a las lejanas tierras del Cono Sur.

Luis jugó con el Atlético Corrales una temporada en la liga paraguaya, al término de la cual el equipo guaraní fue a Medellín, Colombia, a participar en un torneo donde se inscribieron ocho equipos sudamericanos, entre ellos el potente Vélez Sarsfield, de Argentina. El Pirata fue nombrado como el mejor jugador del torneo, y el equipo bonaerense, ni tardo ni perezoso, hizo trato con el Atlético Corrales para comprar al destacado jugador mexicano. Cabe anotar que en esa época –y aun hoy en día–, dado el alto nivel del futbol argentino, era muy raro que los cuadros de ese país compraran jugadores extranjeros; más bien los vendían, sobre todo a las alineaciones mexicanas y europeas, lo que nos da una idea de la enorme calidad que poseía el Pirata.

En el Vélez Sarsfield, temporada 1940-1941, donde hizo pareja formidable con su amigo de toda la vida, *Tití* García Cortina –quien se había integrado al conjunto argentino a principios de 1940, cuando hizo una gira triunfal por México-, Luis tuvo un desempeño aceptable jugando como titular (metió ocho goles en el torneo, tres de ellos en un mismo partido), a pesar de los problemas internos del equipo y del maltrato que recibió de los directivos del mismo (que le pagaban parcialmente su sueldo para evitar que se regresara a México, asegura su hijo Antonio de la Fuente Varela), de los aficionados e incluso de los árbitros, que le llegaron a anular goles legítimos. Tanto destacó en el cuadro bonaerense, que el Peñarol, de Uruguay y el River Plate, de Argentina, lo quisieron comprar, pero el Vélez no aceptó venderlo. A pesar de la buena actuación de Luis, el Vélez Sarsfield desciende a la segunda división del futbol argentino.

Durante su estancia en Argentina, Luis había conocido a un tal Francisco Gabilondo Soler, originario de Orizaba, Veracruz, en un centro nocturno de Buenos Aires que frecuentaban los jugadores de su equipo y donde Gabilondo Soler tocaba el piano para ganarse la vida. Al enterarse Francisco que su paisano volvía a tierras mexicanas, le pidió ayuda para reunir el dinero que le hacía falta y comprar su pasaje de regreso. Luis, generoso, lo apoyó y ambos se embarcaron rumbo a México, llegando al puerto de Mazatlán, Sinaloa, a principios de 1941. Así, acaso sin saberlo, *el Pirata* insufló vida de nuevo al famoso *Cri-Cri*, *el grillito cantor*, que temporalmente se había ido a la tierra del tango desapareciendo de la xew, donde desde

1934 había enriquecido el imaginario de los niños mexicanos con sus

personajes, sus canciones y sus historias.

Al llegar a México, Luis de la Fuente se integra al Marte, el cual desde que él estaba en Argentina había hecho una oferta al Vélez Sarsfield para adquirirlo, propuesta que finalmente el equipo argentino aceptó ante su inminente debacle deportiva y financiera. En el Marte jugó dos temporadas, reuniéndose de nuevo con su ex compañero del Atlético Corrales, José Gómez el Che. Ambos, junto con el Gitano López, Manolo Alonso y José Luis Borbolla, formaron una línea ofensiva imparable "v convirtieron al equipo en una máquina de hacer goles". En la temporada de liga de 1942-1943, la última antes de que el profesionalismo saliera del clóset, luego de catorce años, el Marte se corona campeón, siendo la alineación que más goles anota (46) y la que menos recibe (26) –empatando en este rubro con el Atlante—. Por si fuera poco, Manolo Alonso quedó campeón de goleo, con 16 anotaciones. Además, el Marte logró el título de "campeón de campeones"³ en 1943, derrotando al Moctezuma, campeón de copa.



³ Título instituido en 1942 y que se otorgaba al ganador del juego que enfrentaba al campeón de liga con el de copa; si estos torneos los ganaba el mismo equipo, aquel título le correspondía por derecho.



En abril de 1943, luego de dos años y medio de ayuno futbolístico en el puerto de Veracruz, y al calor de una plática en el Gran Café de la Parroquia (¿dónde más podría haber sido?) entre los hermanos Agustín y Joaquín García y Gregorio Fernández *Goyo*, nace la idea de fundar el Club Deportivo Veracruz, que durante la década de 1940 iba a escribir una de las páginas más brillantes de la historia del futbol mexicano. Días después, los hermanos García y *Goyo* Fernández organizaron reuniones en las instalaciones del Casino Español, con la participación de un buen número de aficionados porteños y españoles. Producto de estas juntas fue la formación de un comité provisional cuyo objetivo era obtener algunos fondos para crear un equipo que representara a Veracruz en la Liga Mayor.

En junio de ese año quedó constituido legalmente el Club Deportivo Veracruz, cuya primera directiva estuvo conformada por Felipe Pérez Abascal, presidente; Fernando Paseiro, vicepresidente; Agustín García, secretario; y Goyo Fernández, tesorero. La directiva nombró director técnico a Evangelino Suárez Galleguito, ex jugador del España de México y del Euskadi, quien desde 1937 residía en el puerto de Veracruz como preparador físico de equipos amateurs, quedando como su auxiliar Cristino Lorenzo, conocido locutor deportivo en la radio local. La sede del equipo sería el Parque Deportivo Veracruzano, que compartiría con el Club Águila de Veracruz. Este parque, cabe destacar, inaugurado en 1935, estaba pensado para jugar beisbol, por lo cual los partidos de futbol se desarrollaron en el "diamante", haciendo las adecuaciones correspondientes. Así, los aficionados porteños tuvieron la oportunidad de disfrutar en el mismo lugar el mejor beisbol y futbol de que se tiene memoria; caso único, quizá, en la historia del deporte nacional.

La creación del Veracruz coincidía con el inicio de la profesionalización *de facto* del futbol en México, al que por esos años empezó a llegar, como consecuencia, una avalancha de jugadores extranjeros, principalmente argentinos, que en nuestro país recibían mejores salarios que en sus lugares de origen. Esto era posible, además, porque desde abril de 1942, para no perder su afiliación a la FIFA, la FNFA se había separado de la Liga Mayor para hacerse cargo del futbol *amateur*, dejando a ésta el futbol profesional-negocio-espectáculo. De hecho, a partir de ese año, la Liga Mayor fue declarada "pirata" por la FIFA, veto que no fue levantado sino hasta 1947. Libre de compromisos con la FIFA, la Liga Mayor mexicana decidió dar cabida a más equipos de provincia para hacer que sus torneos fueran realmente nacionales; ya para el torneo de liga de 1940-1941 se había invitado al Moctezuma de Orizaba, equipo patrocinado por la cervecería del mismo nombre, y a la selección de Jalisco, formada con los mejores jugadores del Guadalajara, el Oro y el Nacional. A partir del campeonato de copa de 1943, se incorporaron a la Liga Mayor el Veracruz y la Asociación Deportiva Orizabeña, uno de los equipos de futbol pioneros en la entidad veracruzana.

El Veracruz debutó sin mucha fortuna en ese torneo —conocido como Copa México a partir del celebrado en 1932-1933— con un improvisado equipo, cuyos jugadores titulares fueron regularmente Gustavo Fricke, Adolfo Alomía, Luis Peña, Manuel Carús, Guerrero y *el Negro* Reyes, Manolo Rodríguez, Juan Vila, José Miguel Díez, Jorge Hansen y Rafael Oroza *el Loco*.

En el torneo de liga de 1943-1944 la directiva del Veracruz reforzó al equipo contratando a Benjamín Alonso, al vasco Félix de los Heros *Tache*, al peruano José Valdivia y a Luis de la Fuente, por el que pagó al Marte la cantidad de cinco mil pesos, una fortuna en aquella época. En esa misma temporada debutaron dos jóvenes que a la larga serían grandes figuras: Julián Durán *el Pachuco* y Martín Cuburu. A pesar de todo, los Tiburones Rojos (nombre de batalla con el que Manuel Seyde bautizaría al Veracruz) ese año tuvieron una actuación bastante gris, sobre todo si se toma en cuenta el gran apoyo que le brindó la afición porteña, encabezada por Rafael Meza *la Chiva*, creador de la aguerrida porra veracruzana. Lo más destacado de entonces fue el triunfo sobre el América (6-4) en la capital del país.

En el torneo de copa de 1944 los Tiburones mejoraron su actuación al quedar como líderes de la zona oriental, pero en la semifinal de zonas fueron eliminados. La inclusión de Carlos Leblanc y del cubano Fernando Blanco en el torneo de liga de 1944-1945, no fue suficiente para llevar al Veracruz a mayores alturas.

Para la competencia de liga de 1945-1946, la directiva del Veracruz llevó a cabo una reestructuración a fondo y contrató a los peruanos Carlos Valdivia y Roberto Lecca, a los argentinos Jorge Enrico Pavesi y José Antonio Lazcano, al vasco *Chavo* Urquiaga, a Antonio León *el Negro* y Víctor Renato Ruffo. El argentino Enrique Pascal Palomini *el Gitano*, quien más que director técnico era –a decir de Seyde– "un excelente preparador físico", sustituyó al *Galleguito* Suárez en el timón de la nave rojiazul, colores representativos de España que el Veracruz lucía en su uniforme como un homenaje permanente a la labor que ese país había hecho en pro del futbol veracruzano en sus inicios.

Sin embargo, empezó la temporada y los buenos resultados esperados simple y llanamente no se daban, debido sobre todo a la indisciplina que reinaba entre los jugadores. Palomini, desesperado, tuvo que agarrar al toro por los cuernos, convirtiéndose así en "el entrenador de la navaja":

Sucedió que un día –cuenta Fernando Marcos– llamó a sus jugadores a entrenar; *el Pirata*, ese día, no tenía ganas y se insolentó, retándolo. Entonces Palomini, sin más explicaciones [y tomando a Luis de la camiseta], echó mano de una navaja de muelles, enorme, y simplemente le dijo al *Pirata*:

—¿Vas o no vas a entrenar?⁴

El Pirata, sin más, tomó sus cosas y entrenó como un poseído. Sólo así pudo Palomini meter orden en un equipo en el cual fi-

⁴ Según Calderón Cardoso, la frase amenazante que profirió Palomini fue: "Aquí el que manda soy yo, y estoy un poco loco. Te juro que si no entrenas te entierro esta navaja en el cuello. A ti o a cualquiera que no me obedezca".

guraban tipos tan temperamentales como el propio *Pirata*, *Chito* García –expulsado del futbol por agredir a los árbitros, su ocupación favorita– o el *Pachuco* Durán, que en su traspaso al España se negó a aceptar por desconfianza un cheque personal de don Luciano Arechederra, uno de los hombres más ricos de su tiempo, al son de un "a mí la lana, porque de papelitos firmados vaya usted a saber si me los pagan".

Coincidencia o no, el caso es que a partir de ese día el equipo empezó a exhibir un futbol altamente constructivo, contundente y espectacular que los llevaría a la conquista del gallardete de la Liga Mayor, luego de veintiséis años de que éste no salía de la ciudad de México. Los números de esa temporada inolvidable del Veracruz no mienten: se convierte en el primer equipo en llegar al título a sólo dos años de haberse creado; hilvana una racha de 18 juegos invicto (14 victorias y 4 empates) con la misma alineación: "nadie –recuerda Seyde– debería de enfermarse, ni lesionarse, ni desfallecer". Anota 105 goles y recibe 52; realiza la mayor y más escandalosa goleada de la historia, 14-0 al alicaído Monterrey, el 26 de mayo de 1946 en el puerto,⁵ y acumula un total de 45 puntos de 60 posibles. El equipo titular que logró tales hazañas deportivas fue: Chavo Urquiaga, Miguel Ángel Velázquez y el Negro León; Luis García Chito -quien luego destacaría como jugador y como mánager en el beisbol de la Liga Mexicana-, Rufino Lecca y el Pachuco Durán; José Antonio Lazcano, Carlos Valdivia, Raymundo González el Pelón, Luis de la Fuente (quien "realizó quizá la más perfecta campaña de su carrera") y Jorge Enrico Pavesi.

Esos Tiburones Rojos "de la leyenda", que se coronaron venciendo al España 3-2 en la capital del país ante un estadio lleno el 2 de junio de 1946, una jornada antes de que terminara el torneo, se anti-

⁵ Unos meses antes, el 15 de septiembre de 1945, el camión que trasladaba al Monterrey rumbo al estado de Jalisco —donde enfrentaría al Oro— se incendió en una gasolinera a la altura de San Juan de Los Lagos, causando a la postre la muerte de dos de sus jugadores, a pesar de la acción heroica del *Che* Gómez, que sacó a sus compañeros del camión en medio de las llamas.

ciparon –según Seyde– a la práctica de lo que muchos años después se le llamaría *futbol total*. Tres son los factores en los que basa esta afirmación el autor de la columna "Temas del Día", que se publicaba en la sección deportiva del periódico *Excelsior*:

Uno, la movilidad y agresividad en el ataque que *el Pirata* creaba constantemente impulsando el juego, variado por los extremos y por el centro, casi siempre sorpresivo para la defensa adversaria; y [dos] el trabajo de Lecca conectando las líneas y en esto me parece ahora que Lecca forjaba, sin imaginarse que más tarde serían sistemas modernos, el juego que armoniza, plantea, conecta desde la línea defensiva hasta la ofensiva. Él, súbitamente se incorporaba al ataque y entonces *el Pirata* y los otros extremos eran sostenidos con balones siempre al hueco. El otro factor era el juego de los extremos, dominadores de la pelota, veloces, que nunca se iban al córner, sino que eran flechas apuntadas hacia el arco, y cuando aquella tenaza se cerraba, la defensiva enemiga perdía posición y terreno.

Sin embargo, inexplicablemente pierden el título de "campeón de campeones" frente al Atlas, ganador de la copa de ese año con un marcador de 2-3; y en el torneo de liga de 1946-1947, en el que salen del equipo Valdivia y Lecca, a duras penas quedan en el tercer puesto, atrás del León y el campeón Atlante.

En el torneo de liga de 1947-1948, en el que ya no contaban con Lazcano, Jorge Enrico ni *el Pachuco* Durán, y Orlandini ocupó el puesto de Palomini en la dirección técnica, los Tiburones Rojos realizaron una temporada irrelevante. Aunque lograron el título de "campeón de copa" de 1948 venciendo al Guadalajara 3-1, fueron derrotados por el León 0-1 en el juego por el título de "campeón de campeones" de ese mismo año.

Posteriormente salió del equipo *Chavo* Urquiaga, quien fue sustituido por *el Ranchero* Torres. Leopoldo Quiñonez y Guadalupe

Velázquez cubrieron los huecos que habían dejado Jorge Enrico y Lazcano. Con la contratación de Julio Ayllón, mejor conocido como el Negro Aparicio, los Tiburones Rojos quedaron listos para el torneo de liga de 1949-1950, en el cual triunfaron por segunda y última vez, y el Negro Aparicio resultó campeón goleador. El cuadro titular estuvo generalmente formado por el Ranchero Torres, Miguel Ángel Velázquez y el Chino Andrade; Lecca (quien había regresado al club), Buenabad y el argentino Paratore; Quiñonez, Grimaldo González, Aparicio, el Pirata Fuente y Lupe Velázquez. También fueron piezas clave Arteaga, Segovia, Jesús Silva el Pelón, la Marrana Castañeda y el Pachuco Durán (quien también había vuelto, aunque luego se fue de nuevo). Sólo la muerte de Miguel Ángel Velázquez en un accidente automovilístico, entristeció un poco ese año triunfal.

El torneo de liga de 1950-1951 marcó en definitiva el principio del fin de la época de oro de los Tiburones Rojos, pues su actuación fue muy irregular a lo largo de toda la temporada. Además de que la directiva sufrió frecuentes cambios, hubo desfile de entrenadores: a Orlandini le siguieron Manolo Casal, el andaluz Juan Luque de Serrallonga, Chavo Urquiaga y Luis de la Fuente; salieron del equipo Andrade, Quiñonez, González y Aparicio. Ésa fue de hecho la última temporada en activo de Luis de la Fuente, aunque todavía lo llamó, como veremos, la selección nacional, la cual participó en el Campeonato Norteamericano, de donde saldrían los dos asistentes de esta zona al mundial de 1950, y que realizó una absurda gira por España para enfrentar al Real Madrid y al Atlético de Bilbao.

En el último intento por salvar al Veracruz del naufragio, la directiva contrató (para el campeonato de 1951-1952) a Casildo Osés en calidad de gerente administrador, quien a su vez trajo a los argentinos Malanchane, Cocellato, Zamaro, Hugo Orsi, Cristóbal Campos y el Carnes Muñoz. Pero, como dice Seyde, "el equipo había perdido su estampa y su vigor. Llegaron al puerto gentes extrañas y animadas por la intención de reanimarlo, lo mataron. [...] Y [además] va se habían ido los que formaron el alma del conjunto". Por

155

si fuera poco, también atravesaba por una aguda crisis financiera, que fue atenuada gracias a la intervención del entonces presidente de la república Miguel Alemán Valdés y del gobernador del estado, Marco Antonio Muñoz. Todo fue inútil: esa misma temporada el Veracruz descendió a la segunda división, después de una cerrada y dramática lucha contra el América, ante la consternación de sus admiradores. Finalmente, en 1953, los Tiburones Rojos "desaparecieron en la Bocana". De cualquier modo, el conjunto Veracruz de esa época dorada "ha sido uno de los grandes equipos que los aficionados recuerdan y que la historia del futbol mexicano lega a la posteridad".7

El gran ausente

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, los mundiales de futbol se interrumpieron y no se se volvieron a organizar sino hasta 1950, tocándole esa vez a Brasil ser la sede. Para participar en el mundial, que se llevaría a cabo en junio de ese año, México debía eliminarse con Estados Unidos y Cuba en el denominado Campeonato Norteamericano, a realizarse en la ciudad de México en septiembre de 1949. Como ya era tradición, Rafael Garza Gutiérrez Récord quedó al frente de la selección mexicana, a la que, una vez más, Luis de la Fuente (a sus casi treinta y seis años de edad) es llamado, quedando integrado el equipo nacional como sigue: Raúl Córdova y Melesio Oznaya, porteros; Carlos Laviada, Felipe Zetter, José Antonio Roca, Gregorio Gómez Tepa, Antonio Varela y Alfonso Montemayor, defensas; Héctor Ortiz, Mario Ochoa, Francisco

⁶ Cuyo primer campeonato de liga se llevó a cabo precisamente en la temporada 1951-1952, con la participación de ocho equipos: La Piedad, Zamora, Morelia, Irapuato, Querétaro, Toluca, Pachuca y Zacatepec.

⁷ Cabe destacar, además, los triunfos que los Tiburones Rojos tuvieron contra equipos extranjeros, una vez que la fifa levantó el veto a la Liga Mayor: 2-1 al Racing, de Buenos Aires (5 de enero de 1947); 3-2 al Ferencvaros F. C., de Budapest, Hungría, donde jugaba el gran Ferenc Puskas (20 de julio de 1947); 2-1 al Génova, de Italia (18 de junio de 1950), y 3-2 al San Lorenzo de Almagro (6 de febrero de 1951).

Hernández *Panchito* y Samuel Cuburu *Chapela*, medios; Antonio Flores *el Niño*, Luis Luna, Horacio Casarín, *el Pirata* Fuente, Carlos Septién, José Naranjo *Chepe*, Mario Pérez, Luis Vázquez y Enrique Sesma *el Loco*, delanteros.

México derrotó de manera contundente a Estados Unidos 6-o y 6-2, y a Cuba 2-o y 3-o, motivando la euforia de los aficionados que pensaban ("con más buenos deseos que análisis") que, ahora sí, la selección haría un papel decoroso en el mundial de Brasil, cosa que no sucedería. Contra los norteamericanos, *el Pirata* Fuente, en plan grande, se despachó con tres goles en el primer partido y uno en el segundo.

Sin embargo, Luis de la Fuente ya no iría al mundial de 1950 –donde seguramente hubiera hecho una excelente dupla con Casarín–, debido a las fuertes desavenencias que tendría con el presidente de la Federación Mexicana de Futbol, Ernesto Casillas, respecto de la pertinencia del viaje que la selección mexicana haría ese fin de año a España, estando tan cercano el mundial de Brasil. Sin duda, *el Pirata* fue uno de los grandes ausentes en los mundiales de futbol de la primera mitad del siglo xx. Tuvo la mala fortuna de que estando en el cenit de su carrera, primero, México quedara eliminado para asistir al mundial de Italia (1934); segundo, por las razones ya expuestas, la representación mexicana no participaría en el mundial del Francia (1938), y tercero, que la principal fiesta del futbol del planeta se suspendiera por varios años debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial y a los nefastos efectos económicos, políticos y sociales que ésta trajo a muchos países del orbe, sobre todo a los europeos.

La "tragedia" de Madrid

A pesar de que, como se ha dicho, México había roto relaciones diplomáticas con España a raíz de la victoria del franquismo, y de que las visitas de los equipos españoles a nuestro país (antes tan frecuentes) se habían cancelado desde 1937-1938, en 1949, Jaime Arechederra, español radicado en México y uno de los fundadores del Club España, organizó una visita de la selección mexicana al país ibérico,

157

en medio de una ola de críticas. De acuerdo con Mejía Barquera, Arechederra fue acusado de:

intentar beneficiar al franquismo llevando a España a una delegación futbolística que sería bien tratada durante su estancia en aquel país, en donde se les presentaría una versión edulcorada del régimen franquista, con el objeto de causar buena impresión a los futbolistas mexicanos y que éstos, al regresar, pudieran declarar a los medios de difusión que la imagen que se tenía en México de una España gobernada por Francisco Franco —es decir, la de un país donde no existían las libertades— era falsa.

Con todo, la fmf⁸ autorizó el viaje, y el 20 de noviembre la selección, con el nombre de Combinado Mexicano, partió a Madrid. Como siempre, el responsable de la delegación fue Rafael Garza Gutiérrez *Récord*, quien designó a los siguientes jugadores: Córdova y Salvador Mota, porteros; Laviada, Montemayor, Jorge Romo y Roca, defensas; Ochoa, Ortiz y *Chapela* Cuburu, medios; *el Niño* Flores, *el Pirata* Fuente, *Chepe* Naranjo, Septién, Casarín, *el Loco* Sesma, Pérez y Luis Luna, delanteros.

En Madrid, en efecto, los futbolistas aztecas fueron atendidos a cuerpo de rey: más que entrenamientos hubo fiestas, paseos y banquetes al por mayor, incluyendo una cena de honor ofrecida por la actriz María Félix y el productor de cine Cesáreo González. Para variar, antes del partido —que había causado gran expectación en la capital española—, los mexicanos, empezando por su entrenador, hicieron temerarias declaraciones a la prensa sobre el supuesto poderío y estilo argentino de la selección, las cuales calentaron todavía más el ambiente. Todo para que al final, como siempre, el Combinado Mexicano fuera vapuleado por el Real Madrid 7-1 en el estadio Cha-

⁸ El 13 de diciembre de 1948, con el objetivo de que el futbol *amateur* y el profesional unieran esfuerzos, la finfa y la Liga Mayor se fundieron en la fimfa.

martín. Ése fue el primer partido de futbol de un equipo mexicano transmitido por radio desde Europa, tocándole el honor de narrarlo a Agustín González *Escopeta*. Al día siguiente, el periódico madrileño *Marca* cabeceó: "Los mexicanos con 'Escopeta' pero sin pólvora". Una semana después, el Combinado Mexicano sería de nuevo humillado por el Atlético de Bilbao por 6-3. Desde luego, las disculpas de *Récord* no se hicieron esperar: el fracaso de la selección no era producto del relajamiento e indisciplina de los jugadores, sino del largo viaje (ahora por avión), los banquetes, los árbitros, las malas condiciones y tamaño de las canchas, la dimensión de los balones, la altura, el frío... En México, las derrotas de su equipo causaron tal desencanto, que a la fmf, presionada por la opinión pública, no le quedó más remedio que cesar a *Récord* y sustituirlo por Octavio Vial *la Pulga*, quien se encargaría de la selección nacional durante su participación en el mundial de Brasil, en 1950.

Dicen los que saben que la historia también está hecha de anécdotas. No resisto la tentación de citar íntegras las peripecias de *el Pirata* Fuente antes, durante y después de la llamada "tragedia de Madrid", que transmitidas de generación en generación recogió y publicó Ignacio Matus en el periódico deportivo *Esto*:

El día de la salida de México, afirman, para evitar el vuelo [pues el Pirata "le temía al avión como al diablo"], ya estando en el antiguo aeropuerto de la ciudad, fue a encerrarse en uno de los baños. Para no ser descubierto, se había subido sobre la taza, de manera que no le vieran las piernas y lo detectaran. Ya en España, era quien más se salía de la concentración y el que más tarde llegaba a dormir. Un día, Rafael Garza Gutiérrez Récord, quien fungía como técnico, para evitar tales salidas nocturnas, tan regadas de vinillo, decidió hacer dormir a Luis de la Fuente en su propio cuarto y así ejercer sobre él una vigilancia más efectiva. Cuentan que el Pirata terminó metiendo a su entrenador en un ropero y saliéndose igual que siempre lo hacía. Otra anécdota:

para evitar el desorden, Garza Gutiérrez tomó la medida de ordenar dos horarios en el desayuno, considerando que terminaría con las críticas hacia el comportamiento de Luis, acomodándole una hora más tarde el servicio de su desayuno. Total fracasó: *el Pirata* no bajaba nunca a desayunar, ni temprano ni tarde. Un día, cuando *Récord* bajaba las escaleras del hotel –bata, bufanda, flor en el ojal, pantunflas, que tal se estilaba en la época—, se encontró en el camino hacia arriba a uno de los meseros llevando una bandeja en cuya base posaban dos espléndidas copas de brandy.

- —¿Para quién llevas eso? —preguntó muy mosqueado don Rafael, sólo para comprobar sus temores.
 - —Es el desayuno de don Luis de la Fuente —le dijeron.

Finalmente, cuando regresaron a México, los de la aduana le advirtieron:

—¡Eso no pasa!

Luego de percatarse que el gran *Pirata* traía en la mano una botella de brandy español y, según la ley, estaba prohibido introducir al país cualquier producto ultramarino.

—¡Sí pasa! —dijo Luis muy solemne.

Y el vista a repetir la prohibición, sólo para encontrarse con igual respuesta del futbolista. Cuando luego de repetir uno y otro su letanía, el futbolista se cansó, levantó la botella, se pegó el pico en la boca y se bebió como si nada el total de su contenido.

—¿Vio usted cómo sí pasa? —le espetó al guardián, sobándose el abdomen.

Así se las gastaba el enorme Luis de la Fuente de Hoyos...

La despedida de un crack

En un emotivo homenaje realizado el 13 de junio de 1954 en el estadio de la Ciudad de los Deportes, *el Pirata* Fuente dijo adiós al futbol en compañía de sus amigos. Ese día casi 50 mil aficionados

se dieron cita en el estadio para aclamar y darle la despedida a uno de los máximos representantes del futbol mexicano de la primera mitad de la centuria pasada y a un titular indiscutible de la selección nacional entre 1934 y 1949.⁹

Bajo las nostálgicas notas de "Las Golondrinas" —escribió Matus—, el símbolo de los Tiburones Rojos se despedía como futbolista. Los zapatos iban a quedar colgados, aunque en alguna ocasión los descolgará para intervenir en algún partido de veteranos. Alineó apenas unos minutos, en ese partido final de su carrera, que opuso al Veracruz al Atlante, en el siempre recordado Estadio Olímpico de la Ciudad de los Deportes [...] Fue tan conmovedor el acto de su despedida, que Luis no pudo reprimir el llanto y lloró a pleno pulmón, encajado el rostro en el pecho de Antonio Azpiri, el León de las Canchas, otro grande de la época también ido.

Luego, por un tiempo *el Pirata* Fuente se dedicó a los negocios y a su familia, pero el gusanito del futbol lo hizo regresar al ámbito del balompié. Cuando el Veracruz retornó a la segunda división para el torneo de 1961-1962, gracias a los esfuerzos de un entusiasta grupo de veracruzanos encabezados por don Gustavo Fricke Rivas, Luis dirigió a los Tiburones Rojos por un tiempo, pero las diferencias que tuvo con la directiva del club lo hicieron retirarse, ahora sí de manera definitiva.

Luis de la Fuente de Hoyos muere en la madrugada del 28 de junio de 1972 en el Centro Médico de la ciudad de México, debido a problemas de tipo cardiaco derivados de una arterioesclerosis que venía padeciendo desde principios de los años sesenta. Le sobrevivieron su esposa Olga Varela de la Fuente, con quien se había casa-

⁹ Al respecto, Galindo Zárate y Hernández Enríquez comentan: "A la vista del tiempo, es difícil explicar por qué uno de los grandes ídolos de México fue tan pocas veces convocado a la selección. Quizá por sus hábitos bohemios".

do el 17 de abril de 1945 –aquel año glorioso del Veracruz–, o y sus cinco hijos: Luis, Segundo, Antonio, Manuel y Olga.

Ese domingo [...] allá en el puerto [jarocho], los integrantes del Veracuz y el Laguna lucieron crespones de luto en sus uniformes y los capitanes, precedidos del cuerpo arbitral, colocaron una ofrenda floral en su memoria, en medio de la cancha. ¡Y el respetuoso minuto de silencio que guardaron los conmovidos espectadores se sintió como un plomo sobre el alma de todos los presentes! Luis de la Fuente, *el Pirata*, pasó desde entonces a convertirse en leyenda.

Una leyenda cuyo nombre lleva la actual casa de los Tiburones Rojos, inaugurada el 19 de marzo de 1968, como un merecidísimo homenaje al más grande futbolista que hasta hoy ha dado Veracruz y uno de los más destacados en la historia del futbol mexicano.

¹⁰ Ese año, dos meses después de la boda de Luis y Olga, apareció en *El Dictamen* una caricatura de Rafael Freyre *la Ranita* acompañada de una sexteta que decía: "'Adios muchachos/compañeros de mi vida,/farra querida...'/Y Fuente se ha casado/¡colorín colorado/aquella vida se ha acabado!", *El Dictamen*, Veracruz, lunes 17 de junio de 1945, p. 10.





•

magen vin. El Veracruz campeón de la temporada de liga de 1949-1950. De pie y de izquierda a derecha: el Chino Andrade, el Ranchero Torres, Miguel Ángel Velázquez, el Pelón Silva, Rufino Lecca, Arteaga, Leopoldo Quiñonez, Grimaldo González, el Negro Aparicio, el Pirata Fuente y Lupe Velázquez.

Bibliografía

- Bañuelos Rentería, Javier. *Crónica del futbol mexicano*. *Balón a tie-rra* (1896-1932), 2ª ed., México: Clío, 1998.
- Calderón Cardoso, Carlos. Crónica del futbol mexicano. Por amor a la camiseta: (1933-1950), 2ª ed., México: Clío, 1998.
- ———. Anecdotario del futbol mexicano, México: Ficticia (Ediciones del Futbolista), 2006.
- CID Y MULET, Juan. *Libro de Oro del Futbol Mexicano*, 2ª ed., México: B. Costa-Amic, 1962.
- Dimitrijevic, Vladimir. *La vida es un balón redondo*, México: Sexto Piso, 2005.
- Galeano, Eduardo. *Futbol a sol y sombra*, 6^a ed. aum., México: Siglo XXI, 2004.
- Galindo Zárate, Jesús y Gustavo Abel Hernández Enríquez. *Historia general del futbol mexicano, 1927-2007*, ed. de Francisco J. Camargo, México: Federación Mexicana de Futbol, A.C./Televisa, 2008.
- García Díaz, Bernardo. *Puerto de Veracruz*, México: Archivo General del Estado de Veracruz, 1992 (col. Veracruz: Imágenes de sus historia, núm. 8).
- Loaeza, Guadalupe y Pavel Granados. *Mi novia, la tristeza*, México: Océano, 2008.
- Marcos, Fernando. Mi amante el futbol, México: Grijalbo, 1980.
- Matus, Ignacio. "Luis de la Fuente, *el Pirata*. ¡Qué futbolista!", en *Esto*, suplemento de 50 Aniversario, México, viernes 16 de agosto de 1991.
- ——. "La historia, la carrera de Luis de la Fuente lo ameritan. ¡Siempre recordado", en *Esto*, suplemento de 50 Aniversario, México, sábado 17 de agosto de 1991.
- Mejía Barquera, Fernando. Futbol mexicano. Glorias y tragedias, 1929-1992, El Nacional, México, 1993.
- MICHEL, Alfredo. *EUA y los deportes: una historia paralela*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Fideicomiso para la Cultura México/USA, 1994.

Personajes veracruzanos.indd 164

Murillo Escamilla, Alba. Los deportes en El Dictamen de Veracruz de 1919. Las columnas de W. J. Lamont, alias el Gatito Blanco, monografía de licenciatura, Facultad de Ciencias y Técnicas de la Comunicación, Universidad Veracruzana, Boca del Río, Veracruz, 2003.

Pérez de Léon, José. *Tiburones Rojos. Club de Futbol Veracruz 1943-1993. 50 Aniversario*, fascículo 1, Veracruz: Club de Futbol Veracruz, A.C., 1993.

Seyde, Manuel. La fiesta del alarido, México: Excelsior, 1970.

Entrevistas

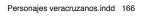
Antonio de la Fuente Varela, Veracruz, Ver., 19 de julio de 2009.

Agradecimientos

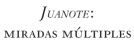
En la elaboración de este trabajo fue vital la colaboración de las siguientes personas: Antonio de la Fuente Varela, Fernando Blanco Garelli, Rosa Elena Tiburcio Celorio, María Luisa González Maroño, Dr. Juan Capallera Mateos, Bernardo García Díaz, Miguel Salvador Rodríguez Azueta, Ricardo Cañas Montalvo y mi hija, Adriana Guadarrama Sosa. A todos ellos mi reconocimiento y mi agradecimiento sincero.







(



Z

Rebeca Bouchez



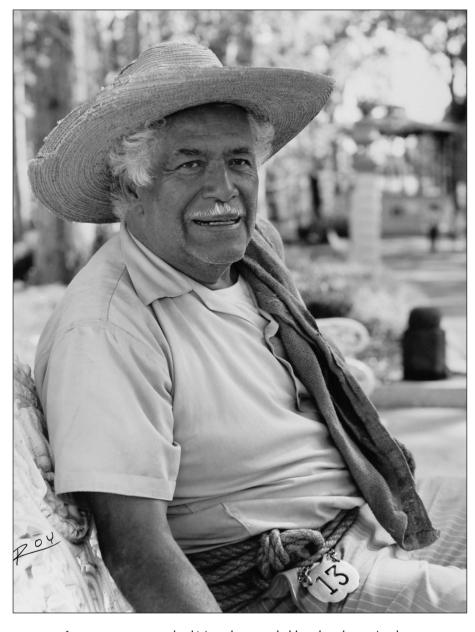


IMAGEN IX. *Juanote* con su atuendo clásico: el mecapal al hombro, la camisa de manga corta, el sombrero y la placa de bronce marcada con el número 13, licencia de cargador que le heredó don Rogelio, de quien fuera aprendiz.

Presentación

Este artículo es el resultado del homenaje a *Juanote* que con motivo de su 20 aniversario luctuoso se realizó en el Ágora de la Ciudad del 20 al 23 de febrero de 2009. Está integrado por los excelentes textos de Roberto Williams G. (q.e.p.d.), Rubén Morante López, Lourdes Hernández Quiñones, Vidal Elías, María Eugenia Domínguez Villegas, Rubén Ricaño Escobar y un poema de Myra Landau, en los cuales se perciben los diversos aspectos del personaje más popular del siglo xx de Xalapa: Juan Herrera Vásquez.

Desde la perspectiva de mi actividad como promotora y gestora cultural, considero que Juan Herrera, mejor conocido como *Juanote*, forma parte del identitario xalapeño, como lo descubriremos en las siguientes páginas, para cuya redacción, en primer lugar, contacté a la familia de nuestro personaje.

De acuerdo con su acta de nacimiento, Juan Herrera Vásquez *Juanote* nace en la casa ubicada en la calle Independencia número 49 en Xalapa, el 29 de abril de 1919; fueron sus padres Rogelio Herrera y Guadalupe Vásquez, originarios de Tlapacoyan, Veracruz. Aunque se desconoce a qué escuela asistió, se sabe que concluyó la instrucción primaria. Los testimonios familiares recuerdan al pequeño Juanito como un niño inteligente, simpático, un poco callado pero saludable, de buena estatura y complexión, seguramente porque desde muy temprana edad trabajó para ayudar a sus padres, pues fue el mayor de sus hermanos. Los antiguos vecinos de las calles

169

Santos Degollado, 5 de Mayo, Zamora y Carrillo Puerto se deleitaban con los suculentos chiles rellenos que preparaba Guadalupe, madre de Iuan.¹

Desde que era niño se dedicó a trabajar como aprendiz de cargador al lado de don Rogelio, quien desempeñaba ese mismo oficio portando el número 13, licencia otorgada por el Ayuntamiento, misma que heredó a *Juanote*. Ser cargador era una labor reconocida y respetada por los xalapeños, quienes depositaban su confianza al solicitar el traslado de mercancías, dinero en efectivo y objetos personales de valor incalculable.

Uno de los testimonios recogidos durante el homenaje mencionó que su abuelo "contrató los servicios de *Juanote* para llevar el dinero en efectivo de la raya de Xalapa al Ingenio de Mahuixtlán, en el municipio de Coatepec. El recorrido lo realizó en autobús y a pie, regresando a Xalapa por la tarde y entregando la razón al banco".

Juanote siempre vistió de manera sencilla, portaba un mecapal que con el paso de los años se convirtió en su distintivo, un cincho de cuero a la cintura y la placa de bronce marcada con el número 13, sombrero de paja, camisa de manga corta, en tiempo de frío, una camisola de franela a cuadros y sus inconfundibles huaraches.² Se caracterizó por su honradez, lealtad, humildad y diligencia.

En los años treinta Juan tendría doce años. Creció en una ciudad pequeña pero con una importante actividad social, comercial, política y cultural, por ser sede de la capital del estado. Bajo la cobertura de un progresista gobernador, Heriberto Jara Corona, la aún provinciana urbe experimentó el movimiento de los estridentistas Germán List Arzubide, Arqueles Vela, Ramón Alva de la Canal y Leopoldo Méndez, invitados por Manuel Maples Arce, quien en ese

¹ *Juanote* nunca se casó y siempre vivió con su mamá y parte de su familia en el callejón de Moctezuma, ubicado entre las avenidas Xalapeños Ilustres y Rafael Murillo Vidal. A su fallecimiento la familia cambió de domicilio.

² Objetos que se exhiben por intervención del Patronato del Museo de la Ciudad, A.C., desde diciembre de 2007 en el Museo de la Ciudad, gracias al préstamo que hizo su familia.

entonces era secretario de Gobierno. Este grupo de intelectuales, escritores y artistas plásticos vanguardistas se integraron, en la ciudad de México, al grupo estridentista conocido como "Café de Nadie". Desde Veracruz el general Jara Corona emprendió una nueva política editorial con temáticas revolucionarias, educativas y culturales. Este movimiento tuvo repercusiones importantes en la capital veracruzana, al ser abrevado por los pequeños educandos xalapeños entre los que se encontraba el niño cargador Juanito.

En el recién remodelado parque Juárez, los domingos tocaba (bajo la dirección del violinista Juan Lomán y Bueno) la Banda de Música del Gobierno del Estado, posteriormente llamada Orquesta Sinfónica de Xalapa, la cual estaba integrada por jóvenes músicos que habían llegado de varios lugares para despertar el gusto por la música clásica. El aún pequeño Juan asistía acompañado por su padre a estos encuentros, convirtiéndose con los años en un aficionado al *bel canto*.

Juan recorrió las calles y callejones todavía empedrados. Conoció las casonas de las familias pudientes (ubicadas en las principales calles), las cuales se erguían majestuosas con sus techados de teja, grandes aleros y hermosos patios centrales. Pero también visitó las casas típicas de los barrios de Xallitic, Techacapan, Xallapan y Tlalnecapan, las cuales albergaban a familias y establecimientos comerciales que vendían todo tipo de productos.

Con el correr de los años, el ya joven *Juanote* se ganó la confianza de los dueños de las mercancías al trasladar encargos valiosos a los mercados Jáuregui y San José, a los hoteles, posadas, mesones, restaurantes y fondas, o a las diversas escuelas que se ubicaban en el perímetro. Por sus buenos servicios, gozaba del respeto de clientes que se convirtieron incluso en amigos, como los hombres de negocios Octavio Gil (del restaurante Enricos), Pablo Ollivier, Daniel Nogueira, Billy Boone (norteamericano y benefactor de Xalapa), los hermanos Manuel y Alberto Gutiérrez Joffre, Celedonio Nachón, Adolfo Domínguez, Marie Louis Ferrari, Astrea Arróniz, Ricardo Félix, Reginaldo Falcón, Manuel González (de la tienda La Sevillana), Hum-

berto Frutis, Manuel y Daniel Nogueira, Rubén Bouchez Saulés y sus hijos Rubén, David y Raúl, así como de muchos otros xalapeños.

Hacia 1949, Juan era un joven de treinta años y tenía muy buen humor, como se refleja en el siguiente testimonio:

Mi papá David Bouchez lo contrató cuando nos mudamos a la casa de la calle de Diego Leño, cerca del parque Los Berros, para trasladar el refrigerador, el cual cargó en sus espaldas amarrado con mecate grueso. Él hizo la mudanza con otros cargadores; era muy agradable verlo trabajar, y siempre cortés con nosotros, dibujando una sonrisa en su rostro tosco y moreno... También en alguna ocasión cargó a mi papá, para bajarlo por las escaleras de la casa de mi abuela Tita al coche de mi abuelo Rubén, ya que no podía caminar por carecer de una pierna perdida a causa de un accidente automovilístico.

En esos tiempos muchos hogares xalapeños tenían instrumentos musicales, los cuales debían trasladarse con sumo cuidado a los diferentes espacios que funcionaban como salas de concierto. Así, sobre sus espaldas *Juanote* llevaba de un lugar a otro pianos de media cola y verticales, práctica que continuó hasta la década de los ochenta, pues los usuarios sólo confiaban estos delicados órganos al responsable cargador. Incluso la Escuela de Música lo contrataba para transportar sus instrumentos a diferentes lugares.³

Las generaciones de universitarios que llegaban a Xalapa conocían a *Juanote*; lo saludaban con cordialidad. Los nuevos avecindados lo consideraban un personaje de la vida cotidiana del centro xalapeño.

Los años empezaron a mermar la robusta complexión y la salud de *Juanote*, por lo que dejó de asistir a los conciertos semanales de la Orquesta Sinfónica a los cuales acudió durante casi seis lustros. En 1987

³ En un día *Juanote* y su equipo movieron tres pianos: uno para la inauguración del recinto del Ágora y dos al hotel María Victoria por la visita de Carmen Romano de López Portillo, los cuales subió al *penthouse* a través de las estrechas escaleras.

la Sinfónica organizó un concierto homenaje a *Juanote* en el Teatro del Estado "Ignacio de la Llave"; estuvo muy concurrido, pero él no asistió porque se encontraba delicado de salud pero agradeció con toda su humildad el reconocimiento. Después de una larga convalecencia causada por la insuficiencia renal crónica y aguda, *Juanote* murió a la edad de setenta años, a las 8:55 hrs., el 22 de febrero de 1989 en el hospital Luis F. Nachón de Xalapa. Sus restos fueron depositados en la tumba familiar del panteón Palo Verde. A su sepelio asistieron decenas de xalapeños, entre los que destacaban sus amigos, compañeros cargadores y los integrantes de la Orquesta Sinfónica de Xalapa.

Juanote permanece en nuestra memoria como referencia obligada de la historia cotidiana de la ciudad. Los xalapeños tenemos el compromiso de promover a esta figura dados sus principios y valores morales, que se pueden sintetizar en honradez, responsabilidad y profesionalismo. Un ejemplo de reconocimiento es el que le hizo la inolvidable amiga María Elena Borrel, activa promotora del turismo receptivo, quien le puso el nombre de Juanote a su restauranteantro alojado en una hermosa casa del centro de la ciudad.

El Ágora de la Ciudad también le ofreció un reconocimiento en el año 2003, como parte de la exposición "Objetos utilitarios y de arte del siglo xix y xx", donde se exhibió la placa de bronce con el número 13, el cinturón de cuero, el sombrero de palma, el mecapal, los huaraches y uno de sus discos favoritos de Mozart tomado de su colección de música clásica.

En mayo de 2008, el antropólogo Roberto Williams García me hizo llegar un texto que escribió en 1996 sobre *Juanote*, a fin de que fuera leído en la charla que León Ignacio Ponce impartió sobre este sencillo hombre en el Ágora. El numeroso público asistente intercambió con el conferencista valiosos testimonios. Ante tal éxito, en mi carácter (en ese entonces) de administradora del citado espacio cultural, organicé un homenaje en ocasión del 20 aniversario de su fallecimiento, con una nutrida participación de jóvenes, amigos y conocidos de *Juanote*, quienes escucharon la lectura del cuento de

Thais Rebolledo de Arrez; iluminaron caricaturas que *ex profeso* realizó Nicanor y contamos con la asesoría de otros caricaturistas: el *Tío Corajes* y Rafa. También participaron Rubén Morante, Lourdes Hernández Quiñones, Myra Landau, Vidal Elías, María Eugenia Domínguez, Fernando Santiago y León Ignacio Ruiz.

El homenaje me motivó a construir este texto con el objetivo de dar a conocer algunos aspectos de la personalidad de Juan Herrera, a partir de mis vivencias y de una sencilla investigación en fuentes documentales y testimoniales de familiares y amigos. En este ejercicio confirmé que Juan Herrera era una persona apreciada que continúa en la memoria de los xalapeños, para quienes fue y seguirá siendo nuestro *Juanote*.

Enseguida presento el texto "Juanote, un personaje popular" escrito por Roberto Williams García, al que le sigue un poema de la pintora Myra Landau y "Juanote y el último mecapal", de Rubén Morante López. Lourdes Hernández Quiñones titula su texto "Juanote, cimiento de Xalapa" y Vidal Elías "Juanote, nómada de la ciudad, creador de geografías citadinas"; María Eugenia Domínguez Villegas titula su intervención "Juanote, nostalgia de la Xalapa nuestra" y por último Rubén Ricaño Escobar, a través de "Juanote, un hombre trabajador, bondadoso y humilde", nos regala un valioso pasaje de su vida vinculado al cargador. Para ilustrar esta obra el fotógrafo Roy Dudley proporcionó excelentes imágenes. Todos ellos quisieron dejar constancia a las nuevas generaciones de la honestidad, responsabilidad y amor a la vida que Juan, Juanito o Juanote transmitió a los xalapeños a través de su sencilla existencia.

Juanote, un personaje popular

En un programa de televisión ("Adivine mi chamba"), el comentarista presentó la imagen de un hombre corpulento, de vestido sencillo. La admiración surgió cuando se informó que se dedicaba a trasladar pianos empleando sus propias manos. Ahí empezó la entrevista realizada en el interior de la modesta casa de *Juanote*, en

Xalapa, quien se había iniciado como cargador al llevar el piano del salón de actos del Colegio Preparatorio, sito en el centro de la ciudad, al Teatro Lerdo, distante dos cuadras. La proeza le dio fama de portento; había respondido a un reto. Sin embargo, no solamente demostraba fuerza y maña al unísono para transportar pesos y volúmenes considerables, sino que reunía otros atributos y cualidades que le hicieron merecedor de aprecio y respeto por parte de los ciudadanos de la capital veracruzana.

Juanote, tras cumplir con su tarea ocasional de llevar el piano al teatro, y con la ayuda de su padre colocarlo en el escenario para el ensayo de la Orquesta Sinfónica, fue acostumbrándose a escucharla. Hoy el grupo musical tiene el prestigio de ser el más antiguo del país, pues fue fundado en 1929 gracias al apoyo del gobernador Adalberto Tejeda, de ideas socialistas y, a la vez, apasionado del violoncelo que tocaba para sí. El mandatario concedió un subsidio para la formación de la Orquesta Sinfónica, cuyos conciertos ocasionales se ofrecían en el citado local de forma de herradura con luneta, plateas, palcos segundos y galería, teatro de madera que se demolió en tanto que la orquesta fue convirtiéndose, por su calidad, en una de las principales de México.

La existencia de nuestro personaje se mantuvo ligada a la música, ya que continuó asistiendo al nuevo teatro construido en la década de los sesenta. Entraba discreto y ocupaba cualquier butaca de la galería, confundido entre el público. Fiel a sus huaraches gruesos y a su vestimenta, que consistía en camisa corriente, pantalón de dril y sombrero de paja que durante el concierto se quitaba y, a veces, mantenía el mecapal en el hombro izquierdo. El mecapal era su arma, su instrumento, su herramienta de trabajo y también su descanso, su asiento. En la calle principal de Xalapa, que consta de una sola cuadra, tenía clavada una alcayata en la pared de cierta casa. En ésta atoraba las puntas del mecapal de tal manera que al colgar formaba una hamaca, en la cual se sentaba en espera de que fueran a solicitar sus servicios. La gente sabía dónde encontrarlo. Todavía

en la década de los cuarenta se le miraba al lado de su encanecido papá, de menor corpulencia y estatura; formaba un grupo con dos o tres cargadores de número. Sitio estratégico, junto al local del ferrocarril. En aquel entonces se acostumbraba el envío de paquetes y carga transportados por ese medio, y cuando el exprés se trasladó a la nueva estación (en la periferia de la ciudad), *Juanote* permaneció en el punto acostumbrado y aun después de fallecido, ya que se encuentra su efigie falta de realismo. Ahí, bajo la alcayata, las autoridades colocaron un medallón de bronce con el rostro realzado, visto con camisa de mangas cortas y el mecapal en el hombro izquierdo, descansando sobre un pedazo de aparente costal. A los lados inscribieron los años 1920 y 1989. Al pie del medallón, la placa donde se lee: El pueblo de Xalapa a Juan Herrera Vásquez "Juanote". Más abajo, en el calce, dice Const. de Xalapa. Feb.22.1990, fecha que alude al primer aniversario de su desaparición física, cuando se colocó la placa con el texto laudatorio.

Las autoridades del municipio, de acuerdo con el sentir jalapeño, perpetuaron su nombre y su rostro aparente, por no decir mal logrado. *Juanote* representaba, por su esencia humana, un valor diverso al que se pueda exaltar en un político o en un académico. Había otorgado prestigio a su oficio, demostrando que cualquier ocupación es digna cuando la persona es cumplida y responsable. Además, *Juanote* rutilaba por cualidades esenciales propias de su ser.

El retrato verdadero, en óleo, se encuentra en el Centro Recreativo. Imagen fiel de su persona con el sombrero puesto y su característico mecapal. Dicho recinto era el casino de la clase media, a diferencia de los elitistas Casino Español y Casino Xalapeño, situados en calle paralela que desemboca en la principal. En sus inicios, en el siglo pasado, se llamaba Posada Francesa y se salvó de la picota modernista adaptándose a Centro Recreativo, dedicado a eventos musicales, de artes plásticas y exposiciones diversas. En un pasillo permanece el retrato de *Juanote*, de rostro moreno, sereno, de camisa blanca; presencia que refleja la estima que se ganó basada en hechos, en su conducta. Cierto

abogado lo invitaba a cenar en su hogar, otros profesionistas o diversas personas platicaban con él o lo saludaban a su paso por el sitio de la alcayata. Yo lo hice, y advertía su transparencia, sencillez, juicio en sus comentarios, su trato sereno; además de su altura intermedia y su constitución sobresaliente, acorde con su oficio de cargador.

La calle donde se ubica el Centro Recreativo (Xalapeños Ilustres) desemboca de inmediato a la calle principal o de Enríquez. En la acera opuesta se conserva una casa representativa, de un piso, con zaguán, recibidor y patio, donde en las noches actúan grupos artísticos mientras que en la sala se encuentra el mostrador del bar. Es un bar combinado con servicio de restaurante, ofrecido principalmente en el día. El negocio se anuncia como antro de arte, para sobreponerse a la acepción común de local o establecimiento de mal aspecto o reputación. Literalmente antro significa "caverna, cueva, gruta". El antro se llama Juanote y el retrato de este personaje, a colores, está puesto a mano derecha del zaguán. A los lados en sendas repisas, un candelabro y al pie del retrato, una repisa de cuatro escalones cubierta con la cera derramada de las veladoras que llegan a iluminar el pasillo. El nombre implica el reconocimiento a un hombre de valor, pese a que algunos consideran inapropiado este modo de exaltarlo porque el personaje estaba al margen de las delicias de Baco, aunque tal vez haya sido moderado. El sitio se califica de karmático. Con el altarcito, la dueña del antro ataja los juicios adversos por llevar tal nombre. Negocio inaugurado el año pasado. Enfrente vivía un músico que fue el primer solista que actuó con la Sinfónica en el año de 1929. Con el tiempo se enfermó y *Juanote*, a veces, se encargaba de llevarlo a cuestas en la forma acostumbrada en tiempos virreinales: sentado el paciente en una silla colocada en la espalda de Juanote, quien de manera indirecta seguía ligado con la música. Así como se le confiaba el transporte de personas y de pianos, se dejaba en sus manos la entrega de prendas y joyas. Estaba de por medio su honradez pregonada por la voz del pueblo.

Al margen de su ocupación habitual a *Juanote* le gustaba la música clásica, por lo cual tuvo un reconocimiento la mañana de sus exequias. A las 11:00 de la mañana siguiente a su fallecimiento el ataúd fue colocado en un pasillo del Teatro del Estado con vista al escenario, donde músicos de la Sinfónica de Xalapa interpretaron el segundo movimiento de la sinfonía 3, "Eroica", de Beethoven. Tras la marcha fúnebre musical se emprendió el recorrido al panteón Palo Verde; y entre los concurrentes a la inhumación se encontraba el virtuoso flautista Ignacio Guzmán, quien evocó su niñez, pues Nacho vivía en las cercanías del hogar de *Juanote* y los niños del rumbo le demandaban ser cargados. Nacho lo contemplaba como si fuera un Sansón sin cabellera y le pedía lo mismo. Su carisma era evidente y por eso le encargaban llevar niños a la escuela y en muestra de afecto lo llamaban Juanito.

Juanote ocupaba modesta casa en la calle de Moctezuma, donde tenía discos de música clásica. En una ocasión desempeñó el papel de conferencista en una papelería (Los Pablos), que tenía un salón pequeño en la parte alta. Acudí para escuchar la anunciada plática del cargador sobre música clásica, vestido con su atuendo acostumbrado, conversando sobre experiencias personales y estableciendo comparaciones entre ciertos compositores renombrados. No era inusitado que un cargador de número participase como conferencista en una ciudad que se distingue por sus copiosos actos culturales. Su manera de narrar me motivó a invitarle a impartir una plática pública un domingo, en la terraza del parque Juárez cuya panorámica da hacia el Pico de Orizaba. Acto con escasa audiencia por falta de propaganda de los organizadores; narración interesante en cuanto a pasajes y hechos de la ciudad, de su entorno.

La noche en que supe de la muerte de *Juanote*, estaba en el Centro Recreativo aguardando el inicio de una conferencia. Pregunté a mi interlocutor (médico) la causa; me contestó que había sido por iatrogenia, diagnóstico equivocado. Error que le provocó incontrolable deshidratación y me sorprendió que un cuerpo hercúleo se hubiese precipitado como viejo edificio al que le hubieran colocado dinami-

ta. No consideré en ese instante los efectos de la edad, pues *Juanote* se acercaba a los setenta, ya que había nacido en 1919. Del nombre de Juan derivaba *Juanote*, a semejanza de aquel Pedro que por su corpulencia fue llamado *Perote* y dio nombre a una montaña en cuya cima cuadrada posa un cofre, montaña vecina al Pico de Orizaba.

Juanote encarnaba la honradez, zurcida a un cargador con determinadas cualidades. Le confiaban las llaves. Narraba que en su juventud, allá por los años cuarenta, cuando la región mantenía violenta situación y los asaltos en despoblado ocurrían, lo mandaban a traer dinero a una hacienda azucarera cercana; ni quién imaginara que un cargador humilde transportase mucho efectivo. Lo contrataban por su responsabilidad y, a veces, le pedían su opinión. Sabía llevar la conversación. Una primera dama, me contaba, lo invitaba a visitarla para platicar y prometía hacerlo, pero él establecía los necesarios límites; medía su estatus y las situaciones.

La ciudadanía jalapeña reconoció sus virtudes de honradez, responsabilidad y respeto. *Juanote* se mostraba complacido de su papel y del número que obtuvo al ingresar al gremio siguiendo los pasos de su padre. El número 13, perforado en una placa de metal, colgaba del lado derecho de su cintura y se puede ver ese detalle en el relieve que se colocó en su memoria. El contingente de cargadores fue desapareciendo y él se mantuvo como el último de ellos.

Cargador cargado de virtudes; admirado y reconocido por una ciudad que refleja también la calidad de sus habitantes, quienes saben distinguir el valor de las cualidades humanas. Por eso se le ha representado en el relieve ubicado en la calle Enríquez, rúa de un tramo que concluye en plaza abierta donde se levanta el Palacio de Gobierno enfrente de una catedral, de torre mutilada, con escalinatas que dialogan silencios con una gran plancha de cemento. Calle principal de continuos caminantes, entre los cuales se reconoce a los visitantes, a los turistas o viajeros, que se ponen a leer la placa laudatoria para *Juanote*: "Noble jalapeño, cargador de oficio, fuerte, con vocación de hombre bueno, honrado, sencillo, acomedido y sensible a la música

clásica". Atributos exaltados por una comunidad también sensible y para confirmarlo pregunté a mi cocinera su opinión sobre *Juanote*: "muy inteligente, vestía sencillo, pero muy limpio; hablaba de música, era tan decente que le confiaban niños; lo veía sentadito donde le colocaron su placa. Ahí lo iba a buscar cuando me mandaban. Levantaba pianos, roperos grandes, por eso digo que era inteligente".

Roberto Williams García

23/08/10 10:28

Para Juanote

Tú, incansable silencioso eterno sonriso sobre tus espaldas has cargado toda Xalapa

fuerte como pocos guapo hasta el fin querido para siempre por todos en Xalapa Myra Landau

Juanote y el último mecapal

Hace un par de años escribí:

En el Xalapa del siglo xx, los foros para audiciones musicales presentaban artistas aficionados y profesionales, algunos de ellos con reconocido nivel nacional e internacional. Así, los ciudadanos pudieron acrecentar su cultura. Durante ese siglo apareció en Xalapa un personaje que mostró los contrastes de la sociedad de su tiempo. Poseía la fortaleza física de un cargador y la sensibilidad del amante de la música clásica. Mientras en su trabajo usaba mecapal al viejo estilo, en casa escuchaba a Mozart y a

Beethoven, y los fines de semana era asiduo asistente a los conciertos de la Sinfónica de Xalapa. Se le conoció como *Juanote*.

Son muchas las lecciones que nos dejó la vida de Juan Herrera Vásquez y que han trascendido su muerte. En él tenemos el ejemplo más claro de la democratización de la cultura y de que la inversión en educación no sólo es la más fructífera que puede hacer un gobierno, sino que permea todas las clases sociales. *Juanote*, en efecto, caminó por dos sendas: la del melómano que amaba a los clásicos y la del hombre que siguió una tradición milenaria, donde el trabajo duro y honesto eran los valores primordiales y el ejemplo a seguir. Juan recibió como herencia la placa de acero inoxidable con el número 13, que había identificado a su padre. Era un número limpio y probo, que en las manos del heredero acrecentó el prestigio que había obtenido por décadas, cuando su progenitor lo portaba. El aspecto peyorativo que en ciertos círculos se da a algunas labores, perdía sentido cuando, dentro de su humildad, las familias de antaño guardaban dentro de sí la convicción de que nadie debía avergonzarse de un trabajo, si éste era honesto. Es a esta faceta de la vida de *Juanote*, la del cargador, a la que quiero dedicar unas palabras.

La cultura del trabajo se conoce cuando se vive entre campesinos, albañiles, herreros, carpinteros, cargadores... Aquí, hacer mejor algo forma parte de un prestigio que se reconoce con un grado que se instituyó hace muchos siglos: aprendiz, oficial y maestro. Entre los cargadores, la destreza para mover y levantar objetos pesados se adquiere mediante el uso de palancas, poleas y cuerdas. Quien mejor las maneja es considerado maestro. El saber consiste en resolver problemas en el transporte seguro de los más diversos objetos, desde un delicado piano, hasta una robusta caja fuerte. El principal instrumento de trabajo que usó *Juanote* fue el mecapal. Ya no se ven caminando en las calles de Xalapa a los hombres con bultos sobre su espalda, sostenidos mediante este artefacto de origen prehispánico. Tal vez *Juanote* fue el último en hacerlo y con él murió un genial invento milenario.

Personajes veracruzanos.indd 181

El mecapal es un instrumento que consiste en una banda hecha generalmente de petate, que va sujeta por sus extremos a dos cuerdas, con las cuales se sostiene el objeto que se carga. La banda se colocaba en la frente del cargador para protegerlo, ya que su cabeza y cuello también recibían peso. El equilibrio de los bultos parte de la frente y se asegura al asir las cuerdas con las manos. El uso del mecapal requiere que el cuerpo se incline hacia adelante, como si el cargador hiciese una reverencia. Esta posición evitaba un riesgo que tenemos al cargar objetos pesados: las hernias en el vientre. Desde la frente, el mecapal iniciaba la distribución del peso por todo el cuerpo y no había músculo que no recibiese parte de la carga. No tenemos idea de quién ni de cuándo se inició su uso, lo cierto es que los españoles lo conocieron al llegar a México. Cortés se hizo acompañar desde Veracruz por totonacos que transportaron sus armas y pertrechos con mecapales, y durante el virreinato se siguieron usando los servicios de indígenas para el traslado de mercancías entre Veracruz, Xalapa y México. Con el paso de los años, las carretas y las bestias sustituyeron a los hombres en el transporte a larga distancia; sin embargo, los mecapales se continuaron empleando en tramos cortos hasta hace muy poco.

Juanote se apegó a la tradición y, así, nos recordaba el uso del genial utensilio prehispánico que durante siglos acompañó la vida de su ciudad. Se negó a utilizar diablitos y carromatos, porque para él era más seguro el mecapal. El orgullo de su pasado y la geografía de Xalapa le dieron la razón; una vez que la carga iba sobre su espalda, él subía y bajaba con gran seguridad por escalones y pendientes, algo que no hubiese logrado con otras herramientas de carga. Los contrastes y paradojas que se presentaron en su vida también aparecen en la historia del mecapal, cuyo nombre deriva de las raíces nahuas mecatl, mecate o cuerda, y palli, negro. En los códices se ve usándolo tanto personas de niveles sociales modestos, como los mismos dioses. El principal componente del aparato de carga es el mecate y el color negro que aparece en su nombre es simbólico, no real. Se deriva de los dioses del comercio, cuyos cuerpos estaban pintados

de negro. Hablamos sobre todo de Yacatecuhtli, deidad mexica a la cual entre los mayas se ha denominado de dos formas: Dios L y Dios M. En el *Códice Féjerváry Mayer* usan el mecapal los patronos de los viajes, incluyendo al dios de todo lugar, a Tezcatlipoca, quien estaba muy ligado a Yacatecuhtli y a la diosa Tlazolteotl Chalmecacíhuatl, quien demuestra que también las mujeres usaban mecapales.

El bien y el mal, los peligros y las riquezas estaban presentes en el camino de los mercaderes, quienes guiaban largas filas de tamemes o cargadores con mecapales. Estos hombres realizaban uno de los trabajos más duros de su tiempo: recorrer diariamente unos 25 kilómetros con una carga de alrededor de 35 kilos sobre la espalda. Las caravanas estaban bajo un régimen cercano al militar, donde la disciplina era fundamental, ya que no pocas veces los mercaderes o pochtecas y sus tamemes debieron pelear con pueblos que les impedían su labor, les intentaban robar o les bloqueaban el camino. Los rezos y sacrificios eran ofrecidos, durante las obscuras noches, en los campamentos improvisados en las rutas, algunas con recorridos que duraban más de dos meses. La vida espiritual y el trabajo material se combinaba en ellos, tal como sucedió (a su manera y de acuerdo con su época) en la vida de Juanote, un personaje que ha pasado a la historia no sólo por una labor que hizo con entrega, eficiencia, humildad y honradez, sino porque a través de él vemos los contrastes de nuestra existencia y conocemos que la cultura no es patrimonio de nadie. A través de él constatamos que no sólo las grandes obras hacen a los grandes hombres, sino también la entrega cotidiana, la mayoría de las veces anónima, de parte de uno mismo a los demás. Para los héroes del trabajo es medular la convicción de que su servicio a la sociedad, cualquiera que éste sea, debe ser desempeñado eficiente, constante y plenamente. A través de Juanote vemos a la vida como una oportunidad para superarnos en los dos ámbitos de nuestra existencia terrena: el cuerpo y el espíritu.

Rubén Morante López

Juanote, cimiento de Xalapa

Mi arribo a Xalapa, en el año 1985, fue como un renacimiento. Por azares del amor llegué a vivir a este lugar de prodigiosa naturaleza y una de las primeras sorpresas fue el encuentro de *Juanote* en la calle de Enríquez. Poco a poco conocí su historia y siempre tuve el deseo de verlo cargar el piano de media cola, aunque nunca fue necesario comprobar su fortaleza física, pues bastaba mirarlo para comprender que él era un gran cimiento sobre el que podía colocarse cualquier peso. Y ello no sólo por sus brazos y piernas, su corpulencia general, sino por la gran valía moral que le hizo ser querido por la población de Xalapa. Sin duda, fue un hombre de grandes atributos, de esos que en ocasiones regala el destino para hacer a este mundo mejor.

Alguna vez tuve el gusto de verlo en un concierto de la Orquesta Sinfónica de Xalapa, en el Teatro del Estado, sentado en las primeras filas; se le notaba feliz. La cercanía de su espíritu con la expresión musical fue de una intensidad maravillosa. Tan era así, que cuando trabajaba, encontraba en algunas composiciones musicales su compañía para sobrellevar mejor el cansancio.

Muchos xalapeños que transitaban por la calle de Enríquez, durante la mañana, lo saludaban y él respondía siempre sonriente. Así aguardaba la llegada de algún trabajo, mirando sin prisa pasar el tiempo, escuchando seguramente en su memoria algunos de los movimientos de las piezas musicales que tanto le gustaban.

El día que *Juanote* murió, hace poco más de 20 años, la ciudad lo lloró. Se había ido el hombre capaz de cargar un piano; el que había caminado Xalapa con dignidad; el hombre que fue cimiento de esta población. Las lágrimas nunca fueron suficientes para cobijarlo en su transición hacia otras latitudes, donde disfruta la música eterna.

Lourdes Hernández Quiñones

Juanote, nómada de la ciudad, creador de geografías citadinas

Juanote era un nómada en y de la ciudad a la cual recorría diariamente con su carga y fuerte humanidad. Conocía y recorría cada uno de sus recovecos como ninguno; así, él era parte del paisaje y vida cotidiana de Xalapa. Vivía en el callejón de Moctezuma y éramos vecinos, ya que en ese entonces yo tenía mi dirección en Xalapeños Ilustres esquina con Moctezuma. De esta suerte, lo encontraba prácticamente a diario por esos nuestros rumbos o, cuando al salir de la universidad me dirigía a tomar el café con los amigos en el Terraza Jardín o cuando andaba cargando algo en su diario andar. Juanote construía a diario su propio espacio en la ciudad.

Dentro de las territorialidades de Xalapa, un día estando yo acompañado por una niña de la alta sociedad xalapeña, recuerdo que por culpa de la neblina, no por hacerlo premeditadamente, nos extraviamos por allá de las faldas del cerro del Macuiltepec, en donde nos topamos con el *Juanote* que estaba cargando una inmensidad de trebejos para una mudanza, quien al vernos sólo dijo que nos fuéramos de ahí porque era barrio de malvivientes, amenazando con acusarnos si no lo hacíamos inmediatamente. En ese tipo de sociedad, Xalapa era una ciudad que dormía temprano y despertaba al alba con pregones de diferentes matices.

Juanote fue un hombre integrado por diversas geografías y voces que nos contaban de la movilidad de los vecinos de la ciudad, con sus constantes mudanzas; siendo un hombre que trasladaba a vecinos y pertenencias, él nunca tuvo cambios que afectaran su urbanidad y afabilidad. Sí, él siempre fue afable para con todos quienes irreverentemente desde niños le llamábamos como era conocido por todo mundo, entendiendo a ese todo mundo como nuestro entorno citadino: "Qui'hubo Juanote" era el grito o saludo cotidiano que invariablemente retornaba con una sonrisa franca, su habla pausada o su manaza sacudiéndola al aire para así decirnos "ya te vi".

Juanote, como nómada de la ciudad, proyectaba una sensación de total libertad, la cual es una condición innata en quienes deciden no

tener límites. Bajo la cábala del número 13 (su matrícula ante la unión de estibadores), su vida fue caminar y caminar, así como cargar, cargar y cargar; circunstancias ambas que le permitieron la dicha de estrechar las manos de muchos de nosotros. Fue él, así, respetado, conocido y reconocido en cualquiera de los antiguos barrios de la ciudad. Era uno de esos seres humanos que trazaba todos los días su propio camino y destino, fuese con su mecapal vacío al hombro o tensado en la frente por la carga, descansando pacientemente cuando estaba a la espera de alguna *chamba* o entrega de carga que salía de las oficinas del ferrocarril, la cual durante muchos años estuvo ubicada en la calle de Enríquez, en el sector ahora llamado centro histórico de Xalapa.

En esta ciudad es difícil dar forma a la geografía citadina, principalmente porque en la actualidad se ha perdido la capacidad o, más bien, la posibilidad de disfrutar el espacio público, entendiendo a éste como las áreas en las cuales los habitantes de la ciudad habíamos ganado a la dinámica urbana "moderna". Es en el marco de esta reflexión que pienso en *Juanote* como un ser humano que tuvo un alto sentido de pertenencia a nuestra ciudad,⁴ cualidad que le permitió trazar sus propias territorialidades e integrarse a otras tantas ya preexistentes, a las que, con su presencia, imprimía un gusto o dejo de intimidad que sin distingo pertenecía a todos. Esa capacidad de integración a la ciudad, al ámbito urbano de todos los días, que es la vida cruda y sin maquillajes, lo salvó de la "modernidad", una modernidad mal entendida y adoptada en Xalapa y que, en su caso, le hubiera dejado un inmenso vacío de soledad.

Juanote vivió su tiempo bajo sus propias reglas, no lo habría hecho mejor de otra forma; conocedor de la ciudad, andante de la ciudad,

⁴ Sobre la pérdida del sentido de pertenencia e identidad, he insistido en diversos foros que es uno de los principales problemas sociales de Xalapa. He puesto a discusión que dada la problemática social-urbana que enfrentamos y padecemos en la ciudad, se debiera invertir más en tratar de recuperar el sentido de pertenencia que surgía del concepto "mi casa" y se extendía a "mi barrio, mi calle, mi ciudad". Este comportamiento social propiciaba la existencia de colectivos que actualmente están desintegrados.

amante de la ciudad, nómada de lo urbano, se dedicó a cargar bajo la filosofía de quien carga para mudar, para transformar y no para lamentarse. A la distancia, bajo el amparo de mis propias memorias, las cuales de vez en vez me traicionan, lo veo como un forjador de la geografía de Xalapa, ciudad que, para bien de él, no conoció ni padeció en su realidad actual. Para bien nuestro, a pesar de un colectivo ahora significado por la desintegración y desmemoria, su figura baja y fuerte, cobijada siempre por un sombrero que parecía eternamente deshilachado y una risa generosa, que cruzaba la ciudad de extremo a extremo cargando las pertenencias de los xalapeños, es de aquellas que no se pierden entre la bruma o el chipi-chipi vespertinos, sino que como buena saga, perdura como partitura engarzada en un sincopado de la historia urbana de Xalapa, mereciendo él ser cronista de nuestra historia, inmersa ahora en la dinámica del egoísmo individualista.

VIDAL ELÍAS

23/08/10 10:28

Juanote, nostalgia de la Xalapa nuestra

Hablar de *Juanote* es hablar de la Xalapa ausente. Ciudad de neblina y encuentros cotidianos, lugar donde el tiempo parecía estacionado; hablamos de mediados del siglo xx.

Mi niñez y juventud las viví en casonas del centro de Xalapa, en las calles de Primo Verdad, Enríquez y Carrillo Puerto. Conocí a *Juanote* desde mis primeros años. Recuerdo aún cuando llegaba a nuestra casa y los niños le pedíamos: "*Juanote*, pon tu brazo para mecernos", y él, sonriente, jugaba con nosotros. En la calle lo veía casi a diario sentado junto a su padre Rogelio, cargador de quien heredó el oficio, en la esquina de lo que ahora es Xalapeños Ilustres y Carrillo Puerto. Rogelio fue envejeciendo y casi siempre dormitaba al lado de su hijo, quien fue creciendo en edad, tamaño y fuerza, para finalmente ocupar su lugar.

Nuestro personaje tenía varios oficios, no sólo cargaba muebles, pianos y demás objetos pesados, también hacía toda clase de mandados, como ir a Teocelo a comprar carne de muy buena calidad. Ade-

más, se le veía portando charolas con los obsequios regalados a alguna novia, cuando éstos eran devueltos al novio por pleitos o desavenencias. Un día llegó a mi casa de la mano de mi hermano Adolfo cuando éste sólo tenía cinco años. Lo encontró caminando solo en la calle, ya que la nana que lo paseaba se había caído desde la azotea de la casa donde íbamos a mudarnos. Acompañó al niño e informó a la familia del accidente. Afortunadamente todos nos conocíamos en el "pueblo".

Instalada en el tiempo, sin deseos de que transcurriera, llamé a *Juanote* un día de 1984 para que trasladara el piano de mi casa paterna a la casa donde vivo desde hace 29 años. Me dijo que sí, por supuesto, aunque llegó ya viejo y cansado, únicamente a dirigir la maniobra. Me dio tristeza ver que ya no tenía fuerzas para cargar, pero mucho placer platicar con él anécdotas que vivió con mi familia.

Juanote representa algunos de los valores más importantes del ser humano, que desafortunadamente hoy en día ya no son tan comunes como en décadas anteriores: honradez, honestidad, lealtad y agradecimiento. Lo tengo muy presente en el entierro de mi tío, Manuel Villegas Bouchez, a quien siempre admiró y quiso por su bondad y generosidad, y en el de mi padre, Adolfo Domínguez Díaz, tan cercano a él por sus encuentros en algunos conciertos de la Orquesta Sinfónica de Xalapa. Mi papá lo invitaba a entrar al teatro Lerdo, pero él se apenaba porque llevaba ropa de trabajo.

Un reconocimiento de mi parte a ese sencillo hombre que se ha convertido para los xalapeños en un símbolo de honestidad, trabajo y sensibilidad musical.

Ma. Eugenia Domínguez Villegas

23/08/10 10:28

Juanote, un hombre trabajador, bondadoso y humilde

La primera vez que escuché la palabra *Juanote* fue en la casa de don Sergio Castagné, en San Rafael. Él acostumbraba contarnos muchos chistes e historias, como excelente conversador que ha sido, y una de ellas fue, precisamente, la de un hombre muy grande y fuerte que

sólo con la ayuda de su mecapal se cargaba un piano, y que además de su fuerza descomunal era un gran conocedor de música clásica y que por ello tenía reservado gratuitamente un lugar en la sala de conciertos del Teatro del Estado.

Posteriormente, ya viviendo en Xalapa, seguí escuchando historias sobre este mítico personaje urbano, a grado tal que se fue convirtiendo para mí en una especie de leyenda viviente; muchas veces no sabía en dónde terminaba la vida verdadera de *Juanote* y en dónde iniciaba la levenda. Lo cierto fue que su imagen se agigantó ante mis ojos, que eran los de un joven muy sensible que leía mucho, declamaba y escribía sus primeros poemas. Un día de los años setenta, caminando por la calle de Enríquez observé a un hombre realmente pintoresco, muy alto, usaba sombrero de palma, colgaba de su hombro un mecapal y de su cintura una placa con el número 13; estaba parado ahí, observando el ritmo de una ciudad entonces tranquila y recatada, justamente en el sitio en donde hoy se erige un relieve con su imagen. En ese instante vinieron a mi mente esas historias de las que tanto se había escrito. ¿Acaso será Juanote? Nuestras miradas se cruzaron, se veía un hombre apacible pero capaz de moverlo todo, en sus ojos leí la bondad y la humildad, dos virtudes que hoy hacen mucha falta. Seguí mi camino con aparente indiferencia, como haciéndole notar que no conocía de su legendaria fama y él, como haciéndome saber que creía en mi ignorancia.

Su personalidad y presencia inspiraban la confianza de un abuelo, así es que cuando lo encontraba en la calle Enríquez o haciendo su trabajo, le sonreía y él correspondía; lo saludaba desde la otra acera y él me saludaba. Así pasaron los años sin que cruzáramos una sola palabra. Yo seguía escuchando las historias que iban haciendo más grande la leyenda de Juan Herrera Vásquez, porque después supe que así se llamaba *Juanote*, del que tanto se escribió, que salía de vez en cuando en la tele y que era conocido por ser un cargador muy culto que sabía mucho de música, que escuchaba los clásicos y que leía de todo.

Una tarde, por casualidad, pude darme la oportunidad de conversar con la leyenda, no hablamos de su vida, ni de lo que de él se decía, fue una conversación trivial, pero daba la impresión que se trataba de personas que se conocían de mucho tiempo atrás. Esa ocasión me dijo algo que he recordado el resto de mi vida:

- —Te he escuchado declamar.
- —Sí, me gusta mucho hacerlo, le respondí y luego añadí que mi sueño era ganar un concurso nacional de declamación.
- —Sigue trabajando y lo vas a lograr, en tu vida tienes que trabajar muy duro por lo que quieras y siempre lo vas a lograr.

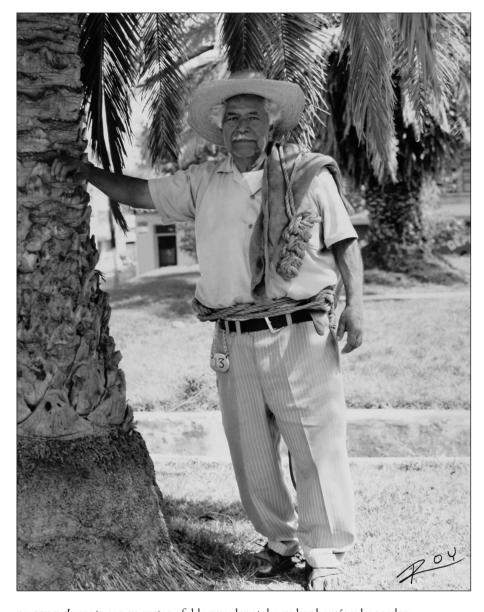
Sus palabras me alentaron mucho y mi simpatía hacia *Juanote* se acrecentó. Él se había fijado en mí, me había escuchado declamar y además le gustaba cómo lo hacía y eso me resultaba motivo de gran orgullo, alimentaba mi ego, poco humilde entonces.

Unos años después, en el Centro Recreativo Xalapeño (en 1987, para ser precisos) grabábamos un programa para el canal Cuatro Más (ahora Radiotelevisión de Veracruz). Yo, vestido de indio porque después de que Roberto Martínez Zavaleta declamara el poema del indio hermano que duerme junto al nopal, tenía que despertar de mi ancestral letargo, levantarme y recitar el "Credo" de López Velarde. Ahí estaba *Juanote*, en un rincón apartado, mirando el trajín de los técnicos de la televisión, sin hacer ruido, callado, seguro de sí mismo. Nos saludamos y conversamos por largo rato:

- —¿Ya lo lograste? —me preguntó.
- —¿Qué cosa? —le dije.
- —¿Ya ganaste tu concurso? —volvió a preguntar.
- —No, aún no he podido, son muy buenos mis contrincantes y siempre me quedo en las finales.
 - —Trabaja duro, sé humilde y lo lograrás.

Meses después mi madre me dijo algo parecido a las palabras de *Juanote* durante un concurso de declamación en la ciudad de México: "sé humilde hijo y reconoce la capacidad de tus rivales, sólo así podrás vencerlos". Ese día gané el primero de tres concursos nacionales.





 ${\tt IMAGEN}$ x. ${\it Juanote}$ con su rostro afable que denotaba su bonhomía y honradez.

Mucho se ha hablado y escrito del *Juanote* xalapeño, quien como Sansón levantaba casi cualquier cosa por pesada que fuera; también de su exquisito gusto por la música y de lo pintoresco de su figura en las calles de Xalapa, pero lo más grande de Juanote, desde mi perspectiva, fue su virtuosismo. Quienes lo conocimos llegamos a sentir su bondad con su sola presencia, su gran ingenio con sólo escuchar la tranquilidad y claridad de sus palabras; en todo él se adivinaba toda una vida de trabajo fecundo, pero sobre todo, lo más admirable de él, para mi gusto, fue su humildad casi mística, porque sabiéndose querido y admirado por todos nunca dejó paso a la soberbia. Así que *Juanote*, que tanto ha dado a Xalapa, ciudad a la que amó entrañablemente, fue y es algo más que un personaje destacado del paisaje urbano, Juanote es todo un ejemplo de vida.

Rubén Ricaño E.

Guillermo Cházaro Lagos: poeta de Sotavento



Bernardo García Díaz



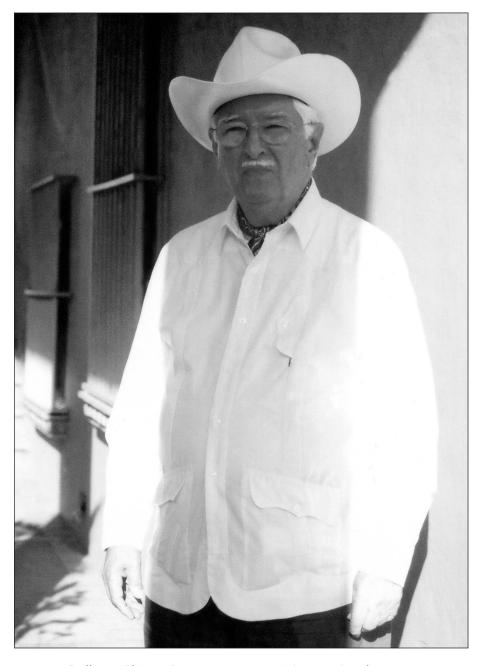


IMAGEN XI. Guillermo Cházaro Lagos con su característico porte jarocho.

Guillermo Cházaro Lagos mi nombre y apelativo, soy versador y revivo si me sirven varios tragos, que a veces causan estragos, en un fandango cuenqueño. En el verso pongo empeño para que salga pulido, ¡que a mí me viene el sentido del pueblo tlacotalpeño!

Uno de los poetas populares que con mayor hondura y acierto han recogido y transmitido la esencia del mundo jarocho, especialmente en su vertiente nutrida con la cultura de la ganadería, la vaquería y también del paisaje llanero, es Guillermo Cházaro Lagos. Poeta veracruzano nacido en 1919 en la hacienda de Corral Nuevo –cercana a Acayucan-, don Guillo (como popularmente se le conoce), es, sin embargo, también un tlacotalpeño de la cabeza a los pies. Esto es consecuencia tanto de sus ancestros familiares inmediatos, y aquellos que se remontan por varias generaciones hasta llegar al siglo xvIII, como de su identificación raigal con la cultura que la Perla del Papaloapan ha venido irradiando desde hace dos centurias, cuando empezó a consolidarse como emporio comercial fluvial y a acrisolar su singular identidad ciudadana. De hecho, muchos otros tlacotalpeños vinieron al mundo como él, a lo largo y ancho del amplio territorio comercial y ganadero, hasta donde se extendió dominándolo la inquieta y ávida raza tlacotalpeña. Esos otros, así como el poeta decimista, nacieron en casonas de portales construidas por alarifes tlacotalpeños, y comieron y aprendieron a comportarse y a moverse en el mundo de acuerdo con los usos y costumbres de los oriundos de la perla del río de las Mariposas; eran pues de raigambre tlacotalpeña desde que fueron echados al mundo. Aun así, es necesario señalarlo desde el principio, la "jarocha idiosincrasia" de la poesía de Guillermo Cházaro no fue una adquisición temprana. Nuestro

personaje debió cumplir un largo periplo antes de reencontrarse con su voz propia. Necesitó que transcurrieran más de cuatro décadas de su vida y regresar a la costa veracruzana, a los húmedos llanos ganaderos y a su mítico río, para encontrar aquellos que iban a ser los grandes temas de su obra poética. En la tierra caliente Guillermo Cházaro descubrió que el poeta que quería ser, el bardo latente que traía dentro, sólo podía surgir rotundamente del encuentro con su cultura regional, con el ambiente jarocho. Este reencuentro con el mundo de su infancia y su cultura le permitiría articular su universo poético. El suyo sería sin duda un largo viaje a la semilla, para utilizar la metáfora del novelista cubano Alejo Carpentier.¹

La historia de su profuso tronco familiar principia en las postrimerías del siglo xvIII, con el arribo de un inmigrante europeo, Santiago Ciazzaro, que llegó del puerto ligure de Genova acompañado de un hermano, y se estableció en Tlacotalpan. Allí contrajo nupcias con la criolla María Antonia Alarcón Palacios y daría inicio a la dinastía de los Cházaro de Sotavento, castellanizando su apellido a partir del nacimiento de su primogénito Miguel Zacarías Cházaro Alarcón, el tatarabuelo del trovero jarocho. De ahí vendrán las diferentes ramas de los Cházaro Carballo, Cházaro Soler, Cházaro Mortera, etc., que se extenderían por diferentes poblaciones de la costa sotaventina.

El apellido Cházaro rápidamente se incorporaría al grupo de comerciantes de origen ibérico que estaba a la cabeza de la economía tlacotalpeña. Estos ambiciosos negociantes sostenían una amplia red de nexos, lo mismo con sus congéneres del puerto de Veracruz que con los de tierra adentro, de poblaciones como Orizaba y Puebla, pues éstos, solos o asociados con ellos, recibían las mercancías de ultramar. Asimismo, el ámbito de sus relaciones regionales era muy amplio, ya que realizaban transacciones con Acayucan, Santiago y

¹ Esta semblanza está basada sobre todo en una serie de charlas con Guillermo Cházaro Lagos en su casa de Xalapa, de ahí que diversas partes el texto adquieran un carácter coloquial.

San Andrés, Cosamaloapan, Chacaltianguis, Otatitlán, Tesechoacán y Tuxtepec, entre otras poblaciones, sin mencionar las numerosas congregaciones y rancherías circundantes, y las incontables decenas de jonucos que se alzaban en la ribera de los ríos. Este grupo que se consolidó a lo largo del siglo xvIII aprovecharía a las mil maravillas la libertad de comercio implantada desde 1795, que impulsó el intercambio mercantil. Al revisar los apellidos de dichos comerciantes (Aguirre, Esquina, Cházaro, Beltrán, Malpica, Rodríguez y Pérez) se descubre que reaparecen a lo largo del xix, pues constituyeron la élite que dominaría el escenario político y económico de la localidad. Este conjunto tendría una tendencia casi natural a controlar, a través del capital comercial, diferentes actividades económicas. Al contar con liquidez suficiente, participaban en los negocios de la extracción maderera, de la pesca, el transporte en canoas o la ganadería en pequeña y mediana escala. Asimismo, incursionaron de lleno en el boom algodonero que vivió la costa de Sotavento. Dentro de las poblaciones donde mayor cantidad de algodón se despepitaba destacaría Tlacotalpan y en ella, precisamente en los años setenta del siglo xix, Cházaro Hermanos invertiría en una gran instalación de vapor para San Cristóbal, para despepitar el algodón. Pero en realidad los intereses económicos más fuertes y permanentes de la familia Cházaro estaban en el desarrollo de la ganadería extensiva, y la primera década del siglo xx los encontró entre los propietarios de tierra más relevantes de la cuenca del Papaloapan.

Fue en este mundo, en el seno de una familia terrateniente, donde nació un 31 de agosto de 1919 (el día de San Ramón Nonato) en la hacienda de Corral Nuevo, Guillermo Cházaro Lagos, hijo de Ángel Cházaro Cházaro y de Nila Lagos de Cházaro. Su nombre lo heredó de su tío Guillermo quien era el jefe de la casa Cházaro Hermanos, de la cual su padre Ángel Cházaro, apodado *el Diablo*, sería más tarde el administrador.

Probablemente su nacimiento hubiera ocurrido en Tlacotalpan, bajo las atenciones de un "doctor apostólico", Gonzalo Aguirre Bel-

trán (padre del reconocido antropólogo); sin embargo, los tiempos eran de revolución y también de bandolerismo. Para trasladarse de la hacienda de Corral Nuevo hasta Tlacotalpan había que viajar, en el caso de la parturienta, en carreta hasta Cuatotolapan Viejo y de ahí embarcarse río abajo, en las corrientes serpenteantes del San Juan Michapan, hasta alcanzar el muelle de La Perla; pero en este periodo de desorden y violencia era más que arriesgado emprender semejante travesía. Además, doña Nila no estaba para viajes, pues sufrió de paludismo en los meses previos al alumbramiento y después de esto su estado de salud se complicaría, ya que padecería una fiebre de las llamadas en esa época "perniciosas". Por eso el poeta nació en Corral Nuevo, aunque lo asentaron más tarde en Tlacotalpan, y también por ello no fue su madre quien lo amamantó, sino que su nodriza sería una llanera trigueña, una jarocha de pelo ensortijado (esposa del caballerango de su padre, Fermín Gómez), la cual por esos mismos días había tenido a su propio vástago. María Expedita se llamaba, y era una mujer muy alegre, muy contenta de la vida a pesar de la humildad con que vivía, recuerda don Guillo. A ella atribuye la simiente remota de su orientación llanera y trovera: "yo soy llanero por la leche de esa mujer, porque la leche se vuelve sangre".

Y sería a quien le dedicaría décadas más tarde la siguiente décima:

María Expedita daba la leche que yo mamé, bendita Nana que fue una fuente que manaba la savia que nos llenaba de vigor a dos primales, su niño y yo recentales de mi nodriza llanera que nos dio la primavera joh, flor de los pastizales!

Viviría en la hacienda hasta los cuatro años de edad, pues lo trasladaron en 1923 a Tlacotalpan para tratar de curarlo de difteria. El doctor Gonzalo Aguirre Beltrán lo sacaría adelante y una vez restablecido, su infancia transcurriría entre esa pequeña ciudad y el municipio de Rodríguez Clara, lugar en que su familia tenía una propiedad, de la cual sacaba maderas preciosas para llevarlas a un aserradero que tenían los Cházaro en la ciudad. Ya en esos años su padre había dejado atrás la hacienda de Corral Nuevo, de la cual sería su último administrador. La Revolución metió a la propiedad en la senda del desastre económico: "Las partidas rebeldes que se hacían llamar zapatistas, villistas o felicistas, se dedicaron al saqueo, y sobre todo, los carranclanes fueron los peores porque esos le quitaban el cuero a las reses por venderlo... había subido de precio; y dejaban la carne botada, ya los zopilotes estaban saciados de comer carne de res".

Después de la rapacidad generalizada sobre los hatos ganaderos, su padre sólo logró rescatar con sus vaqueros 45 vacas que arrearon al rancho de San José de Cházaro, propiedad también de la tribu de los Cházaro, en el municipio de Tlacotalpan, zona menos asolada por el bandidaje.

Finalmente ni siquiera el negocio de la extracción de madera bastaría para llevar a buen puerto la economía de don Ángel Cházaro, lo mismo por desavenencias familiares en el manejo de los negocios que por el ambiente de bandolerismo que se prolongó en la cuenca después de la década armada, de 1910 a 1920. Entonces su padre decidió emigrar hacia México. La familia Cházaro viviría la violencia en forma directa, toda vez que a un tío de Guillermo Cházaro (de nombre Bernardo Silva Cházaro) que lancheteaba, es decir, comerciaba a lo largo del río transportando mercancía en lancha, el famoso bandolero Vidal Tenorio le mandó a decir que si quería seguir trabajando tenía que pagar protección (como hacen los mafiosos). Bernardo, como era hombre levantado y bien plantado, respondió que él no mantenía bandidos y se la sentenciaron. En un viaje por el

río lo asaltaron, él se defendió a tiros con denuedo victimando a dos de los facinerosos, pero finalmente lo sometieron y acabaron con él. Todo eso contribuyó, afirma nuestro personaje, a que su padre "se desquiciara de todo", hasta de algunos de sus parientes, y se fuera lejos de la región.

La salida de los Cházaro Lagos formaba parte de un proceso más amplio, de una diáspora local que involucró a diferentes familias de Tlacotalpan. La población en estos años no sólo dejaría de crecer sino que vería disminuir drásticamente el número de sus habitantes. La migración continua de sus moradores se revela claramente en las cifras: de sus 10 mil 137 residentes en 1921, había 9 mil 216 una década más tarde, y sólo 6 mil 935 en 1940. La alarmante sangría de pobladores se recrudeció durante los años cuarenta: en sólo veinte años, Tlacotalpan perdió más de 3 mil habitantes –cerca de una tercera parte del total–, cifra considerable para sus dimensiones. Un poeta de la localidad, Gonzalo Beltrán Luchichí, retrataría el drama que significó para la población el éxodo de centenares de sotaventinos, en el poema "Debéis odiar al río":

Mujeres de mi pueblo: debéis odiar al río que avienta a vuestros hombres hacia otros sembradíos y os quedáis resignadas en el pueblo natal, como incógnitas cartas, rezagadas en la lista postal.

Esto era consecuencia directa del estancamiento económico en que entró Tlacotalpan cuando, por el trazo del ferrocarril de Veracruz al istmo, que nunca llegó a su territorio, perdió la supremacía comercial que mantuvo por un largo periodo. A lo anterior se sumaría el cierre de su principal ingenio, la contracción de sus talleres de

manufactura de puros y la violencia y desorden que cundió por sus llanuras ganaderas a partir de la Revolución. Con la crisis económica, la partida de los pobladores de la ciudad ribereña se volvió un fenómeno común.

La familia Cházaro Lagos llegó hacia el año de 1932 a la capital del país. A Guillermo lo inscribieron en la escuela Belisario Domínguez, en la que terminaría su educación primaria. De ese colegio mantiene el recuerdo de una maestra inolvidable: Emilia López, profesora del quinto grado. Don Ángel, antiguo administrador de una gran propiedad y mucho ganado, debió asumir entonces un modesto empleo de inspector de mercados, obtenido gracias a una recomendación del presidente Abelardo L. Rodríguez, quien tiempo atrás había estado en Corral Nuevo. Guillermo Cházaro recuerda este episodio de su vida no lamentando las dificultades económicas, o la pérdida de estatus, sino con el orgullo que le provoca la calidad moral de su padre:

Entonces le mandó una carta [al presidente] porque necesitaba trabajo y el primer empleo que tuvo mi papá, después de ser un señor de aquella nobleza rural que ya no existe. Nobleza no por los círculos, sino por los valores, pues mi papá era un hombre que llenaba ese concepto de valor, de generosidad, integridad [...] El primer empleo que tuvo fue el de inspector de mercados, viviendo modestamente en un departamento, allá, por Agustín Melgar, en México.

En 1935 regresó temporalmente a Tlacotalpan, pues su madre se iba a "aliviar" de su nuevo hermano. Allí permanecería cerca de un año y tendría ocasión de estudiar en la prestigiosa Escuela Comercial de Artes y Oficios, dirigida entonces por un gran educador, don Avelino Bolaños, formado en la escuela Enrique C. Rebsamen. En ese instituto tuvo la fortuna de estudiar con una pléyade de buenos maestros locales, como Eduardo Lara Ortega, Luis Alavez Román

y Santiago Vicario. También volvería a disfrutar de los placeres que había gozado en su infancia libre, de pueblo, como eran la convivencia inacabable con su multitud de primos, o los baños en el río Cabezo, en donde practicaba clavados desde lo que sobrevivía del abandonado vapor Valle Nacional, que era un barco del tipo de los del río Missisipi, de fondo plano y de rueda hidráulica, y que hizo por años la travesía río arriba hasta Tuxtepec levantando carga y pasaje; una embarcación semejante a las que también surcarían el río Magdalena, en el Caribe colombiano, para transportar a los personajes reales que García Márquez recuperaría para escribir fragmentos de El amor en los tiempos del cólera.

Posteriormente Guillermo regresaría a México, donde estaba su padre, y se inscribiría en la secundaria número 4; ahí su tutor sería Francisco Pous Ortiz, también tlacotalpeño, quien se desempeñaba como maestro, y el director sería otro profesor distinguido: José Calvo Bueno. Para continuar con su buena estrella en su proceso educativo, ingresaría más tarde (en 1937) en la Escuela Nacional Preparatoria. Como Guillermo procedía de buenas escuelas elementales y medias, en las que durante esa época realmente se aprendía a leer, reflexionar y discernir, aprovecharía con creces las magistrales enseñanzas del profesorado de esa célebre escuela; ahí tuvo, por ejemplo, profesores como Julio Torri o Jiménez Rueda. Un maestro que en lo particular lo marcaría sería curiosamente un casi paisano suyo, don Erasmo Castellanos Quinto, oriundo de Santiago Tuxtla. Por eso desde edad temprana se iniciaría en la poesía. Acicateado por la nostalgia, como es habitual en los tlacotalpeños cuando se encuentran fuera del terruño, concluiría su primer poema "La canción del paisaje", dedicado a su entorno natural. Lo leyó en la clase de literatura de don Erasmo Castellanos y éste lo incentivó a que siguiera escribiendo. Él recuerda que este primer escarceo con la poesía constituía un canto al Papaloapan, porque lo que más añoraba era el majestuoso río, viviendo en una ciudad donde la única corriente de importancia que había era la del canal del desagüe.

Finalmente, para concluir sus estudios lograría ingresar en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Nacional Autónoma de México, ubicada todavía en el Centro Histórico (en Argentina y San Ildefonso). Era una época —recuerda— en que las algaradas universitarias se fraguaban en la preparatoria diurna, que era la más populosa. A ellas se unía la Facultad de Leyes y luego se extendía el movimiento sobre Medicina. Un entrañable amigo, Mario Colin, evoca así el efervescente ambiente en el que estudiaban:

La política universitaria nos colocó en distintos bandos, esa circunstancia pasajera no llegó a aminorar la simpatía y adhesión que siempre me mereció. Los protagonistas de esa turbulenta época de nuestras luchas universitarias fueron Salvador Azuela y Rodolfo Brito Foucher. Las porras apasionadas de los "gollas" de la Preparatoria y de "Ley, Justicia y Ciencia, arriba Jurisprudencia"; los discursos pronunciados en los patios de la preparatoria en las ventanas de la facultad y en el anfiteatro Bolívar; los cohetones y las pedradas disparadas en el tumulto y en la agitación estimulaban nuestro ímpetu juvenil, entregado a una lucha por hacer un triunfo nuestro primer ideal de carácter político.

Además de curtirse en los conflictos estudiantiles, tendría sobre todo la fortuna de contar con excelentes profesores como los licenciados Eduardo Pallares, Vicente Peniche López, Trueba Urbina, Cayetano Urbina y Ramón Muñoz.

Si en la Escuela Nacional Preparatoria comenzaría a escribir poesía, ya en la universidad se atrevería (a los veintidós años) a publicar su primer cuaderno de poemas *Canto nuevo*, editado en 1941 por la editorial Polis; poco después sacaría a la luz otro poemario *Segundo ritmo*, editado por el pintor y dibujante veracruzano Alfredo Valdez, con prólogo de Alfredo Lara Isaac. A la distancia, su autor considera que fue consecuencia de cierta inmadurez el decidirse a publicarlos; ahora, al correr del tiempo, los siente obscuros y no se ve reflejado en ellos. De cualquier modo, Guillermo Cházaro confirmaría con estas primeras obras que le había perdido el miedo al público.

Sin duda, una de las cosas de las que se puede enorgullecer don Guillo es de haber recibido siempre, y todo el tiempo en las escuelas públicas en que se formó, una educación de primer nivel, desde las primeras letras —con doña María Guzmán— hasta su titulación como abogado, ocurrida el 16 de febrero de 1951. Para entonces ya había contraído matrimonio con su compañera y apoyo de toda la vida, Blanquita Rosario Trinidad, con quien procrearía nueve hijos.

En los dos últimos años del gobierno de Marco Antonio Muñoz (1955-1956) sería invitado a colaborar como asesor del mismo y se trasladaría a Xalapa. Estando ya en Veracruz, su hermano Ángel, que se fue a vivir al estado de Morelos, le pediría que se hiciera cargo de las propiedades rurales que todavía poseía la familia en el sur de la entidad. Él aceptó, sin imaginar siquiera las consecuencias que iba a tener esta decisión en su vocación de escritor y en su futuro.

Fue en estos años cuando realmente se hizo ranchero. De niño comenzó a montar caballo, en las vacaciones iría al campo y en las pláticas de los mayores siempre se hablaba de vaqueros, caballos y reses. Pero de eso a tener una experiencia real y personal de lo que entrañaba ser ranchero y ganadero, mediaba un abismo. La mayor parte de su vida había sido más bien un citadino con antecedentes en el campo. Para su buena suerte pudo contar, en ese momento de su regreso al sur veracruzano, con el irrestricto apoyo de su cuñado Carlos Rosario Trinidad, quien lo introdujo en ese mundo; lo acompañó a levantar el rancho y, de hecho, fue como su administrador. De él guarda un recuerdo entrañable, pues fue quien lo inició en el lenguaje y en los códigos rurales, quien le enseñó a conocer el campo que, como decía Obregón, "es otro planeta". También recibió el respaldo de su vecino Amadeo González Caballero y así terminó por volverse ranchero de a de veras. Aprendería entonces a cuidar los

animales, a arrearlos, a ir desmontando terreno para formar pastizales, a introducir nuevos ejemplares, a levantarse desde la madrugada para montar buena parte del día.

Este regreso a la querencia, más allá de lo que significó en su vida familiar y personal, fue decisivo en la maduración y nueva orientación de su vena poética. Ahí, en el terruño de su primera infancia, en el mundo que había sido de sus padres y sus abuelos encontraría su destino poético. Dentro de su trayectoria profesional era un abogado culto, lector apasionado de autores como Salvador Díaz Mirón, Ramón López Velarde y los españoles García Lorca, Rafael Alberti y Antonio Machado, que había interrumpido su obra, optando más bien por el silencio. Después de esa etapa inicial de su inclinación literaria, clausurada por varios años, por más de dos décadas, comenzó a escribir de lo suyo, que en la nostalgia nunca había abandonado, sino por el contrario, con la distancia se había acrisolado en sus pulsaciones y que con su nuevo modo de vida brotaba. En la tierra caliente veracruzana descubrió que la obra que comenzaría a escribir (por la cual iba a trascender en la cultura popular regional y fuera de ella, en otros estados e incluso en otros países) nacería sobre todo de sus vivencias como hombre de a caballo, de sus recuerdos familiares, de la tradición anónima sotaventina y del diálogo permanente con sus coterráneos, hijos también de la cultura llanera jarocha. Al identificarse con su región –como se lo contó a Armando Herrera y a Román Güemes- viviría "un renacimiento poético. Un renacimiento y un goce estético, anímico y espiritual del paisaje suyo, entonces ya no haría poesía en lo subsecuente más que relacionada con el entorno en el que vivía como veracruzano".

Sus temas y metáforas fueron entonces totalmente regionales e irían del diálogo de las palmas de yagua con el río, a odas a la Virgen de la Candelaria pasando por un arco temático amplísimo que incluía lo mismo a los pescadores de agua dulce que a los centauros de la llanura, que traían, como los gallos finos, la clase por abolengo; a las hilanderas del río que rejillaban los pañuelos de despedida y a los

soneros mayores, como Andrés Alfonso, Arcadio Hidalgo y Rutilo Parroquín. Asimismo, iba de los embalses y arreos de ganado a la puntual rememoración de haciendas decimonónicas célebres como la de Nopalapan, y se regocijaba en la belleza de las mujeres jarochas y celebraba a los vates campiranos, a los "Vales Bejaranos" que pueblan el Sotavento. Al mismo tiempo enaltecía a vaqueros prodigiosos como Arcadio Amador o *el Negro* Bravo, o bien rendía culto a los sitios cruciales del palpitante son jarocho como Tierra Blanca, Alvarado, El Santuario y por supuesto Tlacotalpan; lo mismo homenajeaba a briosas fandangueras como Elena Ramírez que a músicos imprescindibles de Tlacotalpan, como *Varo* Silva o Cirilo Promotor.

Así nacerían décimas célebres, como aquella en que rinde homenaje a la belleza y al amor que despiertan las jarochas:

Yo envidio al jarocho viento cuando abanica tu enagua. Te he de hacer un juramento: que el perfume de tu aliento como de flor en el agua será mi vida y sustento. ¡Enredadera en la yagua! Y tengo el presentimiento cuando vas en la piragua como un lirio sobre el agua que tu amor sea mi alimento como la lumbre a la fragua.

Que vienen completadas por la siguiente:

Soy jarocho de sabana que a los tiros me enardezco y en el fandango amanezco al compás de la jarana

206

y con la trova galana voy enhebrando tu amor sabiendo que eres primor jarocha llena de brío que siendo del mismo Río No te rindes al calor.

O como las décimas vaqueras que ensalzan y fijan un mundo ya desaparecido, que pertenece a la historia, y que incluso se encontraba en el olvido antes de que Guillermo Cházaro lo rescatara y recitara:

Se esfumó todo lo nuestro, los vacunos, la yeguada. No quedó vaca maneada que diera leche al cabresto pues nací cuando el siniestro dejó La Hacienda arrasada. Nuestra buena vaquerada de raíz tlacotalpeña se dispersó como breña que el sur levanta quemada.

¿Qué fue de esa vaquerada tan marcial como una tropa, limpia del alma y la ropa, gallardamente montada sobre briosa caballada? ¿De esos nobles mayorales que fueron cuales generales en potros de pelo claro? ¡Que valían por lo caro de virtudes ancestrales!

207

La emoción se me dispara como pistola de pelo que Dios tenga allá en el cielo aquél elenco que actuara en rodeo que abarcara del San Juan al Papaloapan. Vaqueros del Papaloapan con los tres fierros armados partieron nuestros ganados; acriollado en Tlacotalpan.

También memorables son las que escribió para rendir tributo al "joven abuelo", Arcadio Hidalgo, el patriarca del son jarocho:

Ya se nos fue el trovador de la musa campesina, se fue cual sol que declina con el último fulgor, hizo de su trova flor y al son de antaño, enramada, su magnífica versada queda en la voz del cantor. ¡El manantial de amor es agua de correntada!...

Es agua de correntada que va hacia todos los mares; y cura hasta los pesares de una vida atormentada, con su voz privilegiada y su numen campesino, trazole al son un destino y al trovo, nueva alborada...

208

Si escuchas de madrugada su trovo se vuelve trino

Su trovo se vuelve trino de pájaro cimarrón que enreda su corazón en las zarzas del camino y hace del canto su sino; pero libre como el viento en alas del sentimiento va su trova campesina, que en este suelo germina jy es palma de Sotavento!

En fin, se podría continuar citando otras décimas antológicas, pero con las que vienen transcritas se puede dar una cabal idea no sólo del carácter regional de la temática de Guillermo Cházaro, sino de algunas de las características de su poesía. Se ha dicho que todo poeta lo es por dos razones: en primer término, porque tiene un mundo propio; en segundo lugar, porque tiene un lenguaje propio para expresarlo. Esto, como se puede oír en sus décimas, es lo que sucede con la obra de Cházaro Lagos. Así lo reconocería otro célebre poeta popular, éste del puerto de Veracruz, Paco Rivera, cuando hiciera una breve presentación de la edición de 1975 de *Un canto al Papaloapan*:

Universitario, pero no académico, canta con la libertad que trova el llanero, trotan sus décimas por sabanas y esteros, con la frescura y la claridad auténtica de los campos sotaventinos. Sus décimas juguetean sin límites ni medidas, se estiran, se contraen, cambian de forma, nostálgicas y rebeldes; pero con una fina expresión particularmente suya. Paisajes, tipos y costumbres, pasean añorada visión, en un persistente afán de regreso,

Personajes veracruzanos.indd 209

209

de vuelta a la verde campiña, al río, al arreo, recuerdo y pasión a un pasado vivido entre luchas y alegrías.

En sus *Cantos del Papaloapan* pinta magistralmente la escondida belleza de la campiña jarocha, cae su verso en los bordones del arpa y rueda entre el nervioso pespunteo del requinto y es música su incomparable décima, juguetona y pícara, se enreda en el romance de la doble intención, con galanura y prestancia.

Hasta donde don Guillo recuerda, sus inicios en el mundo de la trova jarocha comenzaron con *Un canto al Papaloapan*, para conmemorar (en 1965) los cien años del otorgamiento del título como ciudad a Tlacotalpan. Sostiene que a partir de entonces empezó a hacer décimas sin escuela, como hacen los jaraneros que tienen al oído por profesor de jarana, de acuerdo con lo que le enseñó Cirilo Promotor. En realidad traía algunos antecedentes en los genes, pues como descubrió en sus investigaciones el arquitecto Humberto Aguirre Tinoco, ancestros suyos (bisabuelos) como los Cházaro Carballo y los Cházaro Soler mantenían correspondencia epistolar en décima a fines del siglo xix. Además el cultivo de la décima no era extraño en un mundo cultural sumamente peculiar, donde resultaba habitual la versificación por cualquier motivo, dentro o fuera del fandango, declamando o cantando. Es este contexto el que favorecería la elección de la décima para expresarse por parte de Guillermo Cházaro.

Este nuevo estilo en su poesía apareció publicado por primera vez en 1968 con el nombre de *Décimas jarochas* por su dilecto amigo, y temporalmente condiscípulo de la universidad, Mario Colin. Político destacado del Estado de México y editor de los valores literarios e históricos de su tierra, "sería el Leonardo Pasquel mexiquense", y brindaría espacio en sus *Cuadernos de Atlacomulco* al veracruzano después de reencontrarlo en Xalapa, en 1966. El mismo libro circularía ya con el nombre de *Cantos del Papaloapan* en 1975, en una versión ampliada de cinco mil ejemplares, ilustrada con magníficos dibujos de Alberto Beltrán y auspiciada por el veracruzano Octa-

vio Sentíes Gómez, regente de la ciudad de México en ese tiempo. Fue, pues, casi a la edad de cincuenta años cuando se presentó ante el público, por escrito, el trovero, el decimero Guillermo Cházaro Lagos. Él mismo ha expresado que se sintió a gusto "suicidando" al incipiente poeta de sus primeros libros y "resucitando al trovero de la llanura sotaventina, decimista con raíz y olor a campo, soñador e imaginativamente aventurero, marinero de su río Papaloapan y vaquero de su llanura. Nada tengo que hacer en la academia ni en cenáculos de poetas. La trova ganó mi vida y se las dejo cantada".

Aun cuando ya desde 1964 dejaría el rancho, que en acuerdo con su familia terminaría por vender, ya no abandonaría jamás la senda de poeta popular del campo sotaventino. Como lo diría con meridiana claridad al también poeta Ricardo Pérez Monfort:

Entonces a partir de ese momento surge el decimista con las reminiscencias de mi vida del campo. Aquel hombrecito que siempre aspiró a ser ganadero, pero que no tuvo oportunidad porque se lo llevaron a México, cuando regresa y tiene oportunidad de hacerlo y toma contacto con el campo surge ¿qué?, el decimista, ¿por qué?, porque la décima es como un vaso de determinada forma, donde caben los contenidos que uno quiere ponerle, los colores que uno quiere, las vivencias que uno quiera ponerle, desde adorar a Dios, lo divino, hasta lo más sencillo, que es cortar un racimo de plátanos y empezar a comérselos; de ahí surge la cosa de decimista. Entonces ahí empieza. Quiere decir que soy decimista desde 1966.

Con la publicación de su obra, y las diferentes reediciones y ampliaciones de la misma, estaba desarrollando solamente una de las vertientes como creador y promotor esencial de la cultura jarocha que desempeñaría en el último cuarto del siglo xx. La irradiación de su obra y la repercusión que ésta tendría como una contribución para renovar el cultivo de la décima, se daría sobre todo a partir de su

retorno a Tlacotalpan en los años ochenta. Él siempre había soñado con regresar a vivir con placidez a las orillas del río Papaloapan después de cumplir los sesenta años de edad, y lo logró. Llegó en un buen momento, puesto que en la década de los ochenta sucedería en forma definitiva el renacimiento del son jarocho con todo lo que traía consigo en cuanto al florecimiento de la versada popular. Por invitación del entonces director de la Casa de Cultura de Tlacotalpan, Humberto Aguirre Tinoco, comenzó en 1982 a participar en los proyectos de esa institución en un periodo en que ésta se dedicaba a organizar, con el impulso de Radio Educación, los primeros encuentros de jaraneros que iniciaron en 1978.

Fue precisamente en 1983 cuando el encuentro se abrió a la participación de los decimistas, habiendo inaugurado esta nueva fase Tío Costilla, Constantino Blanco Ruiz (el genial bardo popular de Mata Gallina, municipio de Tierra Blanca), quien participó con "El Puntalito", y el propio Guillermo Cházaro, con "El Arreo". Y como él lo dice con sorna, en los años siguientes les costaría mucho trabajo a los organizadores bajar a los decimeros del entarimado. Quien los invitó a participar sería Felipe Oropeza Alor, de Radio Educación, que no pudo tener mayor tino al pensar que quienes deberían subir por primera vez a la tarima del foro del Encuentro de Jaraneros, fueran precisamente ellos. Don Guillo ya disfrutaba de reconocimiento bien ganado, pues tenía varios años de que sus décimas eran muy conocidas y apreciadas, tanto por quienes las habían escuchado como por aquellos que las leyeron en alguna de sus versiones impresas. Tío Costilla, por su parte, había empezado tempranamente (1948) a escribir décimas y era muy querido entre la tropa jarocha no sólo por lo bien construidas que estaban sus décimas -cargadas del ingenio y la gracia campesina jarocha, pues una de sus especialidades era la décima chusca—, sino por su carismática personalidad. De él ha escrito, con justicia, Antonio García de León que la primera vez que lo escuchó sintió ese estremecimiento "que producen las grandes verdades populares dichas con gracia, con sabiduría y con



la profundidad del conocimiento humano, que sólo dan los años y experiencias".

Vale la pena citar aquí al menos unos fragmentos de "El Arreo", una de las décimas con que se inauguró en 1983 la participación de los decimistas en el Encuentro de Jaraneros de Tlacotalpan, que rápidamente se convertiría en el máximo foro musical de la cultura jarocha y alcanzaría una trascendencia nacional. La composición de "El Arreo" es de las más logradas y celebradas de Guillermo Cházaro y es unánime la emoción que provoca el escucharla, sobre todo, recitada por él:

En un alazán carete que se llama "Pico Blanco" de buen paso, largo el tranco, que con bríos acomete la res que al monte se mete y arronza zarzas y cardos, voy con un rumbo hacia Los Sardos. La tropa que se ha formado con la punta de ganado lleva seis cabrestos tardos.

Y paramos en El Bayo, el rancho de los Rivera. Como si en La Primavera refrescase mi caballo contra el bravo sol de mayo, con mis más fieles vaqueros los señores ganaderos me sentaron a su mesa; y agradecí la nobleza de estar entre caballeros.

Limpio verdor de mis llanos alfombrados por el grama, donde el recental nos brama y hacen coro sus hermanos.
¡Quién con sus versos galanos los pudiera describir, si siento que al escribir me tiemblan de amor las manos. Llanero en todos los llanos seré siempre, hasta morir!

Dos años más tarde, el 4 de mayo de 1985, gracias a la apertura de Arnulfo Aguirre Salamanca y de su esposa doña Zoila Muñoz de Aguirre, tlacotalpeños y dueños de la XEFU y WEQO de Cosamaloapan, se escucharía por primera ocasión el programa "Viva la Cuenca". Desde entonces, y por varios años, se emitiría este programa en la radiodifusora, impulsado por don Guillo y por el doctor Rodrigo Castellanos y teniendo, además, como grupo anfitrión a El Siquisirí de Tlacotalpan.

El Siquisirí fue fundado en el Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios 35 por Diego López Vergara, Armando Gutiérrez Cruz, Alfredo Palma, Marcos Gómez Cruz y Álvaro Cámara. El grupo se vería enriquecido con la integración del reconocido repentista Rodrigo Gutiérrez Castellanos, quien es de los pocos decimistas que improvisan cantando, y del también excelente músico y laudero Rafael Figueroa Alavez. Don Guillo se convertiría en el versador oficial del conjunto. El programa sería muy importante por su regularidad y permanencia; todos los sábados se realizaría de las 13:00 a las 14:00 horas e iniciaba con una célebre rúbrica que empezaba: "Viva la Cuenca paisano, la jarocha idiosincrasia, que todo se da con gracia en el suelo soberano, donde ser veracruzano es causa de nuestro orgullo".

Alcanzando un amplio auditorio rural y urbano, con el paso del tiempo la emisión semanaria se convirtió en un catalizador tanto del

movimiento jaranero en la región como del cultivo de la décima. Fue una semilla fecunda para el florecimiento de los versadores en esta zona de Sotavento.

La décima, como lo ha señalado Antonio García de León, habitualmente era menos utilizada dentro del fandango en donde predominaba la espontaneidad en cuartetos, sextas y quintas de pie forzado. Sin embargo, a partir de la labor de poetas populares como Constantino Blanco, Ángel Rodríguez, Rodrigo Gutiérrez Castellanos, Manuel Pitalúa, José Luis Muñoz, Odilón Pérez, Mariano Martínez, Eladio Ortiz y por supuesto Guillermo Cházaro Lagos, a quien todo el mundo reconoce su jerarquía y papel de gran animador en las décadas más recientes, la décima volvería a ocupar un lugar central dentro de la identidad popular jarocha de la cuenca.

Los años transcurridos entre 1982 y 2009 fueron no sólo de reencuentro del poeta con su medio, sino de éste con el decimero de Corral Nuevo, quien se transformaría en uno de sus cantores primordiales. "Ganadero, al fin y al cabo en zona ganadera, es el rey de la llanura su verso", ha escrito Ricardo Pérez Monfort. Verdaderamente Guillermo Cházaro se volvería un personaje imprescindible en los últimos treinta años en el calendario cultural festivo jarocho. Raro sería el encuentro de soneros o de decimeros, fiesta patronal, feria de abolengo o la celebración familiar rumbosa en que no se le encontrara declamando sus décimas, porque, como se ha estado señalando, su obra más que para leerse es para escucharse; inclusive, él sostiene que lo ideal sería que se cantara:

La décima nació para cantarse, es cuando adquiere el esplendor, porque uno lee por ejemplo las décimas en un libro y no las aprecia tanto como dichas, dichas ya les da uno vida, pero donde realmente brilla la décima y tiene esplendor es cuando se canta, y para mí la más bella melodía que he escuchado como acompañamiento de décima cantada es el punto guajiro.

Así, con su guayabera blanca, impecable, tan alba como su cabellera, con su paliacate anudado al cuello, con su porte de hijo y nieto de señores de la tierra y su infaltable sombrero, impondría su presencia con su emocionada voz en cualquier foro.

Fuera del estado de Veracruz tampoco sería escasa su presentación. Incontables serían sus participaciones en otras entidades de la república, como parte de alguna delegación veracruzana o junto con el grupo Siguisirí, y muchas veces acompañado de su entrañable amigo Tío Costilla o del excepcional repentista Rodrigo Gutiérrez Castellanos. Igualmente, ha llevado sus décimas al extranjero, lo mismo a Norteamérica que a Sudamérica; en el primer caso, estuvo en Montreal, y en el segundo, en Venezuela. En este viaje iría como parte de una pequeña pero muy selecta delegación veracruzana que se presentó en el Ateneo de Carupano, en la que tocaba el arpa Andrés Barahona, el requinto Diego López Vergara, a quienes acompañaba el pregón y la jarana magistrales de Antonio García de León; los decimeros serían Guillermo Cházaro y Constantino Ruiz. Fue una fiesta versar con los venezolanos pues, como recordaría Tío Costilla, hablaban el mismo lenguaje y apreciaban unos de otros, de manera natural, las improvisaciones y décimas.

Pero sin duda, la salida al extranjero más memorable fue a Cuba, país en el que se presentaría en el corazón de la décima –en la Provincia de las Tunas-, en cuatro ocasiones, recibiendo diferentes reconocimientos en la última década del siglo xx. Es impresionante el ritmo de actividades que mantuvo don Guillo en particular, pero no sólo él, sino buena también parte de los miembros del grupo precursor de la décima, que no han parado en los últimos veinte años ni de escribir ni de presentarse en todos los lugares donde son invitados; sin duda, con su gozosa creatividad han contribuido a hacer más luminoso y bello el mundo que han recorrido alegremente estos veteranos de Sotavento, que lo mismo dan regocijo a sus oyentes que provocan reflexión con sus profundas verdades populares.

Además, los decimistas veteranos, los maestros de la generación

que primero se plantó, son muy requeridos en numerosos foros pues se vive un verdadero auge de esta forma de expresión. Patricio Hidalgo Belli, uno de sus más destacados cultivadores de la nueva hornada (que no es la última, pues vienen empujando otras generaciones aún más jóvenes), en el recuento provisional que hacía, calculaba prudentemente que en el año del 2004 eran más de trescientos los autores que solamente en Veracruz estaban escribiendo. Este balance él lo plasmó en la acertada antología que elaboró: El canto de la memoria: cincuenta años de versada en el sur de Veracruz, publicada por la editorial de la Universidad Veracruzana. Seguramente la cifra no ha dejado de crecer en los últimos años. Además, esto se coloca en un contexto internacional favorable, pues en un buen número de países de Iberoamérica se gestó en los años 90 un intenso movimiento de recuperación y reconocimiento de la décima, así como en general de la poesía oral improvisada. Gracias a ello han sido posibles intercambios fecundos como los que se dieron en San Luis Potosí en el Primer Festival Latinoamericano y del Caribe de la Décima o en el propio Veracruz, dentro del encuentro de Décima Iberoamericana realizado en el marco del Festival Afrocaribeño. Un ejemplo concreto en Veracruz de estas nuevas vinculaciones es el foro anual que promueve Nicolás García Flores, decimero y mecenas, en la finca de Martha Elena, municipio de Santiago Tuxtla, en donde se reúnen diferentes generaciones de decimistas. Ahí llegan, además, invitados cubanos de primer nivel como Ricardo González Yero, Alberto Pereza Ceballos, Alexis Díaz Pimienta, Emiliano Sardinas, Luis Quintana, Luis Paz Esquivel, Juan Antonio Pérez y Francisco Pereyra. Este foro ha sido hermanado con el de El Cornito, donde se asienta la Casa Iberoamericana de la Décima, en la provincia de Las Tunas, Cuba.

Hay, pues, un florecimiento de la décima en el estado de Veracruz que no es exclusivo de su territorio, auge dentro del cual cabalga la poesía de Guillermo Cházaro, al cual ha contribuido no sólo con su

obra, sino en calidad de promotor permanente —en Tlacotalpan ha trabajado desde 1997 en la dirección de un taller junto con Gastón Silva Carbajal—, y con su carácter de animador de la cofradía de decimeros. Dentro de ésta siempre ha sido celebrada la fervorosa amistad que prodigó entre músicos y poetas jarochos, y en donde familiarmente muchos lo conocen como *el Diablo* Cházaro, en memoria de su padre, a quien así le apodaban en Tlacotalpan, lugar en el que nadie se salva del sobrenombre.

Para concluir, debo señalar que el retorno de Guillemo Cházaro Lagos a su querencia en las últimas décadas de siglo xx se ha revelado más fecundo para la cultura popular jarocha. Su recitar emocionado, en todos estos años, se ha vuelto imprescindible no sólo en Tlacotalpan, sino dentro del universo festivo sotaventino. Sin duda su obra, que además ha disfrutado de la difusión que brinda la letra impresa, representa uno de los grandes valores de la oralidad y de la pródiga escritura popular del estado de Veracruz.

Bibliografía

- Beltrán Luchichí, Gonzalo. *Poemas y cuentos*, México: Offset Beltrán, 1975.
- Blanco Ruiz, Constantino. Refranes de mi trova llanera, Xalapa: IVEC-CRIBA-Fonca, 1996.
- Cházaro Lagos, Guillermo. Cantos del Papaloapan, México: s.e., 1974.
- ———. Canto del Papaloapan, Xalapa: IVEC, 1995.
- ——. El movimiento decimero en el Sotavento (inédito).
- García de León, Antonio. Fandango. El ritual del mundo jarocho a través de los siglos, México: conaculta/ivec, Programa de Desarrollo Cultural Sotavento, 2006.
- García Díaz, Bernardo. *Tlacotalpan. Patrimonio de la humanidad*, México: Gobierno del Estado de Veracruz, 2001.
- González Clavijo, Francisco (comp.) Tres Culturas: un sustrato común, Guillermo Cházaro Lagos, México: Universidad Cristóbal Colón, 2003.
- HIDALGO BELLI, Patricio (comp.) Canto de la memoria: cincuenta años de versada en el sur de Veracruz, Xalapa: Universidad Veracruzana, 2004.
- Pérez Monfort, Ricardo. Tlacotalpan, la virgen de la Candelaria y los sones, México: FCE, 1992.

Entrevistas

Guillermo Cházaro Lagos, diciembre de 2008-enero de 2009.

Agradecimientos

Por fortuna pude contar con la generosidad de Ricardo Pérez Monfort, de Armando Herrera y Román Güemes, quienes me facilitaron copias de las magníficas entrevistas que ellos mismos habían realizado a Guillermo Cházaro en distintos años. En la redacción de esta semblanza me fueron de extraordinaria utilidad las palabras que ellos recogieron, y les agradezco en todo lo que vale su generosidad.





(

Beto Ávila: personaje imprescindible de la cosmovisión jarocha

Z

Félix Báez-Jorge



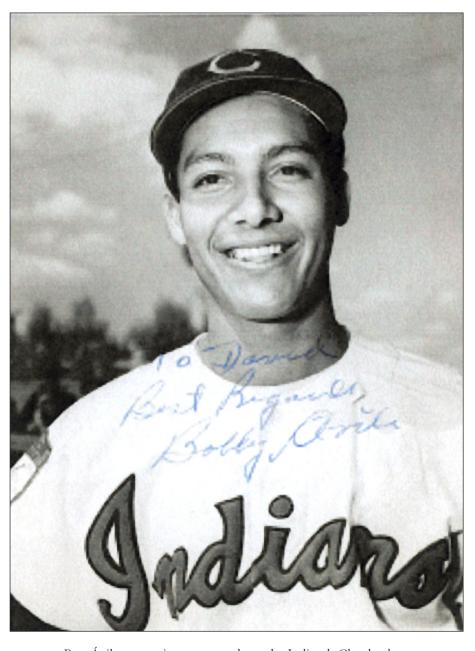


IMAGEN XII. Beto Ávila en su primer temporada con los Indios de Cleveland.

Jugando en los llanos del Veracruz legendario

Un complejo entramado de sucesos y dinámicas caracterizan la configuración citadina y el perfil de la cultura popular del puerto de Veracruz en los años veinte. En ese microuniverso de singulares vivencias sociales (al que Anselmo Mancisidor llamó *Jarochilandia*) nace el notable beisbolista Roberto Ávila González el 2 de abril de 1924, en una modesta casa situada en la avenida 20 de noviembre (entre el callejón del Cristo y la calle Abasolo). Su hogar se ubicaba en la zona correspondiente a la ampliación de la traza urbana que, junto con la expansión mercantil y la inmigración, fue resultado de las obras de modernización portuaria inauguradas por Porfirio Díaz en 1902.

En el censo de 1920 Veracruz registraba cerca de 60 mil habitantes; la población había desbordado el circuito amurallado ("una simple tapia", en palabras de Francisco del Paso y Troncoso) que aprisionaba a la ciudad, ganándole al mar enormes extensiones de terreno. Roberto Ávila González (en adelante Beto Ávila) conoció por su padre José María (originario de Cosamaloapan) y por su madre Andrea (nacida en Alvarado) las tradiciones familiares características de la cuenca del Papaloapan, región a la que necesariamente refiere la cultura jarocha. Fue el último de diez hijos, le anteceden Cristina, Adela, Paz, Ana Laura, Andrea, Dora, Francisco, Juan y Pedro. Desde temprana edad interactuó cotidianamente con los niños y jóvenes de una zona en la que siempre han habitado entusiastas aficionados al juego de los bates y las pelotas. Sus correrías lo lle-

223

vaban a La Huaca, barriada próxima a su domicilio, que incrementó su aguerrida y festiva comunidad (al igual que otros asentamientos populares, como el del Caballo Muerto y la Merced) después de que la red de ruidosos y pintorescos tranvías iniciaran su operación en 1908. Como se sabe, esas vecindades (habitadas por albañiles, estibadores, artesanos, pescadores, lavanderas, tabaqueros, etc.) serían cuna del Movimiento Inquilinario liderado por Herón Proal en 1922. Patios de vecindad en los que el danzón cubano asumió nuevas y ricas cadencias; espacios sociales en los que se amalgamó lo que Francisco Rivera (el imprescindible *Paco Píldora*) llamaría la "jarocha contextura", alquimia de lenguaje, música, baile, recreación, picaresca, gastronomía, etcétera.

Beto Ávila nace una década después de la invasión de las tropas norteamericanas en Veracruz en 1914, artero asalto comandado por el contralmirante Henry T. Mayo y el almirante Frank Fletcher. Seguramente los años en que estudió en la escuela primaria Benito Juárez (dirigida por el profesor Feliciano García) estuvieron marcados por los comentarios y recuerdos que sus profesores hacían de este zarpazo imperialista, caricaturizado por las plumas triviales de Richard Harding y Jack London. Aquellos fueron tiempos turbulentos en los que la entidad vivió la violenta colisión entre la Iglesia y el Estado, que tuvo al obispo Rafael Guízar y Valencia y al gobernador Adalberto Tejeda como protagonistas centrales.

En 1927, cuando el futuro as del beisbol balbuceaba sus primeras palabras, el cubano Pepe Frade perfila el sentido definitivo del carnaval jarocho (celebrado por primera vez en 1925), organizando con los hermanos Boussart, Adolfo *Pata de Corcho*, Rodolfo *Tampico* y Alfonso *Canate*, el entierro del "mal humor" (¡que personificaba el propio Frade!), cuya marcha hilarante fue acompañada por la orquesta de Severiano Pacheco (notable músico de ascendencia cubana). Un año después arribó al puerto el Son Cuba de Marianao, que con sus legendarias presentaciones propició un enorme interés por la música antillana. Cabe señalar aquí que la música no fue ajena a

la familia Ávila González, se dice que Francisco (hermano mayor de Beto) formó parte del Cuadro Estrella, en que cantaba eventualmente Antonia Peregrino (Toña *la Negra*).

Las andanzas infantiles de Beto Ávila en el beisbol empezaron "atrás del patio de su casa". José Luis Chito García (quien fuera futbolista profesional con los Tiburones Rojos y exitoso mánager con los Tigres de México) fue su gran compañero de juegos. Cuando don José María lo veía llegar a casa invitando a Beto a tirar pelotas y a conectar batazos, murmuraba (entre enojado y complaciente): "¿ya vino el golfo ése?". A los trece años fue pícher del equipo Tranviarios, en la liga intersemanal porteña. Los domingos jugaba el ala izquierda con el Club España, en el futbol de primera fuerza, y por las tardes lanzaba (o alineaba como shortstop) con el Standard Fruit de tercera fuerza, con el que ganó tres campeonatos. Otras noticias lo ubican, también, como miembro de la novena del Cine Eslava. Quienes siguieron de cerca el derrotero beisbolero de Beto Ávila, coinciden en señalar que fue su hermano Pedro quien lo motivó a seguir su huella, después de que éste se lastimó una pierna jugando con el equipo Córdoba (*Perico* Ávila es recordado como un poderoso bateador). Sin embargo, su elección entre el beisbol y el futbol no debió ser fácil, dado que Juan, otro de sus hermanos, era un destacado futbolista y ejercía sobre él gran influencia. Una anécdota pinta claramente la cuestión: "Cuando *Perico* preguntó: ¿cuánto se gana en el futbol?, y Juan no pudo contestar con suficiente energía y pruebas del caso, Beto se decidió por el beisbol, y agregó como punto final: hay que practicarlo descalzo ¡porque rompe uno los zapatos!".

Más allá de las situaciones familiares y anecdóticas, una razón plausible para que Beto Ávila eligiera ser pelotero fue la enorme expectativa que el beisbol profesional despertó en el puerto jarocho en los años treinta. Un acontecimiento de especial relevancia para el Águila de Veracruz y el beisbol mexicano se produjo en 1937, con la contratación de Martín Dihigo, uno de los más grandes jugadores cubanos de todos los tiempos. Encabezando una constelación de

superestrellas dirigida por el antillano Agustín Verde (mánager notable), Dihigo conduce a los Rojos de El Águila a su primer campeonato en la Liga Mexicana, con el financiamiento del banquero José Rodríguez Clavería y el beneplácito del gobernador Miguel Alemán Valdés. El equipo jugaría en el Parque Deportivo Municipal construido en 1936, cuya entrada principal se ubicaba en la esquina de las calles Azueta y Flores Magón, muy cerca del hogar de Beto Ávila, quien a sus trece años seguramente aplaudía las jugadas (e intentaba repetirlas en los improvisados campos llaneros) de aquel notable club, integrado, entre otros, por Arturo Nerón Arjona, Ramón Michelena, Alberto Cornejo, Eustaquio Taco Martínez, Felino Cárdenas, el veloz cubano Agustín Pijini Bejerano (que bateó .404), Sabás Mora, Gustavo Ortiz y Carlos Rubio. Es indudable que en su infancia compartió el entusiasmo de la afición jarocha que acompañó al equipo durante toda la temporada, e incluso en sus giras. Años más tarde, al participar con los Pericos de Puebla en la Liga Mexicana, alternaría en el terreno con algunos de aquellos extraordinarios peloteros. En 1938 El Águila obtuvo nuevamente el campeonato, destacando Dihigo como lanzador y bateador (ganó la triple corona de picheo y obtuvo el título de bateo con .387 de porcentaje). Beto Ávila admiró en ese equipo los lances espectaculares de Silvio *Cuba* Libre García, jugando las paradas cortas y la segunda base.¹

Desde los albores del siglo xx la influencia del beisbol cubano en Veracruz fue determinante. Las visitas de los equipos antillanos se vinculan al arribo de notables jugadores que son parte sustantiva de la historia, todavía no escrita, de los Rojos de El Águila de Veracruz, equipo formado por la empresa petrolera El Águila (propiedad del magnate inglés *sir* Weetman Pearson) que, en los llanos situados junto a la aduana, jugó su primer partido el 16 de septiembre de 1903 contra la novena Juárez. La fundación del equipo porteño re-

¹ Antes que Jackie Robinson, Silvio García fue considerado por Branch Rickey (gerente de los Dodgers de Brooklyn) como principal candidato a ser el primer jugador negro en la Ligas Mayores. La oportunidad quedó cancelada debido a su arrebatado carácter.

fiere, en última instancia, a la idea que Mark Twain tenía del beisbol, considerándolo "el símbolo, expresión exterior y visible del empuje y la lucha del siglo xix", según lo cita Dale Somers en su libro *The Rise of Sports in New Orleans*. Deporte con argot propio, en el cual "los promedios son como profetas que miran hacia atrás", según la sentencia exacta que Pedro *Mago* Septién gustaba repetir en sus magistrales crónicas radiofónicas.

En aquellos tiempos pioneros, numerosos peloteros cubanos se convirtieron en ídolos de la afición jarocha, destacando entre otros Santos *Canguro* Amaro, Basilio *Brujo* Rossel, Ramón Bragaña y Agustín Verde, quien debutó en 1907. Es un hecho que el alegre y astuto estilo cubano de jugar el beisbol dejó huella indeleble en la mente juvenil de Beto Ávila, quizá tanto como el libro de Jack Coombs (ex pícher de los atléticos de Kansas City) en cuyas páginas aprendió las reglas del juego. Seguro de sí mismo, tenaz y decido (como buen Aries, cuya frase clave es "Yo soy", según los astrólogos) enfrentó los deseos de su padre, quien hubiera querido que estudiara para médico, abogado o ingeniero, considerando al beisbol un juego que practicaba la gente pobre. Paradojas de la vida.

Los primeros éxitos en la Liga Mexicana

En la década de los cuarenta Beto Ávila recorre todos los escalones necesarios, vence numerosos obstáculos, para instalarse finalmente en las Ligas Mayores. En 1941 ingresa al profesionalismo con el equipo Tierra Blanca (en la liga veraniega del centro de Veracruz), como pícher y jardinero derecho. Fue Zenón Ochoa (destacado pelotero con los Cafeteros de Córdoba) quien solicitó el permiso de sus padres para que jugara en la pelota de paga, después de observar sus cualidades en los encuentros llaneros. La decisión lo llevó a abandonar la escuela secundaria. A los diecisiete años la fuerza de su brazo de lanzar era limitada, pero la compensaba bateando, habilidad que ya merecía la atención de los conocedores. Ese mismo año alineó con el Club Chevrolet de Puebla, campeón del circuito inver-

nal regional, auspiciado por los empresarios Carlos Montoto, Delfino Pérez y Carlos Gómez Viñals; parece que fue entonces cuando empezó a defender la tercera base. En ese equipo se benefició de la experiencia de los destacados jugadores que integraron la escuadra: Rafael *Sungo* Pedrozo, Emiliano Sardá, Fernando Galina y Apolinar Pulido *Polín*, legendario parador en corto, entre otros.

En el verano de 1942 Lázaro Penagos lo contrata para los Cafeteros de Córdoba de la Liga Interestatal. Por desavenencias con el magnate Jorge Pasquel, este equipo abandonó la Liga Mexicana en 1940 junto con El Agrario, El Águila de Veracruz, Comintra, Puebla y Tampico, formando otro circuito alternativo que, finalmente, no tuvo éxito. En 1939 la próspera ciudad de Córdoba (centro rector de una rica comarca agrícola) había festejado el campeonato que los Cafeteros obtuvieron venciendo al Carta Blanca de Monterrey, liderado por el cubano Lázaro Salazar. Desempeñándose como mánager-jugador, Lázaro Salazar fue *champion bat* y ganó 16 juegos como pícher inicialista. En la entrada 16 del juego que decidía el campeonato, anotó la carrera del gane robándose el *home plate*. En ese equipo inolvidable jugaron también Agustín *Pijini* Bejerano, Raymond Taylor (campeón de picheo), Zenón Ochoa y Luis *Molinero* Montes de Oca, entre otros.

Molinero Montes de Oca (considerado el mejor tercera base mexicano de todos los tiempos) cubría la antesala de aquel equipo cordobés, razón más que suficiente para que el novato jarocho tuviera vedada cualquier oportunidad para ocupar esa posición. Después de advertir sus habilidades en el terreno, Molinero sugirió a Beto Ávila jugar la segunda base, si bien a él no le gustaba mucho, por la dificultad para realizar la jugada de dobleplay. El tiempo le daría la razón al ojo experto de Montes de Oca, acaso mentor fundamental del futuro ligamayorista. Fue este extraordinario pelotero quien en 1943 lo recomendó al Pericos de Puebla, dirigido por el cubano Eugenio Morín, equipo que retornó al circuito el año anterior. Su desempeño en la intermedia con los Cafeteros seguramente influyó

en su contratación, explicada por Ávila en estos términos: "Recuerdo perfectamente que en aquellos años los novatos ganaban 150 pesos [mensuales]; yo exigí que me dieran 400, subieron la oferta a 300 pesos, pero al final me pagaron lo que pedía".

En su primer año con los Pericos, el joven pelotero tuvo la suerte de alternar en el infield al lado de excelentes jugadores de los cuales, seguramente, abrevó valiosas enseñanzas. El cubano Fermín Guerra cubría la receptoría (con Bernardo López como suplente); el zurdo Carlos Galina era el primera base; Apolinar Pulido Polín patrullaba las paradas cortas y su maestro Luis *Molinero* Montes de Oca, la tercera base. Ávila fue contratado como segunda base, sustituyendo a José Luis Chile Gómez (tal vez el más elegante fildeador en esa posición) quien pasó a los Diablos Rojos de México. Virtuoso con el guante, Chile Gómez jugó en 1935 y 1936 con los Filis de Filadelfia en la Liga Nacional; en 1942 participó con los Senadores de Washington en la Liga Americana. Es decir, ja sus diecinueve años Beto Ávila fue contratado para suplir a un pelotero de Ligas Mayores! Su desempeño fue excelente, al grado de que los cronistas especializados lo designaron "Novato del Año". Jugó en 88 partidos, con 301 veces al bat, anotó 40 carreras, conectó 69 hits (3 dobles, 4 triples y un jonrón), impulsó 25 carreras, bateando .229.

Al leer estos números debe considerarse el alto nivel de la Liga Mexicana en esa época, cuya presidencia la ocupara el controvertido magnate Jorge Pasquel (veracruzano vinculado al entonces presidente Manuel Ávila Camacho y a su sucesor Miguel Alemán Valdés). Como se sabe, en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, Pasquel sacudió las Ligas Mayores al ofrecer grandes cifras a brillantes peloteros, a los que se sumarían estrellas de las Ligas Negras. Destacan, entre muchos otros, los nombres de Max Lanier, Fred Martin y Lou Klein (Cardenales de San Luis); Mickey Owen y Ray Hayworth (Dodgers de Brooklyn); Vernon Sthephens (Cafés de San Luis), Harry Feldman, Dany Gardella y George Haussman (Gigantes de Nueva York). Entre los prodigios provenientes de las Ligas

Negras es imprescindible recordar a Willie *Diablo* Wells, Buck Leonard, Ray Dandridge, Boocker McDaniels, Chet Brewer, Roy Campanella, Theolic Smith, Satchel Paige, etc., a quienes la llamada "barrera del color" les impedía jugar en las Grandes Ligas. Durante los cinco años que Beto Ávila perteneció a los Pericos de Puebla, alternaría de tú a tú con peloteros de esta categoría; sería un destacado miembro de la constelación de esas estrellas, que incluía también sobresalientes jugadores cubanos como los ya mencionados. En esos tiempos del beisbol romántico también debió separarse el trigo de la cizaña. Leamos con atención el valioso testimonio de Martín Dihigo, protagonista de primer orden:

La Liga Mexicana se vio invadida ese año por peloteros de toda América: cubanos, norteamericanos, panameños, venezolanos, puertorriqueños, hasta nicaragüenses. Los equipos parecían constelaciones de estrellas, brillaban con plenitud y los parques al principio parecían hormigueros de fanáticos. Luego esos fanáticos se fueron alejando y por otra parte las estrellas dejaron de brillar y otros se marchaban después de haber recibido dinero por adelantado de los magnates. Muchos ni se reportaron y se perdió el dinero, que quedó en algún lugar de ese ambiente podrido de los jugadores incumplidos [...] se jugaban cuatro partidos a la semana pero muchos pitchers nunca estaban en forma por las borracheras que diariamente adquirían. Ace Adams, el que fue pícher de los Gigantes en New York, pichó dos veces en contra de nosotros encontrándose ebrio. Y por el estilo se portaron muchos más.

Para los miles de fanáticos de la Angelópolis, el desempeño de los Pericos en la temporada de 1944 fue decepcionante. Los cubanos Eugenio Morín, Agustín Verde y Félix Argüelles desfilaron como mánagers del club sin encontrar la fórmula triunfadora. En contraste, los Azules de Veracruz (equipo preferido de Jorge Pasquel) ob-

tuvieron el gallardete dirigidos por Ramón Bragaña, quien además se llevó la victoria en 30 juegos lanzando. En la novena poblana Alejandro Sagua Hernández fue campeón de bateo promediando .395, y Beto Ávila tuvo una destacada actuación conectando para .334. Junto con su coequipero Carlos Galina, fue líder en hits triples con 15. Así, paso a paso, fue ganando la admiración de los aficionados y cronistas deportivos que en la radio seguían cotidianamente el desarrollo de los juegos. Era ya un regular fildeador. Aquí es oportuno apuntar que durante los cinco años que Beto Ávila vistió la franela verde y blanca de los Pericos de Puebla, "robó" 76 bases ; y nunca fue puesto out en el intento! Esta cifra acaso sea un récord poco conocido. Para decirlo con palabras de David Alfaro Sigueiros (quien además de extraordinario pintor y líder político, fue un destacado beisbolista amateur), el joven pelotero "volaba de base en base, sentía [...] la mirada de los espectadores y se sentía tocado por la gloria". Otro dato sobresaliente quizá nunca comentado por los especialistas de la crónica deportiva, refiere a que en 363 juegos y 1410 veces al bate (entre 1943 y 1946) ¡no conectó ningún batazo para provocar un dobleplay! Vale la pena examinar cuidadosamente estas cifras (registradas en la Enciclopedia de la Liga Mexicana de Beisbol) en función de la habilidad con el bate y en el corrido de bases que Beto Ávila ya exhibía en esos años de aprendizaje acelerado. Este tipo de "datos finos" son los que analizan y proyectan los buscadores de prospectos al servicio de los equipos ligamayoristas.

A finales de 1944 Beto Ávila juega por primera vez en el extranjero. Es convocado al equipo mexicano que compitió en la llamada Serie Mundial Amateur celebrada en Caracas, con la participación de Cuba, Nicaragua, República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, Colombia y Venezuela. Integraron aquel club (considerado por los expertos como el auténtico *dream team* mexicano) verdaderos ases, contándose entre ellos a Bernardo López, *Quelo* Cruz, Guillermo Garibay, Luis *Molinero* Montes de Oca, Jesús *Chanquilón* Díaz, Francisco *Zurdo* Alcaraz, Guadalupe Ortegón, Manuel *Ciclón* Echevarría, dirigidos por José Luis *Chile* Gómez. El equipo mexicano logró seis victorias contra un revés, y perdió el campeonato por descalificación al abandonar el terreno en el juego decisivo contra Venezuela, protestando por la actitud parcial de los árbitros. Las fotos de época muestran a un espigado segunda base que, en plena juventud, lució sus habilidades ante las figuras más descollantes del beisbol latinoamericano.

Campeón con los Pericos de Puebla y estrella en la Liga Cubana

A los veintiún años Beto Ávila se ubicó como una de las grandes estrellas de la poderosa Liga Mexicana, bateó .350 en 1945 y .359 en 1946. En ambas ocasiones fue superado por Claro Duany, quien (jugando para los Sultanes de Monterrey) encabezó el circuito con promedios de .365 y .354 respectivamente. Precisamente en el otoño de 1945 recibe una gran oportunidad cuando Félix Argüelles (su ex mánager en el club Puebla) lo recomienda para jugar con los Azules de Almendares en la famosa Liga Cubana. Lesionado de una mano, batea apenas .259 en 27 juegos y retorna a México, donde se recupera jugando en la Liga Invernal con los Cafeteros de Córdoba de Lázaro Penagos.

El invierno siguiente viaja nuevamente a Cuba para alinear con el equipo Marianao, dirigido por Armando Marsans. También jugarían en ese equipo los mexicanos Jesús *Chanquilón* Díaz y Jesús *Cochihuila* Valenzuela. Aunque su novena terminó en último lugar, Beto Ávila bateó .323; solamente superado por el ligamayorista Lou Klein, quien ganó el campeonato de bateo con .324. Al concluir en campeonato permaneció en La Habana invitado para participar en el entrenamiento primaveral de los Dodgers de Brooklyn, previo a la temporada de 1947. Alternó con el mánager Leo Durocher, Pee Wee Reese, Carl Furillo, Robert Bragan, Ralph Branca, entre otros notables peloteros. Al final del entrenamiento el gerente general Branch Rickey le ofreció un bono de seis mil dólares por firmar con el club, suma importante que Beto Ávila rechazó, pretendiendo obtener el

doble. No hubo acuerdo y retornó a cubrir la intermedia de los Pericos de Puebla en la Liga Mexicana.

El primer gran triunfo de su carrera llega en 1947, cuando batea para .346, encabezando la Liga Mexicana, convirtiéndose en el primer mexicano en ganar el campeonato de bateo (considerando que cuando Alfonso Nieto lo hizo en 1937, solamente participó en 22 partidos). Ávila superó a peloteros de la talla de Roberto Ortiz, Santos Amaro, James Bell, Alejandro Crespo, Bill Wild Wright, Héctor Rodríguez, Raymond Dandridge, Napoleón Reyes, Roberto Estalella y al propio Claro Duany. Un año antes el legendario cubano Adolfo Luque sería contratado para dirigir a los Pericos de Puebla, quienes no pudieron alcanzar el gallardete del circuito pese a contar con un notable cuerpo de lanzadores que incluía a Sandalio Consuegra, Salvatore Maglie, Agapito Mayor, Memo López y Adrián Zavala. El pimientoso Napoleón Reyes jugaba en la inicial, Beto Ávila y Guillermo Huevito Álvarez formaban la llave de dobleplays y Luis Molinero Montes de Oca defendía la antesala. Los jardines los cubrían Pedro Charrascas Ramírez, Arthur Penington y Alberto Sagüita Hernández. Este poderoso equipo fue superado dos años seguidos por los Sultanes de Monterrey comandados, por Lázaro Salazar. No hay duda de que la alternancia cotidiana con aquellas luminarias, y los consejos invaluables de su mánager Adolfo Luque (uno de los más grandes lanzadores cubanos de la historia)² prepararían a Beto Ávila para enfrentar mayores desafíos. Durante cinco temporadas

² Adolfo Luque es una de las más notables leyendas del beisbol. En Cuba y México lo conocían como *Papá Montero*, igual que *el Ñáñigo* rumbero originario de Sagua la Grande. En una de sus más destacadas temporadas en las Ligas Mayores Luque ganó 27 juegos para los Rojos de Cincinnati en 1923, hazaña de picheo que motivaría una gran recepción en La Habana descrita por Alejo Carpentier en memorable conferencia: "luego vino el triunfo de Adolfo Luque: 'pero ¿es un científico, es un poeta, es un filósofo para que lo reciban así? —preguntaba mi padre atónito a un limpiabotas en la acera del Louvre'. 'Mire señor —le respondió el aludido—, usted no entiende nada de la cultura de la pelota'". Lanzando una entrada sin admitir carrera con los Pericos de Puebla, en un juego contra los Azules de Veracruz, Luque se retiró como jugador activo en 1946; contaba con cincuenta y seis años.

con los Pericos de Puebla demostró que podía batear los engañosos y meteóricos lanzamientos de pícheres colosales como Ramón Bragaña, Max Lanier, Terry McDuffy, Boocker McDaniels, Armando Torres, Daniel Ríos, Martín Dihigo, Juan Guerrero, Theolic Smith, Lázaro Salazar, entre muchos otros. En otras palabras, podía pegarle un *hit* al mejor pícher del mundo.

En el invierno de 1947 un nuevo contrato lo espera en Cuba. Firma con el club Habana, perteneciente la Liga Cubana, circuito integrado por peloteros suspendidos por el Comisionado del Beisbol Organizado (auspiciado en buena medida por el magnate Jorge Pasquel, quien en 1946 llevó su guerra contra las Grandes Ligas hasta la isla mayor de las Antillas). Los miembros de esta liga jugaban en el estadio La Tropical (construido en Marianao por la empresa cervecera del mismo nombre), mientras que los favorecidos por los norteamericanos (integrantes de la Liga Nacional) ocupaban el no menos imponente campo El Cerro. El canadiense Roland Glandú ganó el campeonato de bateo de la Liga Cubana con .330. Ávila conectó para .304, siendo uno de los siete únicos peloteros que promediaron arriba de .300. En ese circuito el picheo fue realmente sobresaliente en el invierno 1947-1948. Durante tres temporadas (lo mismo con Almendares, Marianao o con el equipo Habana) Beto Ávila demostró su enorme calidad en el beisbol cubano. Resulta imprescindible recordar el agudo comentario que le formulara al periodista Horacio Ibarra en el año 2002: "en aquellos años me contrataron para jugar en Cuba y a pesar de los formidables peloteros isleños que participaban y de la presencia de ligamayoristas que jugaban en aquel beisbol, yo era el que devengaba más dinero que todos ellos". La isla vivía el último año de la presidencia de Ramón Grau San Martín, gestión en la que la corrupción gubernamental y el saqueo del tesoro público fueron prácticas cotidianas. Grau San Martín dio continuidad al estilo de gobierno implantado por Fulgencio Batista durante su primer periodo gubernamental (1940-1944). Las turbulencias presentes en el beisbol reflejaban el ambiente político de la época.

Primeros años en las Ligas Mayores

Es indudable que el cartel del intermediarista jarocho creció al amparo del beisbol cubano, en realidad un gran escaparate en el cual los buscadores de talento de los clubes de las Ligas Mayores lo observaron con especial atención. Se explica así que Bill Veeck (presidente de los Indios de Cleveland) enviara a Cy Slapnicka a negociar un buen contrato con Beto Ávila después de que el antillano Yamo Ornelas (quien en 1942 fuera mánager de los Pericos de Puebla) turnara a la gerencia de los Indios múltiples reportes alabando su fildeo e inteligencia al correr las bases, así como su consistente bateo. "El muchacho es grandioso", telegrafió Slapnicka a Cleveland, y Veeck ordenó contratarlo con un bono de 17 mil dólares más el salario anual.

Después de participar en la práctica primaveral que los Indios de Cleveland realizaron en Tucson en 1948, Ávila fue asignado a su sucursal de Baltimore en la Liga Internacional Clase AAA. El mánager Lou Boudreau declaró que era conveniente perfeccionar su estilo de juego antes de llegar al club ligamayorista, en el cual la segunda base era cubierta por Joe *Flash* Gordon, el pelotero más valioso de la liga en 1942, un maestro jugando la intermedia, recientemente incorporado al Salón de la Fama. El timonel de los Indios declaró que "nunca había visto en su carrera un novato con la sabiduría que tenía Ávila. Conocía de la A a la Z los fundamentos y características del pasatiempo".

Ávila solamente jugaría parte de la temporada con Baltimore (56 juegos bateando apenas .220), toda vez que se lesionó en una brusca jugada que le provocó una hernia. Regresó a México para ser operado por el eminente cirujano Gustavo Baz. "Nunca me decepcioné. Pensé que eran cosas del beisbol. No me apené mucho. Al año siguiente sería distinto", explicaría tiempo después en una entrevista periodística.

En la tranquilidad del hogar, estimulado por la convivencia y el apoyo de múltiples amigos en la "jarocha contextura", Beto Ávila tendría pronta recuperación, en la que su proverbial disciplina fue el

factor determinante. Al llegar la temporada invernal 1948-1949 de la Liga de la Costa del Pacífico recibió una oferta de los Trigueros de Ciudad Obregón, equipo en el que tuvo una corta participación, alternando en un *infield* de lujo: Ángel *Zurdo* Castro en la inicial; Ray Dandridge en las paradas cortas y Manuel *Popeye* Salvatierra en la tercera base. En 15 partidos bateó .369 sin recibir un solo ponche. La lesión fue superada, estaba listo para instalarse en las Ligas Mayores ante la expectación de la afición mexicana y el esperanzado orgullo de sus coterráneos.

Temporada de 1950 en la Liga Americana de Beisbol: en la parte alta de la novena entrada, la pizarra favorece a los Atléticos de Filadelfia que (en su vetusto estadio) superan a los Indios de Cleveland 4 a 3. Lou Boudreau (entonces mánager-jugador de la tribu) inicia el turno de bateo conectando silbante línea de hit arriba de la segunda base, que llega en segundos hasta el centerfield. Parado en la colchoneta de la inicial, el veterano Boudreau pide tiempo y transmite una señal a la banca: llama a un corredor que lo sustituya (suple su lento desplazamiento por unas piernas veloces). Del dogout sale trotando Roberto Ávila González ("Bobby" Ávila lo anuncia el sonido local) quien, desde que se instala en el primer cojín, empieza a moverse amenazante, mirando hacia la segunda base, ante la vigilancia atenta del pícher. En la caja de bateo aparece Jim Hegan (el habilidoso receptor de los Indios). Sin esperar mucho, Hegan conecta un batazo elevado y flojo ("un podrido" o "hit texas", en el complicado argot beisbolero) atrás de la intermedia, muy largo para el segunda base, muy corto para el centerfield San Chapman. Desde el instante en que la pelota toca el terreno "Bobby" Ávila empieza a correr: emulando un gamo pasa por la intermedia y vuela hacia la tercera base. Ahí, Al Simmons, el coach de bases, le ordena detenerse alzando sus brazos y gritando: stop, stop. El bólido jarocho no para, mientras la gorra vuela de su cabeza; con el *spike* derecho toca con elegancia la esquina exterior de la tercera almohadilla y sigue rumbo al home plate, buscando anotar la carrera del empate. Chapman

malabarea la esférica y recuperado de su sorpresa (¡es increíble que alguien pretenda anotar una carrera saliendo de primera base con un texas!) envía un certero tiro al cátcher cubano Fermín Guerra. Ávila se percata de que va a ser puesto out; el receptor recibió la pelota mucho antes de que él se deslizara, tratando de llegar a salvo. Con su experiencia proverbial, Guerra buscó el pie del temerario corredor para tocarlo y ponerlo fuera, sin embargo la punta del spike de Ávila sacó la esférica de la mano al cácher, escuchándose el grito del umpire marcando ¡safe!, ante la mirada atónita del receptor antillano. Empatada la pizarra, Cleveland gana el juego una entrada después. Esta jugada (recreada a partir del exacto apunte de Tomás Morales Fernández, decano de la crónica beisbolera) pinta de cuerpo entero la clase de beisbolista que fue Beto Ávila; ciertamente jugaba con los spikes anudados con su talento singular. Recordando este maravilloso corrido de bases acaso no es exagerado parafrasear a Blaise Cendras diciendo que en un campo de beisbol hay tanta elegancia y belleza de movimientos, como corresponde a un trazo coreográfico.

Beto Ávila debutó en las Ligas Mayores el 30 de abril de 1949, cuando los Indios se enfrentaron a los Tigres de Detroit; en la sexta entrada corrió como emergente por Hal Peck. En mayo, jugando en el Municipal Stadium de Cleveland, conectó su primer hit en contra de Ed Lopat, pícher estelar de los Yankees de Nueva York. Early Wynn, Bob Feller y Bob Lemon, quienes llegarían a formar parte del Salón de la Fama, encabezaban ese club dirigido por Lou Boudreau. Durante esa temporada (dedicada a un provechoso aprendizaje) participó únicamente en 31 juegos, la mayoría de ellos como corredor emergente. En 14 turnos al bate pegó 3 hits sencillos, anotó 3 carreras y empujó una, promediando apenas .214. Únicamente en 4 partidos defendió la segunda base y no cometió error. El estupendo Joe Flash Gordon (uno de los preferidos de la fanaticada) todavía cubría con sobrada eficiencia el segundo cojín, motivo central para que Ávila estuviera en la banca. Miraba atento desde el dogout jugada tras jugada, aprendiendo cotidianamente. "Ésta es mi

vida –comentaba el novato jarocho en esos días–; miro y aprendo, a veces es muy difícil estar despierto. La inactividad suele dar sueño. Masco tabaco con el objeto de no dormirme; tengo que preocuparme en no tragar el tabaco".

Ávila fue el cuarto pelotero mexicano en jugar en las Ligas Mayores. Le antecedieron Baldomero *Melo* Almada (1973), José Luis *Chile* Gómez (1935) y Jesse Flores (1942). Fue él quien por vez primera obtuvo un desempeño exitoso. Dicho con sus propias palabras, las claves de sus logros sobresalientes fueron humildad, disciplina y salud: "lo más importante es cuidarse físicamente y, sobre todo –diría en una entrevista televisiva—, que no se le vaya a la cabeza a uno el estrellato como tú ves que sucede; nada más tantito brillan y ya se sienten dioses". Palabras llenas de verdad que suenan muy distantes del beisbol contemporáneo, plagado de giros comerciales, publicidad abusiva, sueldos fabulosos y creciente dopaje que ha puesto en grave crisis al rudo juego, reglamentado originalmente por Alexander Joy Cartwright en 1845 en la villa de Hoboken, New Jersey.

Beto Ávila conquista Cleveland

Hacia el final de la temporada de 1950 Ávila defendió regularmente la segunda base (los clarines del retiro sonaban para el maestro Joe *Flash* Gordon). Participó en 80 juegos bateando para .299, excelente porcentaje producto de 60 *hits* en 203 veces al bate, con 39 carreras anotadas y 21 producidas. Conectó 21 *hits* dobles, 3 triples y 1 jonrón.

En la época en que nos tocó jugar a nosotros –comentaría en una entrevista periodística en 2002– no había muchos latinos [...] y la oportunidad de sobresalir era difícil. Ahora me alegra que se gane tan buen dinero y que es tan fácil ir a la liga grande para los mexicanos, porque antes teníamos que ser excepcionales para ir a Estados Unidos.

En los años en que Beto Ávila jugó solamente había 16 equipos en los dos circuitos de las Ligas Mayores, ahora suman 30; las oportunidades, en consecuencia, han aumentado considerablemente, tomando en cuenta, además, que los clubes mantienen programas de desarrollo de prospectos latinoamericanos como parte fundamental de sus organizaciones.

Bajo la pupila de Al López, quien dirigió a la tribu en 1951, Beto Ávila se convirtió en un pelotero clave para los Indios de Cleveland. En 1951 jugó 141 juegos, fue a la caja de bateo en 542 ocasiones (la gran mayoría como segundo bate), anotó 76 carreras, conectó 165 hits (entre éstos, 21 dobles, 3 triples y 10 jonrones), empujó 58 carreras, robó 14 almohadillas, con un promedio de .304, el octavo mejor entre los bateadores de la poderosa Liga Americana. Fildeando tuvo una excelente campaña con .982 de porcentaje, producto de 417 asistencias, 14 errores y 87 dobleplays ejecutados. Precisamente en uno de los juegos de esa temporada, Ávila vivió el día más memorable de su vida como bateador: ¡conectó 3 jonrones (1 de campo), 1 doble y 1 sencillo contra los Medias Rojas de Boston en el Fenway Park! Es decir, obtuvo un total de 15 bases en ese juego, solamente una abajo del récord establecido por Ty Cobb y Lou Gehring, dos de los súper astros del beisbol de todos los tiempos. Envió dos veces la pelota sobre la enorme barda del jardín izquierdo; el tercer jonrón fue un largo batazo por el center filder que tapó al guardabosques, permitiendo que sus veloces piernas lo llevaran a home.

Se ha dicho que además de su habilidad para batear, Ávila también debe ser recordado como un excelente realizador de la jugada "toque de bola", que se aunaba a su extraordinaria manera de correr las bases. Bateaba de forma consistente, sin lugar a dudas, al grado de que el notable lanzador Dizzy Dean le comentaría que él podría alcanzar .400 de porcentaje, opinión que el jarocho contestó con ironía: "si alguna vez llego a batear .400 me harán presidente de México".

El 10 de diciembre de 1951, a los veintisiete años, Beto Ávila contrajo matrimonio con Elsa Díaz Mirón, agraciada joven porteña,

sobrina del poeta Salvador Díaz Mirón. De esta sólida unión, que se prolongaría por más de medio siglo (hasta la muerte del gran pelotero), nacerían Roberto, Elsa, Patricia y José. "Tengo cuatro hijos, todos muy buenos muchachos, tanto las niñas como los varones", expresaría al periodista Horacio Ibarra en una celebración del Salón de la Fama del beisbol mexicano en marzo de 2003, y agregaría: "Me siento una persona muy afortunada teniendo esta familia que me ha servido mucho de apoyo en mi carrera en el beisbol, en mi carrera política también. Puedo decir que he sido un triunfador en el deporte y en la política".

Ávila bateó .300 en la temporada de 1952 (octavo puesto entre los mejores promedios de la liga), conectó 7 jonrones, envió 49 compañeros a home, anotó 102 carreras en 150 juegos y fue líder en hit triples con 11. En el fildeo no tuvo una actuación muy destacada. Cometió 28 errores para un porcentaje de .966. Su calidad en el terreno ya estaba fuera de duda, en la votación nacional los aficionados lo eligieron para cubrir la segunda base en el equipo de la Liga Americana en el Juego de las Estrellas, bateando un hit en dos turnos. Cleveland tuvo un gran año pero ocupó el segundo lugar en el campeonato, superado por los Yankees de Nueva York que ganaron el campeonato (y la Serie Mundial cinco veces seguidas, de 1949 a 1953).

En 1953 Beto Ávila tuvo un buen desempeño, conectando para .286 con 8 jonrones y 55 carreras producidas. Pese a jugar la mitad de la temporada con un dedo lastimado, participó en 141 juegos. Fildeando alcanzó .986, el promedio más alto de su carrera como jugador titular. Era ya una figura del deporte nacional, lo que explica que en agosto de ese año la Embajada de México ofreciera en Washington una recepción en su honor, en la cual recibió una áurea medalla con la inscripción: "Para el distinguido segunda base de los Indios de Cleveland". Adolfo Ruiz Cortines (otro veracruzano de pura cepa) ocupaba la presidencia de la república.

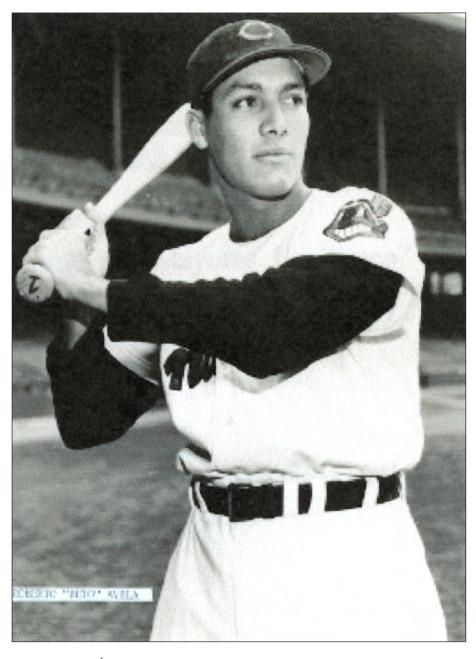
El gran triunfo de Beto Ávila se produce en 1954, cuando gana el campeonato de bateo de la Liga Americana con .341 de porcen-

taje, superando en cerrada competencia a Irv Noren, jardinero de los Yankees de Nueva York, y al extraordinario Ted Williams de los Medias Rojas de Boston quien no alcanzó los turnos oficiales. Fue el primer latinoamericano en lograr esta hazaña participando en 143 juegos, con 112 carreras anotadas y 67 producidas, 189 *hits* en 557 apariciones en la caja de bateo, de ellos 27 dobles, 3 triples y 15 jonrones. Ávila encabezó a los Indios de Cleveland para ganar el campeonato con 111 victorias (récord para una temporada de 154 juegos). Ese poderoso equipo contaba con cinco grandes figuras del pitcheo: Early Winn (23 glorias), Bob Lemon (también 23 ganados), Mike García (19 triunfos), Art Houtman (ganó 15) y Bob Feller (quien obtuvo 13 victorias ya en el final de su carrera). El equipo fue dirigido por Al López, y al lado de Ávila alineaba Larry Doby, Al Rosen, Dave Philley, Jim Hegan, Bill Glynn, Goerge Strickland y Al Smith, como titulares.

Los aficionados mexicanos siguieron de cerca el notable desempeño de Beto Ávila en aquella inolvidable temporada. Cada uno de sus hits fue aplaudido por los fanáticos que escuchaban el "Juego de la semana", patrocinado por la Cabalgata Deportiva Gillette, que narraba Buck Canel desde Nueva York, con la magia de su voz de bajo y sus silencios expectantes que producían mayor emoción en los escuchas a la hora de imaginar las jugadas. Además, cada noche, a las 19:00 horas, se prendían los aparatos de radio para seguir los lances del "Juego de hoy" (reconstruido por Tomás Morales Fernández, después de escucharlo por onda corta), narrado con efectos especiales por Ángel Fernández en la xeb con el patrocinio de la llantera U.S. Royal. Los comentarios de Eduardo Lalo Orvañanos y Pedro el Mago Septién (enciclopedia beisbolera) también se oían cotidianamente en esos años protagonizados por la radio, cuando los cronistas eran verdaderos expertos.

Ávila tuvo un desempeño sobresaliente en el Juego de Estrellas de 1954, celebrado en el Municipal Stadium de Cleveland. Inició cubriendo la segunda base, como parte de una alineación fuera de serie





ıмадем xiii. Beto Ávila, campeón de bateo de la Liga Americana, en 1954.

que incluía a Yogui Berra, Chico Carrasquel, Mickey Mantle, Minnie Miñoso, Ted Williams, Hanck Bawer, Jim Piersall, Harvey Kuenn, Withey Ford, Allie Reynolds, Bob Turley, Bob Lemon, entre otros notables jugadores. La Liga Americana ganó 11-9 al equipo de la Liga Nacional que reunía figuras sobresalientes como Roy Campanella, Willie Mays, Stan Musial, Pee Wee Reese, Jackie Robinson, Duke Snider, Warren Spahn, Gil Hodges, Carl Erskine, Robin Roberts, Granny Hamner, Alvin Dark, entre otros. Ávila conectó 3 hits en tres turnos al bate y empujó 2 carreras.

Como gran favorito, Cleveland disputó la Serie Mundial con los Gigantes de Nueva York encabezados por Willie Mays, quien había ganado el campeonato de bateo en la Liga Nacional con .345. Los neoyorquinos ganaron la serie por barrida (4 juegos a 0), colapso que se reflejó en los números de Ávila, dado que solamente conectó 2 hits sencillos en 15 turnos al bate. Esa serie es recordada por la espectacular atrapada de Willie Mays en el center filder corriendo de espaldas al home. El año en que Ávila ascendió al cenit del mejor beisbol del mundo, Luis el Pirata Fuente (otro gran ídolo de la afición mexicana) dijo adiós al futbol.

El retorno del hijo predilecto

Mientras Beto Ávila participaba en la Serie Mundial, en el puerto de Veracruz se organizaban los preparativos para recibirlo triunfalmente. La animación de los aficionados, de la ciudadanía y de las autoridades municipales crecía cotidianamente, según se evidencia en las notas que *El Dictamen* publicara diariamente a partir del 1 de octubre de 1954. De tal manera, informa que el cabildo porteño acordó entregar al pelotero una medalla de oro, así como declararlo "Hijo predilecto de Veracruz". El Ayuntamiento era presidio por el licenciado Arturo Llorente González, político de especial renombre en la entidad.

En otras notas (publicadas del 2 al 6 del citado mes) el diario anuncia que el comité de festejos en honor de Beto Ávila convoca a los

distintos equipos de beisbol *amateur* a participar (uniformados) en el desfile organizado para el día en que el beisbolista arribaría al puerto. En el marco de esta celebración, el club Wuachachara organizaría una fiesta titulada "Jarochada" en el hotel Pensiones, patrocinada por la Unión de Tranviarios, tienda La Galatea, Farmacia Veracruzana, Sindicato de Amarradores, Asociación Mexicana de Árbitros de Beisbol y la cervecería Moctezuma. El traje jarocho (que Miguel Alemán Valdés puso de moda durante su gestión presidencial) fue requerido para todos los asistentes. Se informó también que el gobernador del estado, Marco Antonio Muñoz, entregaría un "monumental y valioso trofeo" a Beto Ávila, además de las aportaciones económicas a los festejos del Casino Español de la ciudad de México, y de la medalla de oro que la Unión Cívica de Veracruz le otorgaría.

Un cable de la agencia AP (publicado en *El Dictamen* el 4 de octubre) indica que Beto Ávila recibió un sólido bate de plata (con peso de 18 libras) por obtener el campeonato de bateo de la Liga Americana. Al concluir el último juego de la Serie Mundial, la joya (patrocinada por el diario deportivo *Esto*) le fue entregada por el senador José Rodríguez Clavería y Justo Sierra, Primer Secretario de la Embajada de México en Estados Unidos. El despacho de prensa menciona también que el atleta mexicano sería esperado en la frontera y conducido desde ahí hasta la capital por tierra, escoltando su automóvil un pelotón de motociclistas. En la ciudad de México, después de un desfile en su honor, sería recibido por el presidente Adolfo Ruiz Cortines.

Jubilosa, la ciudadanía porteña se volcó en las calles para solicitar aportaciones destinadas a los festejos. Un grupo de entusiastas jóvenes recorrieron oficinas, comercios, casas particulares. Se anunció, por otra parte, que en un carro alegórico desfilarían bellas porteñas acompañando al pelotero, mencionándose entre otras a Memina Herrerías, María Josefa López, María de los Ángeles Valerio y Bertha Hernández Vigoritto. Varios camiones cedidos por las Líneas Unidas, además de la banda de la Secretaría de Marina, se unirían a la recepción, además de múltiples empresas de la localidad.

El 6 de octubre Beto Ávila vuela de Cleveland a San Antonio Texas, y de ahí se dirige a Ciudad Juárez, recibiendo un apoteótico homenaje. Llega en avión a El Paso, Texas, y recibe la ovación y el saludo de más de 15 mil aficionados en el Puente Internacional. Proveniente de Nuevo Laredo, tres días después arriba a la ciudad de México por carretera a bordo de un auto descapotable. Acompañado del clavadista Joaquín Capilla (medalla de oro en la olimpiada de Helsinki en 1952), fue vitoreado por una multitud que arrolló el cordón policiaco formado frente al Monumento a la Raza. Los miles de aficionados estuvieron a punto de derrumbar la tribuna construida para darle la bienvenida. La llegada se produjo a las 17:00 hrs., mientras las locomotoras de la estación de Nonoalco hacían sonar sus potentes silbatos. Al festejo multitudinario, que sumó más de 10 mil personas, acudieron como invitados especiales Mario Moreno Cantinflas, Agustín Lara, Antonio Estopier (presidente de la Confederación Deportiva Mexicana), la famosa cantante Lola Beltrán, el general Humberto Mariles (medalla de oro en la olimpiada de Londres en 1948, compitiendo en salto ecuestre) y el periodista Alberto Isaac. A tono con el ascendiente regional de Beto Ávila, ese memorable homenaje fue amenizado por el virtuoso arpista Andrés Huesca y su grupo Los Costeños, así como por el Trío Tlacotalpeño.

El momento esperado se cumplió por fin el 14 de octubre. La ciudad de Veracruz materialmente se volcó a las calles, vitoreando al hijo predilecto que regresaba al terruño. Más de 20 mil personas lo aclamaron en el desfile que se inició en la avenida Díaz Mirón y concluyó en la Plaza de Armas. Después se celebraría una sesión solemne en el Cabildo porteño para entregarle los reconocimientos anunciados, mientras la multitud a gritos reclamaba su presencia en el balcón del Palacio Municipal. Ávila atendió el llamado popular y dijo ante el micrófono: "Ésta es la más grandiosa recepción que se me ha tributado en todo el país. La de México había superado a las anteriores, pero ésta, la de mis coterráneos, es más nutrida que

nunca y no la merezco. Yo sólo cumplí con mi deber pensando en mi patria y en mi ciudad natal".

El Dictamen informa en su edición del 15 de octubre que, en el carro alegórico, el Águila Roja (pimientoso personaje popular) enronqueció animando y dirigiendo las porras: "desde las aceras, los balcones, las azoteas, Beto Ávila recibía el cariño del pueblo, transformado en saludos, confeti, ovaciones; de acera a acera las calles se hallaban invadidas por el público que apenas permitía que el carro transitara a paso de rueda". En este memorable y merecido homenaje aconteció un lamentable accidente: un balcón ubicado en los altos de la ferretería La Comercial (situada en la esquina de Esteban Morales y 5 de Mayo) se derrumbó sobre el paso del desfile; tres jóvenes estudiantes cayeron sobre la multitud provocando la muerte de un pequeño de tres meses de nacido. Beto Ávila no se enteró inmediatamente del accidente; el festival que se realizaría más tarde en el Parque Deportivo Veracruzano fue suspendido porque manifestó sentirse agobiado. En los días siguientes El Dictamen publicó numerosas felicitaciones a Beto Ávila, desplegadas en cuartos, medias y planas completas. Una de ellas fue suscrita por el gobernador Marco Antonio Muñoz conjuntamente con los senadores José Rodríguez Clevería y Roberto Amorós Guiot, además del secretario de Gobierno, el rector de la Universidad Veracruzana y los miembros de la Legislatura estatal, así como por los diputados federales de Veracruz. Personaje de incuestionable raíz popular, admirado y querido en su terruño y en el país, Beto Ávila se convirtió de golpe en foco de interés en los medios políticos, ámbito en el cual, al correr de los años, se desempeñó al concluir su brillante carrera en el beisbol.

El final de una destacada carrera y el regreso a México

Después de ganar el campeonato de bateo, Roberto Ávila jugó cinco temporadas más en las Ligas Mayores. En 1955 su porcentaje desciende a .272, si bien conecta 13 jonrones, impulsa 61 carreras y anota 83. En el fildeo sus números superan los de la temporada anterior,

promediando .982. Participa en el Juego de Estrellas, aunque alinea como suplente. Al año siguiente su contacto con la pelota es menor. Se poncha 68 veces (la mayor cifra de su carrera) y batea apenas .224 (10 jonrones, 54 carreras producidas y 74 anotadas). Fildeando, su porcentaje baja a .977. Es el principio del fin, acaso demasiado pronto considerando que en 1956 Ávila cumplió treinta y dos años.

En 1957 promedia .268 con el bate (solamente 5 jonrones, con 60 carreras anotadas y 48 producidas). En franco declive batea .253 en 1958, incluyendo 5 jonrones y 30 producidas. En diciembre de ese año los Indios de Cleveland lo mueven a Baltimore, transacción en la que median 30 mil dólares y el cambio del pícher Russ Herman a la tribu. De tal manera, la temporada de 1959 marca el fin de su carrera. Participa en 93 desafíos, primero jugando con Baltimore (20) y después con los Medias Rojas de Boston (22), a donde es enviado apenas inicia el calendario. Finalmente es transferido a los Bravos de Milwaukee donde alinea en 51 partidos. En conjunto batea .227, conectando 6 jonrones, con 25 carreras impulsadas y 37 anotadas. Básicamente se desempeña como suplente en la segunda base, la antesala y los jardines. Así, a los treinta y cinco años concluye su desempeño en el mejor beisbol del mundo, con sólidas estadísticas en 11 temporadas: mil 300 juegos; cuatro mil 600 veces al bate; mil 296 hits (185 dobles, 35 triples y 80 jonrones); 725 carreras anotadas; 467 carreras impulsadas; .281 de porcentaje de bateo y .979 en el fildeo.

En 1959 Beto Ávila retorna a la Liga Invernal Veracruzana. Es invitado a jugar con los Chileros de Xalapa (club patrocinado por el Gobierno del Estado con gran historial en el circuito). Esa temporada buscaban nuevamente el gallardete que en 1953-1954 obtuvieron dirigidos por el Inmortal Martín Dihigo, con la destacada actuación de Wilfredo Salas, Buck Leonard, Jorge Charolito Orta, León Kellman, Gustavo Chato Bello, entre otros destacados peloteros. Apoyado por el gobernador Antonio M. Quirasco, los directivos de los Chileros integraron un equipo espectacular que en un princi-

247

pio dirigió Ray Garza Gómez, y terminó la temporada bajo la conducción de Beto Ávila. De esa escuadra recordamos a los receptores Miguel *Pilo* Gaspar, Jaime Corella y Alberto Palafox; al inicialista José *Pasitos* Echevarría, el tercera base Benjamín *Papelero* Valenzuela; los jardineros Mario Luna, Felipe Montemayor y Ricardo Garza; los lanzadores Tomás Herrera, Marcelino Solís, Antonio Dicochea, Guillermo *Memo* López, entre otros. Pese a su calidad, este equipo no logró obtener el título, ganado por los Pericos de Puebla comandados por Jesús *Chanquilón* Díaz, que contaban con un picheo fuera de serie encabezado por Lino Donoso, Miguel Sotelo y Arturo Cacheux; y los bates de Marvin Williams, Eddie Moore, Leo Rodríguez, Roberto Vea, José *Zacatillo* Guerrero y Dick Czejak.

Cuando los Chileros jugaban en el deportivo Colón (su casa en Xalapa), el arribo al juego de Beto Ávila atraía a multitud de aficionados. Viajaba desde el puerto de Veracruz en un lujoso Pontiac convertible, color rojo. Apostados en la entrada del estadio sus fanáticos admiraban el automóvil, que sumaba a su elegancia la novedad de un teléfono instalado al lado del asiento del conductor. Afable, siempre con su habano de penetrante aroma en la boca, Beto Ávila firmaba autógrafos, contestaba preguntas y recibía el aprecio y la admiración del público, sobre todo de los pequeños beisbolistas. La calidad del ex *big leaguer* fue evidente en toda la temporada, lo mismo con el bate que corriendo las bases con su acostumbrada precisión o en el campo con lances magistrales.

Durante toda su carrera en las Ligas Mayores Beto Ávila participó en la Liga Invernal Veracruzana, convirtiéndose en imán de taquilla y en verdadero líder de los equipos con los que jugó. Los aficionados guardan gratos recuerdos de sus batazos oportunos y de sus lances sorprendentes. Con los Aztecas de México ganó el campeonato de bateo en 1953-1954 con .408. En esta escuadra (propiedad del magnate Alejo Peralta) formó una extraordinaria llave de *dobleplays* con el parador corto Billy Hunter. Alineó también con los Cafeteros de Córdoba y con los Diablos Rojos de México (equipo del que fue

propietario) antes de sumarse a los Chileros de Xalapa, en su última incursión en el circuito invernal. La temporada de 1955-1956 fue inolvidable; al concluir los juegos de las Ligas Mayores, Ávila invitó a jugar con los Diablos Rojos a destacados peloteros y armó un gran equipo que ganó fácilmente el campeonato, si bien perdió la serie de interligas ante los Naranjeros de Hermosillo, triunfadores del circuito de la Costa del Pacífico. En aquel club escarlata participaron los pícheres Jim Bunning (astro de los Tigres de Detroit, miembro del Salón de la Fama), Paul Foytack, Bob Darnell, el Brujo Américo Pérez, Rodolfo Mulo Alvarado, además de Johnny Lipon en el short stop, Felipe Iturralde en la tercera base, Charlie *Tim* Thompson en la receptoría y el espectacular Jim Rivera en el jardín central, quien ganó el título de bateo con .443 y se estafó ¡7 veces el home plate! No se ha escrito todavía una historia de la antigua Liga Invernal Veracruzana, en la que compitieron extraordinarios equipos de Poza Rica, México, Córdoba, Puebla, Xalapa y Veracruz. Al parecer no se disponen de estadísticas oficiales, perdiéndose en el olvido las actuaciones de sobresalientes peloteros, algunos de los cuales llegaron al Salón de la Fama del beisbol organizado. Es el caso de Harmon Killebrew (quien conectó 573 jonrones en la Liga Americana), que jugó con los Cafeteros de Córdoba, al igual que Maury Wills, el veloz torpedero de los Dodgers, y Elroy Face, relevista estelar de los Petroleros de Poza Rica, que destacó en la Serie Mundial de 1960 cuando los Piratas de Pittsburgh vencieron a los Yankees en la Serie Mundial. No puede dejar de mencionarse a Jim Bunning, que, al

Beto Ávila se retira como jugador activo en 1960, jugando con los Tigres en la Liga Mexicana. Invitado por el magnate Alejo Peralta, su gran amigo, se suma a un poderoso equipo dirigido por Guillermo Garibay que obtiene el título de manera contundente. A los treinta y seis años tuvo un sobresaliente desempeño, bateando para .333, con 10 jonrones y 71 carreras impulsadas. Dick Czejak, los cu-

igual que Beto Ávila, destacó en la política ocupando un escaño del

Congreso, representando al estado de Kentucky.

banos Luis Zayas, Carlos Paula y Luis Tiant (quien años después sería un notable pícher en las Ligas Mayores), formaban junto con Ávila la estructura de esa escuadra. Alineaban también los lanzadores Mauro Ruiz y el zurdo Memo Luna, así como José *Pasitos* Echevarría, Carlos Ramírez y Ricardo Garza. Años después, en 1966, se retiró formalmente del beisbol activo dirigiendo a los Pericos de Puebla; es decir, el quipo con el que inició su carrera profesional. Ocuparía el tercer lugar, dado que los Tigres, comandados por Ricardo Garza, ganarían el campeonato. Cinco años después sería entronizado en el Salón de la Fama del Beisbol Mexicano.

Pegando de hit en otros campos

Es seguro que en algún momento de su vida deportiva Beto Ávila decidió incursionar en la política. Se explica así que después de actuar como mánager de los Pericos de Puebla, en 1982 fuera designado presidente de la Liga Mexicana de Beisbol. Se desempeñó también como diputado federal por el distrito de Veracruz de 1970 a 1973, tarea que antecedió su gestión como presidente municipal de su ciudad natal (diciembre de 1976 a noviembre de 1979). Después ocupó por muchos años la jefatura de la oficina de Hacienda del Estado y estuvo a cargo de la administración de la Aduana Marítima del puerto jarocho. A propósito del tema, Rodrigo Robles le preguntó en ocasión de su visita al estadio Eduardo Vasconcelos de Oaxaca:

- —¿La política te alejó del deporte o el deporte te acercó a la política? [risas]
- —Llegué en dos ocasiones al Congreso local [sic] y fui presidente municipal en la ciudad en que nací; pero no fue complicado, la política me apasionaba desde mi época de pelotero.

Su nombre ha sido impuesto al Parque Deportivo Veracruzano, casa de los Rojos de El Águila, y al estadio de Cancún, así como a una liga infantil y otra juvenil del puerto de Veracruz. La Liga Mexicana de Beisbol le rindió homenaje en 2004 celebrando los cincuenta años del campeonato de bateo que consiguió en 1954.

Su carácter afable, trato sencillo y directo le prodigaron innumerables amigos. Aquí vale la pena citar el comentario escrito por Jesús Alberto Rubio, quien fuera su colaborador cercano:

A Beto Ávila lo traté muy de cerca [...] a fines de los setenta, logrando verdadera amistad con él [...] La cercanía se dio cuando realicé mi servicio social en el área de relaciones públicas de la alcaldía de Veracruz, lo que se extendió hasta el término de su gestión. ¡Cuántas veces nos quedábamos por las tardes en su oficina platicando sobre su vida en el beisbol... o bien tempranito en las mañanas escuchando su vivencias y sus anécdotas al lado de su selecto grupo de amigos con quienes tomaba el exquisito café ahí en La Merced ... casi de frente al parque Zamora.

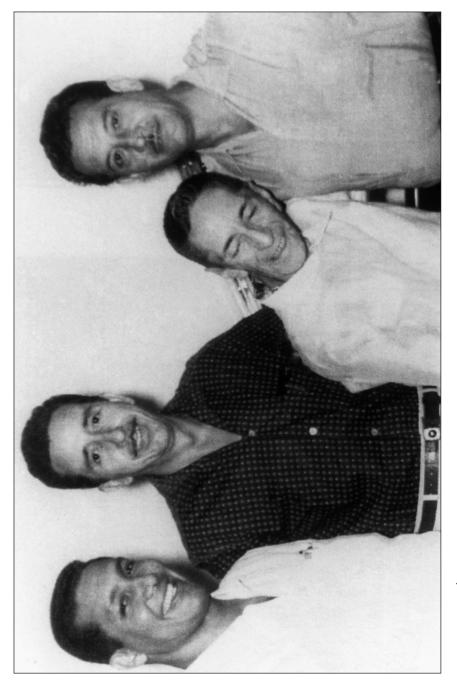
Beto Ávila ingresó al Olimpo del beisbol latinoamericano en 1999, cuando la revista Sporting News lo incluyó en el Equipo de Estrellas de Todos los Tiempos, al lado de notables luminarias que son parte del Salón de la Fama de Cooperstown. Esta novena formidable se integró de la siguiente manera: Manny Sanguillén (Panamá, receptor); Orlando Cepeda (Puerto Rico, primera base); Beto Ávila (México, segunda base), Luis Aparicio (Venezuela, parador corto); Atanasio Tany Pérez (Cuba, tercera base). Outfilders: Orestes Minnie Miñoso (Cuba); Roberto Clemente (Puerto Rico) y Tony Oliva (Cuba). Pícher Juan Marichal (República Dominicana). El magazine destaca las habilidades que motivaron la elección del pelotero jarocho al equipo de Todos Estrellas: su promedio de bateo .281 en once temporadas y su porcentaje de fildeo de .979. En opinión de A. López (el notable timonel que por años lo dirigiera en Cleveland), Ávila poseía un fino *swing*, aguda mirada, buen espíritu de competencia y un mundo de confianza en sí mismo. Cabe mencionar que en la temporada 2008 de las Ligas Mayores los comentaristas televisivos de ESPN en español realizaron una encuesta abierta al auditorio

para construir nuevamente el equipo ideal de peloteros latinoamericanos, ejercicio en el que Beto Ávila y Roberto Alomar tuvieron una competencia muy pareja como destacados defensores de la segunda base.

Al celebrar su centenario en 2001, los Indios de Cleveland presentaron la lista de los cien mejores jugadores que vistieron su uniforme a lo largo de diez décadas. En esta nómina Beto Ávila ocupa un sitio distinguido al lado de notables peloteros (miembros del Salón de la Fama) como Bob Feller, Addie Joss, Bob Lemon, Early Wynn, Napoleon Lajoie, Lou Boudreau, Joe Sewell, Earl Averil, Larry Doby y Tris Speaker. La selección fue realizada por un panel de expertos redactores deportivos e historiadores del beisbol a partir de una lista que incluyó a más de mil quinientos peloteros. El escrutinio consideró las habilidades de los atletas, su presencia deportiva y popularidad, sin olvidar su desempeño valorado en porcentajes. En otra dimensión debe considerarse su inclusión como segunda base en el equipo mexicano de todos los tiempos, integrado por Francisco Paquín Estrada en la receptoría; Ángel Castro en la inicial; Vinicio Castillo en tercera base; José Luis *Borrego* Sandoval, parador corto; y los outfilders Andrés Mora, Matías Carrillo y Epitacio la Mala Torres, y Héctor Espino, bateador designado; los lanzadores Fernando Valenzuela y Ramón Arano, y Benjamín Cananea Reyes como mánager.

A sus ochenta años, el 27 de octubre de 2004, concluye el ciclo vital de Beto Ávila, a quien considero el más notable pelotero mexicano. A partir de entonces su figura legendaria opera como espejo de pundonor, disciplina y coraje en el terreno del juego. Espejo y ejemplo del beisbol de México y Latinoamérica. En Cleveland su deceso fue recibido con tristeza. Los Indios le dedicaron gran espacio en su portal de internet, homenaje póstumo a quien fuera uno de sus grandes peloteros de todos los tiempos.





(

тмабъл хіv. Beto Ávila en compañía de José Pérez de León el Pococha, Agustín Lara y Luis el Pirata Fuente.

Bibliografía

- Alfaro Siqueiros, D., "Memorias del pintor Siqueiros", en *Los grandes del siglo xx*, Siempre!, México: Diana, 2004.
- Báez-Jorge, F., "Batazos sobre el mar... De cuba a Veracruz en los *spikes* de Martín Dihigo", en B. García Díaz y S. Guerra Vilaboy (coords.) *La Habana-Veracruz, Veracruz-La Habana. Las dos orillas*, México: Universidad Veracruzana, Universidad de La Habana, 2002.
- CARPENTIER, A., Conferencias, La Habana: Letras Cubanas, 1987.
- García Díaz, Bernardo. *Puerto de Veracruz*, México: Archivo General del Estado de Veracruz, 1993 (col. Veracruz: Imágenes de su historia).
- González Echeverría, R., *The Pride of La Havana*. *A History of Cuban Baseball*, New York: Oxford University Press, 1999.
- González Sierra, J., *Córdoba*, México: Universidad Veracruzana, Ayuntamiento de Córdoba, 2000 (col. Veracruz: Imágenes de su historia).
- Mancisidor, A. *Jarochilandia*, apunte introductorio de F. Báez-Jorge, 2ª ed., Xalapa: Editora de Gobierno de Veracruz, 2008.
- Morales Fernández, T. "Los mejores beisbolistas mexicanos de todos los tiempos", en *La Afición*, México, 1992.
- Oleksak, M. y M. A. Beisbol: latinoamericanos en las Grandes Ligas, México: Edamex, 1995.
- Somers, Dale A., *The Rise of Sports in New Orleans 1850-1900*, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1970.
- Suárez Naranjo, C., *Un jarocho triunfa en las Grandes Ligas*, 5^a edición, Coatzacoalcos, Veracruz: s. e., 2006.

Hemerografía

La Afición

El Dictamen, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 13 y 15 de octubre de 1954.

23/08/10 10:28

Fuentes electrónicas

- "Bobby Avila Statistics", www.baseball-reference.com/a/avilabool. shtml, pp. 427-448.
- Robles, Rodrigo, "El inmortal Beto Ávila", http://espanol.geocities.
- Rubio Jesús Alberto, "En recuerdo de Beto Ávila", 27 de octubre de 2008, www.conexioncubana.net/blogs/remehibe
- "The top 100 Gratest Indians Roster", www.baseballlibrary.com/baseballlibrary/submit/Cleveland Indians.stm
- "TSN's All Star Latin American Team", 14 de julio de 1999, www. sportingnews.com/archives/sports2000/players/169115.html
- Wikipedia, la enciclopedia libre, "Roberto Ávila", 15 de noviembre de 2008.
- www.televisadeportes.com, entrevista a Beto Ávila realizada en marzo de 2003.





(

Francisco Rivera *Paco Píldora*: genio y figura



Horacio Guadarrama Olivera



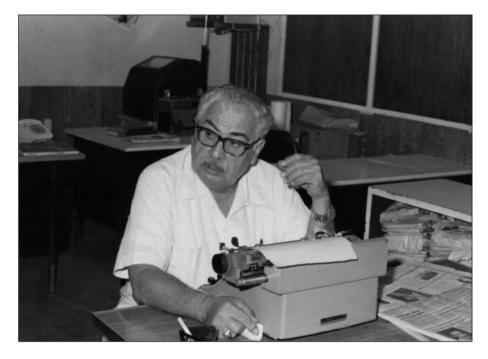
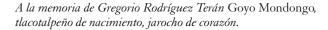


IMAGEN XV. Paco Rivera en las oficinas de *Notiver*, donde escribió durante casi veinte años su famosa columna "Estampillas jarochas", *ca.* 1965.





Veracruzano soy del novecientos ocho, del de Pepa Limón y Porfiriata, del Veracruz aquel lindo y jarocho que era todo retreta y serenata.

Del Veracruz aquel de carretela de aquel de los tepaches de Tío Pico, del de los bailes en La Ciudadela y los calientes danzones de Albertico.

Del Veracruz aquel del cilindrero, del de Mela Terán y Pepe Azueta, del Veracruz aquel del pirulero, de aquel de los domingos de retreta.

Paco Píldora

Don Francisco Rivera Ávila, mejor conocido aquende y allende las fronteras de la Heroica como *Paco Píldora*, era, ante todo, un hombre íntegro, franco como el que más, que nunca perdió piso ni sacó provecho de nadie y que llevó siempre una vida realmente modesta. Era un hombre alegre, que no un chistoso profesional; tenía gracia, zumba, pimienta fina, sin duda, pero todo ello lo llevaba con singular majestad: en él, la simpatía era un atributo natural, no una explosión de la que se hace gala.

Pero Paco Rivera fue mucho más que un personaje típico del puerto: fue, como sabemos quienes tuvimos el privilegio de conocerlo, un gran poeta vernáculo, un cronista sin par y un charlista notable, así como un gran estudioso y conocedor de Veracruz, su querida ciudad natal. Sus tres obras fundamentales son Veracruz en la historia y en la cumbancha, con una selección de poemas jarochos (1957), Estampillas jarochas (1988) y Sobredosis de humor (1996), en verso, aunque también escribió un cuento corto, "La noche", de corte erótico; un par de ensayos: "...y entonces nació la Bamba" (o "Así nació la Bamba") y "Algo sobre el danzón"; algunas anécdotas históricas bajo el título de Sucedió alguna vez, así como un sinnúmero de versos —la

mayoría epigramas y décimas— y una serie de textos autobiográficos. En mi opinión, su obra versística completa, tanto la publicada en sus libros como la divulgada en los periódicos porteños, merece ser compilada, seleccionada, ordenada y editada en uno o varios tomos, en los que se incluya un estudio preliminar histórico-literario que la ubique y analice en el contexto de la décima sotaventina y caribeña.

En la segunda edición de *Veracruz en la historia y en la cumban-cha...*, financiada por el ex presidente Adolfo Ruiz Cortines –la primera la sufragó un grupo de amigos de Paco Rivera, nombre éste, por cierto, con el que aparece en esa edición en la portada—, Francisco Ramírez Govea (quien fuera presidente municipal del puerto) escribió atinadamente en el prólogo:

Su obra poética es una clase de historia y geografía jarochas; de historia que habla de gentes sencillas que ya no existen, pero que en su tiempo fueron representación de la vida veracruzana; de geografía con estampas de colores tiernos donde las palmeras aparecen mojadas de rocío y las siluetas de los hombres se perfilan con extraordinaria nitidez.

Paco Rivera tiene, además, la absoluta honradez y la cabal conciencia de su sitio en la lírica. Señor de su ciudad, dueño de los secretos de su fácil vivir, vigía de sus estrellas e intérprete de sus ansias, busca en ella su espiritual ubicación y responde magníficamente a su solemne compromiso de intérprete.

Por su parte, el poeta Jaime G. Velázquez, editor y prologuista de *Estampillas jarochas* –cuyo primer tiraje está agotado desde hace años–, sintetiza en unas cuantas líneas la actualidad y trascendencia de la obra de Paco Rivera:

Muestra ejemplar de periodismo limpio, los epigramas de *Paco Píldora*, su presencia cotidiana, no conducen a la amargura, no son blanco y negro del duelo nacional, ni son prueba de lo irre-

mediable, sino una luz que llama la atención sobre el punto que debe discutir el ciudadano, pues, a pesar de imposiciones y reveses, la opinión pública todavía es importante aquí. Por ello, el epigramista se vuelve, de manera natural, cronista auténtico: la crítica de la sociedad sólo es admisible cuando surge de una conciencia histórica que no puede ser burlada.

En efecto, así como Joaquín Santamaría fue el fotógrafo veracruzano por excelencia entre 1920 y 1975, Francisco Rivera fue, con o sin título oficial (que, por otra parte, a él lo tenía sin cuidado), el cronista más genial, original y genuino del Veracruz del siglo pasado.

Cronista, poeta y conversador excepcional, a la vez personaje imprescindible de la vida cotidiana porteña, hombre de una sola pieza y sin ambiciones mezquinas, de una coherencia e independencia intelectual ejemplares, don Francisco Rivera Ávila representa lo mejor de la décima porteña y sotaventina –junto con Mariano Martínez Franco, Constantino Blanco Ruiz *Tío Costilla*, Gastón Silva Carvajal, Manuel Pitalúa Flores, Guillermo Cházaro Lagos y un largo etcétera—, y del veracruzano que sabe disfrutar con sano alborozo cada uno de los momentos de su existencia, sin entristecerse nunca ante los avatares de la vida.

El 25 de febrero de 2008 se cumplieron cien años del nacimiento de Paco Rivera y el 1 de junio de 2009, tres lustros de su fallecimiento. Qué mejor ocasión para revisar, así sea someramente, algunos pasajes de la interesante e intensa biografía de este queridísimo e inolvidable personaje popular porteño; base sin la cual, por supuesto, su obra no puede entenderse del todo.

Los primeros años

Paco nació en la ciudad de Veracruz, a las 6:00 de la mañana del 25 de febrero de 1908, en la planta baja de la accesoria marcada con el número 34 de la calle Mariano Arista, propiedad de su tía, doña Manuelita Murga viuda de Rivera ("Nací por suerte y por fortuna

23/08/10 10:28

mía/en este puerto bullicioso,/¡veracruzano soy!, proclámolo orgulloso/y delante de un rey, lo gritaría"). Sus padres fueron Celestino Rivera Balcárcel, originario de la parroquia de Guimarey, municipio de La Estrada, provincia de Pontevedra, Galicia, España, de oficio pequeño comerciante; y Leovigilda Ávila Ortiz, oriunda de Paso de Ovejas, Veracruz, y "cantadora de huapango".

Los primeros años del pequeño Francisco, quinto hijo del matrimonio Rivera Ávila (primero nacieron tres mujeres: Estela, Leopoldina y Natalia, y luego, tres varones: Celestino, Paco y Rubén), no serían precisamente fáciles. La situación económica de la familia Rivera Ávila no era desahogada, a pesar de que doña Manuelita Murga, generosa como era, les condonara la renta de la accesoria. En 1910, año en que estalla la Revolución mexicana, su padre fue detenido y encarcelado por creerse que él mismo había provocado el incendio de su negocio de jarciería y locería El Navío, ubicado en el mercado Trigueros; incluso su madre, sin deberla ni temerla, fue involucrada en este sonado caso: "Aprehendieron a la esposa del gachupín incendiario", rezaba una de las cabezas de la sección de nota roja de El Dictamen, que en aquella época era, sin duda, una de las más leídas debido a las detalladas y extensas crónicas que hacía de la vida de los bajos, y no tan bajos, fondos porteños. Poco después, don Celestino se tuvo que ir rumbo a La Antigua, al rancho de La Posta, donde instaló una pequeña fábrica de teja acanalada.

Además de la lejanía de su progenitor y de las penurias económicas de su familia, el niño Rivera Ávila sufrió por esos años un terrible ataque de paludismo con fiebres tercianas, muy común en el Veracruz de ese tiempo, a pesar de las mejoras que en el viejo casco urbano había realizado la omnipresente compañía inglesa Pearson & Son a principios del siglo xx. La quinina, en ese entonces único antídoto contra este mal, lo estaba dejando en los huesos, pálido y sordo, por lo que su madre lo mandó al rancho de El Salmoral, de su tío Lino Ávila Ortiz, para ver si por allá se mejoraba. "¡Lino, cuida mucho a Paco, que no se asolee, que no vaya a meterse al río!",

ésas fueron las últimas recomendaciones que doña Leovigilda, casi a gritos, hizo al tío de Paco cuando éstos partían de la vieja casona de Arista rumbo al rancho.

Lino era un buen tipo y buen jinete —contaba don Paco—, cabalgaba en el Parodia, un retinto, rejón entero, fuerte y de alzada, que al pasearlo a brida sujeta, se refistoleaba dando pasitos de lado y sacudiendo la cabeza con alegría; había acompañado al tío en la Revolución cuando [éste] militaba con la gente de Ponciano Vázquez por el norte del estado.

Además del tío Lino, en El Salmoral vivían su abuela materna, Lorenza Ortiz (mamá Lencha), "ducha en la preparación de brebajes y pócimas, además de experta en curar el ahogo y tronar el empacho"; su tío Prisciliano, sus primos Rogelio y Piedad, y Lébida, ahijada de la abuela, una "mulatita de ojos vivarachos" y "de no malos bigotes", mejor conocida como la Piola, por aquello de que "hacía bailar a cualquier trompo", quien al quedar huérfana había pasado a formar parte de la familia Ávila Ortiz. En el rancho, gracias a la vida campirana y a los platos de puchero gordo de pollo que su abuela le preparaba (café, salsas, picantes, huevos y sopas de pasta estaban prohibidos para él), el inquieto Francisco se recuperaría y embarnecería en un par de meses, tiempo en el cual, bajo la estricta supervisión de mamá Lencha, se encargaría de "darle maíz a la marrana y a las aves, ponerles agua y evitar que la marrana se saliera al camino, y por la tarde en el potrero, al pie del palo mulato, picar zacate hasta llenar la canoa y ponerle agua al bebedero"; actividades cuyo único fin era que a la hora de la comida Paco tuviera más apetito que un pelón de hospicio.

La letra con sangre entra

Su paso por la escuela no sería tampoco miel sobre hojuelas. Primero fue a una escuelita sin nombre que estaba en el Patio del Cañón,

263

23/08/10 10:28

ubicado en 5 de Mayo casi esquina con Esteban Morales, en la cual enseñaba el *Silabario de San Miguel* una "negrita jovial, atenta y cariñosa" del rumbo de Medellín llamada María Huero, novia de Rogelio Hernández, conocido sastre cubano.

En la escuela –rememoraba el cronista– nos dejaban todos los días temprano por la mañana con nuestra silla de tule. [Era] una pequeña accesoria que daba a la calle en la que la sala estaba habilitada como salón de clases con un pequeño pizarrón y en el fondo, haciendo escuadra con la sala una cortina, habilitada una silla de tule con una amplia oquedad al centro y abajo una amplia bacinica de peltre; en ese lugar se desahogaban las necesidades fisiológicas de la chiquillería.

Luego de recibir las enseñanzas de la esforzada María, el pequeño Francisco fue inscrito en la escuela de La Campana, que dirigía el maestro Gerardo Rivero, donde ingresó al primer año de primaria. Inicialmente esta escuela estaba ubicada en la plazuela de la Campana, en la esquina que daba salida a la calle de Juan Manuel Betancourt (hoy Aquiles Serdán), pero después fue trasladada a la calle Benito Juárez, en los altos de un edificio en cuya planta baja había un negocio que abastecía a los pailebotes que hacían el servicio de cabotaje: "poco recuerdo –escribió el bardo jarocho– de mi estancia en esa escuela ni de mis maestros; sin embargo, no tengo en la memoria haber vertido el llanto a causa de un coscorrón, un jalón de orejas o un reglazo". Aquí Paco Rivera viviría otra experiencia que dejaría honda huella en su memoria y que seguramente ayudaría a templar su carácter: la invasión y ocupación estadunidense de 1914, que tuvo lugar en medio del remolino de la Revolución y de la dictadura del inefable general Victoriano Huerta ("Se hizo funesta la hora/preludiando la invasión,/fue toda la población/una inmensa barricada,/que contestó a puñaladas/las injurias del cañón"), que el decimista recordaba de la siguiente forma:

264

El 21 de abril, como a las 10:00 de la mañana, se suspendieron las clases. Mi mamá me mandó a la tienda a comprar provisiones y cuando regresé a la casa, cerró la puerta, puso la tranca y nos ordenó a mis hermanos y a mí que nos metiéramos debajo de la cama. El bombardeo empezó como a las once de la mañana y hacia las cinco de la tarde salimos de debajo de la cama. El 23 ó 24 de abril los soldados gringos le permitieron a la gente salir a la calle. No había leche, no había carbón, éste lo tenían que traer de la ranchería de Vergara. Los soldados gringos [...] tuvieron que abrir con hachas las tiendas de abarrotes para repartir víveres a la población; a mi mamá le dieron frijoles, azúcar, manteca, frutas y verduras; en la terminal del ferrocarril repartieron galletas que ellos traían.

Ante la escasez de alimentos y carbón, el cierre de las escuelas, así como la ausencia de su padre –en ese momento en Monterrey–, Francisco, ni tardo ni perezoso, se puso a vender chicles y tarjetas postales entre los aburridos y amodorrados infantes de marina norteamericanos para ayudar a su atribulada madre: "Chewing gum ten cents, post card ten cents" era el exitoso pregón del audaz niño Rivera, quien llegó a vender hasta cuatro cajas de chicles diarias.

Durante los siete largos meses que duró la ocupación norteamericana no hubo actividades escolares; en virtud de que los profesores acordaron no servir a las autoridades impuestas por las fuerzas extranjeras, se clausuraron las aulas y se perdió el año escolar. Así, Paco, junto a "la palomilla de la barriada", se dedicó "a corretear libremente por la sabana y a pataperrear por la ciudad" ("Campamento en la sabana/en el médano y los Cocos/la ciudad duerme despierta/pues hay que prender los focos/y tener la puerta abierta"). Lo único digno de verse entonces era cuando algunas de las bandas de música de los barcos, una vez a la semana, desfilaban por Independencia y 5 de Mayo: "todo el conjunto uniformado y el

director dirigiendo con un bastón muy adornado y con la chamacada acompañando el desfile".

Al embarcarse las fuerzas estadunidenses y dejar la ciudad en manos de los constitucionalistas, a fines de 1914, los colegios reanudaron sus labores, pero el travieso Paco ya no regresó a la escuela de la Campana, sino que fue inscrito al primer año de la Cantonal (hoy Francisco Javier Clavijero), ubicada en el centro del parque Ciriaco Vázquez, y cuyo director era don Abraham Morteo, profesor "de buena estatura y presencia, reposado y de buen trato". Ahí, el niño Rivera hizo íntima amistad con los hermanos Vendrell, Juan Rovira, el chamaco Caraveo y los hermanos Vargas: Luis, Francisco y Aurelio, conocidos como los Tres Mosqueteros e hijos de don Chico Vargas, acaudalado ganadero y agricultor. Este infernal grupo, en la primera oportunidad, se escapaba de la escuela para hacer de las suyas por los alrededores, como por ejemplo, vaciar los puestos de golosinas, frutas secas y helados que se instalaban en el Ciriaco Vázquez en la época de las loterías, hasta que un mal día los puesteros les cayeron en la movida y don Chico Vargas tuvo que "apechugar" el pago de la multa de diez pesos, suma a la que ascendía el producto de todas las fechorías de este grupito de enfants terribles, el cual, al final de cuentas, fue expulsado de la Cantonal.

Luego de esta bochornosa experiencia, y con la idea de alejarlo de la tropa de maloras del rumbo del parque, Paco fue inscrito otra vez al primer grado, en la escuela José Miguel Macías, ubicada en Esteban Morales número 15, a una cuadra de su casa, en los altos del Cuartel de Bomberos (de ahí que se le conociera como "la Bomberos"), donde hizo migas con Guillermo Betancourt, Alfredo y Alberto Lenz, Lorenzo y Juan Veytia, Lalo Cueto, el Chivo Matus, Antonio Campillo, Nacho Carmona, Rafael Lagunes, Polillo y Manuel Blanco Cancino, entre otros. En la Macías, dirigida a la sazón por el cuentista y novelista tlacotepecano Justino Sarmiento, su maestra era Estelita Fentanes, "bonita, delgada, bajita de cuerpo, de una agradable y fina voz, atenta y amable con sus alumnos [...] Siempre con su carpeta a la hora de iniciarse las clases" ("Vine a dar a la Macías/en serio con nuevos planes/sin bullas ni correrías/con Estelita Fentanes"). Pero de ahí, más temprano que tarde, el rebelde infante sería nuevamente expulsado. Sólo en la Politécnica Minerva, del sabio profesor cubano Alejandro M. Macías, meterían en cintura al indomable Francisco, quien no sólo le tomó cariño al estudio sino que perdió la costumbre de "pataperrear" por todos los rincones del jarocho puerto:

Qué largo viaje había transcurrido –reflexionaba el juglar veracruzano–, cuánto tiempo perdido, maestros, compañeros, maldades y travesuras, qué largo viaje, pero siempre en el mismo lugar del pupitre viendo los pizarrones y sin entender el porqué de mi estancia en los salones. Eso fue [...] lo que motivó mi cambio a esa escuela.

La Politécnica Minerva, situada en Arista esquina con el callejón de la Lagunilla, era una primaria donde, además de los "externos", admitían alumnos "internos" y "medio internos". El primero y segundo años los atendían Rosita y Eva Loperena, respectivamente; el tercero, Manuel Macías Loredo, hijo de don Alejandro, y este último se hacía cargo del cuarto al sexto años, en un amplísimo salón que daba a la calle de Arista. El maestro de taquimecanografía era don Humberto Sheleske, tlacotalpeño; el de música, don Faustino Saldaña; y el de inglés, don Valentín D'Othemar quien "tenía una hija de perfil helénico y cuerpo de Afrodita, Anita D'Othemar, muy admirada por los atributos que la adornaban". Al respecto, relataba el Novo porteño:

En el primero y segundo año eran de uso los pequeños pupitres, con su asiento de banca para dos plazas; pero en el salón grande ya las carpetas particulares cubrían todo el espacio, amplias, con su tapa de escritorio y su cerradura, eran de dos plazas, pero los que carecíamos de ella nos acomodábamos en el asiento sobrante sin cuidado ni dificultades.

En esta escuela:

La población escolar era heterogénea, sin ser elitista, sí había una gran mayoría de alumnos de familias acomodadas, pero en lo general el ambiente era liberal y demócrata, guardando las distancias, había camaradería y respeto mutuo [...] regaños y castigos, cuando se aplicaban, se repartían parejos, así como las calificaciones y reconocimientos.

Por otro lado, "no había recreo, ni receso entre las horas de clase, nos íbamos en un solo son desde las ocho hasta las doce, sin cambiar combustible hasta sonar el timbre de salida". Paco, quien había sido admitido como medio interno por una mensualidad de 15 pesos, entraba a las 8:00 de la mañana y salía a las 6:00 de la tarde. De su casa le llevaban sus alimentos y, junto con los famosos hermanos Vargas (quienes también habían ido a dar a la Politécnica) y los hermanos Vera, compartía la mesa a la hora de la comida principal con la familia Macías.

Su condición de medio interno le permitió hacer buena amistad tanto con los alumnos internos como con los externos. Entre los primeros estaban Raúl Raymond Deschamps, Pedro y Carlos Salicrup, Domingo Kuri y Raúl Díaz Morales, de Tuxpan; Eugenio Collado y Ernesto Montessoro, de Gutiérrez Zamora, y Pancho González Jordán, Pepe Vior, José y Eduardo Lliteras Cárdenas, y Alfonso Mayans, de Campeche. Entre los segundos, los Llerena: Sebito y Ramón; los Alverdi: Manuel, Abelardo y Alonso; los De la Puente: Juan, Luis y David; los cuates Pasquel, Rafael Cuervo Hoffman, Raúl Sempé, Chicho Betancourt, Miguel Ángel Franyuti, Luis Méndez Rocha, Joaquín Tiburcio Pérez, Pepe Barba y una "pequeña

guerrilla de la legión extranjera": Guillermo Jedermann, cuyo padre era dueño del restaurante alemán Gambrinus, situado en Lerdo número 29; Ricardo Aigster, Adolfo Hegewisch, Pepe Lajud y Lorrimer Hogg, hijo del cónsul de Inglaterra.

En la Politécnica Paco terminaría la primaria, no sin sufrir más de un centenar de "arrestos", los cuales consistían en que se tenía que quedar a dormir en la escuela sábado y domingo, y regresar a su casa hasta el lunes siguiente a las 6:00 de la tarde, donde sus preocupados progenitores le propinaban al llegar una "tremenda zapatiza". En realidad, el único día de holganza que le quedaba al niño Rivera era el domingo: por las tardes, entre las 4:00 y 7:30, iba al nuevo Salón de Variedades –aquel de láminas de zinc, todo cerrado, donde hacía un calor sofocante a pesar de los ventiladores de techo, que regenteaba don Juan Ansesa- a ver la película de moda, francesa o italiana; y ya por las noches, en el comedor de su casa y a la luz del quinqué (porque en la accesoria donde vivía no había luz eléctrica) se "ponía a leer en voz alta algunos párrafos de novelas o fragmentos de poesías de un viejo tomo [de la colección] El Tesoro de la juventud". Otro de los pasatiempos favoritos de Paco en aquellos años, y que mantendría a lo largo de su vida jugando en la "sabana" o en los llanos de la cuenca del Papaloapan o como simple espectador, era el beisbol:

De chamaco jugué en la sabana en el equipo Dos Equis, aquí en Veracruz; cuando estuve en Papalopan [Oaxaca] jugué en el Stanfruco. Me acuerdo que en Veracruz había varios parques de béisbol: el parque Aguirre, en las calle de Arista y Xicoténcatl; Los Tocayos, en Pino Suárez y Progreso (hoy Cortés); Las Olas, que estaba por la arrocera; El Caballo Muerto, en Pino Suárez y Lerdo; La Bola de Cal, en Allende y Velázquez de la Cadena [...] el parque Docurro, que estaba en Xicoténcatl y Barragán, donde jugaba El Águila de Veracruz. La barda de este parque era de madera y por los agujeros que tenía se po-

día espiar. Durante los juegos, si la bola salía del parque, la persona que la devolviera podía entrar gratis. Los lunes no había juegos, así que los chamacos aprovechaban para ir a escarbar en la arena, buscando monedas que los aficionados aventaban para premiar las buenas jugadas de los peloteros. La época de oro de El Águila fue en los años treinta, cuando Jorge Pasquel trajo excelentes jugadores norteamericanos y cubanos; entre estos últimos a Martín Dihigo, un jugador fuera de serie.

Aprendiz de todo, oficial de nada

Al concluir la primaria, a principios de la década de 1920, Paco se fue a vivir a la ciudad de México con su hermana Leopoldina, que ya estaba casada, con el objetivo de estudiar en la Escuela Libre de Farmacia y Química, pero esta institución resultó ser un fiasco, pues jamás iniciaron las anunciadas clases. No le quedó más remedio que inscribirse en la Escuela Nacional Preparatoria, a la cual se podía ingresar una vez terminados los estudios primarios. Dos años y medio después, por desgracia, tuvo que regresar al puerto debido a los problemas económicos de su familia; sin embargo, esta aventura capitalina sería a la postre trascendente en la vida de Paco, ya que en esa corta temporada en la ciudad de México se hizo aficionado a la poesía leyendo Hojas Selectas y en la Escuela Nacional Preparatoria aprendió las bases de la métrica, siendo alumno del poeta tuxteco Erasmo Castellanos Quinto. Pero sobre todo porque en 1924, en una casa de citas, donde se reunía a comer y a convivir la palomilla de veracruzanos en el "exilio", conocería a un personaje singular y que sería, de por vida, uno de sus más íntimos amigos: el músico-poeta Agustín Lara.

Era una casa de citas de 1924 –contaba el poeta– donde no había baile, ni copa, ni nada. Se citaban ahí nada más y se iban: "Vengo por María Elena" y ya salía María Elena. "Vengo por Rosa" y ya salía Rosa. No había música, copa ni bulla [...] ahí

conocí a Agustín [Lara] porque él tenía la costumbre de ir determinadas veces, porque ahí se juntaba un grupo de veracruzanos, algunos de ellos amigos de él [...] No había piano pero había guitarra y Agustín tocaba muy bien la guitarra, magníficamente. Y entonces empezaba a darle a conocer a la palomilla de ahí de esa época, sus canciones primitivas. Era muy dado a cantar música cubana de Sindo Garay, el más polifacético y más viejo de los compositores [isleños].

Ya en la ciudad de Veracruz, allá por 1926 ó 1927, el joven Francisco, ante la precaria economía familiar, iniciaría un largo periplo por el mundo del trabajo, como aprendiz de todo y oficial de nada, lo cual, andando el tiempo, no lo haría precisamente millonario pero sí inmensamente rico en experiencias y dueño de una muy *sui generis* filosofía de la vida.

Primero se incorporó como camarero a la Compañía Mexicana de Navegación, en la ruta Tampico-Veracruz-Progreso, ganando 150 pesos mensuales más las propinas que le daban los pasajeros que viajaban en primera clase; sin contar los "extras" que obtenía como producto de la venta clandestina de tortas de frijoles y café negro a los pasajeros de tercera clase, que él mismo preparaba con las sobras de la comida de los oficiales del barco. "Cuando entré a trabajar a la Compañía —rememoraba el vate jarocho—, pensé que con el tiempo la situación económica de mi familia mejoraría y podría regresar a la escuela, pero eso nunca sucedió."

Dos años después, hacia 1930, cuando la Compañía le vendió su flotilla de barcos a la Cooperativa de los Alijadores de Tampico, el joven Paco regresó a Veracruz y entró a trabajar a la farmacia El Águila (propiedad de Elías F. Díaz y Ángel del Río Hinojosa, ubicada en avenida Independencia, número 197), como ayudante de farmacéutico. Al principio su trabajo consistía en lavar los frascos y morteros, pero muy pronto Francisco se convertiría en un hábil farmacéutico práctico, capaz de preparar píldoras, tintes, ungüentos

y toda clase de menjurjes, pues en aquella época las medicinas de patente eran prácticamente inexistentes en México.

Así, luego de un tiempo de trabajar en El Águila, se fue un año a Cosolapa, Oaxaca, a atender una farmacia; regresó de nuevo al puerto y entró a trabajar a la farmacia Santo Domingo, de los hermanos Mares, ubicada en Independencia, número 36, en la cual estuvo dos años. Después, invitado por el doctor Nicandro Melo –abuelo del escritor Juan Vicente Melo—, se hizo cargo de la farmacia del sanatorio de la Standard Fruit Company, en Papaloapan, Oaxaca, donde se quedaría por siete largos años ahorrando dinero para casarse con su novia (y después compañera de toda la vida) Imenia Tiburcio Valenzuela, nacida en la ciudad de Veracruz ("Gracias por tu bondad amada mía/por la mirada de tus lindos ojos/por tus manos de lirio y tu alegría/por la sonrisa de tus labios rojos/que me brinda tu boca cada día").

A su regreso al puerto, el 1 de marzo de 1939 (a los treinta y un años de edad), como había prometido, el apuesto Paco Rivera contrajo nupcias con la joven Imenia, con la cual procrearía dos hijas: María Cristina y Dulce María Rivera Tiburcio. Sin embargo, el dicharachero Paco no sentaría cabeza; al contrario, sus bodas eran apenas el inicio de una vida dedicada al jolgorio, la buena vida y la bohemia, para gloria y beneficio de la cultura popular del puerto.

Ya en la década de 1940, con la responsabilidad de mantener una familia, *Paco Píldora* siguió trabajando en las farmacias, primero en una que estaba en la esquina de Independencia y Miguel Lerdo, después en otra que instaló junto con el doctor Canales en la calle de Doblado, luego en la Farmacia del Portal, en Independencia esquina con Mario Molina, y más tarde, ya como negocio propio, en la farmacia Salud, en Zamora número 220, un local en cuya parte trasera vivía con su familia. La ventaja de trabajar en el corazón de la ciudad es que podía desplazarse con facilidad a cualquier punto de ella a aplicar inyecciones por la módica suma de un peso; pero sobre todo, podía escaparse a los bares —sus preferidos eran el del hotel

Royalty, el del hotel Diligencias y el Palacio, en los Portales de Lerdo— y los cafés a cotorrear el asunto del día y a componer el mundo con sus amigos *la Ranilla* Ramos, los ingenieros Ortiz Castellanos, Raúl Rodríguez y Eugenio Meléndez, el profesor Bismark Ánimas, el contador Manuel Cuevas Sánchez, Manuel Villagómez, Andrés *Negro* Torres, el capitán Ochoa y *el Manojo* Lara.

Este grupo, cuyos integrantes, por cierto, eran en su mayoría profesores del Instituto Tecnológico de Veracruz (Paco impartiría ahí, durante varios lustros, clases de Literatura Española, Historia de México e Historia Universal para completar sus no muy jugosos ingresos como farmacéutico), se reunía todos los fines de semana con el único y exclusivo fin de divertirse a costa del prójimo. Al principio -recordaba don Paco- lo hicieron en casa de alguno de ellos: "el anfitrión ponía la comida, lo que tuviera a la mano, y los demás los 'pomos'. Cotorreábamos, tocábamos el piano, etcétera [...] Estas reuniones se terminaron porque nuestras esposas se enojaban por el desorden y lo sucio que dejábamos las casas". Así, para poder continuar efectuando sus encuentros semanales, al grupo no le quedó más remedio que rentar un local, el cual poco a poco fueron acondicionando con una mesa larga, sillas, estufa, refrigerador y cubiertos; contrataron además a un par de avezados cocineros yucatecos, quienes servían a la mesa de estos sibaritas caldo de pescado, mondongo y toda clase de apetitosos antojitos regionales: hasta las 8:00 de la noche eran Los Inmortales, y luego de esa hora, a partir de la cual se proyectaban películas no aptas para menores de edad y personas de estrecho criterio, desaparecía la t y se transformaban en Los Inmorales. "Así –aseguraba el cronista– duramos seis o siete años; pero empezó a llegar gente nueva, amigos de los amigos; se empezaron a 'perder' las cosas que teníamos en el local, hasta que finalmente se dispersó el grupo."

En esa misma época, Paco abandonó temporalmente las labores farmacéuticas para dedicarse a otros menesteres, aprovechando que su padre, don Celestino, se había sacado la lotería. Éste le regaló 6 mil

23/08/10 10:28

pesos a Paco, quien se asoció con un amigo para comprar un camión de volteo, con el cual se fueron a prestar sus servicios en los trabajos de construcción de la carretera Veracruz-Alvarado; sin embargo, los contratistas resultaron ser unos auténticos embusteros y a Paco y su amigo no les quedó más remedio que buscar suerte por otra parte. Pero, como reza el dicho popular, "no hay mal que por bien no venga": por un tiempo el camión de volteo le sirvió a Paco para llevar a pasear a su familia y a algunas amistades por los rumbos de Punta Gorda, el Penacho del Indio, Mocambo, el Tejar, Medellín, las Amapolas y Paso de Ovejas, entre otros lugares cercanos al puerto de Veracruz.

Sin desatender nunca sus clases en el Tecnológico, en 1959, siendo presidente municipal Tomás Tejeda Lagos, Francisco llegaría a ser (paradojas de la vida) ¡secretario de la Inspección de Policía de la ciudad de Veracruz! Empero, como "no le gustó el ambiente", renunció al puesto y entonces le ofrecieron el de director de la Biblioteca del Pueblo, que "aceptó gustoso".

Bohemio de tiempo completo

Pero si por un lado el joven Paco no daba pie con bola en su vida laboral, por otro, empezaba a mostrar sus dotes de cronista, de poeta popular y de bohemio de tiempo completo. Al principio colaboraba en revistas locales de efímera existencia, como las que dirigían Manuel *Lengua* Sánchez y Francisco *Chico* Aguirre: en la primera escribía la sección "El lado bueno de las cosas malas", en prosa, y la columna "Cachetadas", con un epigrama bajo el seudónimo de *Don Q*; en la segunda, la sección "Portaleando", en broma, y la columna "Coscorrones", con un epigrama bajo el sobrenombre de *Pacorro*.

Posteriormente, durante algún tiempo, incursiona en el teatro. Aunque escribió varias comedias de claros tintes locales, acaso sea la más memorable *Don Juan Velorio*, parodia de *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, "con situaciones, hechos y personajes del mundo conocido y popular del puerto". Esta parodia, cien por ciento jarocha, se

23/08/10 10:28

presentó por primera vez en 1950 en el teatro Carrillo Puerto (hoy Clavijero), con la actuación del grupo teatral La Farándula, y aunque fue un gran éxito artístico, económicamente resultó un rotundo fracaso. Dos años después (1952), los días 1 y 2 de noviembre, en el mismo recinto, La Farándula puso otra vez en escena esta parodia pero con un nuevo elenco, cuyos personajes principales eran: Don Juan Velorio, personificado por Juan Manuel Reyes, "extraordinario actor teatral y un magnífico declamador"; Doña Inés de Ulúa, por Lourdes de la Garza; Bufareli, por José Pérez de León *Popocha*; Don Luis Lejía, por M. de la Garza; Rígida, por Elsa Díaz; Don Gonzalo de Ulúa, por Mariano García, y el Capitán Botellas, por José E. Mendoza. Fue tal el triunfo de esta comedia, que la función no sólo se repitió los primeros tres días de la semana siguiente, sino que durante algunos años, en los Días de Muertos, La Farándula presentaría otras obras salidas de la aguzada pluma de Paco, como Don Juan Chilorio, con la actuación estelar de Concepción R. de Galván, alias la Chilorio (mote que le venía de vender cacahuates y naranjas con chile afuera de las escuelas de Veracruz), Un velorio en el barrio de La Huaca y La reina desfila a pie.

A partir de mediados de la década de 1950, y durante casi veinte años, Paco Rivera escribiría en *El Dictamen* una plana dominical titulada "Estampillas jarochas", bajo el seudónimo de *Párroco*, después de *P. A. Corro*, luego de *Fray Vera*, posteriormente de *Ciriaco Ferrans* y finalmente de *Paco Píldora*.

Por esa época –relataba el bardo veracruzano– ocurrió que murió un humorista veracruzano [y cronista de la ciudad de Veracruz]: Pepe Peña, José María Peña y Fentanes, quien escribía en *El Dictamen* [su columna "Amenidades históricas"]; entonces, un día en el café me dijo *el Cuate* Malpica: "Oye Paco, se murió Pepe, ya tú lo sabes; yo quiero que vayas al periódico". Yo le dije: "Mira, no voy a poder, Pepe escribía en prosa, no voy a poder, para qué más". Pero de todos modos escribí algo que

23/08/10 10:28

275

pensaba titular "El lado bueno de las cosas malas" y se lo llevé. Me recibió el que era jefe de redacción, Félix del Cantalicio Martínez, vio mi escrito y lo botó. No más así. Y me dijo: "Eso no sirve, lo tuyo es en verso. Tus cosas en verso, no en prosa". Y pues me obligó y empecé a trabajar en verso.

La primera estampilla se la dedicó al *bikini*, "que entonces era algo cantinflesco, muy distinto al de ahora" ("Ha causado sensación/alboroto y faramalla,/ese modelo de playa/de reciente implantación./Multas, sanciones, prisión/contra su uso se han dictado;/ha intervenido el papado,/los jueces, la policía,/pero con mucha alegría/las hembras lo han aceptado"); ya luego le pusieron un "monero" para que le hiciera una caricatura a cada estampilla que publicaba, y que resultó ser un yucateco, *Mézquita*, quien no "estaba muy al tanto" del mundo popular jarocho. "Yo tenía que llevarlo a que conociera un patio de vecindad para que dibujara los lavaderos—decía el decimista—, para que se ambientara. Él sabía de dibujo pero de caricatura nada. Yo tenía un libro de caricaturas de [Rafael] Freyre, veracruzano, y se lo di para que aprendiera: le sirvió mucho".

En 1957 saldría de la prensa Veracruz en la historia y en la cumbancha, con una selección de poemas jarochos, donde, con fina ironía y un humor inigualable, hace una historia puntual del acontecer del puerto desde su fundación hasta esa fecha. Sin esta obra ya clásica de la literatura popular porteña, reeditada después en varias ocasiones, como bien ha dicho el historiador Bernardo García Díaz, sería imposible imaginarse los salones de baile, los grupos musicales, los personajes y los barrios populares de antaño, recrear, en una palabra, la cultura popular de Veracruz de la primera mitad siglo xx.

Pero además –abunda García Díaz–, y mucho antes de que a decenas de sesudos estudiosos de la universidad se les ocurriera, tuvo el tino de colocar a Veracruz en el ámbito cultural que le

corresponde, es decir, en su contexto cultural caribeño, al señalar enfáticamente [en aquella primera obra de su autoría] todo lo que de cubano ha tenido el puerto.

Y eso que, aunque parezca increíble, Paco Rivera ¡jamás puso un pie en la mayor de las islas del Caribe!

Posteriormente, como en todos los periódicos aparecían epigramas, *Nillo* Malpica le pidió a Paco que le hiciera unos para *El Dictamen*, entonces Paco empezó a publicar uno diario con el título de "Piquetitos", primero, y con el de "Chinampinas", después ("El epigrama ha de ser/el aguijón de una abeja/que vuela, pica y ahí deja/manifiesto su poder./Claro que debe tener/en la rima aristocracia,/no ser procaz ni ofensiva/y ha de llevar muy arriba/ingenio, donaire y gracia").

Lo de *Paco Píldora* surgió –y dónde más pudo haber sido– en el curso de una de las tantas juergas que acostumbraba:

Un día que andaba yo de "picos pardos" –contaba divertido el juglar porteño– con un amigo [Luis Calderón] al que le decíamos el León Viejo, me fueron a vender, sacadas del muelle, a granel, píldoras de Foster que sirven para los riñones, y tiñen la orina de azul porque tienen "azul de metileno". Mi amigo traía hipo, y yo para que se le quitara porque ya me tenía harto, y también para gastarle una broma, le insistía en que chupara una píldora para que se le disolviera en la boca, escupiera azul y se espantara; como él no se dejaba, lo molesté tanto, tanto, que ya cansado se tomó una y me dijo: "¡ya deja de estar chingando, tú, Paco Píldora".

Y de ahí pa'l real. Pero Paco no se andaba por las ramas. Así que un día cualquiera, a principios de los años setenta, en el programa televisivo "Dimes y diretes" que se transmitía en el Canal 2 de Veracruz, y que conducían él y un amigo suyo, el ingeniero González,

tuvieron la osadía de criticar a la Junta Local de Mejoras Materiales del H. Ayuntamiento por la cantidad de baches que había en las calles de la ciudad; hasta organizaron entre su teleauditorio un concurso, cuyo ganador sería quien descubriera el bache existente más grande y profundo. Como era de esperarse, el Decano de la Prensa Nacional, siempre del lado de los poderosos, los mandó por un tubo, sin más explicación de por medio que la que se exponía en un lacónico oficio:

Yo pienso –aseguraba el Novo jarocho– que por ahí vino la cosa. Era entonces el jefe de la Junta Local de Mejoras Materiales Alberto Tapia Carrillo. Y él ya me había echado muchos padrinos, pero yo le decía: "Mira Alberto que yo no masco 'chapo'. Vete". Pero yo no sé cómo le hizo él. El caso es que de *El Dictamen* me mandaron un oficio, hasta el mismo programa, dándome de baja. Por dificultades económicas, me dijeron. A mí, y al ingeniero González.

Entonces, de inmediato, Alfredo Salces, dueño de *Notiver*-Radio, siempre a la caza de "la noticia en el momento en que sucede", contrató a Paco para que continuara escribiendo sus "Estampillas jarochas":

Salces –recordaba el epigramista– me habló y me dijo:

- —Oye, qué tal si faltando diez para las 7:00 a.m. te doy un telefonazo y me pasas la Estampilla.
 - —Bueno —le dije—, pues juega.

Y ahí empecé a colaborar hasta que se fundó el periódico [Notiver].

En éste Paco se integró como corrector de estilo y, desde luego, continuó escribiendo puntualmente, hasta el final de su vida, sus imprescindibles "Estampillas jarochas", así como una sección titulada "Revolviendo papeles", en prosa, de carácter autobiográfico:

Nunca había estado en un periódico. Siempre había sido únicamente colaborador. Nada más de enviar mi colaboración. Y ahí sí tenía que corregir, que hacer mi artículo, y todo, e irme a las dos de la mañana. Sin recibir sueldo, ni nada. [...] Alfonso [Salces] escribía mucho. Tenía una maquinita eléctrica que no ponía acentos, ni comas, ni puntos. Ni casi nada. Nada más me pasaba las hojas para corregir. A veces le decía:

- Espérate, hombre, ya tengo aquí diez. Aguántame un ratito.

Paralelamente, a partir de septiembre de 1973, junto con el magnífico poeta satírico orizabeño Pancho Liguori y otros colaboradores, Paco empezó a publicar El Chakiste, periódico quincenal escrito en verso, financiado totalmente por Rafael Lechuga Mont el Chino, uno de sus íntimos amigos, y que en marzo de 1974 tomaría el nombre de El Chaquiste Versador. El subtítulo de este periódico (con formato de 30 centímetros de ancho por 40 de largo) era por demás elocuente: "Juguetón y Bullanguero", y sus editores lo presentaban, no sin cierta sorna, como el "Órgano del Taller de Poetas y Aprendices de la Bohemia Veracruzana". Tenía, además, un revelador epígrafe de Emilio Cantarel que ponía en entredicho un famoso verso del poema "Asonancias" del vate porteño Salvador Díaz Mirón: "En esta vida por desgracia nuestra/he comprendido ya con gran tristeza,/que sí tiene derecho a lo superfluo/quien de estrecha honradez/siempre carezca". En el número 1 de El Chakiste, (publicado el 5 de septiembre de 1973) Liguori escribió siete "Décimas en Homenaje a Paco Píldora", que pintan de cuerpo entero y en forma admirable a este estampador del puerto; baste como muestra un botón: "Saludo a Paco Rivera,/jarocho de buena ley,/de los copleros el rey,/y vate aunque no lo quiera./Porque con su guayabera,/su aspecto de hombre maduro/y su cigarro y

¹ "Sabedlo, soberanos y vasallos,/próceres y mendigos:/nadie tendrá derecho a lo superfluo/mientras alguien carezca de lo estricto", dice a la letra el primer verso de "Asonancias", de Díaz Mirón.

su puro,/de su Veracruz amado/conoce bien el pasado/y vaticina el futuro".

Asimismo, Paco redactaba y leía cada año el Bando Solemne del Carnaval, en el cual, además de dar a conocer públicamente el testamento de Juan Carnaval y de mandar línea sobre el comportamiento a seguir a todos los amantes de las fiestas carnestolendas, se pitorreaba sin ambages de las sacrosantas autoridades locales y de todo aquello que anduviera "chueco", ante la presencia de sus amigos de juerga, todos disfrazados, entre ellos Ismael Hernández Vázquez *Chatosky*, Chucho Herrera, Amado Reyes, *Bibí* Martínez, Rafael *el Loco* Oroza y *el Chocho* Perea, y de la alborotada plebe jarocha que abarrotaba el Malecón del Paseo, el zócalo o la calle de Morelos, frente a la Biblioteca del Pueblo.

Por si fuera poco, *Paco Píldora* se daba tiempo para involucrarse en aventuras absolutamente quijotescas, como fue, sin duda, la inolvidable "campaña" de Salvador Kuri Jatar, alias *Sakuja*, en 1958, por la presidencia municipal de Veracruz representando al "Partido Reformista Inmaculado". La utópica como subversiva "plataforma de gobierno" de este conocido comerciante de telas de origen siriolibanés decía a la letra:

El Ayuntamiento se compondrá únicamente de: el presidente municipal, que tendrá labores de tesorero, un síndico que se encargará de la banda infantil del Hospicio y un regidor para los ramos de policía y educación, que trabajarán unidos, pues a mayor educación menos policía, todos los funcionarios que trabajen en palacio no cobrarán sueldo, y desaparecerán de inmediato los inspectores por ser su presencia del todo inútil en la ciudad, el orden y la vigilancia se hará por medio de los jueces de manzana, que atenderán las quejas de los vecinos; el agua, la luz y la limpieza será motivo del cuidado diario de la ciudadanía que turnándose ejecutará estas funciones.

Pero más que su "plataforma de gobierno", lo que le preocupaba al Partido Revolucionario Institucional, que entonces gobernaba el país de manera autocrática, era que los mítines del popular Sakuja, realizados en la Plaza de la Constitución, eran cada vez más nutridos y sus miles de partidarios (hecho inédito) llegaban "por su propio pie y sin molestos y obligados acarreos", entonando: "¡Puja, empuja y arrempuja!... ¿Quién? ¡¡Sólo uno... Sakuja!! ¡¡Tácaselo Salvador!!" Entre sus seguidores, por supuesto, no podían faltar personajes como la Chilorio, el Loco Amado, Tanislao, la Negra del Chongo y el Bombero. Así, ante el creciente arrastre que Sakuja iba adquiriendo entre los variopintos contingentes de trabajadores locales y la población en general, el pri-gobierno intentó, en un primer momento, boicotear los mítines del "Reformista Inmaculado" cortando la luz eléctrica en el circuito del Zócalo. Pero como los líderes de este "partido político de oposición" pretendían tomar el Malecón del Paseo, a la altura de las ruinas del quiosco Atlántida, para continuar haciendo ahí sus concentraciones multitudinarias, a las autoridades estatales no les quedó más remedio que echarles encima a la fuerza pública, montada y de a pie, para cortar de raíz esta "afrenta política", que si bien es cierto había empezado como una broma, cada vez más iba adquiriendo ribetes de seriedad inadmisibles. "Ahí terminó [...] la candidatura de Sakuja a la alcaldía –rememoraba el vate veracruzano– y me gané su enemistad y su rencor, pues le dijeron que [yo] ya me había vendido por 25 mil pesos, cosa ésta [que no era cierta] pero que jamás me perdonó y me alejó de su amistad".

Ya en los años sesenta, cuando Agustín Lara vivía en Veracruz con Rocío Durán, Paco participaba en los programas de radio para la xew que se transmitían a control remoto desde la mágica Casita Blanca, la cual le había regalado al *Flaco de Oro* el entonces gobernador de Veracruz Marco Antonio Muñoz. En esos célebres programas participaron, además de Agustín y Paco, casi siempre en pareja, Pedro Vargas y Toña *la Negra*, Alejandro Algara y Rebeca, Pepe Guízar y

Amparo Montes, entre otros famosos cantantes. Sobre el ambiente festivo que se respiraba en dichos programas, *Coco* Durán recuerda:

Desde la Casita Blanca mi papá [Agustín Lara] aceptó hacer unos programas de radio para la xew. El patrocinador era la Compañía General de Aceptaciones. Paco Rivera, el mejor pregonero de Veracruz, gran literato, periodista y colaborador del periódico El Dictamen, improvisaba, entre cada canción, un verso con sal y pimienta. Lo mismo hacía nuestro compadre Popocha. Cada semana llegaba el equipo que se comprendía del locutor Ignacio Santibáñez, dos cantantes y doce técnicos, en el vuelo de las 12:00 p.m. Había que darles de comer y de beber a todos. Aquello, más que transmisión del programa, era una fiesta radiada y amenizada por los Tigres de la Costa. Ensayaban y comían como benditos. El programa pasaba a las 8:00 p.m. Se ponían altavoces afuera de la Casita Blanca para que los tumultos [que había afuera] siguieran el programa. Todos los programas eran un éxito, pero quizá el más recordado fue en el que participaron Pedro Vargas, Pepe Guízar, Rebeca y mi papá. [...] Afuera la gente se subía en los toldos de los automóviles, se subían a la reja de la casa y ensuciaban toda la calle, y no faltó la vez que temí que hasta se bebieran el mar. Cuando se presentó Amparo Montes con Alejandro Algara, la gente empezó a llegar una hora antes, a pie, en carro, en carretas, con sillas; y pidieron a gritos que pusieran una bocina más. Mi papá se condolía y solía abrir las puertas de la casa, y estas fiestas se prolongaban hasta el alba. Se hicieron quince programas maravillosos. Por otro lado, cada festejo le costaba a mi papá cinco mil pesos de aquella época. Era más caro el caldo que las albóndigas. Pero lo más importante era lo que estas transmisiones y muestras de cariño de su público veracruzano le aportaban a mi papá: ya no pensaba en su enfermedad, en el D.F. Más que el vino, lo que le embriagaba era su popularidad.



Camino hacia la inmortalidad

En 1981, la agitada vida de Francisco Rivera se ve interrumpida abruptamente por una severa trombosis que casi acaba con su vida. Un poco pesimista (aunque no amargado) ante el ambiente de inseguridad que según él se vivía en la ciudad de Veracruz en ese momento, decide irse con su esposa Imenia, en una especie de "autoexilio voluntario", a Tuxtepec, Oaxaca, donde ya vivía su hija Dulce María con su esposo José Algimiro y sus cuatro hijos.

Me voy de aquí –declararía el cronista a un medio local– porque se ha deshumanizado la gente que vive en el puerto, vivimos una eterna zozobra, no hay seguridad; los pocos veracruzanos que quedamos nos sentimos extraños en nuestro propio lugar de origen y me voy a Tuxtepec a radicar definitivamente, porque creo que allá voy a ser útil y podré servirle desinteresadamente a ese pueblo que es ordenado, pacífico y donde creo que todavía no ha llegado la maldad. Quiero cuidar a mi compañera y vivir los últimos años que me quedan en paz y tranquilamente y sin esta angustia que vivo en Veracruz [...] Ahí tengo ya planeado hacer mi "parroquia", porque tengo amigos con quienes puedo fundar una peña para perder una o dos horas y platicar de lo que es nuestro.

Don Paco, un tanto nostálgico, se quejaba también de que a los jóvenes de fin de siglo ya no les interesaba el pasado y la cultura de Veracruz, y de que los lazos de solidaridad que caracterizaban a los habitantes de antes ya habían desparecido:

Tal vez por los años que tengo, setenta, yo esté mirando las cosas de otro modo, pero [...] los jóvenes no conocen lo que es Veracruz, posiblemente porque no hemos tenido la capacidad y la paciencia de enseñarles nuestras tradiciones, nuestra historia y por eso vemos tantos desmanes [...]

Personajes veracruzanos.indd 283

El Veracruz que yo viví creo que nunca volverá, porque están desapareciendo sus famosos patios de vecindad. Aquella llave de agua, los lavaderos, el inodoro, que eran servicios comunales y que se pudiera pensar fueran factores de envidia y pleitos, servían para unir más a los vecinos y para hacer más llevadera la convivencia. En la actualidad ya no es posible ver [...] que los vecinos se ayuden mutuamente. Todo eso se ha perdido.

Sin embargo, y a pesar de todo, luego de siete años de "autoexilio voluntario" durante el cual sus familiares y amigos lo apapacharon, y relativamente repuesto de su enfermedad, aunque con algunas "contrariedades" en su salud por las medicinas que debía tomar y las secuelas que le dejó la trombosis, Paco regresó a su amado Veracruz. Y si bien ese exquisito poeta satírico que fue Liguori, afirmó en una sus "Décimas en Homenaje a Paco Píldora": "Él dice que ya no espera/ni permite que lo aclamen,/ni que poeta lo llamen/y que ya pasó a la historia,/¡porque sabe que su gloria/no necesita dictamen!", lo cierto es que al final de su fructífera, jocosa y sencilla existencia le llovieron las distinciones y reconocimientos, muy a pesar suyo.

Así, en 1988, justo cuando cumplía ochenta años de edad, su querido amigo Gregorio Rodríguez Terán (mejor conocido como Goyo Mondongo, ex monarca del Carnaval de Veracruz), con el apoyo de Adela Lagos Ramón, promotora del Instituto Veracruzano de la Cultura (IVEC), le organiza un cálido y merecido homenaje, en el que participan Guillo Cházaro Lagos, Roberto Luis Prado Miravete, Félix Martínez González, Nayo Lorenzo Camacho, Rafael Lechuga Mont el Chino, Rodrigo Gutiérrez Castellanos, Constantino Blanco Ruiz Tío Costilla, Ismael Hernández Vázquez Chatosky, Germán de la Maza Vázquez, Aurelio Morales Morales, Mariano Martínez Franco, Manuel Pitalúa Flores, Tolentino Díaz Carrera, entre otros poetas y trovadores amigos del bardo porteño.

Ese mismo año el IVEC le publica *Estampillas jarochas*, una extraordinaria compilación de sus punzantes décimas aparecidas en los periódicos locales, en particular en *El Dictamen* y *Notiver*. En la "Nota preliminar" de este libro (cuya reedición es urgente), Jaime G. Velázquez escribió:

El título, Estampillas jarochas, implica tanto una dedicatoria: marbete del ingenio pegado en el sobre de las cuentas pendientes, como un reconocimiento: sello de origen, testimonio generoso de un lugar para coleccionistas. Es también una singular correspondencia entre porteños: guiños, palmadas y puntapiés; convenio entre diplomacia y franqueza, envíos de común acuerdo entre el satírico y los deudores de la ciudad. Locura a voces que es un pacto más entre los ciudadanos -lo inexplicable de remontar la vida a pesar de todo, ir triunfando, tratar de que no se pierda más si el Norte se lleva casi todo-: el humor es cruel, olvida los nombres de los lectores porque en las ciudades todo le pasa a otro, el de enfrente. Y la memoria es tenaz frente a las mentiras de los "empalagosos cronistas", mentirosos. La sensación que producen estas estampillas es, entonces, algo familiar: el fragmento de una historia cuyo desenlace está a la vista, a veces bien, a veces mal.

Un poco antes, el 16 de diciembre de 1987, el presidente municipal de Veracruz Gerardo Poo Ulibarri lo nombra Cronista de la Ciudad; unos años después, el 22 de marzo de 1991, siendo alcalde Guillermo González Díaz, en sesión solemne de cabildo es declarado Hijo Predilecto de Veracruz, y finalmente, en 1992, el Gobierno del Estado de Veracruz, en manos del gobernador Dante Delgado Rannauro, le otorga la medalla General Ignacio de la Llave. Inclusive desde 1981, como un reconocimiento a su labor cultural y literaria, una calle de la ciudad lleva el nombre de Francisco Rivera Ávila.

Dos años después de haber recibido la medalla, el 1 de junio de 1994 Paco dejó de existir luego de librar y perder la última batalla contra la muerte, rodeado de sus seres queridos. "Murió el rey de la trovada, el coco de Sotavento/qué extraordinario talento/qué mente tan despejada", escribió Tío Costilla, al inicio de unas décimas de cuarteta obligada, tituladas "Homenaje póstumo a *Paco Píldora*", desde Lerdo de Tejada, el 16 de junio de ese año. Con Paco se iba el viejo Veracruz, que ahora, por desgracia, sólo permanece en sus crónicas versadas y en las fotografías de Santamaría, José F. Bureau, Manuel Bada, Manuel Reyna y Raúl Varela, entre otros artistas de la lente. Como atinadamente señaló Jaime G. Velázquez unos días después: "Al morir él, un enorme vacío, un gran miedo, una inacabable prisa nos empuja: quisiéramos sacar todo lo que hemos leído y todo lo que hemos visto para que toda la ciudad sepa que un enorme edificio natural ha caído, que un bosque de miles de hectáreas ha desaparecido, que una biblioteca se ha vuelto polvo ilegible". Dos meses y medio después de su muerte, el 16 de agosto de 1994, acaso agobiada por la tristeza y la ausencia de don Paco, falleció la mujer que por más de medio siglo había vivido a su lado, en las buenas y en las malas: Imenia Tiburcio de Rivera, mejor conocida como doña

Don Paco ya no está con nosotros, ya no nos puede contar, con "ingenio, donaire y gracia", una y mil historias del Veracruz de ayer y de hoy a través de sus versos portentosos, mientras se fuma un cigarro de marca *Delicados* y toma un café negro para reavivar su prodigiosa memoria. No nos queda más que abrevar en su vasta obra que nos ha legado; empero, estamos seguros de que en el más allá de las letras veracruzanas —donde debe estar haciéndole compañía a Miguel Lerdo de Tejada, Francisco del Paso y Troncoso, Manuel y Salvador Díaz Mirón, y Juan Vicente Melo— sigue escribiendo, bajo cualquier pretexto o circunstancia, sus "estampillas jarochas" para deleite de los habitantes de esa privilegiada dimensión literaria.

Pico.









IMAGEN XVI. Boda de Francisco Rivera Ávila e Imenia Tiburcio Valenzuela. Veracruz, 1 de marzo de 1935.

Bibliografía

- Directorio General del Estado y la Ciudad de Veracruz. Veracruz: Cía. Editora Veracruzana, S. A./Casa Editora "El Lápiz Azul", 1921. "Entrevista a Paco Píldora", *Plano Oblicuo*, año 1, núm. 1, Veracruz,
- "Entrevista a Paco Pildora", *Plano Oblicuo*, ano 1, núm. 1, Veracruz primavera de 2003.
- Estado de Veracruz, México: American Book & Printing Co., S. A., 1923. García de León, Antonio. "La décima jarocha y las vinculaciones de Veracruz con el Caribe", en *La décima popular en Iberoamérica*, introd. de Waldo Leyva Portal, Veracruz: Instituto Veracruzano de Cultura, Ciencia y Sociedad, 1995.
- Homenaje a Paco Píldora en su 8^{mo} aniversario, Veracruz: Talleres Gráficos de la Imprenta Bertha, 1990.
- Huerta Flores, Gumaro. "Paco Píldora, el juglar de Veracruz", en *Vida veracruzana*, Veracruz: Nueva época, año 111, núm. 50, septiembre de 2003.
- Loaeza, Guadalupe y Pavel Granados. *Mi novia, la tristeza*, México: Océano, 2008.
- Mancisidor Ortiz, Anselmo. *Jarochilandia*, México: Talleres Gráficos de la Nación, 1971.
- Reyes, Oscar Pedro. "Paco 'Píldora': el arte de escribir periodismo en verso", en *Diario de Xalapa*, 1990.
- RIVERA, Paco. Veracruz en la historia y en la cumbancha, con una selección de poemas jarochos, México: Imprenta Corona-Castilla, 1957.
- ——. "...y entonces nació la Bamba", en *Magazine Dominical*, del periódico *Excelsior*, México, D. F., 18 de mayo de 1969.
- ———. *Estampillas jarochas*, Veracruz: Instituto Veracruzano de Cultura, 1988 (Nuestra Literatura).

Personajes veracruzanos.indd 288

- ——. *Semblanzas veracruzanas*, Veracruz: H. Ayuntamiento de la Ciudad de Veracruz, 1991.
- ———. *Algo sobre el danzón*, Veracruz: H. Ayuntamiento/Comisión Ciudad de Veracruz del v Centenario 1492-1992, 1992.
- ———. *Sobredosis de humor*, Veracruz: Instituto Veracruzano de Cultura, 1996 (Cuadernos de Cultura Popular).
- Silva Sosa, Leticia. "Paco Píldora: lo cronista lo soy de corazón", en *Perfil de Veracruz*, abril de 1991.
- Velázquez, Jaime G. "Francisco Rivera Ávila, inolvidable poeta", en *La Ventana Cerrada*, núm. 26, 7 de junio de 1994.
- ———. "Las *Estampillas jarochas* de Paco Píldora", en *La Ventana Cerrada*, núm. 26, 7 de junio de 1994.

Veracruz, Directorio No. 9, Ericsson, s. l., 1945, 278 pp.

Veracruz, Directorio Telefónico 21, Teléfonos de México, S. A., s. l., 1958, 114 pp.

Archivos

Fondo Francisco Rivera Ávila, Archivo y Biblioteca Históricos de Veracruz (ffra-abhev), documentos varios y artículos periodísticos sueltos de *El Dictamen y Notiver*, principalmente, la mayoría sin fecha, así como algunos ejemplares de los periódicos *El Chakiste* y *El Chaquiste Versador* (1973-1974).

Entrevistas

María Cristina y Dulce María Rivera Tiburcio, Veracruz, Ver., 4 y 12 de diciembre de 2008, respectivamente.

Agradecimientos

En la elaboración de este trabajo fue esencial el apoyo, la confianza y la hospitalidad de la arquitecta Concepción Díaz Cházaro, directora del Archivo y Biblioteca Históricos de la Ciudad de Veracruz (авнеч), y de María del Rosario Ochoa Rivera, responsable del Fondo Francisco Rivera Ávila del авнеч. A ambas doy mi agradecimiento sincero.





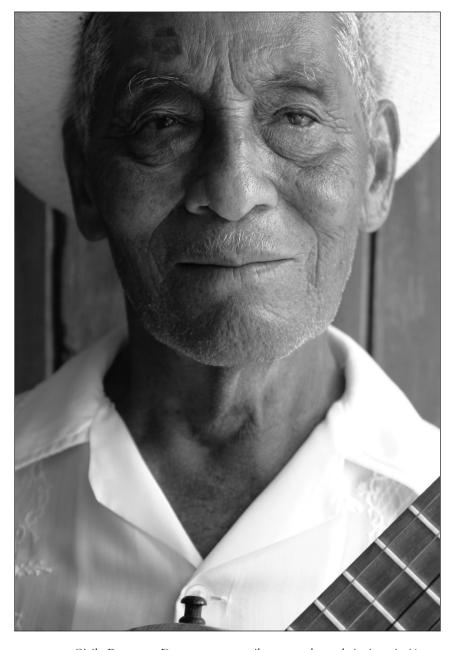
(

CIRILO PROMOTOR DECENA: PILAR DEL SON EN TLACOTALPAN



Bernardo García Díaz





ıмаgen xvii. Cirilo Promotor Decena, con su estilo reservado y sobrio, imprimió una huella profunda en innumerables ejecutantes del son.

El Tlacotalpan de mediados del siglo xx no pasaba por el mejor periodo de su historia; más bien, vivía la fase terminal de un proceso de estancamiento económico iniciado desde fines del Porfiriato, cuando perdió la supremacía comercial que ejerció sobre una vasta región de las pródigas llanuras sotaventinas. En pocos años vio desaparecer la febril actividad de su muelle, al mismo tiempo que dejaban de deslizarse por las aguas de su servicial río, el Papaloapan, los veleros y goletas, con su colorida marinería extranjera que trasladaban las riquezas de tierra adentro rumbo a Veracruz o con destino a ultramar. Esto fue consecuencia directa del desarrollo de un nuevo medio de transporte: el ferrocarril. Su funcionamiento le arrebataría a la perla del Papaloapan la mayor parte de su tráfico, al extender sus cintas de acero por la comarca que había sido su tributaria.

A lo anterior se sumaría la crisis y finalmente clausura del que fue su principal ingenio azucarero, el Santa Fe, la venida a menos de sus talleres tabacaleros y los trastornos provocados por el desorden y el bandolerismo que se desató en su rica y extensa llanura ganadera a partir de la Revolución. Se puede entender así por qué la población resbaló por la pendiente de una decadencia irremediable en el comercio fluvial; al volverse obsoleto éste, Tlacotalpan se quedó vestida y alborotada, como escribiría Ricardo Pérez Monfort, ante un ferrocarril que representando la modernidad sólo se le acercó y lle-

23/08/10 10:28

gó a Alvarado, Cosamaloapan, San Andrés Tuxtla y Tuxtepec, pero nunca cruzó su territorio.

Aun así, la población ribereña no se daría por vencida y conseguiría mantener al menos su jerarquía comercial en su inmediata región circundante. A ella continuarían llegando regularmente, por decenas y a veces hasta por centenares, los pobladores de sus congregaciones para surtirse de lo que la ciudad les ofrecía. Los rancheros arribarían por vía fluvial para aprovisionarse de arroz, frijol, café y de algunas frutas como plátanos macho; a comprar pantalones de dril, alguna camisa, unos botines rechinadores o un sombrero de Tehuacán; curiosear a una talabartería o tomarse unos tragos en alguna cantina, o incluso, adquirir una jarana fabricada por un acucioso artesano como Melesio Vilaboa, mejor conocido como don Mele.

En los cayucos de nacaste y otras embarcaciones que surcaban el río de las Mariposas y sus afluentes, no sólo viajaban los productos de la tierra, del agua o del aire que se llevaban para mercar, también los sábados o domingos iban las briosas bailadoras de son jarocho y los animosos fandangueros desde las perdidas comunidades que se alzaban alrededor de la ciudad. Unas y otros llegaban atraídos por los fandangos que cada semana organizaba Miguel Ramírez, un comerciante popularmente conocido como *Caballo viejo*, quien jugaría un importante papel en la promoción permanente del referido baile en la población a mediados de siglo pasado.

Uno de los que arribaría bogando, con su requinto al hombro y remando a través del río San Juan, que se une al Papaloapan precisamente frente a Tlacotalpan, sería Cirilo Promotor Decena, entonces un veinteañero oriundo de la pequeña congregación de Mata de Caña. Él habría venido años antes siendo apenas un adolescente, acompañando a su padre, a comprar su primer instrumento, un *chaquiste* (todavía más chico que el mosquito que es la más pequeña de las jaranas), y regresaría más tarde a adquirir del taller de don Mele un requinto, que le regaló también su progenitor. Esto sucedió décadas antes de que él mismo se convirtiera en un consu-

mado artesano constructor de jaranas y terminara siendo reconocido, en 1996, como uno de los grandes maestros del arte popular en México.

Pero en los años cincuenta, Cirilo Promotor era sólo otro habitante más del pantano, un campesino, un muchacho jarocho, es decir, un fruto racial y cultural del afromestizaje que se registró con profusión y hondura en la cuenca del Papaloapan, en los territorios correspondientes a los antiguos cantones de Veracruz y Cosamaloapan. Cirilo fue el mayor de seis hermanos y nieto de Macedonio Promotor, un campesino fiestero por los cuatro costados, que no tenía empacho en abandonar sus instrumentos de labor agrícola y el trabajo mismo, atraído por la magia del fandango. A éste le gustaba cantar y tenía la voz para hacerlo, y si había tragos para entonarse (toritos de jobo o nanche) con más razón dejaba todo para participar en la fiesta jarocha: "pasaba por las rancherías y si había fiesta, ahí se quedaba, ya no llegaba a la milpa, al sembrado... Ahí guardaba su pala, su machete o hacha. La misma gente se los guardaba, ya los cuidaban ahí". Y como le gustaba mucho el fandango – "ése cantaba mucho verso" – le encantaba versar:

> Bonita compañerita se ha venido usted a encontrar que parece una amapola y acabada de cortar. Ahora déjenmela solita que la quiero ver bailar. Le tocaremos El Colás que tan bien lo ha de mudancear.

Tenía también un tío abuelo, Guadalupe Cruz, que tocaba el requinto y quien le regalaría un viejo instrumento con el cual comenzó a aprender la tocada líricamente, como era habitual en el campo. Por si fuera poco, su madre era asidua asistente a los fandangos.

23/08/10 10:28

Cirilo Promotor Decena provenía de un animado, más bien privilegiado, entorno musical, no sólo por el ambiente familiar, sino por el mundo comunitario rural en el cual creció. Su ambiente era sobre todo campesino; aunque no exclusivamente, pues los agricultores también pescaban habitualmente, y con un poco de suerte y tesón, algunos de ellos llegaban a incursionar en muy pequeña escala en la cría de reses. La escuela que recibió desde temprana edad fue la del trabajo agrícola, así él se iría curtiendo en la siembra y cosecha de productos como el maíz, la sandía, el chile, la yuca, la calabaza y el tomate. Éstos eran cultivados en tierras ajenas, de terratenientes que las prestaban por tres años, con el compromiso de que al iniciar el cuarto los campesinos las dejaran listas a fin de que el pasto creciera para el ganado: "la medida era por tres años, para no aburrir mucho la tierra, para no agotar mucho la fuerza de la siembra".

Las jornadas agrícolas serían de 6:00 a.m. a 6:00 p.m., con una interrupción obligada a media mañana para almorzar y tomar sombra, cuando el abrasador sol tropical alcanzaba su cenit:

No había escuela, como ahora que hay escuela por donde quiera, por eso mucha gente de mi edad y los más viejos no sabían leer, porque a nosotros la escuela que nos dieron nuestros padres fue el campo. Llegó el tiempo en que yo ya estaba joven, y me gustaban las muchachas, y yo le decía:

—¡Papá, quiero ir a la fiesta, al fandango!

Me decía:

—Sí, anda, ve, pero mañana hay que trabajar, tienes que estar aquí a tal hora.

Y yo ya venía desvelado, como viniera... (me echaba un traguito... y medio mareado), pero estaba a la hora de desayunar, a las 5 de la mañana, porque estaba lejos el trabajo, y ahí entonces desayunando y cabeceándome, pero ahí estoy, porque por la crianza no podíamos faltar. Y ya nos íbamos a trabajar al campo, porque mi papá era el puntero del trabajo, el encargado.

296

Llegaba a la hora de comer, mi papá me sacaba antes de la hora, poquito antes de las once me sacaba, y me decía:

—Anda, vete a dormir.

Pues él era el encargado del trabajo; y yo me iba a dormir, porque andaba desvelado de toda la noche. Pero le agradezco mucho a mi padre que tuvimos una crianza dura.

Los cultivos propios incluían, además, camote, biznaga y cebolla, y cantidades de hierbas y hojas comestibles como el cilantro, acuyo, etc. La siembra de autoconsumo era alternada con el trabajo en los campos cañeros para abastecer los ingenios de San Cristóbal y San Pedro. Las labores agrícolas se combinaban temporalmente con la pesca, actividad más que natural en una llanura que en buena parte de su superficie era más acuática que tierra firme. Como lo describiría claramente el sabio tlacotalpeño Gonzalo Aguirre Beltrán, cuando escribió que la cuenca del bajo Papaloapan ocupaba "un dilatado espacio lleno en todos sus vientos por charcas, ciénagas, azules, lagunas de poco fondo y tamaño vario, esteros, arroyos, ríos innumerables que confluyen en la corriente madre y juntos transitan hasta llegar al río de Alvarado y a su descarga en la mar".

Estos cuerpos de agua eran pródigos en vida silvestre. "La pura pesca era muy buena; no se había acabado la riqueza de los ríos [...] El pescado estaba enseguida, en la orilla [...] con una atarraya se iba uno a la orilla, o con aro se pescaba el camarón, era un camarón grande que daba gusto": son los recuerdos que Cirilo conserva. Pero el sustento provendría principalmente del trabajo en la tierra. A la pesca iban solamente cuando se acababa el trabajo en la agricultura: "como nosotros estábamos tan acostumbrados al campo, una vez que se abrían los trabajos en los campos abandonábamos la pesca [...] dejábamos los arneses, anzuelos, atarraya y alambre y todo eso lo guardábamos [...] con un poco de cal para que no se picaran".

A la dieta campesina contribuía la multitud de aves –como los canates o los pichiches– que sobrevolaban el cielo sotaventino y que se

297

reunían alrededor de los lagunatos. Aquí la regla también era la profusión; Cirilo Promotor evoca el sordo rumor que provocaba la congregación de las parvadas de aves: "se oía en la madrugada un rugido, un zumbido de pájaros —de la abundancia que había—; era un rugido que se oía como cuando la mar zumba y está malo el tiempo". A veces, con una escopeta vieja se lograba cazar alguna presa.

Los animales de corral, a los que habría que agregar los imprescindibles marranos "criados con maíz", que permitían la producción casera de manteca y la elaboración de longaniza seca, la cual era almacenada en los tapancos para ser consumida en las semanas siguientes, completaban la alimentación. Incluso, su abuelo había hecho una poza para tener tortugas a la mano.

Según las memorias de Cirilo, no había hambre y se podía disponer no sólo de lo mucho y variado que se cultivaba, sino además de las riquezas, que parecían inagotables entonces, que ofrecían los distintos cuerpos de agua. Había menos gente y en el campo se sembraba mucho y no se dependía tanto de lo que se compraba en la ciudad. Existía, pues, una autosuficiencia dentro de la frugalidad y de la sencillez con que se vivía. La imagen rememorada por Cirilo Promotor, que probablemente tenga algunos rasgos de idealización sobre la prodigalidad y abundancia de la cuenca del Papaloapan de la primera mitad del siglo xx, hace, sin embargo, eco de la noción que tenían los antiguos mexicanos sobre la región, a la que consideraban el Tlalocan, el paraíso terrenal por su fertilidad y en "el cual hay muchas regocijos y refrigerios [donde] jamás faltan las mazorcas de maíz verdes", según lo apuntó fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*.

La casa familiar de los Promotor era de palma, con piso de tierra, cercada por yagua colorada, llamada también de castilla. El combustible era la leña, y por las noches se mal alumbraba el interior de la casas con "brujas" y si era necesario se ponían afuera "mechones", cuando había fiesta. Los trastes de la cocina eran rústicos (de madera o de barro), fabricados por la propia madre de Cirilo, Paula

Decena Morales, quien trabajaba el barro para hacer comales, ollas, cazuelas, cántaros y pequeños utensilios para la comida. Una madre que tenía buenas manos y brazos no sólo para moldear el barro sino también para moler en el metate y palmear la masa del maíz: "en la mañana echaba mi mamá unas tortillas, así de grandes y no delgaditas, gruesecitas, las medio doraba con sal y ahí nos las untaba con manteca de cerdo, ¡pa' su mecha!, y picante, y a comer, para el desayuno. Y si no había manteca de cerdo les echaba de vaca, un poquito de dulce, de piloncillo. La tortilla, buena, de maíz, en comal". Pero además, doña Paula tenía buen sazón, como lo demostraba en la tortuga entomatada y otros guisos locales que preparaba.

Era un estilo de vida muy antiguo, apegado a la naturaleza y a sus ritmos. No sólo se trataba de levantarse al alba y acostarse no mucho después de ponerse el sol, de charlar alrededor del fogón de leña al anochecer, sino de cambiar las actividades de acuerdo con los ciclos estacionales y agrícolas que marcaban la época de siembra y de cosechas y el traslado de la agricultura a la pesca. Todo el mundo natural de la versada jarocha, poblado de guacamayas, gavilancillos, iguanas, tuzas, pájaros carpinteros y toros, y que hacía referencia a actividades como la arriería, la vaquería o la navegación ribereña, estaba en el vivir cotidiano en que se desenvolvían los habitantes de la hoya del Papaloapan. Para ellos, las letras que se cantaban o recitaban en sus fiestas no eran folklore sino consustanciales al mundo en que se movían y a las actividades de la región.

En Mata de Caña se desarrollaba una vida comunitaria muy intensa: "El día que se mataba un cerdo, allá íbamos todos, porque era el aquel comer entre todos" y viceversa, cuando la familia Promotor Decena sacrificaba un marrano invitaba a sus vecinos, y a los que no podían llegar les mandaban carnitas o tamales. Pero la ocasión principal de convivencia era el fandango. En el mundo de la llanura sotaventina la fiesta tradicional era el fandango de tarima, celebración dancística y musical acompañada de versos cantados o recitados, realizada en torno a un tablado sobre el cual zapateaban las mujeres

y los hombres de la costa, los llamados jarochos, razón por lo cual su música terminaría por conocerse por propios y extraños como son o música jarocha.

El son jarocho nacería como un género musical regional que comenzó a sentar sus reales en las llanuras costeras desde las postrimerías de la época colonial. Hasta las tierras tropicales, bajas y pantanosas, de la costa llegarían numerosas influencias desde el puerto primado de la Nueva España, que serían asimiladas paulatinamente hasta echar raíces y volverse naturales para los habitantes de la tierra caliente. Era todo un bagaje musical y lírico el que arribaba a la costa veracruzana y que incluía instrumentos, coplas, partituras, tonadas marinas, versadas y afinaciones. Éste recalaría en las villas veracruzanas y también en las minúsculas comunidades rurales, y se integraría como parte de su patrimonio cultural, una vez asimilado y reordenado en función del gusto y de las necesidades del mundo sotaventino. Un escenario en el cual habría que contar, además, con la nada despreciable herencia de los pobladores originarios de la costa, que marcarían indeleblemente con su dimensión ritual y mítica el fandango, como se puede apreciar a través de imágenes y personajes que aparecen en la versada.

Por lo anterior, a mediados del siglo xix y a lo largo de los siguientes cien años (con sus altibajos y modalidades regionales) se asistiría no sólo al enraizamiento sino al auténtico florecimiento de un vigoroso género musical, con sus muy peculiares formas de cantar y bailar acompañado de una honda y delicada poesía:

Ojitos aceitunados, color de paño francés, labios de coral pulido, quién te besará otra vez y se quedará dormido. ("El aguanieves") Dado que el fandango se convirtió tempranamente en una fiesta, sobre todo rural, sería más que normal que el espacio donde sobreviviera después de más de un siglo y medio de existencia, fuera el campo. Así, para los años cuarenta del siglo xx no sólo distintos miembros de la familia Promotor Decena, sino también los Utrera, los Gutiérrez, los Vega, los Alfonso y otras dinastías más de apreciados músicos, cultivaban con particular ahínco los sones en la tierra veracruzana.

Mata de Caña, el sencillo solar de Cirilo Promotor, no era la excepción, y ahí también el traquetear de la tarima, que se oía a gran distancia en la cálida noche olmeca bajo la claridad de la luna, o alumbrándose con mechones, congregaba a un tropel de bailadoras y músicos que se reunían en cada fandango, ya fuera para festejar una boda, el cumpleaños de un patriarca familiar, las fiestas de navidad o, incluso, los velorios de santos, en los que se alternaban durante toda la noche las alabanzas religiosas con el rasgueo de las jaranas. En ese entorno fandanguero comenzaría a formarse musicalmente Cirilo. Allí vería por primera vez la costumbre de la gala, que consiste en que un hombre le ponga el sombrero a una mujer mientras ella baila, para después invitarle y ofrecerle algún presente; ahí también escucharía las controversias de "El fandanguito" y se emocionaría y celebraría con toda la concurrencia los intercambios de coplas entre el hombre y la mujer. Ahí mismo se adentraría en el maravilloso repertorio de la versada jarocha que atesoraba viejos sones, como el de "Los arrieros" o "La sarna". En estos fandangos empezó a desarrollar el oído y a darse cuenta de que el requinto era esencial para los bailadores.

En Tlacotalpan, aun cuando el fandango no vivía su periodo de máximo esplendor, no había dejado de cultivarse la música jarocha. Así lo confirma la existencia de notables ejecutantes de son que continuaban la rica tradición musical de la ciudad. De ésta hablan las recopilaciones de viejos sones que pudieron hacer músicos y musicólogos en distintos momentos. Por lo que se refiere a los músicos de

esa pequeña ciudad, en la memoria de Cirilo Promotor habitan todavía nombres como el de Daniel Cartagena, un acaparador de pescado que tocaba el requinto con gracia, y los de otros guitarreros (así se les llamaba en esa época a los ejecutantes de requinto) como Gonzalo Camacho, Rafael Palma o José Aguirre Vega que, más conocido como *Biscola*, era requintista y jaranero. Otro músico recordado era don Pedro Alfonso—veterano tlacotalpeño, padre del famoso arpista Andrés Alfonso—, quien tocaba el *chaquiste* pespunteado como si fuera requinto, lo que no era habitual, ya que normalmente se toca rasgueando. De los músicos de arpa (además del mencionado Andrés Alfonso, de brillante trayectoria), persisten en su mente los nombres de Fidel Barrán y Federico Vázquez.

Si la trinidad instrumental del son estaba constituida en su base por la jarana, el requinto y el arpa, a éstos habría que añadir el pandero, que de hecho era casi una especialidad tlacotalpeña en el género. Este instrumento español, tocado originalmente sólo en el periodo comprendido entre la navidad (en las pascuas) y la fiesta de la Candelaria, tuvo cultivadores locales reconocidos, como *el Cocuyo*, y más tarde Evaristo, alias *Varo*, un simpático y deslenguado tlacotalpeño que con su pandero adornado con listones de vivos colores, se volvió toda una institución en el tocar y enseñar a percutir el cuero. El violín era otro instrumento que a veces se agregaba en la ejecución de sones. Bailadores también los había, no en balde. La folklorista Francis Toor afirmaría que en los años treinta, serían Tlacotalpan y Alvarado el origen de los mejores bailadores para conquistar el público del puerto y de la ciudad de México.

A pesar de contar con briosos bailadores de viejo estilo y excelentes músicos, ya el son jarocho no tenía entre los tlacotalpeños la hegemonía musical que había mantenido en el pasado. No obstante su aislamiento y de ser una ciudad cultivadora de sus tradiciones, había otros ritmos que competían con el género jarocho, no sólo a través de la radio y de los victrolas, o de orquestas que iban de fuera a los llamados bailes de salón, sino incluso músicos loca-

les habían integrado conjuntos de nuevo cuño, como el Son Jazz Papaloapan.

Los nuevos ritmos tropicales que llegaron de la mayor de las Antillas, después del danzón –y también los que venían del norte, como el *swing*—, encontrarían adeptos en la ciudad ribereña, y de hecho de ella saldrían destacados directores y arreglistas de la llamada música tropical. Baste mencionar a personajes como Memo Salamanca, pianista, director y arreglista internacional, o Carlos Pitalúa, quien formaría el reconocido grupo Pregoneros del Recuerdo en el puerto de Veracruz, conjunto emblemático de la música caribeña en México.

Además, en Tlacotalpan se comenzaron a desarrollar nuevas redes sociales como las nacidas en torno a los deportes, en particular el beisbol. En 1948 la novena de la población se coronaría campeona regional, por encima de su acérrimo rival deportivo Alvarado, y ya la afición local tenía sus ídolos legendarios, como Antonio Delfín Lañiza. Por todo esto y más, como por ejemplo la migración permanente de los tlacotalpeños hacia ciudades más grandes y el proceso general de urbanización que comenzó a vivir el estado y el país, la presencia de música tradicional jarocha fue menguando en las fiestas como disminuyendo el peso específico que tenía en la sociabilidad urbana de la ciudad ribereña. Aun en medio de su aislamiento y del ensimismamiento en que vivía, la perla venía cambiando, paulatinamente se iba modernizando y poniendo a tono con otras pequeñas urbes del resto del país.

Esto no sucedió en el campo circundante, en las congregaciones del municipio, y de ahí llegó el oxígeno que ayudaría a conservar viva la tradición. Así, pues, Tlacotalpan pudo contar, por un lado, con lo que todavía le quedaba —que era realmente de calidad— de la auténtica tradición musical del lugar (no se olvide que en la población se continuaban fabricando instrumentos) y, por otro, con el arribo de músicos y fandangueras que llegaron del campo a insuflar vida al son jarocho tlacotalpeño con su presencia y animoso sonido. Un puntal de este proceso sería precisamente Cirilo Promotor Decena.

Miguel Ramírez *Caballo viejo*, hombre alegre e interesado en vender su mercancía, con los legendarios fandangos que organizaba frente a la cantina que tenía en los Portales aledaños al zócalo, desempeñaría un papel invaluable en la conexión entre bailadores y músicos de los ranchos y Tlacotalpan. Él, además de colocar una tarima grande —como las que se usaban en los fandangos de antaño que permitían hasta seis bailadoras por lado—, pagaba algunos músicos de los ranchos y contrataba a una señora para que atendieran a todas las bailadoras y les llevara "su poquito de licor". Éste no era el único fandango que se celebraba en esa época, pero sí el más sonado y permanente, y actualmente es el más recordado. En las fiestas de la Candelaria, de época antigua, a veces se realizaban hasta cuatro: el de *Caballo viejo*, el que organizaba Vicente Cota y dos más, uno que se armaba en el mercado municipal y otro en el cine ubicado en contraesquina del parque central.

En 1962, el guitarrero de Mata de Caña se fue a radicar a Tlacotalpan. A la edad de treinta y nueve años, ya casado con la que sería su compañera definitiva, María del Carmen, dejó el rancho después de no llegar a un acuerdo conveniente con los nuevos propietarios, quienes le alquilaban un piso para pastar un minúsculo grupo de reses que poseía. Ellos eran los hijos de Manuel Aguirre Delfín, de quien Cirilo afirma que tenía su genio, pero que era una buena persona. Al no conseguir otro espacio que le favoreciera, finalmente vendió los animales y con ese dinero compró un terreno y construyó su casa en Tlacotalpan. Ahí se dedicaría a la pesca, sin dejar la música, pues ya estaba atrapado por el sonido mágico que brota de las cajas de cedro. Además de que para entonces ya era bien conocido en esa ciudad donde frecuentemente se le invitaba a sonar su instrumento.

En 1974, para su fortuna y no sólo la de él sino de todos los tlacotalpeños, se inauguraría la Casa de la Cultura Agustín Lara, la cual tendría como primer director a Enrique Barrios Limón, quien interesado en la revalorización del patrimonio cultural local, fundaría

talleres y cursos permanentes donde se enseñaría a niños y jóvenes las tradiciones musicales del Sotavento. Cirilo inicialmente participaría como instructor de música, durante la gestión de Barrios Limón, como una especie de "meritorio"; pero una vez que el arquitecto Humberto Aguirre Tinoco llegó a la dirección, lo asumió como de "planta": José Aguirre Vera Biscola, que era maestro de requinto, se fue a la jarana y le dejó su puesto. "El requinto es duro para tocarlo y la jarana más suave", afirma Promotor, pero también sostiene que en esa época (hace casi treinta y cinco años) él estaba todavía nuevo, tenía pulso, contaba con todo, así que se metió con todas sus fuerzas y fe a enseñar el pespunteo del requinto. Otro profesor estable fue José Andrés Aguirre Chacha, quien impartiría a los muchachos clases de arpa. En la Casa de Cultura, Cirilo Promotor se encontraría con el que sería su compañero musical y amigo entrañable por años, hasta su desaparición en el 2006: Evaristo Silva Reyes, más conocido como Varo. Consumado panderista, excelente bailador y dueño de una sonora voz, Evaristo Silva se mantuvo por décadas como uno de los pilares de la institución cultural. También sería contratada Elena Ramírez, personalidad femenina notable por su generoso y alegre carácter. Nacida en Tlacotalpan pero criada entre la remota congregación de Casas Viejas (a orillas del río San Juan) y la propia Perla, aprendería con sus tías, hermanas de su padre, el arte de zapatear y del escobillado en el más puro modo ranchero. Elena Ramírez llevaría a la Casa de Cultura el clásico estilo campirano, y a sus ochenta y dos años aún continúa en la brega, con la misma alegría y donaire que cuando comenzó su primera lección, una mañana soleada de marzo del 74. En suma, ese año marcaría el inicio de un proceso de formación permanente de nuevas generaciones en las artes del son jarocho, en la ciudad ribereña.

Los cuatro músicos mencionados, y liderados por José Aguirre, integrarían el grupo de la Casa de Cultura, más conocido como conjunto Tlacotalpan. Aprovechando el buen momento que vivía esa institución, gracias en buena medida al gran apoyo federal y al es-

23/08/10 10:28

mero con que realizaría su gestión Humberto Aguirre, llevarían a cabo un ambicioso programa de giras por la república, presentándose como grupo para dar audiciones o acompañando al *ballet* folklórico de Tlacotalpan, o en ocasiones al prestigiado *ballet* de la Escuela Normal Veracruzana.

Las giras eran positivas para los músicos no sólo por la proyección del grupo y del son veracruzano a lo largo y ancho del país; también resultaban altamente beneficiosas para ellos desde el punto de vista económico, porque únicamente en los viajes obtenían un ingreso mayor a la magra remuneración que recibían cotidianamente. En realidad lo que pagaba la Casa de Cultura a sus maestros no era un salario, sino una exigua ayuda económica. De hecho, en los días que podía, Cirilo Promotor se dedicaba a la pesca, al igual que lo hacía Varo, quien además cuando no andaba de viaje con el grupo Tlacotalpan o de gira con Andrés Alfonso, quien lo llevaría fuera del país, realizaba diversas ocupaciones.

Un momento importante del grupo sería la grabación, en 1980, de un disco de acetato dentro de la colección *Voz viva de México*, de la UNAM, a instancias del *Negro* Ojeda. Este registro fonográfico muestra claramente la integración y calidad interpretativa que adquirió el conjunto. El disco estaba compuesto por una selección de viejos sones como "El toro Zacamandú", "El cascabel" y "Los pollos". La grabación comenzaba con versos pícaros, no se sabe si como concesión al mercado, pues la imagen comercial del jarocho era precisamente no sólo la de un costeño con el buen humor a flor de piel, sino la de un experto en improvisar versos en doble sentido y con fuerte carga erótica, o porque al antologador le pareció pertinente comenzar con algo para él divertido, como las siguientes coplas que venían entonadas con música de "El Siquisirí":

Yo enamoré a una preñada por ver qué cosa sentía y allá por la madrugada muy clarito me decía bájate hijo'e la chingada que estás matando la cría. [...]
Todo hombre que se aleja de su mujer a pasear trabajo le ha de costar hallarla como la deja sólo que sea muy formal o que de a tiro esté vieja.

Más relevante que la grabación y las giras sería la callada labor que por más de tres décadas desarrollaría Cirilo –junto con sus compañeros maestros de la Casa de Cultura– formando consistentemente nuevas generaciones de cultivadores del son en la ciudad de Tlacotalpan. El suyo no era un esfuerzo aislado, pues estaba inmerso en un movimiento más amplio de recuperación y revitalización del mundo musical jarocho. Dado el sitio que vino a ocupar Tlacotalpan como uno de los referentes centrales (quizás el más importante de la geografía urbana) del movimiento jaranero, fueron de gran trascendencia los talleres impartidos en la Casa de Cultura.

Cirilo Promotor, con su estilo reservado y sobrio, dejaría una huella profunda en innumerables ejecutantes, algunos de los cuales se consagrarían muy tempranamente. Se podría elaborar una lista, pero basta con citar algunos de los ejemplos emblemáticos, como Julio Corro, quien ya en los años noventa fundaría el importante grupo Estanzuela, sin duda uno de los conjuntos jarochos más destacados de toda la cuenca del Papaloapan, y quien además en su vertiente de laudero –formación que en gran medida recibió de Cirilo Promotor– comenzaría a acumular premio tras premio en diferentes certámenes nacionales. Sin duda, el caso de Julio Corro es uno de los más notables de la impronta que ha dejado Cirilo en la enseñanza del son. Corro estuvo de los siete años de edad hasta los diecisiete

307

a cantar: "ellos son los que nos echaron a andar al mundo del son". Julio, en lo personal, encontró en Cirilo "el abuelo que nunca tuvo" y le agradece tanto el aprendizaje de la técnica como haberlo transportado con sus historias a un mundo que en Tlacotalpan había casi desaparecido. Este mundo era el de los fandangos campesinos que se prolongaban hasta rayar el alba; el de los fandangos intrincados, con los hombres bebiendo aguardiente enérgicamente y las mujeres felices bailando sin descanso; era el universo arcaico de los sones y versadas viejas. Gracias a sus pláticas, el de Mata de Caña los hacía soñar, a él y a otros condiscípulos, con un mundo musical frenético, ritual y hasta mágico, que ellos mismos descubrirían un poco más tarde, cuando siendo ya jóvenes asistieron deslumbrados a los fandangos rancheros de Los Tuxtlas, a El Hato y otros sitios esenciales de la geografía musical del sur profundo veracruzano. Julio recuerda claramente cómo después de tocar sus rutinas musicales con el ballet de la Casa de Cultura, a un ritmo más veloz que el antiguo de las tocadas, se iban con Cirilo Promotor al patio del edificio y ahí él les platicaba de sus experiencias fandangueras en los ranchos, de las fiestas iluminadas con mechones de petróleo bajo una enramada rústica para protegerse del sereno, y ahí mismo les enseñaba las viejas versadas y los sones inmemoriales, que eran los que realmente le gustaba tocar: "miren que este son me lo enseñó mi abuelo, y que esta versada se canta así, que este otro son ya no lo tocan", inolvidable transmisión

en la Casa de Cultura. Primero aprendió jarana y después requinto bajo la dirección de Cirilo Promotor; *Varo*, en cambio, le enseñaría

Ejemplo notable también es el de Ramón Gutiérrez, uno de los mayores protagonistas del llamado movimiento jaranero y líder del consagrado grupo Son de Madera, quien lo mismo ha cosechado

del saber. La anterior experiencia la vivieron varios compañeros de generación como Juan Manuel Rodríguez y Rafael Vázquez (ambos miembros del grupo Estanzuela), Cristóbal y Xóchitl Torres, José Fidencio *Tolocho*, que toca el marimbol, y pasó antes por la jarana y

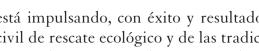
el pandero, entre muchos otros.

aplausos en escenarios nacionales que internacionales. Ramón nació en Tres Zapotes, pero también asistiría a las clases de Cirilo Promotor. En Tlacotalpan no fue el único maestro de quien Ramón tuvo el privilegio de recibir enseñanzas; sin embargo, él lo recuerda como uno de sus mentores esenciales.

Sin dejar de asistir religiosamente a impartir sus lecciones, Cirilo se vendría especializando poco a poco en la fabricación de jaranas y requintos, es decir, en la laudería. Sobra decir que su modo artesanal de construirlas era apegado al más auténtico estilo tradicional. Así, creaba sus instrumentos a partir de un tronco excavado, lo cual permitía que la caja y el brazo fueran de una sola pieza; labraba la recia y sonora madera pacientemente a mano, con berbiquí y gubias. El pegamento utilizado era casero y los entrastamientos eran de hueso.

Por supuesto, el arte de labrar instrumentos igualmente lo compartiría con los interesados en aprenderlo. En 1996 su labor le permitiría figurar dentro de la selecta lista -en un país de miles de artesanos- de los 150 Maestros del Arte Popular en México. Ese año también sería memorable, porque gracias a un apoyo de la Dirección General de Culturas Populares, como parte del Programa de Promoción de las Culturas Municipales y Comunitarias, podría realizar un nuevo registro en cassette, ya como director del grupo jarocho de la Casa de Cultura. Esta nueva grabación, además de tener el acierto de recoger viejos sones de hermosas letras muy poco interpretados, como "Los Arrieros" o "Los Panaderos", tiene el valor de ser un proyecto intergeneracional. El requinto y el pandero quedaban a cargo de Cirilo Promotor y de Varo, en cambio, las jaranas fueron rasgueadas por dos jóvenes intérpretes: Julio César Corro Lara y Juan Manuel Rodríguez. El feliz resultado no sólo muestra la acertada dirección de Cirilo Promotor, sino confirma que la trasmisión musical a nuevas generaciones se venía cumpliendo cabalmente, y que se podía plasmar en una cinta para llegar a un público más amplio.

Nueve años más tarde, en el 2005, a Mario Cruz, joven tlacotalpeño de buena cepa que decidió regresar al edén subvertido y que



está impulsando, con éxito y resultados concretos, una asociación civil de rescate ecológico y de las tradiciones seculares del Papaloapan, se le ocurrió producir una grabación-homenaje a Cirilo Promotor y a Varo. Ante lo que consideraba falta de atención al valor que representan estos dos pilares del son de Tlacotalpan, se dio a la tarea de armar un nuevo registro musical en el estudio local de Fallo Espinoza. La grabación, encabezada por Cirilo, contaría con la participación de *Varo* en el pandero y como primera voz, así como la de un antiguo alumno de ellos en la jarana. La intervención de Varo tiene una significación especial puesto que sería su testamento musical, dado que fue la última grabación en la que pudo participar. Juan Varela, alumno destacado de ambos y miembro del grupo Estanzuela, los acompañaría con la jarana. Además, intervino Julio Corro tocando en un dúo "El cascabel" y al final participó con una dedicatoria testimonial. El repertorio lo escogieron entre los dos maestros -Cirilo y Varo- y estuvo integrado por viejos sones antológicos como "El Siquisirí" (al que algunos consideran el rey de los sones), "La guacamaya", "El buscapiés", "La bamba" y "El pájaro carpintero". Aprovechando el buen pulso que tenía en el requinto a sus setenta y ocho años, que todavía le permitía retozar, el productor le pidió dos solos al maestro guitarrero, que es como se denominaba antes a los virtuosos del requinto. Los viejos soneros también seleccionaron a Juan Varela para que los acompañara, porque habían tocado juntos antes en el grupo intergeneracional de la Casa de Cultura y era casi natural el acoplamiento tanto en la voz como en la música; al final, debido a la enfermedad de Varo, el registro del son "La Morena" quedó incompleto, pero aun así todavía fue posible dejar para la posterioridad la voz potente y lisonjera del virtuoso del pandero. Los viejos tangueos de Cirilo Promotor dominan el co y en los solos que tocó es posible no sólo confirmar por qué para algunos el requinto es tan importante como el arpa, dado los recursos melódicos que posee, así como la maestría y el duende del ejecutante.

Durante la grabación imperó el buen ambiente no sólo entre maestros y antiguos alumnos, sino entre los propios veteranos del son, que a pesar de tener personalidades tan diversas, o tal vez por eso, lograron consolidar una amistad de más de medio siglo. Quizás uno de los motivos de comunión fraternal estaba precisamente en que el son para ambos era parte integral de su sencilla vida cotidiana. La decisión de Mario Cruz de realizar este registro (que esperemos no tarde más en aparecer al público) se debió a que él considera que dentro de su modestia, de su aparente nimiedad, fruto de su

sencillez y su corto carácter de campesino de antaño, Cirilo Promotor Decena constituye —al igual que *Varo*— una de las personalidades más fuertes del son en Tlacotalpan desde mediados de 1950. Ciertamente el maestro guitarrero y laudero, cuya semblanza hemos intentado bosquejar en estas apretadas páginas, ha dejado semilla, junto con otros sabios rancheros del Papaloapan. Toda la buena y rebosante salud de que goza la vieja música del son jarocho entre una parte de la joven generación de la Perla, tiene que ver mucho con su

sensibilidad campirana de un México que está desapareciendo.

Por todo lo anterior, en 2009 Cirilo Promotor Decena fue galardonado con el Premio Nacional de Ciencias y Artes que otorga el gobierno de la república. En Tlacotalpan lo premian de una manera peculiar: desde 2006 se les pide a él y a Andrés Vega (el famoso *Güero* Vega, otro maestro septuagenario que exitosamente ha recorrido el mundo con el grupo Mono Blanco, de Gilberto Gutiérrez) que abran con sus consagrados requintos el gran fandango que se celebra anualmente en la fiesta de la Candelaria, frente al hostal "Luz de Noche". Es una forma de destacar su jerarquía dentro del fandango y transmitir a la nueva hornada de músicos que los viejos son los importantes, que gracias a ellos, bienhechores nuestros, continuará bajando Dios a Sotavento, como dijo el poeta tlacotalpeño Guillermo Cházaro Lagos.





ıмадеn хvііі. Cirilo Promotor Decena, templando su instrumento.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. *Pobladores del Papaloapan (Biografía de una hoya)*, México: ciesas, 1982.
- García de León, Antonio. Fandango. El ritual del mundo jarocho a través de los siglos, México: conaculta/ivec, Programa de Desarrollo Cultural Sotavento, 2006.
- García Díaz, Bernardo. *Tlacotalpan. Patrimonio de la humanidad*, México: Gobierno del Estado de Veracruz, 2001.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Tlacotalpan, La Virgen de la Candelaria y los sones*, México: FCE, 1992.
- ———. "Lo negro en la formación del estereotipo jarocho durante los siglos xix y xx", en *Sotavento*, núm. 2, Xalapa: Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales-Universidad Veracruzana, verano de 1997.
- ———. "El jarocho y sus fandangos vistos por viajeros y cronistas extranjeros de los siglos xix y xx", en *Veracruz y sus viajeros*, México: Banobras/Gobierno del Estado de Veracruz-Llave/Subsecretaria de Desarrollo Político Estado de Veracruz / IVEC/Grupo SANSCO, 2001.

Entrevistas

Guillermo Cházaro Lagos, noviembre de 2008 Julio Corro, diciembre de 2008 Diego Cruz, enero de 2009 Mario Cruz, enero de 2009 Ramón Gutiérrez, enero de 2009 Cirilo Promotor Decena, diciembre de 2008 Elena Ramírez, diciembre de 2008

Páginas electrónicas www.lauderiaestanzuela.com.mx

23/08/10 10:28

Créditos fotográficos

IMAGEN I: Emiliano Zapata al frente de sus tropas en un acalle, Archivo Casasola-sinafo, núm. de inventario 656513 ©

імадем II: Herón Proal, foto de Joaquín Santamaría ©

ıмаден ііі: Rafael Rúa Álvarez, Acervo de las Madres Guadalupanas de Orizaba ©

IMAGEN IV: Rafael Rúa Álvarez, Marco Antonio Muñoz y Carlos Cárdenas Rojas, colección particular de Armando López Macip ©

IMAGEN V: Toña la Negra, foto de Joaquín Santamaría ©

IMAGEN VI: Pedro Vargas, Toña la Negra y Agustín Lara, Archivo de la Casa Museo de Agustín Lara, Tlacotalpan, Veracruz ©

IMÁGENES VII Y VIII: Luis *el Pirata* Fuente, indiviudal y con su equipo, Archivo del Museo de la Ciudad de Veracruz ©

IMÁGENES IX Y X: Juanote, foto de Roy Dudley ©

IMAGEN XI: Guillermo Cházaro Lagos, foto de Bernardo García Díaz © IMÁGENES XII Y XIII: Beto Ávila, colección particular ©

IMAGEN XIV: Beto Ávila, José Pérez de León *el Pococha*, Agustín Lara y Luis *el Pirata* Fuente, colección particular ©

IMAGEN XV: Paco Píldora, Archivo y Biblioteca Históricos de la Ciudad de Veracruz ©

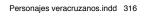
IMAGEN XVI: Boda de Francisco Rivera Ávila, Archivo y Biblioteca Históricos de la Ciudad de Veracruz ©

IMÁGENES XVII Y XVIII: Cirilo Promotor Decena, foto de Mario Cruz Terán ©

Índice

Presentación
Félix Báez-Jorge
Bandidos y poetas en los tiempos de don Porfirio
Luis Arturo Ramos
Herón Proal y la utopía
Octavio García Mundo
El padre Rúa
Armando S. López Macip63
Toña la Negra: sombras de una silueta redondísima
Andrea López Monroy
Luis de la Fuente, el Pirata: futbolista que se hizo leyenda
Horacio Guadarrama Olivera129
Juanote: miradas múltiples
Rebeca Bouchez 167
Guillermo Cházaro Lagos: poeta de Sotavento
Bernardo García Díaz193
Beto Ávila: personaje imprescindible en la cosmovisión jarocha
Félix Báez-Jorge
Francisco Rivera Paco Píldora: genio y figura
Horacio Guadarrama Olivera257
Cirilo Promotor Decena: pilar del son en Tlacotalpan
Bernardo García Díaz29
Créditos fotográficos312





(



Personajes populares de Veracruz, coordinado por Félix Báez-Jorge, se terminó de imprimir el 15 de septiembre de 2010, en el Bicentenario de la Independencia de México



La impresión se llevó a cabo en los talleres de Industria Gráfica Internacional, S. A. de C. V., ubicados en Av. Arco Vial Sur, núm. 102, int. B, col. Lomas Verdes, 91097 Xalapa, Veracruz



En su composición se emplearon tipos de las familias Granjon y Hoefler



Para la impresión de los interiores se usó papel cultural de 75 g y para los forros cartulina couché de 300 g



Esta edición consta de 2000 ejemplares



El cuidado editorial estuvo a cargo del coordinador del volumen







(